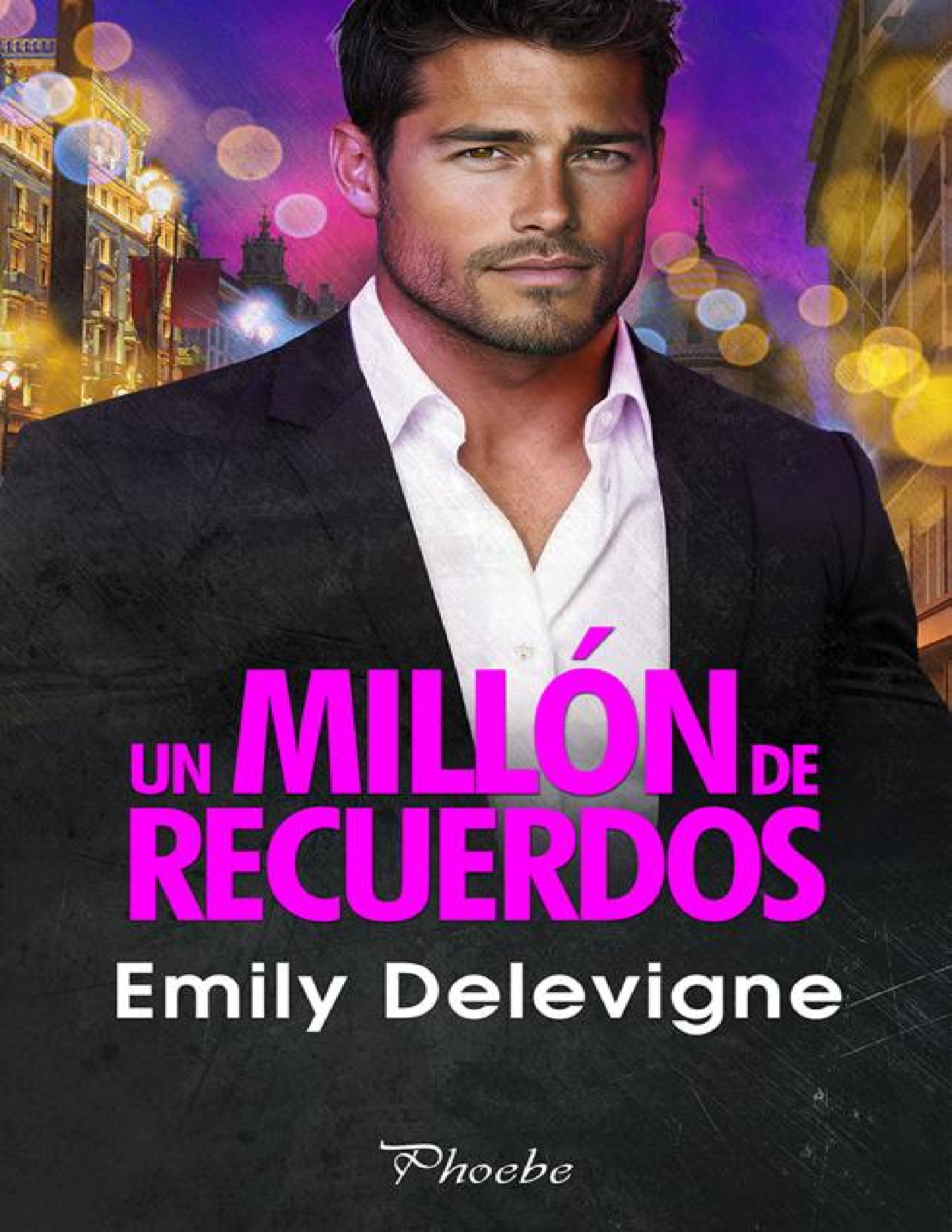

UN MILLÓN DE RECUERDOS
Emily Delevigne
Phoebe

EMILY DELEVIGNE

UN MILLÓN DE RECUERDOS



Phoebe

Primera edición: junio de 2025

Copyright © 2025 Irene Manzano Pinto

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-97-4
BIC: FRD

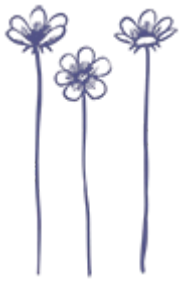
Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Freepik
Imágenes de interior capítulos: Freepik/Pikisuperstar en Freepik

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Epílogo
19. Nota de la autora
20. Agradecimientos

Para Melón y Gazpacho, mis dos «perrhijos».Y a mi yegua, Luna. Gracias por tanto.



1

Cinco años atrás

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó mi madre, mientras me miraba con aquellos grandes ojos azules, apretándome un hombro con calidez.

Incluso antes de pensar la respuesta, solté un escueto «Sí». No estaba segura siquiera de haber oído su pregunta, simplemente pensaba en lo culpable que me sentía por no haber visitado a mi abuela antes de su muerte. El dolor que se había instalado en mi pecho me dificultaba respirar, pero me dije que montar una escena en su entierro no era una buena idea.

Alcé la cabeza y vi el demacrado rostro de mi padre arrugado por el dolor. El hecho de que nuestra relación fuese lejana y un tanto extraña había sido una de las razones por la que había cancelado mi última visita a Coria del Río, Sevilla, pueblo de mi abuela y de mi padre. Mi madre no parecía especialmente afectada, aunque tampoco podía culparla. Estaba allí sólo para mostrar respeto hacia la madre del que había sido su marido durante quince años, y supongo que en parte por mí.

La vista se me nubló de forma momentánea cuando un rayo de sol se coló por unos de los ventanales e impactó en mi rostro. La calidez que noté en la piel ahuyentó el frío que sentía, a pesar de encontrarnos a mitad de junio en Sevilla. En otras palabras, hacía mucho calor, pero yo me sentía como si estuviese envuelta en una capa de plástico que me aislaba de todo.

Una vez más, supuse que se debía al sentimiento de culpa.

—Vamos —susurró una voz familiar.

Di un respingo cuando mi madre me empujó suavemente. La misa había terminado. Salimos de la parroquia de San José poco a poco, porque todas las personas que habían acudido al funeral de mi abuela se movían con lentitud, intentando llegar hasta mi padre. ¿Debía colocarme a su lado y aceptar el pésame de todos ellos? Mi madre debió de notar mi incomodidad, porque me cogió de la mano y me arrastró hacia el exterior, donde esperé con ella apoyada en una de las paredes de la iglesia a que mi padre saliera.

—Lo siento, chicas, me habían llamado del trabajo.

Carlos, el último novio de mi madre, vino a nuestro lado. Sus ojos verdes se centraron en mí antes de volver a hablar.

—Espero tener la oportunidad de darle el pésame a tu padre… Demonios, este calor es insufrible.

—Lo es —acordó mi madre, pasándose una mano por el cuello—. Estoy deseando darme una ducha. Pero antes comeremos algo; dicen que hay un restaurante japonés cerca de aquí, en este pueblo. Es bastante conocido.

Dejé de oír a mi madre justo en el mismo instante en que vi la oscura coronilla de mi padre asomar por las puertas de la parroquia, seguido por un enorme grupo de personas que le decían una y otra vez lo mucho que sentían la muerte de mi abuela Linda. Algo en su rostro me dejó entrever que deseaba largarse de allí, de todo ese tumulto, e irse a su casa. Bajo sus oscuros ojos, unas ojeras violetas comenzaban a hundir su mirada y hacerla mucho más vieja y triste.

Oí que mi madre me llamaba, pero conseguí apartar a algunos de los presentes hasta llegar a mi padre. Su boca, casi siempre un amargo rictus, se curvó hacia arriba.

—Sofía…

—Sofía, cielo. —Una mujer de pelo canoso y ojos verdes me cogió las manos, obligándome a darme la vuelta—. Lamento mucho lo de tu abuela Linda… Era una mujer maravillosa.

—Sí —respondí, esbozando una educada sonrisa—. Todos la echaremos de menos.

—Hablaba tanto de ti… Decía que te parecías mucho a ella cuando era joven, y tenía toda la razón.

—Es María, una de las vecinas de tu abuela —me informó mi padre.

Se lo agradecí con un gesto e intenté hablar con él para saber cómo se

encontraba, pero nuevamente María parecía tener otros planes. Sus huesudas manos cogieron las mías y me las apretó. Las noté húmedas por el calor y me esforcé todo lo que pude para no mostrar lo contrariada que me sentía.

—Si algún día te pasas por aquí y quieres oír alguna de nuestras aventuras de jóvenes, no dudes en visitarme. Vivo en la calle paralela a la de ella.

—De acuerdo, gracias.

Miré a mi padre con una mueca cuando otra mujer mayor, esta con el pelo teñido de azul y unos grandes ojos castaños, se colocó entre mi progenitor y yo. Me dije que era normal, que en los pueblos la gente está más unida que en las ciudades y que sólo intentaban calmar mi dolor por la muerte de un ser querido. Lo que ellos no sabían era lo mucho que me agobiaba que me besaran y tocaran desconocidos. Al fin y al cabo, eso eran para mí. Quizá ellos tuviesen recuerdos de mi infancia, de cuando mis padres aún no se habían separado y éramos una familia feliz, pero yo no.

Resignada, acepté el pésame de todos ellos, apoyándome con cierta desgana contra el delgado tronco de un pequeño naranjo que se encontraba a mi espalda. El olor de este llegó hasta mí, fresco y ácido, y me devolvió a la asfixiante situación en la que me encontraba.

Una última familia se acercó a nosotros y repitió, casi con las mismas palabras, lo que habían dicho las anteriores. Dejé que me cogieran las manos, que me las estrujaran y me dijesen lo mucho que me parecía a mi abuela. Cansada, paseé la mirada por la plaza que teníamos delante y vi a mi madre y a su pareja hablando en voz baja y a vecinos mirándonos desde las ventanas de sus casas. Iba a centrarme nuevamente en la conversación cuando distinguí unas sombras oscuras bajo otro naranjo, observándonos. No podía ver sus rostros, pero eran dos hombres, uno de ellos muy bajito y encorvado. Por el contrario, el otro era alto y más esbelto.

Entrecerré los ojos y vi que se daban la vuelta hasta quedar expuestos a la luz del mediodía. Sí, eran dos hombres; uno de ellos tenía el pelo negro y el otro era canoso. El más bajito era un hombre mayor, aunque, al no ver su rostro, no pude saber qué edad tenía. ¿Serían vecinos del pueblo? Aproveché que la última familia ya se había ido para preguntarle a mi padre.

—¿Quiénes son? —Y señalé con la cabeza en dirección a los dos hombres.

—Son Yoshio y su sobrino Colton —respondió él, haciéndose visera con la mano y mirando en su dirección—. Vinieron desde Japón hace años. Yoshio era… muy amigo de tu abuela.

El mayor de los dos hombres era claramente japonés. El más joven era bastante alto y tenía un aspecto más occidental, si bien sí mostraba algunos rasgos asiáticos, como los ojos levemente rasgados. Aunque desconocía a qué país pertenecían, me extrañó que estuviesen en un pueblo como Coria del Río. Doblaron una calle y terminé por perderlos de vista, aunque no aparté la mirada.

—No nos han dado el pésame.

—Sí que lo han hecho, pero tú estabas con tu madre. Me han dicho que te lo diera.

—Fran, ¿cómo estás? Lamento mucho lo de tu madre.

—Gracias, Carlos. —Mi padre le estrechó la mano.

—Habíamos pensado ir a comer a un restaurante japonés que hay cerca de aquí; ¿te gustaría venir?

La suave voz de mi madre me estremeció. Mi padre debió de sentir algo parecido, ya que apretó los labios hasta convertirlos en una tensa línea. Nadie, excepto yo, era consciente de lo mucho que aún le afectaba verla. A veces me preguntaba qué había pasado entre ellos para que acabaran separados. Sí, Carlos era guapo, pero mi padre lo era aún más, y tenía un porte regio y elegante del que el actual novio de mi madre carecía. Además, los valores que tenía mi padre eran diferentes a los de él. Por ejemplo, mi padre habría sido incapaz de salir de una misa por una llamada de teléfono. Eran pequeños detalles que, deduje, para mi madre no suponían nada.

Aún estábamos cerca del naranjo, y sus hojas se movieron a causa de una cálida brisa, dejando pasar los calurosos rayos del sol, que iluminaron los oscuros ojos de mi padre durante unos segundos. Castaño cálido, como un café solo, en contraste con los fríos aunque hermosos ojos de Carlos.

—No, gracias, quiero marcharme a casa —respondió mi padre.

—¿Estás seguro? Podemos ir a otro sitio o…

—No, de hecho, os recomiendo que vayáis. Tienen la mejor comida japonesa que haya probado nunca. Yoshio tiene una mano increíble para la cocina.

Luego guardó un intenso silencio antes de aclararse la garganta. Lo comprendí: quería despedirse de mí, pero no sabía cómo. Me acerqué a él y le di un torpe abrazo, al que él respondió de la misma forma. Debíamos de dar una imagen un tanto rara y desacompasada. Aun así, su abrazo consiguió en cierta forma calentar mis heladas manos.

—Demonios, Sofía, con el calor que hace y estás helada.

—En eso me parezco a la abuela, papá —respondí con una tenue sonrisa.

Él asintió.

—Es verdad, siempre frías. Por cierto… —Parecía nervioso, tenso. Pasaba el peso de un pie a otro con la mirada perdida. Transcurrieron unos segundos antes de que se decidiera a soltar lo que quería decirme—. Yo… Si algún día te apetece quedarte un fin de semana aquí, sólo tienes que decírmelo. Puedo recogerte. Tu abuela Linda… te dejó algo. No sé muy bien de qué se trata; es una caja, y supongo que contiene muchos trastos… Pero si quieres venir a verlo un día…

Para ser sincera, el posible contenido de aquella caja me llamó la atención. No por lo que fuera, sino por el hecho de que mi abuela se hubiese acordado de mí. Después de todo, había tenido relación con ella siendo pequeña, no adulta, y la primera etapa de mi vida era borrosa: apenas tenía destellos y *flashbacks* en mi cabeza.

—Claro, te escribiré —respondí—. Y… ¿papá? Siento mucho lo de la abuela, de verdad. Debí…

—Está bien, no te preocupes… —me interrumpió con rigidez—. Carlos, Ana… —dijo a modo de despedida antes de marcharse y dejarnos atrás y sin volverse siquiera una vez.

Mi padre era esbelto y alto, superaba el metro ochenta, pero ese día parecía más pequeño, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. La culpabilidad que yo sentía aumentó al verlo solo. Nadie estaría con él, tendría que superar la muerte de su madre en soledad, como había hecho con otros acontecimientos de su vida. Sin ser consciente, avancé un paso, deseosa de seguirlo e intentar en cierta forma aliviar parte de su dolor.

La mano de mi madre en mi hombro me paró.

—Vamos, Sofía, ya hemos terminado aquí.

—Pero ¿no íbamos a comer en el japonés? —preguntó Carlos, lejos de todo aquello y metido en su burbuja personal, inconsciente de la incomodidad que se había establecido entre nosotras.

—Volvamos a Huelva; no se nos ha perdido nada aquí.

Caminamos de vuelta al coche de Carlos, mientras mi madre se quejaba del bochorno. Acostumbrada a vivir fuera de allí, parecía haberse olvidado del calor sevillano, pensé, mirando una última vez hacia atrás. La calle estaba vacía, no había ni un alma; incluso las ventanas de las casas desde donde anteriormente nos habían estado observando estaban ahora cerradas a cal y

canto, quizá intentando impedir que los ardientes rayos del sol penetrasen en los hogares.

El humor de mi madre mejoró cuando nos montamos en el enorme y nuevo vehículo de Carlos. Vivir cerca de la playa, en Huelva, mitigaba algo el intenso calor, decía mi madre. Yo, por el contrario, sentada atrás, seguía con las manos frías.

Mi teléfono vibró ante nuevos mensajes de WhatsApp. Serían mis amigas. Miré por última vez el pueblo, contemplando varios locales y negocios donde mi abuela había pasado parte de su vida: la peluquería de Fátima, la tienda de comestibles y el restaurante japonés desde el que un hombre miraba en mi dirección, con el rostro oscurecido por la sombra del toldo. Me volví para mirarlo por el cristal de atrás, pero ya nos habíamos alejado demasiado. La figura acabó siendo un borrón, apenas una mancha que desapareció cuando tomamos otra calle.

Cogí aire y escuché la canción que emitía la emisora de radio que Carlos sintonizó, intentando alejar los recuerdos fugaces de mi abuela y el desolado rostro de mi padre.



2

En la actualidad

—¿Por qué no te quedas aquí, Sofía? O quizá podrías venirte con nosotros, ¿verdad, Carlos? —preguntó mi madre, encogiéndose de hombros.

Su novio asintió, sin apartar los ojos de la televisión, donde dos equipos de fútbol jugaban.

—No tienes que marcharte a Coria y…

—Mamá, no tengo ganas de ir a París ahora. Acabo de finalizar mis estudios de Peluquería y Cosmética y me apetece desconectar, descansar —respondí, terminándome lo poco que quedaba de mi cerveza—. Además, papá me escribió hace unos días; aún tiene la caja de la abuela.

—Está bien, si es lo que quieres… Ya eres adulta, al fin y al cabo. —Mi madre dio otro sorbo a su cerveza, suspirando—. No sé, creo que te vendría bien venirte con nosotros. Coria no es una gran ciudad, Sofía. Ni tiene tantas líneas de autobuses para que puedas moverte libremente…

—Tengo coche; si me apetece moverme, puedo hacerlo sin problema —respondí, mientras iba hacia el cuarto de baño para mirarme una última vez antes de ir a tomarme algo con mis compañeras de estudios.

Con un rápido vistazo, vi que mi pelo seguía en su sitio, lo mismo que el maquillaje. Fui a darme la vuelta para salir cuando choqué con mi madre. Yo me reí, pero ella seguía preocupada y no muy convencida de que fuera a pasar el verano en Coria, con mi padre. Yo había pensado que, de esa forma, podría

compensarle por haberlo dejado solo el día del entierro de la abuela.

Mi padre no parecía enfadado, sino que, en realidad, más bien se mostraba ilusionado por el hecho de que su única hija fuese a pasar el verano allí. Me había sugerido la posibilidad de trabajar a media jornada en una de las peluquerías a las que mi abuela solía acudir. No me había parecido mala idea, porque así no sólo ganaría algo de dinero, sino que también conocería a las vecinas del pueblo. Según me había dicho mi madre, mi padre era bastante conocido, tanto por haberse criado allí como por ser policía local.

—Sofía…

—Mamá… —Me paré al ver que me seguía. Sus ojos claros mostraban su poca disposición a dejarme ir—. Tarde o temprano me independizaré, ya tengo veinticinco años. No vamos a vivir juntas toda la vida.

—Lo sé, pero ¿y si te acaba gustando? ¿Y si te quedas en Coria? No estamos cerca.

—Está a una hora y poco. —Puse los ojos en blanco y palpé mi bolso cuando mi móvil vibró—. Y papá no se ha quejado nunca a la hora de venir aquí. Además, que yo me quede en Coria es tan poco probable como que tú te quedes embarazada de Carlos.

Mi madre puso a su vez los ojos en blanco, mientras me seguía hasta la puerta de la calle.

—Vaya estupidez acabas de decir.

—Igual que la tuya.

Le di un beso en la mejilla y abrí la puerta, encontrándome con el Seat de mi amiga Elizabeth, o Eli, como la llamábamos todas, esperándome. Me sonrió ampliamente antes de bajar la ventanilla.

—Vamos, que llevo esperándote diez minutos… ¡Oh, hola, Ana!

—Hola, Eli —respondió mi madre sin tanto entusiasmo—. Tened cuidado, ¿de acuerdo?

Sin contestar, me subí al vehículo e hice un gesto de despedida con la mano antes de que Eli arrancara el coche y nos alejásemos de mi casa. Mi madre volvió a entrar. Solté un suspiro y me centré en mi amiga.

—Demonios…

—¿Sigue insistiéndote en que vayas a París? ¿Por qué no le dices que me adopte? Yo iría encantada.

Esbozando una sonrisa, asentí.

—Se lo diré cuando vuelva.

—Además, te vas mañana por la mañana. Ya hasta has hecho la maleta. ¿Tienes ganas de ver a tu padre?

—Sí —respondí llanamente. No tenía mucha relación con él, y habría sido poco honrado por mi parte decir que lo echaba mucho de menos o que me moría de ganas por ir a Coria. Era sólo una visita.

—Conmigo no tienes que mentir, Sofía.

—Es mi padre, claro que quiero verlo. Pero tampoco me quita el sueño.

—Y podrás saber qué te ha dejado tu abuela en esa caja. Han pasado cinco años y ni siquiera has ido a abrirla. Eres rarísima.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que te diga? Le he dado alguna que otra vuelta, pero cada vez que pensaba ir mi padre se presentaba aquí, tenía exámenes o…

—Lo siento, cariño, pero creo que deberías haber ido antes —admitió Eli.

Me mordí la lengua, deseosa de responder con malicia, pero ella tenía razón. Había sido egoísta por mi parte no ir a verlo, excepto en Navidades con mi madre y Carlos. El hecho de que yo no hubiese tomado la iniciativa de visitarlo hasta hacía apenas dos semanas no decía mucho de mí como hija. Siempre me preguntaba cómo sería nuestro primer encuentro: ¿silencio total? ¿Comidas incómodas? ¿Tendría libertad para moverme por la casa o…? Era obvio que sí, pero después de tantos años sin convivir, para mí él era casi como un desconocido.

Un desconocido al que le tenía cierto cariño.

—Soy una hija horrible.

—Tampoco… Sólo que no ha sido fácil. Tu padre también… es un poco inaccesible. No es fácil llegar a él, según lo que me has contado.

—Mi madre dice que se le agrió el carácter tras el divorcio.

Eli asintió en silencio.

—¿Qué vas a hacer con Felipe?

—¿Felipe? —pregunté frunciendo el ceño—. Nada, ¿por qué?

—Ayer me volvió a mandar un *whatsapp*. Creo que te echa de menos. Dice que no le contestas a las llamadas ni a los mensajes.

—Eso es cierto, pero es porque hemos terminado —respondí, mientras Eli aparcaba el coche en una gran explanada. Íbamos a tomar algo en los bares que se encontraban apenas a unos metros de allí—. ¿Vienen Cristina y Julia?

—Sí, claro, nos están esperando.

Al bajarnos del coche, una brisa cálida movió mi melena. Me coloqué unos

mechones detrás de las orejas y esperé a que Eli se pusiera a mi lado para dirigirnos hacia donde se encontraban los bares. Era una larga hilera de locales que siempre estaban abarrotados de gente de nuestra edad. Había ambiente y te podías tomar tranquilamente unas cuantas cervezas e incluso cenar. Casi siempre tirábamos para allá.

Caminamos hasta que vimos a Julia y a Cristina en una mesa en el exterior, con sus bebidas. Al vernos, alzaron las manos.

—¡Chicas, estamos aquí!

Julia era rubia y de ojos claros. Siempre llevaba unas gruesas gafas sobre su pequeña nariz, que le daban un toque inocente pero sensual. Cristina, en cambio, tenía el pelo decolorado por completo, y, con sus carnosos labios rojos, aquel *piercing* en el labio inferior y sus grandes pechos llamaba la atención allá donde fuese. Era guapísima, y la que mejor peinaba de todas nosotras. También tenía un estudio de tatuaje que compartía con su padre. Uno de sus brazos estaba lleno de dibujos y letras.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—Pregúntaselo a ella —dijo Eli señalándome—. ¡Perdona, tráenos dos cervezas, por favor! —le pidió a un camarero que acababa de tomarle nota a una pareja de una mesa de al lado.

—Es mi madre —solté, dejándome caer en la silla—. Cree que puede convencerme para que me vaya con ella a París.

—Yo iría —dijo Cristina—. Lo prefiero mil veces antes que un pueblo. Miradme, ¡estoy que me muero de asco!

—En cambio, yo te entiendo, Sofía —dijo Julia sonriendo—. Yo prefiero los pueblos. No hay tanto ruido como en las ciudades.

—No es que prefiera Coria a París; simplemente creo que es una buena oportunidad para ver a mi padre —respondí cansada.

—Oh, claro, lo siento —se disculpó Cristina con una sonrisa.

Musité un «gracias» cuando el camarero nos dejó dos botellines de cerveza muy fríos. Al dar el primer trago, gemí. La fría bebida entró en mi acalorado cuerpo, aliviándome. Las manos, por el contrario y como siempre, las tenía un poco frías.

—Es el mejor sitio para beber una buena cerveza —dije alzando el botellín.

—Pues sí, y ya no digamos…

—Bueno, bueno, bueno, pero ¿a quién tenemos aquí? —Una voz familiar y masculina interrumpió a Eli, y supe al instante de quién se trataba, a pesar de

estar detrás de mí—. Pero si es Sofía Barrios… ¿Tan ocupada has estado para no poder responder a mis llamadas?

Cerré los ojos y, al abrirlos, ya lo tenía a mi lado. Felipe era guapo y bastante atractivo, tenía esa aura de chico malo que durante meses me había atraído como a una polilla la luz. Pero ya no. Su pelo rubio oscuro, sus ojos azules y su amplia sonrisa eran los rasgos más destacables que poseía, aunque también contaba con un cuerpo de infarto. Los dolores de cabeza que había tenido a causa de mi relación con él eran incontables. Cada vez que lo veía, sentimientos encontrados me invadían: decepción y alivio. Decepción por haber perdido tanto tiempo con él y alivio por habérmelo quitado de encima.

—¿No has pillado la indirecta, Felipe? —pregunté, alzando una ceja.

—¿Te vas a Coria y no quiere despedirte de mí?

—Prefiero despedirme de mis amigas. De ti ya lo hice hace tiempo.

Felipe no estaba solo; detrás de él había dos tíos que se rieron por mis mordaces palabras. Él no parecía contento con mi contestación, pero no podía importarme menos.

—Así que te vas al pueblo con tu padre. ¿Vas a relacionarte con los catetos o…?

—¿Te has dado cuenta de dónde estamos, Felipe? —pregunté, alzando una ceja y abriendo los brazos. El sitio no tenía ni mucho menos un ambiente pijo —. Tampoco es que tú te alejes mucho de ellos. ¿Por qué no te largas y me dejas disfrutar de mi última noche aquí?

—¿A qué hora te vas?

—Eso a ti no te incumbe —respondí seca, sin apartar la mirada de sus ojos claros.

Alzando la cabeza, se fue sin despedirse y gruñendo a los dos que lo seguían. Vi cómo se largaba y me pregunté qué demonios había visto en él y por qué había perdido meses yéndole detrás, intentando llamar su atención. Felipe representaba todo aquello que nunca querría en un hombre: inmadurez, irresponsabilidad e inestabilidad. Estar con él era como pender de un fino hilo que podía romperse en cualquier momento.

—Sigue siendo un capullo —dijo Julia, negando con la cabeza.

—Un capullo que está muy bueno, pero sí, un capullo —admitió Cristina, guiñándome un ojo—. Te lo dije desde el primer momento en que pusiste tus ojos en él: no merecía la pena. Huele a problemas.

—Huele a mierda —intervino Eli, bufando—. Se cree superior al resto de

los hombres, ¿y cuántas veces lleva intentando presentarse para policía? Porque yo ya he perdido la cuenta. Es una rata.

—Tampoco deberías culparte. —Julia inclinó la balanza a mi favor—. Todas nos hemos enamorado de algún chico malo a lo largo de nuestra vida.

—Cierto —admitió Cristina, que llevaba tiempo con su novio—. Ya te llegará, Sofía.

—No tengo prisa —afirmé, relajada en mi silla de plástico—. Estoy bastante bien así.

—Felipe ha sido como un huracán en tu vida. Arrasó a su paso de todas las formas posibles —comentó Eli, apretándome la mano.

Asentí, porque no podía estar más de acuerdo. Nada con él había sido bonito: sexo que a menudo me dejaba insatisfecha y, además, al no tener él dinero, siempre esperaba que yo asumiese el gasto de todo. Sin hablar del pobre y patético afecto que me daba y que yo, como una estúpida, había aceptado. Apenas tenía detalles conmigo, y, aunque antes desconocía el porqué, ahora lo sabía: no me tenía aprecio, nunca me lo había tenido. Simplemente le había dolido que le dijera que no quería continuar con él. Eso era todo.

—Bueno, olvidemos a ese capullo y pidamos otra ronda, que estoy sedienta. —Cristina llamó la atención de una camarera con rapidez y sonriendo ampliamente—. ¿Todas queréis cerveza?

—¡Sí! —respondimos.

Pasamos el resto de la tarde-noche entre cervezas y tapas, disfrutando de la última noche que pasaríamos juntas hasta que yo volviese a Huelva. Por supuesto, me habían prometido venir a verme algún día a Sevilla, aunque entendía que ellas también estarían fuera de Andalucía durante las vacaciones de verano: algunas trabajando, otras viajando.

Al mirarlas, me pregunté qué haría sin ellas en Coria, donde no conocía a nadie. Sin sus risas, su consuelo o los malos chistes de Eli. ¿Me arrepentiría de haber ido? De todas formas, tenía en mente probar unos pocos días y, en caso de ver que no pintaba nada allí o no me sentía cómoda, coger mi coche y volverme. Pero antes haría el esfuerzo. Por mi padre. Por mi abuela.

Me despedí rápidamente de mi madre, ya que temía que, si lo alargaba, volviera a insistir en que me quedase con ella. Con la ayuda de Carlos, metí mis dos

maletas en el maletero y, tras escribirle un mensaje a mi padre diciéndole que salía en ese mismo momento, puse rumbo a Coria. Como mucho, en una hora y media estaría allí. Eran aproximadamente las once y media de la mañana. Mi padre, como buen policía, me había mandado un mensaje el día anterior sugiriéndome que saliera temprano para evitar retenciones, pero yo había hecho oídos sordos, y, después de apenas veinte minutos en el coche, ya me encontraba en el primer atasco.

La música de la radio no era de mi estilo, por lo que fui cambiando de emisora. El trayecto hasta Sevilla, a pesar de estar muy cerca, se me hizo eterno y pesado. Cuando por fin conseguí entrar en Coria del Río, apagué la radio y presté atención. Las calles eran estrechas y había coches aparcados en doble fila para descargar. Superados todos los obstáculos, en unos diez minutos aparqué justo enfrente de la casa de mi padre. Me bajé y miré a todos lados. Había personas paseando, otros con bolsas de comida de los supermercados o niños que iban corriendo hacia donde supuse que estaría el parque.

Cogí aire y llamé al timbre sin titubear. Esperé unos segundos, pero nadie abrió.

Volví a llamar, pero nada.

—¡Sofía! —gritó una voz masculina.

Al darme la vuelta, vi a mi padre viniendo en mi dirección. Sonreía ampliamente, lo que era una buena señal. Parecía feliz de verme. Cuando llegó hasta donde me encontraba, nos dimos un abrazo.

—He tenido que ir a unos recados. ¿Qué tal el viaje?

—Bastante bien, aunque he tardado más por el tráfico.

—Tendrías que haber salido más temprano, y no te habrías encontrado a nadie. ¿Y tus maletas?

—Aquí —respondí, conduciéndolo hasta el maletero.

Yo cogí una y él la otra, la que más pesaba.

—Te he preparado tu cuarto. He pensado que podrías instalarte e ir luego a la peluquería de Fátima. Todos tienen muchas ganas de conocerte.

Mientras mi padre abría la puerta de su casa para dejarme entrar, yo fruncí el ceño.

—¿A la peluquería? ¿Tan pronto?

—Sí, si quieres. Ya te dije que puedes trabajar con ella mientras estés aquí.

—Sí, recuerdo que me lo sugeriste. Claro, deja que guarde mis cosas y nos vamos.

Mi padre asintió y subió la escalera casi trotando. Yo, por el contrario, me paré y eché un vistazo al pequeño salón, donde había un sofá de color marrón oscuro y un sillón del mismo estilo. Enfrente, vi un televisor de considerable tamaño y una mesita baja de madera donde mi padre debía de poner la cerveza y otros aperitivos cada vez que había futbol. Unas suaves cortinas blancas tapaban la vista de fuera y junto a ellas había una lámpara de pie muy alta. Encima del televisor, en dos baldas barnizadas dispuestas horizontalmente, vi unas fotos: una de mi abuela junto a mi padre cuando era pequeño, otra mía siendo apenas un bebé y algunas más que no pude reconocer.

—¿Sofía? —me llamó mi padre.

—¡Ya voy! —dije en voz alta para que pudiese oírme.

Subí la escalera y entré en la que supuse que era mi habitación, ya que el resto de las puertas estaban cerradas. Los oscuros ojos de mi padre se clavaron en mí.

—Aunque esta es tu habitación, tengo también las llaves de la casa de la abuela. Si te apetece algo de intimidad, sólo tienes que pedírmelas. Está en la calle de atrás, no hay ni cinco minutos desde aquí. Sé que a tu edad… ya os comenzáis a independizar y…, bueno… —Al verlo nervioso, asentí con una sonrisa para tranquilizarlo—. Te dejo unos minutos; cuando acabes avísame.

—De acuerdo.

En cuanto salió, di una pequeña vuelta por el cuarto. La cama, con una colcha lisa y de color marrón, con estampado de siluetas de árboles, era más grande que la que tenía en Huelva. Al lado había una mesita de noche con una lámpara. Me incliné para probarla y la luz se encendió. Sí, funcionaba, a pesar de verse algo vieja y antigua. Las paredes estaban pintadas de un tono azul claro casi blanco y la enorme ventana estaba cubierta por cortinas blancas. Disponía también de un pequeño escritorio con una silla y unos estantes en los que sólo había una radio decorada con pegatinas que casi habían perdido su color.

Estaba bastante bien, pensé, dejando la otra maleta encima de la cama, como había hecho mi padre. Al darme la vuelta, vi un armario de considerable tamaño, en el que comencé a guardar mi ropa, esperando que no estuviese arrugada después del viaje. El armario tenía un espejo en una de las puertas, y me observé en él. Se me veía un poco pálida por el cansancio y el trayecto. Era

la primera vez que cogía el coche para desplazarme fuera de Huelva. Cuando salía con mis amigas, casi siempre eran Cristina o Eli las que conducían.

Una vez terminé, le escribí un rápido *whatsapp* a mi madre para que supiese que ya había llegado y bajé la escalera. Mi padre apagó la televisión al verme y me hizo un gesto.

—Vamos; Fátima y las demás nos estarán esperando.

—¿Las demás?

—El resto de las chicas que trabajan con ella. Son sólo dos. Podéis entablar amistad y salir por el pueblo o por donde queráis. Ellas estarán encantadas de enseñarte Coria.

Caminamos unos quince minutos. El sol ya calentaba bastante, y busqué las gafas de sol dentro de mi bolso para protegerme de la intensa luz. Mi padre murmuró una maldición antes de limpiarse la frente con el brazo e indicarme por dónde tenía que girar. Llegamos a una vía en la que yo había estado antes con el coche. Se trataba de una calle con comercios a ambos lados. Cruzamos cuando el semáforo se puso verde y caminamos dos minutos más antes de que él hiciese un gesto hacia un local con grandes cristaleras que dejaban ver el interior. Un enorme letrero en la parte superior anunciaba la peluquería.

Entramos en un pequeño recibidor con una caja registradora y muchísimos productos para el pelo detrás, colocados en grandes estanterías. En la otra parte, separadas por una pared, debían de estar las peluqueras trabajando, ya que oía el sonido de los secadores y un parloteo continuo, además de música. Las paredes eran blancas y el suelo, de parqué.

Me gustó la combinación, sencilla y simple, me relajaba.

—¿Fran?

Mi padre y yo nos volvimos. Una mujer de unos cincuenta años se acercaba a nosotros. Llevaba el pelo, teñido de un rojo carmesí, recogido en un moño. Sus ojos oscuros se fijaron en mi padre con cariño, y a continuación lo rodeó con los brazos. Tenía las manos repletas de anillos y las uñas pintadas de rojo.

—¿Qué tal todo?

—Muy bien. Os estábamos esperando —respondió la mujer, antes de separarse de él y mirarme fijamente. Me di cuenta de que llevaba unas exageradas pestañas postizas que apenas le dejaban abrir los ojos—. ¿Es esta tu niña?

—Lo es.

—Es guapísima. Se parece mucho a tu madre, ¿no crees? —Se me acercó,

sonriendo con calidez—. Encantada, cielo; yo soy Fátima.

—Sofía; es un placer —respondí.

—Ven, te voy a presentar a las dos chicas que trabajan aquí. Hoy estamos a tope.

La seguí hasta la otra parte de la peluquería, hasta llegar a un salón mediano, con un pequeño sofá donde esperaban dos clientas, mientras leían una revista. Había varios tocadores donde las dos peluqueras trabajaban con rapidez, hablando con las clientas a las que en ese momento peinaban. Había unos cinco tocadores con sus respectivos sillones, y me pregunté si me habían ofrecido trabajo por la alta demanda o como un favor a mi padre. Había pósteres colgados y altavoces por los que fluía la música, a pesar de no oírse nada en ese momento por el ruido de los instrumentos que utilizaban. En un pequeño cuarto a la izquierda había dos lavacabezas y estantes repletos de champú, mascarillas y otros productos.

Fátima me tenía cogida por la cintura y me llevó hasta las dos peluqueras, que todavía no se habían dado cuenta de mi presencia.

—¡Chicas! —gritó, con lo que consiguió que ambas apagasen los secadores. Cuando se volvieron, vi que las dos eran de mi edad—. Os presento a Sofía, la hija de Fran; va a quedarse hasta septiembre y seguramente trabaje con nosotras.

—Encantada. Yo soy Lucía —dijo una de ellas, de ojos almendrados y pelo rubio oscuro—. Bienvenida.

—Yo soy María —indicó la otra, una chica de piel olivácea. Se acercó para darme dos besos, y por su acento pude deducir que era de Latinoamérica.

—Sofía —respondí con una sonrisa, contenta por la simpatía que ambas desprendían.

—¿Vas a quedarte? Nos vendría bastante bien —expresó María en voz alta mientras encendía el secador y volvía a alisar el pelo de la clienta.

—Pues no lo sé. Acabo de llegar —respondí.

Mi padre hablaba con Fátima, que asentía y repetía una y otra vez que allí me encontraría como en casa y que estaba segura de que lo haría bastante bien. Se la veía ridículamente pequeña al lado de mi padre. Por otra parte, pensé que quién no se vería minúsculo al lado de él.

—¿Eres la hija de Fran? —preguntó una de las clientas.

—Sí.

—Eres idéntica a tu abuela, más delgada, pero tienes su rostro.

Sonriendo, me pregunté por qué nunca había visto una foto de mi abuela de joven. De esa forma sabría si me parecía a ella o no. Me froté los ojos por el cansancio, dándome cuenta demasiado tarde de que iba pintada. Alarmada, me acerqué al espejo y vi con alivio que todo seguía en su sitio.

Echándole un vistazo más a fondo a lo que me rodeaba, llegué a la conclusión de que era un buen sitio para trabajar. Había hecho prácticas en peluquerías diminutas, donde de forma continuada acababa chocando con otra trabajadora, o discutiendo por hacernos con el único lavacabezas.

—Al fondo de la peluquería hay otra sala donde se depila, se hacen las uñas y demás —explicó María, clavando sus negros ojos en mí—. ¿Conoces a alguien del pueblo?

—A nadie; he llegado hace apenas cuarenta minutos.

—Podemos quedar cuando salgamos de trabajar —propuso Lucía, sonriéndome a través del espejo.

—Claro, sería genial.

—Pues hecho, dale tu número a Fátima y te mando un mensaje cuando salgamos. Te sentirás como en casa, Sofía —añadió la chica, volviendo a centrarse en la cabeza que tenía delante.

Me despedí con un gesto y fui hasta donde se encontraban mi padre y Fátima. Ambos me miraron con inquietud, esperando mi reacción.

—Está bastante bien —admití—. De hecho se ve genial, Fátima.

—Gracias, cariño. ¿Qué piensas entonces? ¿Quieres trabajar durante el tiempo que estés aquí? Tendrías que hacer una pequeña prueba para asegurarme, pero después podrías incorporarte.

—Claro.

—¿Te veo el lunes? Mañana domingo no abrimos.

—Estaré aquí el lunes. Gracias por la oportunidad —respondí, despidiéndome de la mujer.

Salí de la peluquería con mi padre; no había sido consciente de la fresca temperatura del local por el aire acondicionado, y una intensa ola caliente impactó contra mi rostro. De forma inmediata, sentí la piel pegajosa y el pelo de la nuca húmedo por el sudor. Mi padre tampoco parecía estar pasándolo mejor, ya que tenía la frente perlada de sudor y dos grandes surcos comenzaban a aparecer en la camisa de cuadros que llevaba.

—¿Te apetece ir al restaurante japonés?

La comida japonesa no era precisamente mi favorita, pero sí la de mi padre, y

quizá era un lugar donde él se sentía seguro. Desde que había llegado, él había intentado por todos los medios hacerme sentir como en casa, al tiempo que me daba opción a tomar mis propias decisiones.

—Claro. ¿Está cerca?

—A diez minutos. Le dije a Yoshio que iríamos. Tu abuela le habló mucho de ti, y yo también. Está deseando conocerte.

—¿Es el dueño del local?

—Sí. Aunque ya es bastante mayor, él es el que cocina. Su sobrino a veces le echa una mano, pero tiene su propio negocio y suele estar ocupado.

—Espera, ¿son los dos que vinieron al funeral de la abuela?

—Los mismos —respondió mi padre, haciéndome un gesto con la cabeza para que doblásemos por una calle.

—Son japoneses, entonces.

—Yoshio sí, pero habla bien español. El sobrino es japonés en parte, porque su madre tiene raíces norteamericanas.

—Parece que tienes buena idea de ellos —comenté al ver la sonrisa en su rostro.

—Por supuesto, son mis amigos. Yoshio tenía muy buena amistad con tu abuela. Además, siempre que hay partido o deportes, los vemos en compañía de una buena cerveza en casa.

Asentí, sorprendida de que mi padre hubiese hecho tanta amistad con esa familia. Él siempre había sido solitario. Caminamos unos minutos más, que se nos hicieron interminables por el calor, hasta que entramos en un local bastante grande con suelo de parqué.

Me quedé sorprendida al ver la exquisita decoración. En Huelva había ido a algún que otro restaurante japonés, pero ninguno como aquel. Cuando mi padre me hizo un gesto con la cabeza, me di cuenta de que me había quedado parada en la puerta, observándolo todo como una niña pequeña.

Había muchas mesas bajas de madera con cojines negros y rectangulares en los que se sentaban los clientes. Las paredes estaban decoradas con unas lámparas; el local era bastante sencillo, pero unas litografías japonesas le daban un toque elegante y sereno. Una relajante y dulce melodía oriental fluía por los altavoces, con algunos instrumentos de cuerda que creaban una atmósfera de lo más agradable.

Sin haber probado la comida, entendí por qué a mi padre le gustaba tanto aquel lugar.

—Ven, Sofía.

Nos acercamos a una barra larga y ancha del mismo color que las mesas. No había nadie.

—¡Yoshio! —llamó mi padre de muy buen humor, dedicándome una sonrisa torcida—. Adivina quién está aquí.

Oí unos pasitos antes de que una puerta de detrás de la barra se abriera y apareciese un hombre bajito.

—Sofía, él es Yoshio, el dueño de este restaurante y el cocinero. Yoshio, ella es mi hija, Sofía. Se va a quedar todo el verano en Coria.

El hombre salió de la barra hasta colocarse frente a nosotros. Era más o menos de mi estatura, aunque estaba algo encorvado. Tenía la piel cuarteada y tostada y sus ojos rasgados apenas me dejaban entrever su tono color miel. Curvó la boca hacia arriba antes de agachar un poco la cabeza, cubierta de pelo cano.

—Tu padre me ha hablado mucho de ti. Me alegro de conocerte, Sofía —dijo en voz baja, con un acento marcado.

—Gracias, lo mismo digo.

Pensé que si él inclinaba la cabeza para saludar, yo debía hacer lo mismo. Intenté no mirarlo fijamente, por lo que di media vuelta y señalé el restaurante.

—Tiene usted un restaurante maravilloso. Nunca había visto un local tan bonito.

—Mi sobrino Colton es en parte responsable de que todo haya quedado tan… —se quedó callado, quizá buscando la palabra que quería decir— bien.

—¿También trabaja aquí? —pregunté en dirección a mi padre.

—No; como te he dicho antes, a veces echa una mano. Tiene una academia de kárate a unos diez minutos. Van casi todos los niños y niñas del pueblo.

—Sí, Colton a veces me echa una mano —asintió Yoshio sin dejar de sonreír —. Otras, viene Ami a ayudarme.

Supuse que sería una chica japonesa, ya que el nombre no me sonaba nada español.

—Ven, que no has visto el resto del restaurante. Hay varias fotos de Yoshio en Japón, de su familia y de Colton —explicó mi padre, haciéndome un gesto con la cabeza.

Yoshio extendió el brazo, describiendo una suave curva para indicarme que pasara. Me dirigí hacia donde había ido mi padre, frente a una pared donde no había mesas cerca. Me aproximé todo lo que pude. Había fotos de tamaño

mediano. En una de ellas vi a Yoshio uniformado y cocinando, acompañado por varios chefs japoneses; otra era una imagen de Tokio al amanecer, en blanco y negro. Una de las que se encontraban a la izquierda parecía una foto familiar, también en blanco y negro, aunque no pude reconocer a Yoshio.

—Esta es la familia de Yoshio —dijo mi padre, resolviendo mis dudas—. ¿Ves esta mujer de aquí? Era su hermana mayor. Falleció hace unos años; pude conocerla en uno de sus viajes a España.

—Es muy guapa —murmuré, sintiéndolo realmente así. Estaba bastante seria, pero tenía unos labios carnosos y unos ojos más grandes que los de Yoshio.

—Estos son los padres de Colton… Ah, mira —añadió—, esta es una foto de él. Participó en varios campeonatos internacionales. ¿Cuándo le hicieron esta foto, Yoshio? —Mi padre se volvió hacia su amigo con el ceño fruncido —. No lo recuerdo.

No oí la fecha exacta que dijo, de años atrás, pero sí vi la imagen de la que hablaba. En ella se veía a un hombre de unos veinte y pocos años con un traje de kárate impoluto y un cinturón negro en las caderas. De complexión atlética y esbelta, tenía ambos pies en paralelo y las piernas abiertas. Rebuscando un poco en mi escaso conocimiento del kárate aventuré que se trataba de la postura *kiba dachi*. La posición del jinete de hierro. La mano izquierda adelantada, con el puño cerrado, la derecha más atrasada, también con el puño cerrado.

La seriedad, fuerza y determinación que transmitía Colton me tuvo pegada a aquella foto un buen rato. El fotógrafo ni siquiera se había tenido que molestar en captar la esencia del karateka, pues él la transmitía por cada poro de su piel. Dejé a un lado su atlético cuerpo para centrarme en su atractivo rostro, más occidental que sus parientes. Tenía los ojos parecidos a los de su tía Akira, si bien menos rasgados, y más grandes que los de Yoshio. Era su rasgo más destacable.

Nunca había contemplado una mirada tan ausente y tan llena de significado al mismo tiempo, como si no pudiese ver más que la superficie pero hubiese todo un fondo desconocido en él. Masculino, fiero… La yema de los dedos me ardía de las ganas que tenía de acariciar esa foto.

Su pelo oscuro estaba recogido en un moño, por lo que supuse que al menos le llegaría hasta los hombros. Una nariz recta daba armonía y acompañaba al resto de los rasgos, aunque no podía dejar de fijarme en sus labios, carnosos

pero herméticos. Me resultaban sensuales incluso para ser los de un hombre.

Sin conocerlo, tenía la sensación de que se trataba de alguien serio, implicado e impenetrable. Su postura era tan perfecta que ¿cómo no iba a serlo él?

—Espectacular, ¿verdad? Tendrías que verlo hacer uno de esos *katas* o dando clase.

—Admito que me he quedado boquiabierta —murmuré alejándome un paso, pero incapaz de apartar la vista—. De pequeña hacía kárate y…

—¡Es verdad! —me interrumpió mi padre—. ¿A qué cinturón llegaste, Sofía? ¿Azul? Creo que fue bastante alto…

—Naranja, papá… —dije sonrojada—. Aunque ahora mismo tendría el blanco, porque no recuerdo nada —admití.

—Puedo hablar con Colton. Tiene una larga lista de espera para los nuevos alumnos, pero estoy seguro de que contigo haría una excepción.

—Papá, no tienes que buscarme distracciones aquí, no te preocupes…

—Para mí no es ningún problema. Colton es mi amigo. ¿Tú qué piensas, Yoshio?

Tanto mi padre como yo nos volvimos hacia Yoshio, que había permanecido en silencio todo ese tiempo. Sus amables ojos estaban fijos en mí.

—Seguro que puede buscarte un hueco en el grupo de adultos —dijo, hablando por primera vez.

Empezaba a tener la sensación de que mi padre estaba haciendo todo lo posible para que me sintiera cómoda, para que formara parte del pueblo. Agradecía su esfuerzo, pero también comenzaba a incomodarme. Además, ¿qué pensaría ese tal Colton si me veía allí, saltando por delante de varias personas sólo por ser la hija de su amigo?

Oí un barullo a mi espalda y, al darme la vuelta, vi que entraban los primeros clientes. Todos saludaron a mi padre y a Yoshio antes de sentarse a las mesas que consideraban oportunas. Mi padre me tiró del brazo.

—Cojamos una buena mesa. Hemos sido los primeros, y en menos de veinte minutos esto estará lleno.

Yoshio se retiró con una queda disculpa. Mi padre insistió en que nos sentásemos cerca de la barra. Iba a preguntar cómo ese hombre mayor se iba a encargar de la cocina y de los clientes solo cuando apareció una mujer. Llevaba un uniforme oscuro y el pelo, liso y negro, recogido en un moño. También era japonesa, con ojos rasgados y oscuros. Su inmaculada piel pálida dejaba entrever un suave tono rosado en las redondas mejillas y unos carnosos labios

pintados de rojo.

—Esa es Ami —me explicó mi padre.

—Es muy guapa. ¿Tiene mi edad?

—¿Ami? —Mi padre se rio—. Tiene treinta y cinco.

—¿Qué? —casi grité—. ¡Pero si parece más joven que yo! ¿Cuántos años tiene Yoshio?

—Sesenta y cinco.

—¿Y Colton?

—Mmm, estará en los treinta y tantos.

Vaya, no había acertado con mis cálculos. Pensaba que Yoshio tenía la misma edad que mi padre, pero era mayor. En cambio, sólo había visto una foto de Colton cuando era más joven, por lo que no sabría si aparentaba su edad hasta que lo viera. Tal como mi padre había dicho, el restaurante se llenó en diez minutos. Varias familias se apuntaron en una larga lista de espera. Al rato apareció otro chico con el mismo uniforme que Ami. Esta se nos acercó.

—Perdonad el retraso. No esperábamos que la gente fuese a venir tan temprano hoy —dijo con una suave voz.

—Ami, ella es mi hija, Sofía —nos presentó mi padre, sonriendo—. Viene a quedarse todo el verano, como ya sabes.

—Es un placer, Sofía. Tu padre nos ha hablado mucho de ti en los últimos días.

—Gracias —respondí algo azorada. Nunca había imaginado que mi padre estuviese tan ilusionado con mi visita—. Es un placer.

—¿Qué os pongo de beber, chicos?

Mi padre respondió por los dos, ya que yo volví a perderme en mis pensamientos. Eché un rápido vistazo hacia las cocinas y por una pequeña ventana pude ver a Yoshio. Él debió de sentir que lo observaban, porque giró la cara y me sonrió. Luego volvió a centrarse en su trabajo.

—He pedido dos cervezas, pero también una botella de agua. La comida japonesa siempre me da mucha sed.

—A mí también —respondí con franqueza—. ¿Ese chico es hermano de Ami?

—Sí, Isamu. Creo que tiene tu edad, veinti…

—Cinco —terminé.

—Sí, eso.

El resto del almuerzo fue bastante cómodo. Pedimos algo de *sushi, onigiri,*

unas bolas de arroz envueltas en algas y *katsudon,* uno de mis platos favoritos. Este era un filete de cerdo empanado que se servía con arroz y huevo revuelto. Lo había probado todo anteriormente con mis amigas, en Huelva, pero tenía que admitir que Yoshio era un experto cocinero. En mi vida había probado un *katsudon* tan jugoso; las especias que le había echado combinaban con el sabor del resto de los ingredientes, creando una amplia gama de contrastes que me sacó más de un gemido al probarlo.

Mi padre se había decantado por el pollo, y al terminar se negó a que lo invitara. Pagó él y dejó muy buena propina.

Tras despedirnos de todos, nos fuimos directos a casa. Hacía demasiado calor y no me apetecía dar más vueltas al menos hasta la tarde. Eso sí, de camino me paré en una pastelería para comprar dulces para la merienda.

Cuando llegamos a casa, suspiré de placer. Estaba fresca y el calor no había conseguido traspasar las anchas paredes. Mi padre fue a tumbarse al salón, con la televisión puesta de fondo. Yo me dirigí a mi cuarto y cerré la puerta al oír sus fuertes ronquidos.

Tumbada en la cama, comprobé que era bastante cómoda. Me acordé de mi móvil y lo saqué de la bolsa. Tenía varias llamadas perdidas de mis amigas. Le mandé un rápido mensaje a Eli para que hiciésemos una videollamada. Me respondió en apenas unos segundos, haciendo ella la videollamada.

—¡Eh, forastera! ¿Qué tal te va por Coria? ¿Has sufrido mucho?

Sonreí ante su tono bromista. Estaba en su habitación.

—Bastante bien. Me esperaba mucho menos —admití—. El lunes empiezo en la peluquería, de prueba. Si les gusto, podré trabajar mientras esté aquí.

—Eso es genial. ¿Es grande?

—Es bastante amplia, la verdad es que me ha sorprendido. No es como la última en la que estuve.

Mi amiga chascó la lengua.

—Bien por ti. Ya sabes cómo tuviste que luchar por el dominio del lavacabezas.

—¡Ja! Aquella tía era infumable, no había forma de trabajar con ella —contesté con desdén.

—Pasemos a la parte importante: ¿algún chico guapo?

—No he conocido a nadie. —Solté una carcajada al ver su rostro—. ¡Acabo de llegar! Mi padre me ha llevado a la peluquería y luego al restaurante de un amigo suyo.

—¿Y ese amigo no tiene un nieto o un hijo guapo?

—¿Pero tú te crees que yo he venido aquí para eso? —Cambié de postura para estar más cómoda.

—¡Es para mí, tonta, no para ti!

Volví a reírme, incapaz de no contagiarme de su buen humor.

—Ay, Dios, no ha pasado ni un día y ya echo de menos tus bromas.

—Por supuesto; soy la amiga más divertida que tienes. Por cierto, ¿cuándo vas a ir a ver lo de la caja de tu abuela? Sabes que todas estamos esperando a que nos digas lo que contiene, ¿verdad?

—¡La caja! —Dejé caer el móvil sobre el colchón, al mismo tiempo que me llevaba una mano a la frente—. Se me había olvidado.

—¡Eh, eh! Me has dejado aquí tirada, no te veo.

—Oh, perdón. —Volví a coger el móvil—. Quizá vaya esta tarde. Creo que mi padre no tiene más planes de llevarme a recorrer el pueblo.

—¿Qué crees que pueda haber? —Eli se frotó los ojos con la mano que tenía libre, esparciéndose un poco el maquillaje que llevaba.

—No tengo la menor idea. ¿Fotos? ¿Libros? ¿Ropa vieja?

—¿Ropa vieja? ¿Para qué demonios querrías tú ropa vieja?

—¡Yo qué sé! Por cierto, mi padre me ha dicho que, en caso de que quiera tener intimidad, puedo quedarme en la casa de mi abuela.

—Anda, tu padre mola. Te ha buscado hasta un picadero.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo iba yo a llevarme a cualquiera a la casa de mi abuela?

—Eli…

—Es broma, es broma… Sólo te doy ideas… por si conoces a alguien y te pica…

—¿Si me pica qué?

—¡La curiosidad! ¿Qué va a ser?

Continué hablando con ella unos treinta minutos, hasta que sentí el estómago pesado por la comida, mis párpados luchando por cerrarse y un hormigueo en la nuca. Mi cuerpo me exigía una pequeña siesta. Un bostezo debió de alertar a mi amiga, ya que suspiró.

—Está bien, vete a dormir. Podemos hablar por la noche.

—¿No sales?

—No creo; las otras dos están con sus parejas. Vete a dormir, anda.

Colgué y bajé un poco la persiana, creando un ambiente relajante y oscuro

que me ayudaría a conciliar el sueño. Me acurruqué sobre la almohada sin cambiarme de ropa y en unos pocos minutos me quedé completamente dormida, mientras se apagaban mis últimos pensamientos, en los que me preguntaba qué me habría dejado mi abuela Linda en esa caja.

Salí de mi sueño sobre las siete. Fue mi padre quien me despertó, diciéndome que por la noche no pegaría ojo. Así que, con dificultad, me aseé y comí uno de los dulces que había comprado, como había hecho mi padre, seguramente más temprano. La siesta me había dejado algo confusa y trastocada. Había tenido una especie de pesadilla caótica que me había imposibilitado descansar del todo.

Cuando terminé de recoger lo que había comido, me acerqué a mi padre, que veía una película en el salón. Sus ojos castaños se clavaron en mí.

—¿Todo bien?

—Sí. Había pensado ir a la casa de la abuela, por lo de la caja.

—Ah, claro. Las llaves las tienes ahí encima, en el recibidor —me indicó—. ¿Quieres que te acompañe? Ya sabes que está en la calle de atrás. No tiene pérdida.

—No, voy yo sola, no te preocupes. ¿Pone el número en las llaves?

—Sí, en el llavero están el nombre de la calle y el número.

—Genial. —Fui a darme la vuelta, pero me detuve—. ¡Ah! Por cierto, no compres ni prepares nada de cenar.

—¿Tú te encargas?

—Sí —respondí con una sonrisa.

—Si necesitas algo, llámame. No creo que salga hoy.

Me despedí con un gesto de la mano y cogí las llaves antes de dirigirme, como me había indicado mi padre, a la calle de atrás. Mientras caminaba, intentaba memorizar el nombre de alguna que otra calle por la que pasaba. Hacía bastante calor, a pesar de que eran ya más de las siete de la tarde, y en el corto trayecto hasta la casa de mi abuela comencé a sudar. Me pasé un brazo por la frente y gemí. Era un calor pegajoso, asfixiante.

Acabé llegando a la pequeña casa adosada con el número dieciocho. La fachada, a pesar de haber pasado cinco años, se encontraba en perfecto estado. Supuse que mi padre se había encargado de su mantenimiento. En el llavero había un total de cuatro llaves, por lo que fui probándolas de una en una hasta

que encontré la que abría la puerta exterior. La cerré tras mi paso y avancé, sintiéndome inexplicablemente triste y decepcionada conmigo misma.

Subí los cinco escalones que llevaban hasta la puerta y entonces una cálida brisa movió mis cabellos y oí un repentino tintineo a mi derecha. Colgado de la estrecha fachada había un móvil de viento de metal. Me quedé quieta, esperando una nueva oportunidad que me permitiese disfrutar una vez más de su sonido. Y así fue: otra brisa, esta vez algo más fresca, movió los tubos de metal, que tintinearon al golpearse entre ellos.

Lo cogí y lo observé.

Vi unas letras japonesas en la superficie de madera de la que colgaban los tubos. No sabía qué significaban, y lo dejé donde estaba. Volví a probar las llaves hasta encontrar la que abría la primera cerradura y luego otra que había más abajo. Estuve un buen rato hasta que lo conseguí. Sonreí triunfante.

Al entrar, no supe qué me había esperado. ¿Telarañas? ¿Polvo? ¿Paredes agrietadas y muebles cojos que crujían? Nada más lejos de la realidad; parecía una casa habitada, en la que sus dueños hubiesen ido a dar un paseo. Cerré la puerta y dejé las llaves en el recibidor, sin saber adónde ir. Sentía que estaba entrando en un sitio donde no era bienvenida, y menos aún después de no haber ido a ver a mi abuela antes de su muerte.

Tragando saliva, fui hacia la izquierda. Vi un cuarto con dos camas separadas y un armario. Las colchas que cubrían las camas eran de flores de colores y había una mesita en medio de ellas, de madera oscura, con una lámpara bastante vieja. ¿Quién se había encargado de la limpieza? Estaba incluso mucho mejor que mi cuarto de Huelva, pensé con una sonrisa.

Salí de aquella estancia y eché un rápido vistazo a la cocina y luego al salón. La casa era muy parecida a la de mi padre, sólo que la decoración cambiaba. Pude ver que a mi abuela le gustaban los colores chillones. Las estanterías, repletas de libros, eran azules, rojas, verdes y amarillas; el sofá era marrón, pero estaba cubierto por una tela de algodón multicolor, con unos cojines a juego. Sin lugar a dudas la casa reflejaba el constante buen humor de mi abuela.

Abrí las ventanas del salón para dejar entrar la luz y, al mirar al exterior, vi un pequeño jardín. Las plantas estaban verdes y frondosas, en perfecto estado. ¿Le gustaría a mi padre la jardinería? Era increíble lo poco que sabía de él, pensé avergonzada.

Negué con la cabeza y subí la escalera que conducía al piso superior, donde encendí la luz. Había cinco habitaciones y en el pasillo que las comunicaba

había varios cuadros de patos y flores. Me sorprendió ver que uno de ellos era de faisanes y flores y estaba firmado con letras japonesas. Era increíble cómo el artista había conseguido plasmar con tanta precisión a las aves, que parecían a punto de echar a volar. Las flores que las rodeaban habían perdido un poco de intensidad, pero, aun así, era imposible no disfrutar de sus trazos.

Me alejé para entrar en la primera estancia. Era un cuarto de baño, que se encontraba en muy buen estado, y, otra vez, lleno de colores. Mi abuela debió de hacer reformas tras la temprana muerte de mi abuelo, pues él siempre se había inclinado por colores más apagados y sobrios. Tras cerrar, vi que otra de las habitaciones era una especie de estudio, con tres librerías, estantes repletos de fotos y alguna que otra flor. La mesa de estudio era de caoba y tenía varios cajones. Fui a abrirlos, pero vi que estaban cerrados con llave. Recordé que en el llavero había una llave que no había usado para ninguna puerta. Bajé la escalera corriendo y volví a subir casi sin aliento.

Sí, necesitaba de forma urgente hacer deporte.

Probé la llave, pero no abría ninguno de los cajones.

¿Dónde demonios estaría la caja que me había dejado?, pensé, tras revisar cada una de las habitaciones.

Cerré todas las ventanas, dejándolas como estaban, y salí de la casa bastante desanimada y confusa. En el camino de vuelta recordé que me tocaba a mí ocuparme de la cena. Me paré en un paso de cebra y miré la hora en el móvil. Eran las nueve menos cuarto.

Busqué por internet un sitio donde comprar comida. Como no encontré ninguno que me llamara la atención, entré en un supermercado y, mentalmente, me puse a repasar todas las recetas que sabía. Podía preparar una ensalada de espinacas, queso y nueces. Compré todos los ingredientes necesarios y me dirigí a casa. Seguía dándole vueltas al asunto de la caja, distraída, y acabé tropezando en un pequeño agujero que había en la acera. Recuperé el equilibrio y seguí caminando, esta vez con la vista puesta donde pisaba.

Al llegar a casa, dejé las bolsas en la cocina.

—¿Papá?

—¡Estoy en el baño!

No guardé la comida, pues no sabía si él querría cenar ya, o, por el contrario, le parecería que era muy temprano.

Cinco minutos más tarde lo tenía delante.

—¿Qué tal te ha ido?

—La casa está muy cuidada; ¿te ocupas tú de ella?

—Sí —respondió, cogiendo dos cervezas del frigorífico y dándome una—. Rosa va una vez a la semana para la limpieza y Matías se encarga del jardín.

Ah, así que no era mi padre el que había hecho florecer ni prosperar todas aquellas plantas.

—Por cierto, ¿sabes dónde dejó la abuela la caja? No la he visto por ninguna parte.

Mi padre frunció el ceño.

—¿No?

—No está en ninguna habitación.

Él permaneció en silencio unos segundos y luego dijo:

—Creo que la guardé. En el techo del último cuarto girando a la derecha hay una trampilla que lleva al desván. Necesitarás una escalera para subir. Lo siento, cariño, se me había olvidado.

Vaya, no me había dado cuenta de la existencia de aquella trampilla. Estaba segura de que se debía de abrir con la llave que sobraba.

—No pasa nada, puedo intentar ir mañana o pasado. ¿Tienes una escalera? No recuerdo haber visto ninguna en la casa de la abuela.

—La tiene Yoshio, que se la dejé el mes pasado y se me olvidó pedirle que me la devolviera. —Se encogió de hombros—. No la he necesitado.

Suspiré derrotada. ¿Cuándo tendría entonces oportunidad de tener por fin la caja? La vida parecía estar postergando una y otra vez mi acceso a ella.

—¿Podemos ir a recogerla?

—El martes vienen ellos aquí: toca cerveza y pescado frito. —Mi padre sonrió ampliamente, quizá recordando lo bien que se lo pasaban juntos—. Le daré las llaves a Colton y le pediré que se la traiga de camino. Él es más grande y fuerte que su tío.

—De acuerdo, el martes entonces. —Me aclaré la garganta antes de cambiar de tema—. ¿La abuela hizo obras? Está todo muy colorido —dije con una sonrisa.

Mi padre se apoyó en la encimera. Sus ojos parecieron perderse en los recuerdos.

—Sí, tres meses después de que muriese tu abuelo, se encargó de reformarlo todo. A su gusto.

—Me gusta. Es muy… ella.

—Sí que lo es… —Mi padre dio un sorbo a su cerveza, haciéndome recordar que yo tenía otra en la mano. Yo también bebí, agradeciendo que el frescor del líquido aliviase mi calor—. Por cierto, he hablado con Colton. El lunes por la tarde, a las ocho, es la hora de los adultos.

Abrí los ojos, sin entender a qué se refería.

—¿Perdón?

—Kárate. Lunes, miércoles y viernes. Le he dicho que estás interesada en apuntarte a las clases de verano, aunque creo que hay dos semanas en las que coge vacaciones.

—Mmm… Papá, agradezco tu ayuda y tu consideración, pero no tienes que preocuparte por mí —dije con voz dulce, sin querer herir sus sentimientos. Su pelo castaño oscuro presentaba zonas canosas en las sienes—. Podía haber llamado yo, no te molestes…

—Lamento decirte que, si hubieses llamado tú, no te habría dado una respuesta afirmativa —contestó en tono jocoso—. El único motivo por el que te ha aceptado es por mí. No tiene hueco; tendrías que haberte apuntado en la lista de espera. En la clase de adultos hay bastantes mujeres. No sé qué demonios pasa en este pueblo, pero todas se quieren apuntar a su *dojo*.

Vaya, ¿tan solicitado estaba? Desde luego, si guardaba algún parecido con el hombre que había visto en la foto del bar de Yoshio, podía entender por qué.

—No tengo kimono…

—Yo te dejaré el mío. Deja de buscarle problemas a todo, Sofía.

Me sonrojé ante la verdad de sus palabras.

—Está bien, entonces lunes por la mañana peluquería y por la tarde deporte… —Pensé en lo mucho que me costaba hacer amistades y lo poco que me gustaban los comienzos—. Es genial.

—Sofía…, sólo prueba —dijo mi padre, advirtiendo el rumbo de mis pensamientos—. No tienes que ir a ningún lado si no te apetece, pero creo que te aburrirás bastante aquí si no haces algo. Sin embargo, recuerda que eres libre.

Esbocé una tenue sonrisa y asentí varias veces. Tenía razón. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Quedarme todo el día en casa, viendo la televisión? Acabaría aburriéndome y cogiendo el coche de vuelta a Huelva. Además, no se me ocurría una mejor forma de hacer nuevas amistades que apuntándome a kárate.

—Tienes razón; me muero de ganas de que sea lunes —dije con una sonrisa

un poco forzada, pero intentando transmitir positividad.

Mi padre soltó una carcajada antes de negar con la cabeza y tirar la cerveza vacía.

—Bueno, ¿qué cenamos hoy?

—Espérame en el salón, que yo me encargo de todo.

Y así fue como intenté alejar los malos pensamientos de mi mente, ocupándome de la cena. Me dije que los comienzos suelen ser duros, pero que a medida que pasara el tiempo me sentiría más integrada. Preparar la ensalada ayudó a ahuyentar mi negatividad y, por supuesto, a mitigar mi curiosidad por la caja de mi abuela. ¿Encontraría algo interesante en ella? ¿O, por el contrario, sólo contendría cachivaches y viejos objetos desprovistos de valor?



3

El lunes me levanté de buen humor, con ganas de conseguir el trabajo de la peluquería y de estabilizarme en el pueblo. Mi padre se había ido a trabajar, por lo que supuse que no tendría noticias de él hasta la tarde. Después de consultar el tiempo en el móvil y saber que haría bastante calor, decidí ponerme una camiseta blanca de tirantes y unos vaqueros negros, junto con unas deportivas. Me sentía cómoda con esa ropa y era como habitualmente me vestía para las prácticas en la peluquería, o al menos en aquellas donde no me daban uniforme.

Finalmente, llegué al local un poco más temprano de lo que pensaba y me encontré en la puerta a las que serían mis compañeras, Lucía y María. Las dos fumaban y hablaban, riéndose. Lucía parecía un poco tímida, pero a María se la veía muy extrovertida. Al verme, ambas sonrieron.

—Buenos días —dije yendo hacia ellas.

—Buenos días. ¿Nerviosa? —preguntó María, frotándome el hombro.

—No mucho —admití—. ¿Sabéis a quién voy a peinar?

—Creo que a la sobrina de Fátima, que se ha ofrecido voluntaria —contestó Lucía, tirando el cigarrillo casi consumido al suelo.

—Tu padre dice que eres bastante buena.

—Prometo no dejar calvo a nadie —bromeé, provocándoles a ambas una carcajada.

—¿Es cierto que te has apuntado a las clases de Colton? —preguntó Lucía.

¿Cómo demonios lo sabía? ¿Se lo habría dicho mi padre?

Fruncí el ceño.

—¿Perdón?

—Tu padre es muy amigo de él y de su tío —siguió Lucía, intentando quitarle hierro al asunto—. He supuesto que a ti te sería más fácil.

—No te sientas mal. —María me guiñó un ojo—. Cualquiera haría lo mismo si estuviese en tu situación.

—¿Por qué todos quieren apuntarse a sus clases? Estoy segura de que habrá otras escuelas en el pueblo.

—Las hay —respondió María, cogiendo el móvil del bolso—, pero Colton es bastante bueno: ganó campeonatos y ocupó el puesto más alto del ranking, lo que me hace recordar que alguna que otra cadena de televisión se interesó por él. Creo que lo entrevistaron.

—Nadie sabe nada de él. —Lucía se recogió el cabello en un moño, sin apartar los ojos de mí—. Quizá con el tiempo te enteres de algo y puedas decírnoslo.

María se rio, aunque a mí no me hacía tanta gracia. Sentía que, de una forma u otra, me estaba echando en cara que mi padre tuviese amistad con Colton y con Yoshio. Y de eso mismo había intentado huir yo siempre, de las habladurías y de los favoritismos. Me dije que Lucía simplemente intentaba sacar un tema de conversación, pero empezaba a incomodarme.

—Lo siento —dijo ella, consciente de mi incomodidad—. No quería molestarte.

Fui a responder cuando Fátima apareció a nuestro lado, junto a una adolescente de unos dieciséis años. Sus ojos, casi negros, estaban clavados en mí. Era la persona de la que me encargaría en mi prueba. Comencé a analizar todas las posibilidades, lo que podía pedirme y a la vez ideas y soluciones.

—¡Buenos días! Sofía, ella es mi sobrina Maite.

Nos saludamos con rapidez y entramos en la peluquería. Mis dos compañeras se fueron al almacén, mientras que Fátima y Maite se quedaron conmigo. Fátima me enseñó dónde se encontraban todos los productos y herramientas para que pudiera trabajar. No me costó memorizarlo, pues seguía un patrón parecido al resto de las peluquerías en las que había estado. Maite se sentó en uno de los sillones que había frente a los espejos, con su móvil entre las manos. Supe sin lugar a dudas que me pediría un *look* parecido al de alguna famosa o cantante. Ya me había pasado anteriormente.

—Muy bien, ¿qué quieres que te haga?

—Me gustaría esto —dijo, mostrándome el móvil.

Miré la imagen y asentí. Era un *bob* texturizado, un *blunt cut*. Se trataba de una de las últimas tendencias. Pasé las manos por su melena oscura, sopesando la cantidad y calidad de su pelo. Deduje que el corte le vendría bien, porque tenía el pelo fino, y con ese estilo apenas tendría que hacerle capas, por lo que tendría volumen y movimiento.

—¿Puedes? —me preguntó.

Deslicé los ojos desde su larga melena negra hasta su rostro.

—Por supuesto. También te voy a poner unos reflejos en un tono superior para darte algo de luz en la parte de abajo. ¿Te parece bien?

Con su consentimiento, me olvidé de las miradas y cuchicheos de mis compañeras y me puse manos a la obra.

—Enhorabuena, Sofía —me dijo Fátima, colocándose a mi lado y mirando a su sobrina con satisfacción—. Te ha quedado genial. Me encantan las ondas desenfadadas que le has hecho y ese tono un poco más claro en las puntas.

—¡Estoy supercontenta! —exclamó Maite—. Nunca pensé que me quedaría tan bien. A partir de ahora pienso coger cita contigo para que me lo mantengas.

Fui incapaz de no esbozar una sonrisa. Yo también estaba bastante satisfecha con el resultado. Maite había venido con un *look* bastante sobrio para su edad y yo había conseguido darle un toque juvenil. Me dio un abrazo y me llegó el delicioso olor del champú que había usado.

Se marchó de la peluquería no sin antes hacerse un *selfie* conmigo. Dijo que pondría algo divertido en sus redes, para que sus amigas también fuesen a la peluquería de su tía.

Fui al baño y al salir me dirigí hacia donde estaba María. Peinaba a una mujer mayor, de unos setenta años.

—Te ha salido muy bien, por lo que veo —comentó con amabilidad.

—Simplemente estoy acostumbrada a hacer esos cortes.

—No seas tan humilde —dijo Lucía, sumándose a la conversación. Ella le estaba haciendo unas mechas a una mujer de unos cuarenta y algo—. Te ha salido bien.

—A mí me ha encantado. ¿Qué estilo es? —intervino una de las clientas.

Justo cuando iba a contestar, Fátima apareció a mi lado. Aquel día llevaba su

llamativo pelo recogido en un moño. Parecía estar tan contenta con mi trabajo que no paraba de rondarme y observarme cada vez que podía.

—Admito que me has sorprendido. Tu padre no exageraba: tienes unas manos fantásticas. Si lo quieres, el puesto es tuyo. Vamos a mi despacho y hablamos de las condiciones.

—Pues esto hay que celebrarlo —dijo María, volviéndose hacia nosotras—. Si quieres, puedes unirte a Lucía y a mí a la hora de la comida. Iremos a un bar de tapas.

Y a las tres de la tarde, después de aceptar las condiciones de Fátima y por tanto el trabajo, salimos las tres de la peluquería para ir a comer a ese bar del que había hablado María. Cuando llegamos, no había ni una sola mesa libre. Aquello estaba a rebosar. Tampoco me extrañó, porque era bastante tarde. El aire acondicionado calmó un poco el calor de mi cuerpo. Me pasé un brazo por la frente y me recogí la melena, deseosa de sentir el aire frío en la nuca.

—No hay sitio. Tendremos que irnos.

—El dueño del bar me conoce; nos sacará una mesa —dijo María, haciéndonos un gesto para que la acompañásemos.

Bruno, el dueño del bar, un hombre de mediana estatura y enorme barriga, nos colocó una mesa justo debajo del aparato del aire. Era bastante agradable, pues nos refrescaba, pero a la vez pensé que nuestra comida se enfriaría con mayor rapidez. Él clavó sus ojos oscuros en mí, a la par que hacía una mueca con la boca.

—Eres la hija de Fran, ¿verdad?

—La misma —respondí.

—Yo soy Bruno. A veces tu padre viene con Yoshio y su sobrino. Me alegro de conocerte.

—Igualmente, gracias —contesté con una sonrisa.

—Os dejo tiempo para pensar lo que queréis. De bebidas os traigo cerveza; ¿tú quieres lo mismo, Sofía? —preguntó él.

—Sí, por favor.

Al quedarnos solas, Lucía guardó el móvil y centró su atención en mí. María, por el contrario, seguía ocupada con el teléfono.

—Todos te conocen en el pueblo.

—Ya veo… Parece que mi padre se ha dedicado a pregonar mi llegada —bromeé, fijándome en la sencilla decoración del bar.

Lucía pareció relajarse, dejando a un lado su postura fría y desconfiada. Me

pregunté por qué se comportaba conmigo de esa forma. En cada situación encontraba una oportunidad para fastidiarme y recordarme una y otra vez que lo conseguía todo gracias a mi padre.

María dejó su móvil a un lado, ajena a la rivalidad entre Lucía y yo.

—Bueno, bueno…, has superado la prueba. ¿Cómo te sientes?

—Contenta —admití, y de repente se oyeron varios tonos de melodía en mi teléfono. Debía de haber recibido mensajes—. No sabía qué me pediría Fátima ni si le gustaría mi forma de trabajar.

—Tus mejores pronósticos se han cumplido. Está encantada contigo. —Lucía hablaba y paseaba la mirada por el bar—. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Tengo kárate a las ocho, si no recuerdo mal. Luego…

—Ah, sí, que nos has dicho que al fin has entrado. —María parecía alegrarse. Lucía, en cambio, mantenía un rictus bastante serio. María prosiguió—: ¿Has conocido ya a Colton?

—No.

—Pues cuando lo hagas ya me contarás qué te parece.

Lucía volvió a mirarme, con una sonrisa torcida.

—Es una clase de prueba; en caso de que no me guste, no me apuntaré.

—No creo que ese sea el caso, porque sus clases son muy entretenidas —intervino Lucía, llamando a un camarero con un gesto.

Confusa, fruncí el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy una de sus alumnas.

Si me hubiese tirado el resto de su cerveza en la cara no me habría sorprendido más. Miré a María, que asintió varias veces. Entonces, ¿qué demonios le importaba a ella si a mí me metían en las clases o no? Era incapaz de entenderla, de saber si estaba de broma o hablaba en serio.

—Soy una de las primeras que se apuntó —añadió, pidiéndole al camarero que trajera tres cervezas más.

—Supongo entonces que tienes un rango alto —pensé en voz alta. Estaba empezando a gustarme cada vez menos la idea de ir a kárate aquella tarde. ¿Podría inventarme que me encontraba mal o que me había surgido algún imprevisto? Tener que pasar algunas tardes con Lucía era lo último que se me había pasado por la cabeza.

—Soy cinturón marrón. Podemos ir juntas desde aquí si te apetece.

—Tengo mi mochila en casa.

—Te acercaré con el coche —dijo ella, cogiendo una de las cervezas que trajo el camarero—. Te presentaré al resto del grupo. Son todos bastante amables.

—No será lo mismo que en la peluquería, Sofía —intervino María, moviendo los rizos de su corta melena—. Esta vez tendrás a alguien en quien apoyarte. En caso de que no te gusten los comienzos.

Sin lugar a dudas se refería a Lucía. Hice un gran esfuerzo por no mostrar lo poco que me complacía pasar más tiempo con aquella arisca joven. Sus continuas pullas hacían imposible que entre ambas se estableciese una relación de amistad. Sin embargo, cuando bajaba la guardia, podía atisbar una pequeña parte de ella completamente diferente. Amabilidad versus descortesía. Me di cuenta de que Lucía esperaba mi respuesta, repiqueteando con sus bonitas uñas contra la mesa.

Cogiendo aire, asentí.

—Claro.

—No será tan malo, ya lo verás…, sobre todo cuando conozcas a Colton.

—Habláis de él como si fuese…

—¿Dios? Quizá no tanto, pero te puedo asegurar que es lo más atractivo que tiene este condenado pueblo —murmuró Lucía, haciendo una mueca con los labios.

—¿Tan guapo es?

—¿Guapo? Está buenísimo, cariño. —María hizo un gesto que me hizo reír —. Incluso mi novio entiende que babee cuando lo veo.

—Y ese aire misterioso, seco y frío atrae mucho más —completó Lucía—. Nunca quiere nada con nadie. Da sus clases y se acabó. Date por satisfecha si te lo encuentras por la calle y te mira; es su forma de saludar.

—Quizá sea…

—Yoshio es diferente —me cortó María—. Él se para a hablar contigo o te sonríe. Es como ese abuelo que todas querríamos tener.

—¿Y para qué queréis que os salude alguien tan poco amable? Yo pasaría —dije, llevándome las manos al estómago, que me comenzaba a gruñir. Necesitaba comer algo. Había sido una mañana bastante ajetreada.

—Ya cambiarás de opinión… Ahora miremos la carta, que me muero de hambre. —Lucía puso fin a la conversación.

No me di cuenta de lo nerviosa que estaba hasta que Lucía aparcó el coche y nos dirigimos hacia el local de kárate. Era grande, y nada más entrar había un recibidor decorado al estilo japonés, con una mesa oscura, papeles que contenían información y, en las paredes, fotos de alumnos y de Colton, además de otros, que supuse que serían su maestro o entrenadores. Un olor fresco y ligero me envolvió, haciéndome sentir momentáneamente más tranquila.

Al fondo del recibidor había un biombo japonés de madera y papel, que ocultaba el tatami donde se entrenaba. De hecho, podía oír los gritos de los alumnos y una voz profunda diciendo los números en japonés.

Mi corazón dio un golpe contra mis costillas. Una fría gota de sudor se deslizaba por el canal entre mis pechos.

Del cuarto de baño, situado a la izquierda, salió una mujer de rasgos asiáticos. Era bastante joven y tenía el pelo teñido de rosa y recogido en un moño informal. Algunos mechones caían por su rostro, dándole un aire juvenil y atractivo. Cuando reparó en mí, me hizo un gesto de saludo. Supuse que ya estaría enterada de por qué me encontraba allí.

—Vamos a los vestuarios. Entraremos dentro de poco.

Seguí a Lucía hasta los vestuarios, situados cerca del cuarto de baño. El suelo, de parqué, quedaba bastante bonito con las paredes blancas, en las que había pintadas unas letras japonesas, además de una enorme flor en una de las esquinas. Nos encontramos allí con tres mujeres con el kimono puesto. El cinturón de la de más bajo rango era azul marrón.

Mi escaso entusiasmo desapareció al comprobar que yo era la de menor nivel.

—¿Eres nueva? ¡Oh! Eres la nieta de Linda: reconocería esos ojos en cualquier parte —dijo una mujer de unos cuarenta y pocos años, acercándose a mí—. Yo soy Isabel y ella es mi hermana Mar.

Antes incluso de que pudiese decir nada, la tal Mar me rodeó con los brazos y me apretó contra su ancho pecho.

—Eres idéntica a tu abuela. Cuánto la echo de menos… —Separándose, sonrió. Sus ojos azules transmitían simpatía y calor—. Bienvenida.

—Muchas gracias —dije, algo más animada por la efusividad—. Encantada de conoceros.

La tercera mujer llevaba un cinturón marrón, era alta y estaba muy morena. Se acercó con una educada y simpática sonrisa.

—Bienvenida. Yo soy Laura.

—Gracias. Yo soy Sofía, encantada —respondí.

Saqué el *karategi* de mi padre de mi mochila deportiva y suspiré. Aquel traje era enorme. Iba a parecer un payaso envuelto en una gruesa sábana blanca. Me lo puse y le di varias vueltas al dobladillo del pantalón e hice lo mismo con las mangas. Al mirarme en el espejo, quise salir corriendo.

Estaba horrible.

El cinturón blanco que mi padre me había conseguido sujetaba a duras penas la espesa tela del *karategi*. Mis nuevas compañeras asintieron, quizá en un intento por animarme. Ni de lejos me quedaba igual de bien que a ellas. Lucía sonrió divertida.

Salí con ellas de los vestuarios y vi a muchos padres fuera, esperando a sus hijos. La chica del pelo rosa los iba guiando, asegurándose de que todos los niños eran recogidos por alguien.

—Eres nueva, ¿verdad?

Me volví con rapidez y me encontré a un hombre de unos treinta años a mi lado. A primer golpe de vista me pareció bastante atractivo. Sus ojos pardos eran grandes y estaban rodeados por unas pestañas oscuras que los marcaban. Llevaba el pelo, castaño claro, recogido en un moño.

Demonios, era altísimo. Tenía que alzar la cabeza para poder mirarlo. Su *karategi,* al igual que los del resto de los alumnos, no presentaba ni una sola arruga. Tenía cinturón marrón.

—Sí, soy nueva —respondí con una sonrisa.

—Bienvenida. Yo soy Pablo. Te encantará la clase; Colton es el mejor.

Iba a responder cuando Lucía me cogió del brazo y tiró de mí. Teníamos que empezar ya la clase. Si antes había estado nerviosa, ahora casi no podía evitar temblar. En aquella clase todos tenían cinturones altos; el más bajo, un hombre que lo tenía verde. Y ahí estaba yo, sin encajar. Entonces entendí por qué a mí no me habrían admitido. Era una clase de nivel y yo estaba en el escalón más bajo.

Quería marcharme e irme a mi casa. Me dije que con la peluquería tenía bastante.

La clase era bastante grande. Había un espejo que cubría la pared de enfrente, creando un efecto óptico que hacía que se viese aún más amplia. En esa misma pared había dos banderas de Japón y una fotografía de Gichin Funakoshi, conocido como el padre del kárate moderno y por ser fundador del

estilo *shotokan,* el que practicábamos.

En una de las esquinas estaba Colton.

Era imposible no saber que él era el *sensei*.

Nadie en el aula tenía esa aura de autoridad y seriedad que lo rodeaba. El *karategi* que llevaba debía de ser de bastante buena calidad y estaba perfectamente planchado, con el cinturón negro en las caderas. Al contrario que yo, él parecía un guerrero preparado para luchar.

Al darse la vuelta, pude verle el rostro. Era el de la foto que tenía Yoshio en su restaurante. Sus rasgos, atractivos y feroces, más occidentales que orientales, habían adquirido madurez con el paso del tiempo. Pelo negro y abundante. Ojos ligeramente rasgados pero grandes y castaños, cálidos, como la arena mojada. Era lo único de él que transmitía calor, paz y serenidad. El resto resultaba impenetrable.

—Deja de mirarlo tan fijamente —me susurró Lucía—. O te sacará a ti para iniciar el calentamiento.

Me importa un bledo, pensé. Pocas veces en mi vida había visto un hombre como él, tan arrollador. Clavé los ojos en su boca carnosa y pude ver lo blancos que tenía los dientes cuando la abrió para humedecerse los labios.

Colton parecía un depredador tranquilo, y la forma en que se movía era elegante. Estaba dotado de gracia y bien proporcionado. Nada en él desentonaba. Cuando sus ojos se clavaron en mí, me obligué a permanecer impasible, aunque la espalda se me tensó involuntariamente. Me aterrorizaba la idea de que me pidiese iniciar el calentamiento.

Sus ojos se entrecerraron.

Si conseguía pasar desapercibida en mi primera clase, me podría dar con un canto en los dientes.

Me coloqué al principio del tatami, como el resto de mis compañeros, y esperamos las indicaciones del *sensei*. Cuando retiró su lobuna mirada de mí, me relajé y solté todo el aire que había estado conteniendo.

—Pablo, inicia el calentamiento —murmuró con una voz ronca y aterciopelada.

Él saludó con una suave inclinación y todos hicieron lo mismo. Me quedé quieta cuando Pablo comenzó a correr en círculos, lo mismo que el resto de los alumnos. ¿Tenía que acercarme a Colton y presentarme? ¿Sabría que era la hija de Fran? Al ver que era la única que no hacía el calentamiento, asintió en mi dirección, con las manos detrás de la espalda.

—¡Vamos! —dijo Lucía, cogiéndome de la mano.

Seguí el calentamiento con bastante facilidad, pero cuando comenzamos a repasar los *katas* y llegamos a los más avanzados, supe que mi infierno no había hecho más que empezar. Intentaba imitar los movimientos que hacían el resto de mis compañeros y seguirlos, pero más de una vez acabé perdida y haciéndolos con las piernas o los brazos equivocados. La situación empeoró mucho más cuando vi que Colton me dirigía miradas desconcertadas o molestas, con el ceño fruncido y los labios apretados en un severo rictus. Seguramente estaba escandalizado por la poca coordinación que veía en mí. Llevaba años sin hacer deporte, pero quise pensar que mejoraría con el paso de los días.

Las mejillas se me pusieron rojas y mi incomodidad aumentaba cada segundo, empeorando aún más, si era posible, mis movimientos. Rogaba una y otra vez que fuese la hora y pudiese desaparecer. También pensaba cómo le diría a mi padre que no iba a volver a las clases sin mencionarle lo incómoda que me había sentido con la hostil mirada de Colton.

Cuando la clase acabó, nos pusimos en orden por cinturones todos los alumnos. Saludamos una vez más, con Pablo a la izquierda de Colton. Luego fuimos pasando todos de uno en uno para estrechar la mano del *sensei* y del resto de los alumnos. Cuando fue mi turno, me obligué a sonreír y estiré el brazo, en un gesto que quizá imploraba una sonrisa o un trato afable que me ayudara a tener un recuerdo no tan malo de la clase.

Colton cogió mi mano con suavidad pero con determinación. Sus felinos ojos, por el contrario, se entrecerraron, haciéndolo parecer frío y distante.

Una vez terminé de darles la mano a todos, me incliné como saludo antes de salir del tatami. Suspirando, me dirigí hacia los vestuarios, donde me cambié de ropa con rapidez. El resto de las chicas no tardaron en aparecer, hablando distraídamente y ajenas a mi desazón. Nunca había pensado que fuera torpe, pero ese día, sin lugar a dudas, había comenzado a dudar de mi agilidad.

—¡Sofía! ¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido la clase? —preguntó Mar, quitándose el *karategi*.

Sin darle la espalda y poniéndome los zapatos, le contesté:

—Bien.

—No se te da nada mal, ¿eh? Manejas algunos *katas* mucho mejor que otros que tienen un cinturón superior a ti.

Sorprendida, me colgué la mochila de deporte y la miré.

—¿En serio piensas eso?

—¡Por supuesto! —intervino entonces la hermana de Mar, guiñándome un ojo—. Date tiempo y llegarás lejos.

Pues eso era algo que no pensaba darle a ese deporte, tiempo. En aquella academia al menos. Me alegré cuando Lucía se cambió de ropa y se ofreció a llevarme de vuelta a casa; aún era de día, a pesar de ser las nueve. Ni siquiera me quedé para saludar a Colton o darle las gracias por la clase. Tenía demasiado frescos los gestos que había hecho al mirarme, como si yo hiciera de ese deporte una aberración. Pocas veces en mi vida me habían mirado de la forma en que él lo había hecho.

Me despedí de Lucía con un escueto «Adiós y gracias», sin ganas de entretenerme.

Cuando entré por la puerta de mi casa sentí alivio: el día había acabado y seguía viva. Mi padre se acercó desde la cocina con una cerveza en la mano y una enorme sonrisa en su jovial rostro.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Bien?

La ilusión que le vi, junto al favor que Colton le había hecho al aceptarme en su academia, hicieron que sopesara mi respuesta. Acepté con una sonrisa la cerveza que me daba y lo acompañé a la cocina.

—Bien —mentí.

Mi padre no me conocía lo bastante para saber que mis hombros encorvados y mi tensa sonrisa decían todo lo contrario.

—Me alegro. ¿Colton te ha tratado bien? Puede ser un poco duro y seco, pero es la forma en que a él lo entrenaron en Japón.

—Yo… —tragué saliva y me obligué a hablar— creo que no encajo, papá.

—¿Cómo?

—Todos… todos tienen cinturones altos y se saben los *katas*. Yo, por el contrario, solo conozco los tres primeros y a veces me confundo de movimiento —dije con suavidad. No quería herirlo con mis palabras—. Y las pocas veces que acertaba creo que no…

—¿Quieres dejarlo? Se lo puedo decir. No tienes que preocuparte de nada.

Alcé la mirada y la clavé en sus ojos oscuros, iguales a los míos, sólo que yo con la forma de los de mi abuela Linda. Me apoyaba, pero también noté su desilusión. Dudé. ¿Tan rápido iba a darme por vencida? ¿Qué haría cuando Colton apareciese en casa de mi padre? ¿Esconderme en mi cuarto y no salir, para así evitar su mirada de desaprobación y rechazo? Debería importarme

poco, pero la realidad era bien diferente.

Iba a estar allí dos meses, podía aguantar, me dije.

—Probaré esta semana, papá —dije con palabras temblorosas; mi cerebro no quería cooperar—, y tomaré una decisión.

—Haz lo que quieras, Sofía. No te sientas obligada. Tiene que ser un ocio para ti. En el momento en que se convierte en una obligación, no compensa.

—No, no —negué con la cabeza—. Probaré esta semana. Si opto por no continuar, se lo diré yo misma.

—De acuerdo. —Mi padre me miró con preocupación.

Consciente de que podía parecer triste o abatida, sonreí.

—Voy a ducharme.

—Muy bien. Yo he pedido pizza… ¡Ah, por cierto! Mañana vienen a casa Colton y Yoshio, para ver un partido, además de a traer la escalera. Quizá sea un buen momento para acercar posturas. Colton no es un mal hombre, simplemente cuesta llegar hasta él.

De eso estaba segura. Asentí y subí hacia la planta superior, donde me di una refrescante ducha, que en cierta forma consiguió aflojar el peso de mis hombros. La fatiga desapareció, y caí laxa sobre mi colchón. Tenía la ventana abierta y el frescor de la noche llegaba a mí en suaves olas. Mi estómago gruñó. Recordando que esperábamos al repartidor, decidí llamar a Eli. Con ella podría desahogarme y obtener un punto de vista que no estuviese afectado por las condiciones en las que me encontraba.

Eli no tardó en contestar.

—¡Sofía! ¿Cómo te encuentras? Me has pillado saliendo del baño. Pongo el altavoz mientras me arreglo.

—¿Vas a salir?

—Con mis padres. Las chicas están ocupadas y me negaba a quedarme en casa. ¿Cómo ha ido en la peluquería?

—Bien, me han cogido —respondí, esbozando una sonrisa.

—¡Eso es genial! Enhorabuena. Te diría que lo celebráramos, pero estamos algo lejos.

—Ya sabes que puedes venir a verme cuando quieras —dije con esperanza.

—Iré algún día con las chicas, no te preocupes.

Sabía que era poco probable, pero lo dejé estar.

—Hoy… también he empezado kárate. —Mi voz ya no sonaba tan animada, y Eli pareció notarlo.

—Oh, oh… Por tu voz creo que no ha ido bien.

—Ha sido horrible. Colton, el que nos enseña, es amigo de mi padre y pensaba que sería…, no sé, cálido…

—Y ha sido todo lo contrario.

—¡Estaba toda la clase mirándome con el ceño fruncido! —Al darme cuenta de que gritaba, bajé la voz—. Yo… nunca me he sentido avergonzada de mi cuerpo, es decir, siempre he creído que tengo agilidad. Pues él se ha encargado de hacerme saber que carezco de armonía y de precisión, como si mis extremidades fuesen de tela.

—¿Estás segura? ¿No puede ser que simplemente sea serio y se pase toda la clase gruñendo? El kárate es un deporte que exige mucho trabajo y disciplina, ya lo sabes.

—¡Lo sé! Pero… no encajo —murmuré, soltando todo el aire de los pulmones en un hondo suspiro—. Siento que me odia, porque mi padre me ha conseguido un sitio en su escuela. No he estado en la lista de espera.

—Él tampoco se negó, así que no te comas la cabeza. ¿Te gusta el deporte? ¿Te ha gustado su clase?

Sí, me había encantado. Su clase había sido entretenida y rítmica; sólo la habían enturbiado su aspereza y su severidad. Me gustaba ese deporte, pero ¿estaba en el sitio adecuado?

—Me encanta —admití con la boca pequeña.

—Entonces aprovecha que estás dentro y aprende todo lo que puedas antes de volver a Huelva. —La oía más cerca, como si hubiese quitado el altavoz y hubiese cogido el teléfono—. Creo que su actitud no tiene nada que ver contigo. ¿Te gustaría que te tratase con afecto, diferente a los demás? Ahí sí que se notaría que tiene buena relación con tu padre.

Me mordí el labio, reflexionando. Había observado que a nadie miraba con tanto rencor y resentimiento como a mí, y sí, era serio con la clase, pero también había sonreído cuando algún alumno le había comentado algo, si es que podía llamarse sonrisa a aquel mohín tan sexy que hacía con sus carnosos labios. ¡Ay, qué boca!

—¿Es guapo?

Confusa, parpadeé varias veces.

—¿Cómo?

—Tu profesor. ¿Está bueno? Y no me digas que no te has fijado, que tú eres de las mías.

—Es… atractivo.

—Vale, eso quiere decir que está bueno —concluyó Eli.

—Es… bastante famoso. Ha participado en competiciones internacionales y nacionales, en Japón.

—¿Y eso qué tiene que ver con que sea guapo? ¿Cómo se llama?

—Colton. Desconozco su apellido —dije, colocándome una mano en el estómago cuando me volvió a rugir.

—Pues pasa de él. No lo mires, acepta sus consejos si te da alguno y aprende. Si es tan famoso y hay lista de espera, tiene que ser bastante bueno. No todos los días se tiene a un profesor tan experto, ¿no crees? Por cierto, ¿ha dejado de competir? ¿Es muy mayor?

—Sí, ya no compite, y no, no es mayor; tendrá unos… treinta y algo.

—Mis padres me llaman. Me están esperando para ir a cenar. ¿Estás mejor?

—Sí —admití—. Probaré esta semana y veré qué hago.

—Vale, cariño. Cualquier cosa, sabes que puedes escribirme.

Sonriendo, a pesar de que ella no me veía, asentí. Eli era mi mayor apoyo, una amiga en la que podía confiar fuera cual fuese el asunto. Me pregunté por qué me afectaban tanto unas cuantas miradas hostiles de una persona con la que no tenía ninguna relación.

—Gracias. Con tanta queja no te he preguntado por tu día.

—No te preocupes, no ha pasado absolutamente nada que tenga que contarte. Oye, ¿y la caja de tu abuela?

—Está en un desván y para subir necesito una escalera. Mi padre se la dejó a Colton; mañana la traerá.

—De acuerdo. Dime algo en cuanto la abras, ¿vale? Me muero de curiosidad… Mis padres siguen llamándome. Tengo que irme.

—Disfruta de la cena —dije antes de colgar.

De acuerdo, así, pues, el plan era ignorar las miradas hostiles y aprender de Colton. Podía hacerlo. No necesitaba tener una relación afectiva con el que era mi profesor para practicar el deporte. A fin de cuentas, yo le pagaría por las clases el mismo precio que el resto de sus alumnos; no era menos ni inferior a nadie, me dije mentalmente, intentando animarme.

Cogí aire y me obligué a incorporarme al oír que llamaban a la puerta. Las pizzas habían llegado. La preocupación y el malestar que pudiese haber sentido desaparecieron cuando un intenso y exquisito olor llegó hasta mis fosas nasales.



4

Al día siguiente, en el trabajo, me encontré con varias adolescentes que me pedían cortes parecidos al de la sobrina de Fátima, y a dos mujeres que querían innovar y llevar un peinado más fresco y moderno. Fátima estaba bastante contenta por la cantidad de gente que se acercaba a la peluquería preguntando por la peluquera que le había hecho un corte tan natural y bonito a Maite. Pude atender a un total de cinco clientas, y María y Lucía tuvieron que encargarse de las tres restantes. A pesar de que mi horario era hasta las tres, no terminé hasta las cuatro con la última clienta, cuyo cabello rubio oscuro se veía más iluminado con unas *babylights* que le apliqué que resaltaban sus grandes ojos azules.

Muerta de hambre, me quité el uniforme en el cuarto de baño antes de dirigirme hacia la salida, donde estaban Lucía y María. Ambas habían acabado a las tres, por lo que ya habían comido y continuarían con el turno de tarde. Cansada y con dolor de brazos por tanto usar los secadores y las planchas, cogí mi bolso del perchero.

—Hasta mañana, chicas.

—Descansa, Sofía, te lo mereces. —María parecía alegrarse por mi creciente éxito. Lucía, por el contrario, me miraba con desconfianza y desdén—. Oh, por cierto, ¿qué tal te fue en la clase de kárate? —añadió María.

—Estuvo bien.

—¿Qué te pareció Colton? Al principio puede que se te haga cuesta arriba, pero tiene muy buena reputación.

—Todo fue bien. Me gustó la clase.

—Se refiere al profesor, Sofía. No me digas que no te has fijado en él. No te creería —saltó Lucía, cruzando los brazos, mientras aguantaba entre sus labios rojos un cigarrillo.

—Es guapo, tengo ojos en la cara —respondí tajante, sin ganas de aguantar los comentarios cargados de veneno de Lucía. Ya había tenido bastante con sus continuas pullas durante la mañana—. Me voy, que necesito descansar. Esta noche tenemos visita en casa.

—Descansa —dijo una de las dos, pero yo ya me había dado la vuelta y desconectado de la situación, y fui incapaz de reconocer la voz.

Ante la luz cegadora del sol, busqué mis gafas en el bolso e hice el camino a casa. No hacía tanto calor como el día anterior, pero la temperatura seguía siendo bastante alta. Me moría de ganas de darme una ducha, almorzar y ver una película en el salón, o tumbarme en mi cuarto. Notaba el pelo de la nuca pegado al cuello a causa del sudor, la camiseta que llevaba también se me pegaba a la espalda y el pecho. En la peluquería había aire acondicionado que refrescaba todo el local, pero no me había tomado ni un solo descanso. Había ido demasiada gente, y tomarme un café o una limonada había sido imposible.

Cuando llegué a casa, mi padre me recibió desde el salón con un sonoro saludo. Yo respondí con un gemido. Mientras subía la escalera, me paré a la mitad para mirar a mi padre. Llevaba el uniforme de policía, por lo que supuse que acababa de llegar de trabajar.

—¿Qué tal tu día, papá?

—Bastante relajado, aunque este calor es asfixiante —gruñó—. ¿Y la peluquería?

—Muy bien —sonreí—. Ha venido bastante gente.

—Se lo dije a Fátima y me ha llamado para decirme lo feliz que está de tenerte allí.

Satisfecha, me disponía a subir el resto de escalones cuando mi padre volvió a llamarme.

—Sofía, Colton y Yoshio vendrán sobre las siete y se quedarán a cenar. Como te dije, traen también la escalera. Cenas con nosotros, ¿no?

—Sí —asentí—. Estoy demasiado cansada como para salir a dar una vuelta.

Iba hacia el cuarto de baño cuando mi teléfono comenzó a vibrar. Al sacarlo del bolso, vi que era mi madre. Dejé que colgara para luego mandarle un audio prometiéndole que la llamaría en unas horas, en cuanto comiese y me pusiera

cómoda. Mi madre estaba acostumbrada a hablar conmigo todos los días, ya que vivíamos juntas, y desde que me había ido a Coria no hacíamos más que enviarnos mensajes. Ella estaba viajando, pero yo en cambio trabajaba y apenas tenía tiempo de responder.

Después de darme una buena ducha y peinarme, abrí el armario de mi habitación. Me puse lo primero que encontré, deseosa de irme a la cocina a almorzar, a pesar de que casi eran las cinco. Me había puesto una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones estrechos y elásticos de color caqui. Iba cómoda pero arreglada. Cogí las chanclas y bajé con rapidez a la cocina, deseando calmar el hambre que tenía. Llevaba desde las nueve y media de la mañana sin probar bocado, así que, cuando abrí el frigorífico y vi una lasaña, no me lo pensé dos veces.

Sentada en el sofá con mi padre, no pude evitar dar un pequeño brinco cuando el timbre sonó. Mi padre no se dio cuenta y esbozó una enorme sonrisa antes de desaparecer y dirigirse a la puerta. Oí voces masculinas. Intenté aguzar el oído y me sorprendí al oír una carcajada masculina y ronca, demasiado joven para tratarse de mi padre o de Yoshio.

Así que mi profesor de kárate sabía reír… No todo eran gruñidos y contar en japonés.

—Pasad, pasad, id al salón. Sofía está allí. Tenemos la mesa puesta: cervezas, nachos… Ella también se ha encargado de hacer unos panecillos rellenos de…

Dejé de prestar atención cuando oí las pisadas. Se estaban acercando. Sin entender la razón ni el porqué, mi corazón comenzó a latir desbocadamente contra mis costillas. Cambié de sitio, sentándome en el sillón, y esperé. Yoshio apareció en primer lugar y me dirigió una amistosa sonrisa antes de sentarse en el sofá. Colton, vestido con camisa blanca y pantalón oscuro —muy elegante para una cena informal en casa, pensé—, llegó segundo, y su rostro, que hasta ese momento estaba jovial tras reírse, se volvió frío y duro como una piedra al verme. Hizo un gesto de saludo con la cabeza, al que yo respondí con un escueto «hola».

Mi padre, ajeno a la tensión, me hizo un gesto.

—Sofía, Colton ha traído la escalera.

—¿Puedo ir entonces un momento a casa de la abuela?

—No podré acompañarte. Tal vez mañana…

—Puedo ir sola. Meto la escalera en mi coche y me acerco un momento. No tardaré —dije, ya levantada.

—No quiero que vayas sola; puedes caerte cuando subas…

—Papá, soy adulta y no es la primera vez…

—¿Qué más te da esperar otro día?

Comenzaban a resultar demasiado obvias mis ganas de desaparecer de allí. Justo cuando, resignada, iba a aceptar ir otro día, observé que Yoshio le dirigía una mirada llena de significado a Colton, que asintió, aunque no sin antes soltar todo el aire que contenía de forma casi inaudible. Sólo fui consciente de ello por el movimiento de su pecho.

—Yo iré con ella —dijo.

Sorprendida, alcé una ceja.

—Puedo ir sola.

—Tu padre tiene razón; puedes caerte de la escalera. Yo iré contigo y volveremos enseguida.

Yoshio asintió y cogió una de las cervezas que había en la mesita baja. Parecía mucho más relajado y complacido. Miré a mi padre y le hice un gesto de negación, justo cuando ninguno de los otros dos miraba.

—Colton va contigo o te quedas, porque sola no vas a subirte a la escalera. Tú decides.

Me pasé las manos por la cara, olvidándome de que me había maquillado para dar algo de color a mi cansado rostro. Asentí y fui a coger las llaves de mi coche cuando Colton volvió a hablar, con aquella ronca y aterciopelada voz.

—Vamos en mi coche. Tengo allí la escalera. No tiene sentido que vayamos en el tuyo.

Y pasó por mi lado sin esperar mi respuesta. Mi malestar aumentó. Cogí las llaves de la casa de mi abuela y le eché una última mirada a mi padre. Salí con rapidez. Al ver los coches aparcados fuera, me pregunté qué vehículo sería el suyo. Justo detrás del mío había un Ford Kuga de color gris oscuro.

Al ver que no me montaba, Colton hizo un ademán.

—Entra.

¿Por qué cada vez que se dirigía a mí era con una orden? Apretando los dientes, me senté en el asiento del copiloto e inspiré, intentando calmar la ira que me invadía. Pero sólo conseguí captar el olor fresco de Colton: una mezcla de madera y ropa limpia que me erizó la piel. ¿Qué demonios funcionaba mal en mí? ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba a él de esa forma? Confusa, me fijé en

sus varoniles manos, puestas sobre el volante con seguridad y fortaleza, muy bien cuidadas. Reparé en la forma en que las deslizaba por el volante y lo encontré arrolladoramente atractivo y cautivador. Era como una caricia sensual.

Sacudí la cabeza, intentando alejar las tentadoras imágenes que se proyectaban en mi mente.

Al llegar a casa de mi abuela, suspiré. Me bajé y Colton sacó la escalera con cuidado, antes de venir detrás de mí. Cuando conseguí encontrar la llave, le hice un gesto y esperé a que entrase para cerrar la puerta, lo que me hizo volver a captar su olor.

El silencio que nos rodeaba en ese momento era incómodo y frío, y me pregunté por qué ese hombre era así conmigo, qué podía haber hecho yo para que tuviese aquella animadversión hacia mi persona.

—Está arriba —dije, haciéndole un gesto.

Sin una palabra por su parte, subimos la escalera. Efectivamente, a la izquierda, en el techo, había una trampilla. Colton puso la escalera justo debajo y me miró sin soltarla, sujetándola con aquellas manos que, por algún motivo, yo encontraba perfectas y atractivas. Sus ojos castaños no se apartaban de los míos. Tras lo que me pareció una eternidad, me aclaré la garganta.

—¿Qué pasa?

—Creo que debería subir yo.

—¿Qué? —casi grité, frunciendo el ceño—. Gracias, pero no es necesario. Cogeré la caja y…

—¿Y si pesa?

—Podré con ella.

—No quiero tener que volver a tu casa sin ti porque te hayas caído. Dejaré la escalera aquí por si quieres venir otro día, pero déjame que yo suba a por la caja —insistió, arrastrando un poco las palabras.

Supe que no me dejaría subir, dijera lo que dijese, y tampoco me apetecía volver a casa con las manos vacías y tener que explicarle a mi padre la situación. Durante unos segundos nos sostuvimos la mirada. La suya no transmitía nada más que serenidad. La mía, por el contrario, debía de ser un torrente de emociones. No era tan buena como él para ocultar mis pensamientos.

Cogí aire y asentí.

—No me responsabilizo de lo que haya ahí arriba —dije, cruzándome de

brazos.

Por primera vez vi un amago de sonrisa en su rostro. Tenía las mejillas un poco encendidas por el calor que hacía. Sujeté la escalera, a pesar de que él no me lo había pedido, y lo observé subir, pero de repente recordé que necesitaba la llave.

—Espera; necesitas esta llave para abrir.

La saqué de uno de los bolsillos traseros de mi pantalón y me puse de puntillas para llegar hasta él y dársela. Él se volvió lo justo para estirar el brazo. Cuando nuestros dedos se tocaron, una apacible corriente recorrió todo mi cuerpo, desde la zona de contacto hasta mi cabeza y mis pies. Suave, cosquilleante y caliente. Aquel tenue roce había despertado en mí algo que no supe definir ni identificar. Negándome a mirarlo a los ojos, volví a sujetar la escalera y, una vez supe que ya no me miraba, alcé la cabeza.

Y me encontré con su trasero.

Está bien, tranquila… Mira su espalda, o la lámpara o el cuadro…

Pero era incapaz de apartar mis ojos de sus glúteos bien definidos, enfundados en aquellos pantalones oscuros. *Además de guapo, viste bastante bien,* me dije.

Cuando Colton estaba ya en lo más alto de la escalera, la sujeté con más fuerza al notar un pequeño movimiento. Suspiré de alivio al oír el «clic» que indicaba que la llave abría aquella pequeña puerta.

—Ten cuidado —dije de forma inconsciente.

Colton, por supuesto, no respondió. Demasiado había hablado aquel día conmigo. Debía de haber agotado ya todas las palabras que tenía disponibles para mí, pensé con burla. Como si de una mimosa sensitiva se tratara, ante el mínimo contacto se retiraba y adoptaba aquella máscara de frialdad y desinterés que casi rozaba la irritabilidad.

Cogí aire, conté hasta tres y solté toda la tensión en un hondo suspiro. Había cosas que no podía cambiar, y una de ellas parecía ser la indignación de Colton por que yo hubiese entrado en su academia gracias a mi padre.

Una vez volvimos a casa y dejé la caja en mi cuarto, volví al salón con ellos tres. Lo que pensé que sería una tarde-noche aburrida y llena de tensión acabó siendo bastante interesante…, aunque la inquietud seguía en el aire, pesada, como una nube invisible que me dificultaba relajarme. Vimos un programa en

el que varios deportistas hacían *katas*. Cuando salió la que representaba a nuestro país, no pude evitar compartir la efusividad de mi padre durante todo el *kata,* aplaudiendo.

Cuando fue el turno de la japonesa me volví hacia Colton. Como si yo no existiese, hablaba con mi padre y comentaba la actuación de las dos karatekas. Yo apenas abría la boca, escuchando lo que ellos tenían que decir. En algún momento, al oír su voz ronca, ocultaba mi rostro detrás de mi melena. Tal como él pasaba de mí, me negaba a ser yo la que mostrase un mínimo de interés por sus palabras.

Cuando ya no quedaban cervezas y el bol de patatas estaba vacío, lo recogí todo y me dirigí hacia la cocina. Allí tiré los restos y me encargué de llenar el bol. Al volver al salón, lo dejé todo en la mesa, junto a tres botellines que había cogido del frigorífico.

Yoshio me sonrió.

—Gracias.

—De nada —respondí.

—¿Qué tal te va en la peluquería, Sofía?

Sorprendida de que Yoshio me hiciera una pregunta directa, metiéndome en la conversación, respondí con demasiada efusividad, mostrando lo mucho que me gustaba formar parte de aquella pequeña reunión.

—Genial, me encanta.

—La gente habla de lo bien que se te da… ¿Cómo se dice? —Yoshio hizo una pausa para mirar a su sobrino, cuyos feroces ojos estaban puestos en mí. Colton murmuró algo—. Ah, sí, todos hablan de lo satisfechos que están contigo. Has encontrado tu lugar aquí.

Oculté lo poco de acuerdo que estaba con aquella afirmación. No había encontrado mi sitio, y dudaba que algún día lo hiciera, pero estaba agradecida por el apoyo de mi padre.

—Lo intento. Me gustan los habitantes del pueblo.

—Y tú a ellos. ¿Y tus compañeras?

—¿María y Lucía? Bien. Son… amables.

Yoshio y mi padre asintieron, ajenos a la mentira, pero Colton entrecerró los ojos y su cara reflejó la convicción de que había pillado mi engaño. Pero, lejos de importarme, me bebí el resto de mi cerveza. Entonces, Yoshio volvió a preguntar:

—¿Y las clases con mi sobrino? ¿Te gustan? ¿Crees que aprenderás?

Me mordí los labios para ocultar una sonrisa. Yoshio estaba dando con sus preguntas en todos los puntos débiles de mi vida: mis compañeras de trabajo y las clases de kárate.

—Sí, es un buen profesor. —Al ver que ellos esperaban algo más, tragué saliva y musité con torpeza—: Entiendo sus clases, son dinámicas.

Yoshio se mostró satisfecho con mis respuestas y volvió a concentrarse en la televisión. Una vez más, nadie se percató de la brusquedad con que me habían salido las palabras. ¿Era acaso tan buena mentirosa? Mi madre siempre me había pillado los embustes con rapidez y facilidad; quizá me conocía demasiado bien.

Un par de horas más tarde, ambos se despidieron. A mí me hicieron una pequeña inclinación con la cabeza, pero a mi padre en cambio lo abrazaron, mostrando en sus rostros calidez y aprecio. Una sensación de alivio me recorrió. Mi padre estaba bien acompañado. Ellos eran como su pequeña familia, incluso lo conocían mejor que yo. Estaba segura de que se habría apoyado en Colton y Yoshio tras la muerte de mi abuela.

Ya solos en casa, me dediqué a recogerlo todo junto a mi padre, mientras los eternos anuncios rellenaban el silencioso vacío del salón.

—¿Yoshio no está casado?

—No, él… Bueno, es un rumor, nunca se ha demostrado nada —dijo mi padre, mostrando algo de incomodidad—. Se decía que era muy amigo de tu abuela. Aunque él nunca me lo ha confirmado.

Si me hubiese golpeado no me habría sorprendido más. Dejé de recoger para buscar su mirada.

—¿En serio?

—Eso dicen. Se veían todos los días.

—Vaya… Supongo que su muerte lo afectó a él también —reflexioné en voz alta.

—Bastante. Incluso la pintó.

—¿De veras? —Hice una pausa antes de continuar—. ¿Y Colton? ¿No tienen a nadie de su familia aquí?

—Están en Japón. —Mi padre fue hacia la cocina con platos vacíos y yo lo seguí.

—¿Qué edad tiene Colton? Creo que dijiste… treinta y pocos.

—No, te dije que estaba en los treinta largos. Tiene treinta y seis. Cumple treinta y siete este año.

Tropecé con el marco de la puerta y me di con el picaporte en el codo. Me mordí los labios para contener la maldición que estuve a punto de soltar, dolida por el golpe. La edad de Colton me había sorprendido. Ni de lejos había pensado que me llevara tantos años.

—Pensaba que era más joven.

—Aparenta menos edad, ¿verdad? —Mi padre abrió el cubo de la basura y yo tiré lo que llevaba en las manos—. Ha sacado la buena genética de su familia.

—¿Cómo acabaron aquí?

—¿Te refieres a Colton?

—A los dos. ¿Por qué dejarían su país para montar un restaurante aquí?

—¿Y por qué no? Yoshio sabe que en España se consume bastante comida japonesa y decidió venir a Coria por la historia que tiene con Japón. —Al ver mi cara, mi padre suspiró—. En 1613, hubo una expedición, la llamada Embajada Keicho, que tenía un objetivo comercial. Cruzaron por el Guadalquivir con la idea de llegar hasta Roma, y en la travesía se encontraron con Coria del Río. Supongo que le vieron cierto encanto, ya que algunos decidieron quedarse.

—¿Así que sólo se vino por ese motivo?

—No tengo ni idea, Sofía. Tampoco le he preguntado. Una vez mencionó que fue por la expedición y también… por la leyenda del hilo rojo.

—¿Y eso qué es?

Mi padre parecía estar a punto de perder la paciencia con tantas preguntas. Se le veía cansado, y estaba segura de que lo que le apetecía era acostarse o ver un rato más la televisión.

—Ya lo buscaré por internet, no te preocupes —dije, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. ¿Y Colton por qué se vino?

—En uno de sus campeonatos vino a España, a Sevilla. Le gustó y decidió quedarse con su tío. Él ya había viajado mucho, porque su madre es de familia japonesa-estadounidense. ¿Pero por qué no les preguntas a ellos, Sofía? Te darán las respuestas.

Bufé y solté una risa socarrona.

—Seguro —murmuré—. Vale, nada de preguntas.

—Es su vida y no sé mucho, sólo lo que ellos me cuentan libremente. Eso es todo. Sé que Colton estaba casado…

—¿Cómo? —pregunté en voz alta—. Nadie me ha dicho nada.

—Porque nadie del pueblo lo sabe. ¿Puedo confiar en que no dirás nada?

—Por supuesto, papá, no tienes de qué preocuparte.

—Fue algo que me contó una vez por… Bueno, no viene al caso. Se divorciaron, ella se quedó en Tokio y él se vino a España.

Así que Colton huía. ¿De algo o de alguien? ¿Recuerdos, malas experiencias? ¿No tenía la conciencia tan limpia como él daba a entender? Supe que mi padre no me contaría más detalles de sus amigos, así que le di las buenas noches y me dirigí a mi cuarto. Quería ponerme el pijama y descansar. Al día siguiente trabajaba… y tenía kárate. Solté un gemido de cansancio.

Al entrar en mi cuarto, vi junto a la cama la caja de mi abuela. Me senté en el suelo, me la coloqué entre las piernas y con unas tijeras que tenía en el pequeño escritorio la abrí. En su interior había otra caja, sólo que esta era mucho más bonita, de un color rosa pálido con grullas volando. La saqué de la caja de cartón que había casi estropeado con las tijeras, la puse a un lado y abrí la tapa.

Un intenso olor a celulosa y lignina, en otras palabras, olor a libros, llegó hasta mis fosas nasales, mezclado con un aroma floral y cítrico. Cerré los ojos e inspiré. Aquella mezcla me traía recuerdos del pasado, de experiencias vividas y atesoradas.

En su interior había un álbum de fotos, un par de viejas y amarillentas cartas sujetas con un lazo rojo, un diario, una flor seca colocada entre dos plásticos y un vestido blanco doblado.

Mi móvil vibró.

Ignorándolo, cogí el álbum de fotos y me lo coloqué sobre las piernas. La tapa, dura y gruesa, era de cartón y estaba forrada con cuero oscuro. No había nada escrito en ella. Antes de abrirlo, lo acerqué a mi rostro y volví a inspirar aquel olor hogareño y tradicional que me transportó a los recuerdos que tenía de mi abuela Linda. Al abrir el álbum, el lomo crujió. Con cuidado, pasé las yemas de los dedos por las rugosas y ásperas páginas de color crema, y me asombré del escalofrío que recorrió mi cuerpo al tocarlo. Pasé las dos primeras páginas y en la tercera encontré la primera foto. Era de mi abuela de joven, sentada en el salón y sonriente. A pesar de ser una foto en blanco y negro, podía distinguir sus ojos claros y su rubia melena perfectamente peinada.

Nunca entendí en qué me parecía a ella. Yo tenía los ojos oscuros, lo mismo que el pelo. Pero a pesar de ello, incluso mi madre me había repetido más de una vez lo semejantes que éramos, la misma forma de ojos, de labios, las

mejillas…

Me centré en la foto y vi que en un lado del cabello llevaba un pasador de nácar, sosteniendo uno de sus abundantes mechones. Sus labios, curvados hacia arriba, dejaban ver unos dientes grandes y bonitos. Acaricié el rostro de mi abuela con una sonrisa y parpadeé al verlo empañado y distorsionado. Una traicionera lágrima recorría mi mejilla.

En las siguientes páginas vi a mi padre en las diferentes etapas de su vida, a veces acompañado por su madre, otras por su padre o amigos, y finalmente solo. Otras fotos eran paisajes y tenían anotaciones que indicaban el lugar, la hora y la fecha en que habían sido tomadas: un hermoso y anaranjado atardecer en la playa de La Antilla, Grazalema cubierta de nieve en invierno y diferentes partes de Andalucía, alguna que otra foto de Portugal… Mi mirada se centró en la foto de un joven japonés, casi amarillenta por el paso del tiempo.

De rostro sosegado y serio, su inexpresividad me recordaba a Colton. ¿De quién se trataría? Era incapaz de reconocerlo. Pasé la hoja, anotando mentalmente que debía preguntarle a mi padre. Mi móvil volvió a vibrar. Lo dejé todo en el suelo y me incorporé para cogerlo. Eran mensajes de mis amigas.

Decidí que podían esperar y volví donde estaba. Cerré el álbum de fotos y cogí el diario. Noté el desgaste del cuero que lo envolvía, viejo y seco, que sonó como un chasquido al acariciarlo. Al abrir la primera página, con apenas una ojeada pude reconocer la caligrafía de mi abuela. En la esquina superior derecha debía de haber estado escrita la fecha, pero no podía leerla bien. Cogí mi móvil, encendí la linterna y la enfoqué hacia la carta: *«25 de agosto de 19…»*.

Los dos últimos números estaban borrosos. Como si hubiese caído agua sobre ellos. Apoyé la espalda contra la cama para adoptar una postura más cómoda y empecé a leer.

«Aquel día el pueblo andaba revuelto; todas las mujeres estaban en los patios de sus casas y cuchicheaban a escondidas de sus esposos. Ni siquiera el intenso sol veraniego las había disuadido. Yo no entendía qué estaba pasando hasta que decidí ir a ver a mi amiga Carmen, tras dejar hecha la cena para cuando llegara Manolo. El camino hasta su casa se me hizo eterno. El sol no tenía piedad de los que estaban fuera, y ni siquiera las anchas paredes de las casas conseguían retener los insistentes rayos solares. Definitivamente, no era un día para salir a la calle.

Cuando por fin llegué a mi destino, me encontré a Carmen esperándome, con

una de sus hijas en brazos, sujeta sobre su ancha cadera. Sus ojos negros se llenaron de alivio al verme.

—¡Linda!

—¿Qué ha pasado, Carmen? ¿Por qué están todas las mujeres tan revueltas y nerviosas?

—Un nuevo miembro de la familia japonesa ha venido a quedarse en Coria. Todos en la que fue la casa de Inés —explicó, achinando los ojos—. Dios la tenga en su gloria…

—¿Y qué problema hay?

—¿No recuerdas lo que trajo la última llegada de una familia japonesa a este pueblo? —casi me riñó, aunque sin maldad. Parecía preocupada.

Suspirando, la miré con una sonrisa tranquilizadora.

—Son supersticiones…

—Pues la pobre Paloma desapareció sin dejar rastro. Su marido y sus hijos siguen destrozados.

Tan destrozado el marido no estaría si se había casado un año más tarde con otra mucho más joven, pensé.

—¿Por qué todo el mundo cree que esa familia fue la causante de la desaparición de Paloma?

—La vieron con uno de los hijos a altas horas de la noche. ¡Nada bueno pudo salir de ello!

—Tranquila, Carmen. No va a pasar nada. Nunca dan problemas.

Carmen me miraba como si me hubiese vuelto loca.

—Sí, eso dices ahora… Verás cuando vuelva a desaparecer otra mujer. Se lo contaré a mi Juan cuando llegue del trabajo. Hablaremos con él…

Dejé de escucharla y, cuando terminó, me despedí de ella con un gesto. Di un pequeño rodeo que me haría tardar más pero me mantendría alejada de los abrasadores rayos del sol.

La gente parecía estar realmente preocupada; no dejaban de nombrar a Paloma, pero al margen de las habladurías e historias que la gente inventaba, yo tenía mi pequeña hipótesis. Alguna vez que otra había tenido la oportunidad de ver a Paloma con su larga melena negra y una flor tras la oreja, apartándose algunos mechones.

Desde la llegada de la familia Fujimoto, una serie de acontecimientos había puesto el barrio patas arriba: robos, destrozos en tiendas, pintadas… Durante una temporada había pensado que eran ellos los causantes de todos esos daños, pero sólo dos semanas después, en una de las muchas noches en que mi insomnio hacía acto de presencia, vi a Juan, el marido de Carmen, junto con otros hacer esos destrozos en la casa de enfrente y correr al día siguiente la voz de que había sido la familia japonesa.

Paloma y yo habíamos sido dos de las pocas personas que habían mostrado

consideración hacia ellos, incluso comprábamos en sus tiendas e intentábamos apaciguar al pueblo, que ardía en ansias de arrojarse sobre esa pequeña familia. Se trataba de un matrimonio mayor y uno de sus hijos. Pero, según me había dicho Paloma, los hijos eran dos. Quizá hubiese llegado otro al pueblo.

Una noche, Manolo me contó que cerca del río Guadalquivir, donde no pasaba nadie a altas horas de la noche, excepto trabajadores como él que terminaban sus jornadas, vio a Paloma especialmente arreglada, con los labios pintados de rojo y apoyada en un poste. Cuando le pregunté si había visto a quién esperaba, negó con la cabeza. Pocas personas se aventuraban a estar a esas horas de la noche por esa parte del pueblo.

Paloma y yo no éramos amigas, y no tenía la confianza suficiente para preguntarle. Apenas éramos conocidas. Manolo no volvió a comentarme nada, pero no hacía falta. Un día, recién amanecido, yo regaba las plantas de fuera de mi casa, quitando las hojas oscuras y podridas que podían estropearlas, cuando oí una risa femenina llena de encanto. Cuando me volví, en la esquina de la calle, casi tapada por un enorme árbol, vi a Paloma entre los brazos de un hombre delgado. No era su marido. Martín estaba gordo y era calvo, en cambio ese joven tenía una abundante melena oscura.

La forma en que se miraban me estremeció. Yo estaba enamorada de mi marido, pero nunca nos habíamos mirado de la forma en que los dos lo hacían. Para ellos no existía nadie, ni siquiera el mundo. Nunca había visto una sonrisa tan amplia y llena de felicidad en Paloma, siempre amargada y pálida por las continuas borracheras de Martín.

Justo cuando se despidieron con un apasionado beso, achinando los ojos vi que se trataba de uno de los hijos de los Fujimoto.

No se lo conté a nadie, ni siquiera a Manolo. Estaba segura de que si mi madre hubiera seguido con vida me habría reprendido. "No hay secretos en un matrimonio", decía ella. Más tarde, me acabaría dando cuenta de que eso no era verdad».

Paré de leer y parpadeé, intentando ubicarme. ¿Por qué mi abuela me había dejado su diario? Sentía cierta expectación; la poca información que daba de Paloma y su amante japonés había bastado para captar mi atención. Miré la hora en mi móvil y vi que era bastante tarde. Eché un rápido vistazo al segundo escrito del diario y, con resignación, vi que tenía muchas más páginas que el primero. Al día siguiente no aguantaría el trabajo y las clases de kárate sin dormir al menos siete horas.

El intenso silencio que había en la casa me decía que mi padre ya estaba acostado.

Me puse el pijama con rapidez y lo guardé todo en la caja, no sin antes acariciar por última vez el diario con melancolía y ansias. No quería alejarme de él. Tenía la sensación de que algo más sorprendente aún albergaba en sus páginas.

Suspirando, fui al baño para asearme y luego me eché en la cama, olvidándome por esa noche de la tensión que tendría que soportar al día siguiente con Lucía y con Colton.



5

La mañana en la peluquería estuvo bastante llena de trabajo, tanto que, cuando tuve dos minutos para tomarme un café, le mandé un mensaje a mi madre prometiéndole que la llamaría esa misma noche. Cuando salí de la zona de descanso, con el café corriendo por mis venas, vi que una mujer de unos setenta años me esperaba. Mi siguiente clienta. Parecía bastante coqueta, con los labios y las uñas pintados del mismo tono carmesí y unos finos pendientes de oro a juego con unas pulseras.

Me acerqué a ella y sonreí.

—¿Preparada?

—Por supuesto. Todo el mundo habla de lo bien que dejas el pelo, y necesito que hagas lo mismo con el mío —dijo, señalando su cabeza—. No tengo ya la melena de antes, pero sigue habiendo pelo.

Riéndome, la agarré del brazo para ayudarla a ir hacia donde la iba a sentar.

—Tiene un pelo muy bonito y envidiable.

—Gracias, querida. Tu padre tenía razón: eres estupenda en todos los sentidos. Me llamo Dorotea. ¿Sabes que yo solía jugar con tu abuela al dominó?

—No, no tenía ni idea —admití, mirando el tono que llevaba—. Supongo que también quiere teñirse, ¿verdad?

—Exactamente; hay que tapar la raíz.

—Apenas se le nota con el rubio que lleva —comenté, yendo hacia donde estaban los lavacabezas y los tintes.

Miré su ficha, donde vi anotado el color que Lucía le había puesto la última vez, pero desde mi punto de vista le quedaba algo anaranjado, así que preparé otro tono. Al volver con la mezcla hecha, la dejé sobre el tocador.

—¿Le parece bien si probamos con un rubio más neutro? Evitaríamos ese tono naranja.

—Tú decides. Me pongo en tus manos. Yo también quiero deshacerme de este tono tan… horrible.

Asentí, le apliqué el tinte y, cuando acabé, le tendí una revista para que se distrajera, mientras yo me ocupaba de otra clienta. Justo cuando volvía con Dorotea para lavarle la cabeza, Lucía apareció con un café en la mano y una sonrisa seca.

—Te llaman.

—¿A mí? —pregunté extrañada.

—Es tu padre. Dice que es importante.

—Pero tengo que quitarle el tinte a Dorotea… Dile que acabo con ella y…

—No soy tu mensajera, Sofía. Además —continuó—, yo puedo lavarle la cabeza. La tendrás lista para cortar cuando llegues.

Miré a Dorotea, que había estado pendiente de la conversación. Me hizo un gesto con la mano y esbozó una sonrisa educada.

—Si es tu padre, tiene que ser importante. Ve tranquila.

—Gracias, Dorotea. Será un segundo.

—No te preocupes, yo me encargo —dijo Lucía.

Fui hacia la recepción, donde estaba Fátima. Me tendió el teléfono y siguió rellenando un pedido de productos que necesitábamos. Suspirando cansada, me llevé el teléfono a la oreja y le eché un vistazo a Lucía. Había llevado a la mujer mayor hasta los lavacabezas y le contaba algo divertido que la hacía reír.

—¿Papá?

—¿Sofía? Hoy tengo turno de noche. No nos veremos hasta mañana, ¿de acuerdo? Se me olvidó comentártelo ayer.

—Oh, de acuerdo, no te preocupes. Ten cuidado.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí, muy ocupada —dije, mordiéndome los labios—. Tengo que dejarte.

—Vale, nos vemos mañana.

—Adiós —me despedí con rapidez, y le devolví el teléfono a Fátima para que lo colgara.

—Tranquila, Sofía. Lo estás haciendo muy bien, no tienes que correr tanto

—dijo ella con voz tranquila.

Sí, lo estaba haciendo bien, pero pensé que si Fátima no me pusiese a tantos clientes en un solo día, podría ir más relajada. Sentía una fuerte tensión en los hombros y los trapecios. Moví el cuello de un lado a otro y asentí antes de volver al trabajo. Dorotea me esperaba con el pelo húmedo y una amplia sonrisa.

—¡Vamos a dejarla espectacular! —dije con efusividad.

Cuando Lucía y yo acabamos el turno de trabajo, nos dirigimos a las clases de kárate. Pablo ya estaba allí, vestido con su *karategi* y esperando a que saliera el grupo anterior. Al verme, sonrió.

—Eh, Sofía, ¿qué tal todo?

—Bien, gracias. Con ganas de acabar ya el día.

—¿Largo?

—Larguísimo —admití, sin entrar en los vestuarios—. Trabajo toda la mañana y por la tarde vengo aquí. Echo de menos dar una vuelta o quedarme en casa viendo una película.

—Hoy vamos a salir unos cuantos a tomar unas cervezas después de kárate. ¿Por qué no te apuntas?

Que Lucía no me hubiese dicho nada no me extrañaba. Nos aguantábamos, pero había quedado claro que mi presencia no le hacía la menor gracia. Seguía sin entender el porqué. En ningún momento le había hecho nada malo, y las pocas veces que era amigable se debía a que bajaba la guardia. Cuando se daba cuenta de que no me había respondido con un comentario mordaz, volvía a atacar.

—Apúntate —dijo Isabel, saliendo de los vestuarios ya con el traje de kárate —. Sólo vamos a tomar un par de cervezas. Media hora.

Asintiendo, me dirigí a cambiarme, justo cuando Lucía había acabado. Me cambié de ropa y apenas había abierto la puerta para salir de los vestuarios cuando oí a Colton despidiéndose del grupo anterior. Me puse al lado de Mar y esperamos hasta que él volvió a entrar. No me hizo falta girar la cabeza para saber que estaba detrás de mí. Volvía a notar su olor masculino y limpio, nublándome los pensamientos y poniéndome el vello de punta. Cerré los ojos unos segundos con fuerza y cuando los abrí mi cuerpo había vuelto a la normalidad.

—*Oss.*

Ante el saludo, los demás respondimos y comenzamos a entrenar. Excepto los primeros veinte minutos, el resto estuvo centrado en *kumite*. Nos colocamos las protecciones y fuimos rotando de pareja para entrenar todos juntos. Cuando me tocó Colton como oponente, supe que me odiaba. Sus atractivos ojos oscuros me miraban con desaprobación y… ¿rabia? Tenía los carnosos y tentadores labios apretados en un gesto que le hacía parecer mayor.

Tras saludarnos, comencé a moverme en pequeños saltos. Cuando él se movió, yo intenté protegerme con un brazo, pero demasiado tarde: me alcanzó en la cabeza con una patada no fuerte pero firme. Las protecciones impedían que sintiéramos dolor, pero la fuerza del impacto me hizo retroceder.

Mi mal humor aumentó.

Cansada de sentirme rechazada por Lucía y por él, ataqué yo. Hice un amago de darle con el puño contrario a la pierna que tenía delante, un *gyaku zuki;* alcé la pierna y lo golpeé dos veces seguidas, la segunda me esquivó. Gemí por el esfuerzo, pero supe que él lo había sentido. Había puesto toda mi fuerza en el movimiento.

Pensé que me arrepentiría de mi repentino ataque de rabia cuando vi algo diferente en su mirada: determinación y ansias de castigo. Quería ponerme en mi lugar, o donde él pensaba que yo debía estar. Cogiendo aire, fui a atacar de nuevo con una patada, pero él la esquivó e hizo un barrido con su pierna delantera que me hizo perder el equilibrio. Caí sobre el tatami estruendosamente. Apenas había golpeado el suelo con la espalda cuando él se agachó y, a unos dos centímetros de mi estómago, dirigió un puñetazo seguido de un *unkia,* un grito de guerra.

Abrí mucho los ojos y el corazón me dio un vuelco en el pecho. Me había asustado.

No, no me había golpeado, pero había comprobado que Colton tenía el control del *kumite*. Me lo había dejado claro.

Con su rostro cerca, me quedé completamente quieta, observándolo. Parecía alterado. Yo aguantaba la respiración.

Se aclaró la garganta, salió de su trance y se alejó.

—¡Cambio! —gritó, dando una palmada.

Esta vez, Pablo era mi pareja. Me tendió una mano y me incorporé, notando un dolor en la muñeca. Había caído sobre ella.

—Tienes que estar más atenta —me dijo con una sonrisa—. Por cierto,

buenas piernas. Tienes bastante flexibilidad.

Cuando la clase llegó a su fin, yo estaba chorreando de sudor. Tenía el cabello pegado al cráneo y el *karategi* pegado al cuerpo. Tras cambiarme de ropa me eché colonia y desodorante bajo la atenta mirada de Lucía, que parecía estar de mejor humor después de ver cómo Colton me había lanzado por los aires. Me senté en el banco, cogí la botella de agua que había guardado en la mochila y bebí un buen sorbo.

—Le has dado a Colton —dijo Mar, orgullosa—. Estaba distraído y has aprovechado la oportunidad. Bien hecho. Hoy tú le has dado una lección.

—Tampoco es para tanto —intervino Lucía, subiéndose la falda vaquera por sus largas piernas—. Además, creo que te has comido el suelo, ¿no?

—No me lo esperaba —admití—. Estaba tan pendiente de sus puños, pensando que con ellos haría su siguiente movimiento, que ha sido toda una sorpresa.

—Vamos; los chicos ya deben de estar esperándonos fuera —dijo Mar.

Al salir, me paré en la recepción, donde estaba la chica del pelo rosa. Ella levantó la cara para mirarme. Ese día llevaba los ojos pintados con una oscura sombra azul.

—Quería pagar las clases de este mes.

—Eres Sofía, ¿verdad? —dijo, arrastrando las erres.

—Sí.

—Tu padre te ha pagado este mes y el siguiente. No tienes de qué preocuparte.

Demonios. Ahora entendía su objeción a que dejase el deporte: me había pagado dos mensualidades.

Si antes no había dejado de asistir a las clases por el favor que me había hecho, ahora había otra razón de mucho más peso. La chica debía de estar esperando mi respuesta, porque alzó una delgada y oscura ceja. Dije lo primero que se me pasó por la mente:

—Vale, gracias.

En la calle de detrás de la academia había un pequeño bar rodeado de árboles altos y verdes. Estaba atestado de gente. Al final, sólo Pablo, Mar, Isabel, Lucía y yo nos habíamos apuntado; el resto había preferido marcharse. Vi que allí había personas de todas las edades. Disfrutaban del frescor de la noche

mientras tomaban sus consumiciones, sentados en taburetes. Pablo consiguió un barril para que colocáramos las bebidas.

—Voy a pedir. Supongo que todos cerveza, ¿no? —pregunté, tomando la iniciativa—. ¿Alguien me ayuda?

—Ya v…

—Yo te acompaño —interrumpió a Pablo una voz aterciopelada y ronca. La identifiqué al instante: nadie más que él tenía ese arrebatador y exótico acento.

Me di la vuelta y alcé una ceja al ver a Colton detrás de mí, guardando las distancias. Llevaba el espeso pelo negro recogido, exponiendo sus arrebatadores rasgos, una elegante camisa blanca de algodón y unos vaqueros que le sentaban de maravilla. Y, al contrario que yo, no olía a sudor después de la intensa clase. El resto del grupo se animó instantáneamente al verlo.

—*Sensei!* Ya era hora de que te tomaras algo con tu grupo de alumnos —dijo Isabel, dándole una palmada en la espalda.

Él asintió, con un amago de sonrisa.

Sin esperarlo, me dirigí hacia el interior del bar y me acerqué a la barra, aguardando mi turno. Dos minutos más tarde, me di cuenta del tremendo error que había cometido al ofrecerme para pedir: ¡había tanta gente que ni uno de los tres camareros había reparado en mí!

—Joder —gruñí al ver que un segundo cliente se colaba. Entonces salté—: ¡Eh! Es mi turno. Quiero seis cervezas, por favor.

El camarero asintió, guiñándome un ojo, y me fue colocando delante los botellines destapados.

—Yo te ayudo —dijo Colton, apareciendo a mi lado.

Sin mirarlo, susurré:

—No es necesario. Puedo yo sola.

—No seas tonta —dijo cogiendo cuatro y dejándome dos para llevar.

Justo cuando iba a salir de allí, él se me paró delante, impidiéndome el paso.

Extrañada, alcé una ceja.

—¿Quieres algo?

—¿Te duele?

—¿Perdón?

—La caída, creo que…

—¿Y a ti qué te importa? —pregunté iracunda y sin poder controlar las palabras que salían de mi boca—. Ya me has hecho saber más de una vez lo mucho que me detestas, pero, aun así, aquí estás.

—No he venido por ti.

—Ni yo por ti —respondí, dolida por lo directo que había sido. Mis mejillas ardientes desprendían un intenso calor—. Es más, de haber sabido que venías, habría declinado la invitación.

—¿Quién te ha invitado?

—¡Pablo! —gruñí, sintiendo el vidrio helado de los botellines en mis manos y temblando de ira. ¿Por qué parecía tan sorprendido de que me hubiesen invitado?—. Como puedes ver, no todos me odian en este pueblo.

—Yo no te odio —murmuró él, clavando su oscura mirada en mí.

—Ya, eso díselo a otro —respondí, antes de pasar por su lado e irme hacia donde estaba el resto de mis compañeros.

Le di uno de los botellines a Pablo y el otro a Isabel. Cuando Colton repartió el resto excepto dos, estiró la mano para que yo cogiera uno. Sin mirarlo y haciendo como que escuchaba lo que Mar contaba, lo cogí sin rozar su mano, de la forma más rápida posible.

Tres rondas más tarde y con mi enfado *in crescendo,* dejé dinero en la mesa para pagar mi parte y me despedí con un gesto, sin saber del todo cómo regresaría a casa. Cuando me aseguré de estar lo bastante alejada del grupo, saqué mi teléfono de la bolsa de deporte e introduje la dirección de mi padre en el navegador.

—¿Por qué no me has preguntado cómo volver?

Di un pequeño brinco. Me di la vuelta y vi a Colton contemplándome como si fuera una niña desobediente. Cerré los ojos, cogí aire y lo ignoré, sin siquiera mirar las indicaciones del móvil.

—No es por ahí…, Sofía.

Si no hubiese estado tan enfadada y dolorida, habría disfrutado de la forma en que había pronunciado mi nombre, como una caricia, aunque distante y fría. En vez de eso, lo miré, centrándome en su rostro y en su penetrante mirada.

—¿Y qué demonios te importa a ti?

—¿Se puede saber por qué estás tan irritada? —preguntó sereno, con los brazos a ambos lados de su esbelto cuerpo. Como si fuese ajeno al mal rollo que había entre ambos.

—¿Por qué me estás hablando? —inquirí—. Nunca lo haces.

—Es de noche. Tu padre…

Ah, sí, por mi padre. Resignada y ocultando mi desilusión, bufé.

—¡Soy adulta! Tengo veinticinco años. Cumpliré veintiséis dentro de…

—Eso no quiere decir que no estés expuesta a que un grupo de niñatos te vea y te siga. Te acompañaré a tu casa…

—No, me apetece dar un paseo sola. Sin nadie. ¿Comprendes? —pregunté, haciendo gestos con las manos, en un intento de que entendiese que no era bienvenido, que no quería que me acompañara, o quizá simplemente para deshacerme de la energía que sentía en ese momento—. ¿No me odias? Si me encontrase a un grupo de niñatos, no tendrías que volver a verme.

—Deja de comportarte como…

—¡Déjame tú! —Avancé un paso, casi rozando su pecho con el mío. Algo en sus ojos cambió, su máscara de indiferencia se estaba resquebrajando—. Sólo voy a estar aquí dos meses y tú te empeñas en hacerme la vida imposible y…

—Dos meses y luego volverás a dejar a tu padre solo. Sin visitas, únicamente con mensajes de voz, abandonándolo…

Como si me hubiese dado una bofetada, la valentía que había sentido hasta ese momento se esfumó. No quedaba rastro de ella. Colton había abierto la caja de Pandora, la de mis miedos y arrepentimientos, y me era imposible reaccionar. La culpa que aún sentía por la muerte de mi abuela y la no muy cercana relación con mi padre se juntaron para impedirme respirar y ver lo mal que lo había hecho todo, lo egoísta que había sido con mi propia familia y lo tarde que era para recuperar el tiempo perdido.

Desvié la mirada hacia el cielo casi nocturno, con algunas pequeñas estrellas iluminándolo, y aguanté las inesperadas lágrimas que anegaron mis ojos. Me llené los pulmones de aire, me mordí el labio inferior y, con las últimas energías que me quedaban, volví a mirarlo.

—Eres un cabrón.

Me dirigí hacia el paso de peatones más cercano, aunque al hacerlo tropecé un par de veces, lo que aumentó mi angustia al notar más miradas puestas sobre mi persona. Esperando a que se pusiera en verde, alcé la cabeza para avanzar cuando vi a Yoshio al otro lado. Su rostro, serio e inexpresivo, me alertó. De ninguna manera pensaba aguantar el sermón de otra persona ajena a mi familia, por muy buena relación que tuviese con mi padre. Pero unos segundos más tarde, vi que a quien miraba era a Colton, todavía allí presente.

Cuando pasé por su lado, fui incapaz de saludarlo. Estaba al borde de las lágrimas. Musitar un simple «hola» habría hecho que me derrumbase y habría explotado como una granada. Me imaginaba en mitad de la calle, gritando por

qué Lucía y Colton se esforzaban tanto en demostrarme su desprecio. Al menos, ya sabía la razón de Colton.

Cuando llegué a casa, recordé que estaba sola. Aliviada de que mi padre no pudiese ver lo hinchados que tenía los ojos por las lágrimas contenidas, fui directa a la ducha. El agua cayó sobre mi dolorido y acalorado cuerpo, llevándose por el desagüe mi dolor, mi rechazo y mi agonía. Cuando acabé, contemplé con satisfacción que el reflejo que me devolvía el espejo era el de una mujer sosegada, alejada del ruido del pueblo y de los problemas que había en él.

Me puse una camiseta de tirantes de color marrón y unos vaqueros cortos y me fui hacia mi cuarto. Me senté en el suelo, arrastré la caja que contenía los recuerdos de mi abuela, la destapé y busqué el diario. Cuando lo tuve en las manos, lo abrí justo por la última página que había leído. Lo primero que vi fue que la siguiente entrada era de meses más tarde que la anterior, como si hubiesen arrancado páginas, o bien, que mi abuela no hubiese tenido nada que escribir.

Mirando el lomo, donde todas las hojas se juntaban, vi que no había rastros que indicasen que alguien había arrancado páginas. Simplemente, mi abuela no había escrito nada.

«10 de enero

En el mes de septiembre tuve la oportunidad de ver al nuevo miembro de la familia Fujimoto del que me había hablado Carmen. Se trataba de un hombre de la edad de mi marido, unos treinta y pocos años. Alto, esbelto y de mirada felina, más de una vez lo había pillado mirándome. No de la forma en que lo hacían los trabajadores borrachos del muelle, silbando y soltando obscenidades, desnudándote con la mirada mientras caían gotas de sudor por sus rollizos rostros. No, él era diferente. Había respeto y curiosidad en sus ojos azabache.

Con el paso de los días deduje que no estaba casado, o, al menos, su esposa no estaba en Coria.

A mediados de octubre la gente dejó a un lado su odio irracional hacia los Fujimoto. Por petición de Martín y tras largas búsquedas sin rastro de su mujer, se decretó la muerte de Paloma, y todos asistimos a su entierro. Aquel día, el sol había estado oculto por unas espesas nubes grises que a los pocos minutos habían dado paso a una fuerte lluvia. Manolo, que me había acompañado al entierro antes de irse al trabajo, me había apremiado para que saliéramos del cementerio, y, al hacerlo, vi a un hombre con un paraguas negro.

Hasta que no se fueron todos no se acercó al lugar donde estaba el nicho de

Paloma. Vi el dolor y la desolación en sus ojos, como si no comprendiese qué había pasado. Todo ese tiempo yo había querido pensar que Paloma había huido con él. Mi teoría no era sólida, porque ella era incapaz de dejar a sus hijos con Martín, pero desde luego era un pensamiento más soportable que la idea de que estuviese muerta y tirada en algún descampado.

Cuando acabó octubre el hijo mayor de los Fujimoto, el que había tenido una aventura con Paloma, desapareció. Una vez le pregunté a su madre sobre su paradero, cuando comprábamos en la plaza del pueblo, pero ella hizo como que no me entendía y, despidiéndose con un pequeño gesto, desapareció entre el bullicio.

Ya en diciembre, y sin poder pegar ojo por las noches, decidí que un día le hablaría a él. Al último hombre que había llegado a la familia Fujimoto. Intenté elaborar un diálogo coherente en mi cabeza, en caso de que me preguntase el porqué de mi interés. Hasta el 15 de diciembre no me lo encontré saliendo de su casa, con ropa de abrigo y las mejillas rojas por el frío. Alto y guapo, más de una vecina lo contempló con anhelo. Pocos hombres en el pueblo tenían su porte, sin contar con esa mirada felina y seductora. Incluso yo, que no tenía ojos para otro que no fuese Manolo, no podía evitar mirarlo.

Casi corriendo tras él, tuve que alzar la voz para que parara. Una zancada suya equivalía a tres mías.

—¡Disculpe! ¡Espere, por favor!

El hombre, sorprendido, se paró y giró la cabeza, frunciendo el ceño.

—Disculpe, soy Linda, una vecina del pueblo. Quería preguntarle… ¿Sabe algo de…?

Al darme cuenta de que desconocía el nombre del amante de Paloma, me sonrojé.

—¿De quién? —preguntó.

Olvidé el propósito de haberlo parado en mitad de la calle al oír su voz. Un escalofrío me había recorrido la espalda, y no era a causa del frío. Sus ojos, puestos en mí, alteraron mi corazón. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Acaso no era una mujer casada que se desvivía por su marido? Yo era una de las pocas que había tenido la suerte de casarse con un hombre tan trabajador y respetuoso como Manolo.

Enfadada por las reacciones de mi cuerpo, cogí aire.

—El hijo mayor de los Fujimoto. Ha desaparecido. ¿Sabe algo de él?

—¿Qué le importa a usted?

Buena pregunta, pero yo había ido preparada, con un diálogo memorizado.

—Era amiga de él, bueno, éramos conocidos. A veces hablábamos…

—Nunca ha hablado con él.

—¡Eso no es verdad! —exclamé—. Nos hemos saludado…

—Si tuviese relación con mi hermano, yo lo habría sabido. Cuando se fue, no me dio indicaciones de que le revelase a nadie su paradero.

—Entonces sigue vivo —confirmé.

Como si me hubiese vuelto loca, alzó una ceja. Sus labios carnosos se apretaron en un severo mohín.

—¿Por qué iba a estar muerto? Para su información, le diré que ha vuelto a Japón. Buenos días.

Se fue, dejándome en medio de la calle bastante sorprendida. En primer lugar, me alegraba saber que estaba vivo. ¿Podría haberse ido a consecuencia de la desaparición de Paloma? Y, por último, ¿por qué había tenido aquel hombre un trato tan hostil conmigo? Era una de las pocas personas que los saludaban a él y a su familia cuando los veía.

Una fría corriente me movió los mechones que se me habían soltado del moño. Contenta por cómo había resultado la conversación, me dirigí hacia la carnicería. A Manolo le encantaban las patatas guisadas con carne, y no conocía sitio mejor que la carnicería de Antonio para preparar un almuerzo delicioso».

Cerré el diario y suspiré. ¿Qué habría sido de Paloma? ¿Lo diría mi abuela más adelante? ¿Y eran todos los japoneses tan hostiles o mi abuela y yo habíamos tenido la mala suerte de encontrarnos con los únicos que lo eran? Bueno, estaba Yoshio, que siempre había sido bastante amable. Y Ami.

Al recordar el tenso encuentro con Colton y la poca sensibilidad que había tenido al insinuar mi reprobable comportamiento con mi padre…

No merece la pena, que le den. Le pagaré las dos mensualidades de las clases a mi padre. No pienso volver a la escuela de ese gilipollas, pensé.

Fui a coger el álbum de fotos cuando el timbre de la casa sonó. Extrañada, lo dejé todo en el suelo y, descalza, me asomé por la ventana para saber quién era. Mis ojos se abrieron de par en par.

Colton.

Estaba sorprendida. No me lo esperaba. Parpadeé varias veces, pensando que era producto de mi imaginación, pero no. Allí estaba. ¿Tendría algo para mi padre? ¿O acaso venía a rematar la faena? ¿No había tenido suficiente con decirme lo mala hija que era? Al ver que no abría, volvió a llamar.

Suspirando, bajé la escalera para ir hacia la planta inferior y abrí la puerta interior. Él alzó la cabeza. Era lo suficientemente alto como para mirarme por encima de la puerta de fuera.

Impasible, crucé los brazos.

—¿Qué quieres? —pregunté con desgana. Ni de lejos pensaba ser educada con él, que había traspasado los límites con su intromisión en mi vida privada.

—Yo…

—No te oigo —lo interrumpí—. Si piensas murmurar, como haces siempre, que sepas que no me entero de nada. Alza la voz.

—¿Puedes abrir la puerta? Hay al menos tres mujeres mayores y dos ancianos mirándome. Quiero ofrecerte mis disculpas.

En otra situación me habría reído. Parecía azorado. Cerré los ojos y conté hasta tres. Asentí y me dirigí hacia la puerta exterior. Volví a notar su olor, y su respiración, siempre regular y estable, parecía tan revuelta como las olas del mar en plena tormenta. Nerviosa por su cercanía, se me cayeron las llaves al suelo.

Él no dijo nada.

—Maldición —murmuré.

Cuando por fin conseguí abrir, le hice un gesto para que entrara, manteniendo las distancias. De un rápido vistazo, vi que iba vestido igual que cuando habíamos tomado algo. Él frunció el ceño, pero permaneció callado. Retrocediendo otro paso, cogí aire. Quería acabar con aquello cuanto antes.

—¿Y bien?

—Lamento mis palabras. No tenía ningún derecho a meterme en tu vida, Sofía —se disculpó en voz baja. La luz del patio le daba parcialmente en la cara, acentuando sus atractivos rasgos. Sus rasgados ojos se clavaron en mí—. Tu padre es para mí como un hermano mayor; siempre he estado con él, y sé que no le gustaría si supiese cómo te he hablado.

Así que me pedía disculpas, pero no retiraba lo que había dicho. Lo pensaba. Pensaba que era una mala hija. Sus disculpas no me sabían a nada, pues me dolía que él y, seguramente, varias personas del pueblo tuvieran esa idea de mí.

¿Era realmente una mala persona? ¿Tanto daño le había hecho a mi padre? Nunca había sido mi intención; sólo había querido quedarme en el lugar donde me sentía más cómoda: con mi madre.

—Vale —solté. La garganta me ardía y sentía una opresión que me impedía respirar—. Acepto tus disculpas.

Colton, no convencido por mi tono de voz, suspiró. Tenso, se pasó una mano por su pelo negro.

—¿Te veré en clase?

—No —respondí tajante, sin aparar los ojos de él—. Eso se ha acabado. Si te angustia la idea de que se lo diga a mi padre, relájate. Sé que tienes buenas intenciones y que eres su amigo. Simplemente le diré que el kárate no es lo mío.

—Me da igual lo que le digas a Fran, Sofía; lo que me atormenta es que no he sido justo contigo. —Su voz se había vuelto dura. Su mirada estaba llena de escepticismo—. El kárate tiene unos principios muy claros y yo…

—Guárdate la charla del honor para quien te crea. He aceptado tus disculpas; puedes irte.

—No las has aceptado. Si fuera así, no me mirarías como si quisieses clavarme un palo en el ojo.

—No es precisamente un palo lo que quiero clavarte.

Ambos nos aguantamos la mirada. Yo no flaqueé, pues me sentía con más fuerza que nunca. El sonido del exterior, de los coches pasando y la gente hablando, nos rodeaba, pero parecía lejano, como si ocurriese en otro lugar. Una suave brisa cargada de olor floral llegó hasta mí, acariciándome el rostro. Algunos mechones se cruzaron por mi rostro, dificultándome la visión.

Colton, consciente de mi tozudez, suspiró. Sus labios se curvaron en una mueca.

—Si cambias de opinión, eres bienvenida en la escuela —dijo, cruzando los brazos—. Yo… nunca he querido incomodarte ni hacerte la vida imposible. Sólo trataba de…

—Castigarme —terminé por él. Su mirada estaba llena de culpabilidad—. Y lo has hecho, bueno, lo habéis hecho. Sí, ya conozco vuestra opinión, que soy una mala hija. Que he abandonado a mi padre y a mi abuela, que no los merezco. Pero tú tampoco. —Al ver que iba a decir algo, me adelanté. Sentía otra vez ese escozor en los ojos que me impedía ver. No pensaba llorar, y menos delante de Colton—. Vete, por favor —murmuré. Mi voz tembló, y me aclaré la garganta.

Colton se dio cuenta del esfuerzo que hacía para no estallar en lágrimas. Me miró durante unos segundos antes de darse la vuelta y salir de la casa, volviendo a dejar tras de sí un reguero de culpabilidad sobre mi conciencia.

El corazón me dio un vuelco.

Cerré la puerta de un manotazo y me dirigí a mi cuarto. Tenía que llamar a mi madre antes de que se le ocurriese la idea de volver de su viaje y venir a visitarme. Además, hablar con ella me ayudaría a apartar a Colton y a Lucía de mi cabeza, me dije con pesadez, apenas con energía para llegar hasta mi habitación.

Si mi padre volvía a invitar a Colton y Yoshio a casa, cosa que ocurriría, le diría que yo ese día había pensado salir, me inventaría que había quedado con

María. Bajo ningún concepto estaba dispuesta a dirigirle de nuevo la palabra.



6

Las semanas fueron pasando hasta que llegó junio. Mi trabajo en la peluquería iba bastante bien, tenía muchísimas clientas y, para aligerar, Lucía se encargaba de lavar cabezas y dejarlas listas para que yo pudiese cortar y peinar. La idea había sido de Fátima, ya que, según ella, Lucía tenía tiempo de sobra. Era la que menos clientes tenía.

Días antes de que empezara julio, noté algo diferente en la peluquería. Antipatía y recelo por parte de las clientas hacia mí. No entendía nada, pues siempre habían sido amables, incluso alguna vez que otra me traían dulces o regalos, pero algo había cambiado.

Sin embargo, todas salían satisfechas con sus nuevas melenas, por lo que había decidido pasar de los comentarios y seguir con mi trabajo, ajena a la tormenta que se avecinaba. Algún día que otro hablaba con mis amigas y, por supuesto, con mi madre, que se moría de ganas de volver a verme, aunque siempre se encontraba en algún país europeo junto a Carlos.

Con respecto a las clases de kárate, mi padre al final había entendido mi postura. No había sido nada fácil convencerlo de que simplemente no me interesaban, cosa que era falsa, y no que tuviese una mala relación con su amigo Colton.

Lucía no me había dicho nada, y lo agradecía. Últimamente había estado más distante, apenas me saludaba. Y también lo agradecía: no tener que fingir una relación cordial con ella era todo un alivio.

Una mañana fui a la peluquería veinte minutos antes, tal como me había

pedido Fátima a través de un mensaje. Al entrar, vi que dentro estaban María y Lucía.

—Buenos días —saludé con una sonrisa.

No recibí ninguna respuesta. Extrañada, me dirigí hacia donde estaba el despacho de Fátima y llamé a la puerta.

—¡Pasa! Ah, ya has llegado, Sofía. Buenos días.

—Buenos días —contesté, sentándome frente a ella—. ¿Sucede algo? ¿Tienes problemas con algún pedido? Quizá…

—No es eso, Sofía.

Su voz ya no poseía aquel tono familiar y cálido que había tenido en días anteriores. Por el contrario, sonaba fría y severa, igual que su mirada. Ante la tensión del momento, miles de preguntas pasaron por mi mente: ¿habría hecho algo malo? ¿Alguna clienta estaba descontenta con el resultado? Por más que hacía un rápido repaso de mis recuerdos de días anteriores en la peluquería, no encontraba el problema.

—Está bien, ¿entonces?

Fátima suspiró y apoyó los codos en la mesa, mirándome con pesadumbre.

—Esto que voy a decir no es fácil para mí, Sofía. Créeme, no lo es, menos aún cuando tengo una muy buena amistad con tu padre. Desde hace unas semanas, varias clientas se han quejado de que sus joyas han desaparecido en esta peluquería. Entraban con ellas y salían sin ellas. Todo comenzó con Dorotea. ¿Recuerdas el primer día que vino?

—Sí, por supuesto —dije con lentitud, sin entender nada.

Estaba empezando a sudar y el corazón se me había acelerado. Tenía el presentimiento de que aquel era mi último día allí.

—Su hija vino esa misma tarde para decir que los pendientes de su madre habían desaparecido. Por supuesto, no tenía pruebas de que hubiese sido aquí… hasta que se han sumado más clientas: relojes, pulseras, pendientes, anillos… Y precios demasiado altos a la hora de pagar cuando yo no estaba. Supongo que, al ser mujeres bastante mayores, no fue nada difícil engañarlas. Este comportamiento…

—¿Estás insinuando que he sido yo? —la interrumpí, levantándome de la silla. Empecé a temblar de ira.

—Siéntate, Sofía. —Su voz fue puro hielo, sin atisbo de aprecio ni de estima.

—No me pidas que me siente cuando me estás llamando ladrona, ¡porque yo no he sido! ¿Qué pruebas tienes? ¡No las tienes!

—De hecho, las tengo —dijo suspirando—. Todas las clientas que se han quejado eran clientas tuyas. Tú las peinabas.

Estupefacta, retrocedí unos pasos hasta que choqué con la pared. Tenía la mente en blanco, era incapaz de razonar o responder. Noté un sudor frío en el cuello, en las palmas de las manos y en el canal entre mis pechos, al mismo tiempo que un sentimiento de dolor y desolación me invadía. ¿Cómo era posible? Yo no le había robado nada a nadie, y, por lo tanto, o bien esas clientas mentían o bien alguna de mis compañeras había conseguido ponerme a mí en la diana.

Tragué saliva y hablé:

—Yo no he sido, soy incapaz de robarle nada a nadie, y no me hace falta —dije, asombrada por la serenidad de mi tono, cuando por dentro temblaba como una hoja movida por una fuerte brisa—. Tiene que haber alguna explicación.

Fátima negó con la cabeza antes de encogerse de hombros.

—Estás despedida. Por consideración a tu padre, nadie va a denunciarte. Es todo lo que he conseguido. Eso sí, quiero que firmes tu renuncia.

—¿Me estás escuchando?

—Llevo años con Lucía y con María, Sofía. Y nunca ha pasado nada. Deberías estar agradecida. Tu expediente…

—¡Esto puede destrozarme la vida! —grité enfadada.

—Tendrías que haberlo pensado antes de robar a unas pobres ancianas. Vete. Ya has acabado aquí. Buenos días.

Asimilé sus palabras y al cabo de un momento firmé la renuncia al contrato y me fui, arrastrando los pies hasta la salida. Tenía la mente vacía, no tenía nada en ella, sólo una pesada nube de dolor y sufrimiento que me impedía respirar y reaccionar. Antes de cruzar la puerta, vi a María y a Lucía en el mostrador. Esta última se fue al interior de la peluquería sin decir una sola palabra, sólo mirándome.

Apreté los dientes y miré a todos lados, intentando recobrar la compostura.

No llores, no les des el gusto, me dije afligida.

Al alzar la cabeza, me encontré con la triste y cálida mirada de María. Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos, ofreciéndome consuelo y un puerto donde poder recomponerme. Hasta entonces no fui consciente de los espasmos que recorrían mi cuerpo.

—Lo siento, cariño…

—Yo no he hecho nada —murmuré con voz temblorosa, escondiendo el rostro entre el hueco de su cuello y su hombro.

—Te creo, Sofía. Tiene que ser un malentendido, pero Fátima no entra en razón. Sabe que perderá clientes por esto. Sólo está asustada.

—Yo… no entiendo nada. —Me separé de ella y me sequé las lágrimas—. Yo no le he robado nada a nadie, se lo he repetido varias veces, pero no me escuchaba. Yo… Dios mío…

—Todo esto se solucionará, Sofía, no te preocupes. —Me agarró de los hombros con suavidad y me dedicó una tenue sonrisa—. Descansa, intenta no pensar en ello. Yo te llevaré las cosas a tu casa, ¿vale? Toma —me puso un papel en la mano—, es mi móvil. Llámame.

—De acuerdo. —La miré con agradecimiento, era una verdadera compañera —. Gracias, eres la única que me ha tratado como si… formase parte de este condenado pueblo.

María hizo un mohín con los labios. Parecía bastante afectada. Sin poder aguantar ni un solo segundo más, salí de la peluquería a paso ligero. Sentía las miradas de la gente sobre mí, cuchicheos y acusaciones que no eran ciertas. Para todos ellos yo era una ladrona. Pero lo que más me dolía era lo mucho que podría afectarle todo aquello a mi padre. No sólo me manchaba a mí, sino también a él. Mi padre tenía su vida allí, Colton y Yoshio eran su familia, la gente le respetaba. Y por mí todo eso cambiaría.

Sin saber adónde iba, seguí caminando, alejándome de la multitud. Aquel día era especialmente caluroso, pero no podía recogerme el pelo. No quería que nadie viese lo mal que me encontraba ni lo horrible que estaba con el rostro pálido, cubierto de puntos rojos a causa de las lágrimas.

Encontré un parque, me senté en un banco y llamé a Eli, manteniendo en todo momento el rostro oculto por el cabello.

—¡Buenos días, preciosa! ¿Qué tal va todo? ¿Ya ha aparecido Angelina Jolie para solicitar tus servicios?

Tragué saliva y ordené mis pensamientos lo mejor que pude antes de hablar.

—Yo… yo tengo un problema, Eli.

—Sofía, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás llorando?

Y justo en ese momento me quebré. La sensación fue parecida a la de la rotura del mástil de un barco por el paso de una furiosa tormenta, que cae sobre el océano, golpea el agua con rabia y salpica en todas direcciones.

Yo estaba en esa tormenta y había sido tragada por las aguas, revolviéndome,

ahogándome, sintiéndome pequeña y humillada.

—Me han echado del trabajo, Eli —dije lo más tranquila que pude, sorbiendo por la nariz.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Pero ¡si eres la mejor!

—Me han acusado de robo —continué, cerrando los ojos—. Creen que les he robado joyas a las clientas.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¡No hay nadie más íntegro que tú en esa maldita peluquería!

—Eso he intentado explicarle a Fátima, pero me ha hecho firmar mi renuncia y…, joder —otra lágrima se deslizó por mi rostro—, no sé qué hacer, Eli, me siento perdida. Siento que todo esto es injusto y…

—¡Por supuesto que lo es! Tienes que llamar a tu padre; es mejor que se entere por ti que por ellos. No dejes que te hagan sentir mal, cariño, porque ellos son los que se están equivocando. Debe de haber algún error.

—Fátima ni siquiera se ha fiado de mí… No le ha importado que le diese mi palabra. Dice que no me va a denunciar por el aprecio que le tiene a mi padre… —La culpabilidad se extendió sobre mis hombros como una pesada losa. Me encogí todo lo que pude—. Entre los del kárate y esto…

—Cariño, ese pueblo está maldito. Vuélvete a Huelva, ahí no tienes nada. —Su dulce voz era como un bálsamo para mis heridas que me acariciaba y me envolvía en un manto de paz y tranquilidad que conseguía alejarme de la cruel realidad.

—¿Y qué hago con mi padre? No puedo dejarlo y… Me siento tan mal… —me sinceré.

—Tengo una idea: ve al trabajo de tu padre y cuéntaselo todo. Él sabrá qué hacer. Pero, Sofía, no te quedes sola en estos momentos, porque no te hace bien, y, por favor, no se te ocurra culparte: tú sólo has ido a Coria para estar con tu padre y has tenido la mala suerte de verte metida en todo este jaleo. Alza la cabeza y ve con orgullo. Tú no has hecho nada. Esa es la verdad.

Una vez me hube despedido de Eli, me tumbé en el banco boca arriba. No tenía energía para moverme de allí. Contemplé con mis hinchados ojos el cielo azul, sin ninguna nube. Era como un lago calmado y quieto, totalmente inmóvil. Los rayos del sol me daban en la cara, calentándomela. El calor sólo era soportable por una brisa que corría, moviendo las copas de los árboles del parque y haciendo un tranquilizador sonido parecido al del arroz al verterlo en un cuenco. Ese sonido me transportó a un viejo recuerdo con mi abuela,

cuando preparaba arroz con leche. Mi postre favorito. Recordé el olor de la leche fresca y el arroz hervido, seguido por el de la canela y el limón.

Me alejé de la realidad, perdiéndome en los recuerdos y encontrando consuelo en ellos.

Hasta la hora de la comida, en que sonó mi móvil, no me di cuenta de que me había quedado dormida en el banco. Me incorporé, gimiendo de dolor. ¿Cuántas horas había pasado allí tumbada? La gente me miraba con curiosidad, pero ya no me importaba. Sacudí la cabeza, mareada. ¿Había sido todo una pesadilla? Cuando la realidad cayó sobre mí, suspiré.

No, seguía despedida y con el cartel de ladrona colgando de mi cuello.

Cogí el móvil de mi bolso y lo miré. Tenía dos llamadas de María y otra de Eli. Además de algunos mensajes de la que había sido mi compañera en la peluquería. Los leí con dificultad, todavía adormilada.

Sofía, voy a terminar pronto en la peluquería. ¿Quedamos para almorzar? Lucía no viene. Hoy no ha sido lo mismo sin ti; varias adolescentes se han ido al no verte.

Respondí afirmativamente y unos segundos más tarde me mandó la ubicación del bar donde comeríamos. Al echar a andar, vi que me había alejado bastante de casa y de la peluquería.

Unos veinte minutos más tarde y con la frente perlada por el sudor, vi a María esperándome en la puerta del restaurante, con los brazos cruzados. Sus oscuros ojos se alegraron al verme, y no dudó un segundo en abrazarme.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

—Bien —mentí, bajando la mirada.

—Tienes… ¿Has estado tomando el sol? Te has quemado la nariz y las mejillas. Pareces un duende.

Sonriendo, negué con la cabeza.

—Me he… me he quedado dormida en un banco del parque.

—Oh, vaya… Pues estás muy guapa. Parece que hayas ido a la playa —dijo sonriendo—. Vamos, esta pizzería te va a encantar. Siempre vengo cuando estoy triste.

Nos sentamos a una mesa que ella había reservado, pedimos las bebidas y observé el sitio. Tenía las paredes rojas y el suelo de loseta; unas plantas

colgadas de las paredes y algunas en el suelo daban un toque de vida y de frescura.

Me excusé para ir al baño, y me miré en el espejo. Mi larga melena castaña estaba enmarañada como el nido de una cigüeña; mis ojos, de un tono chocolate, se veían enrojecidos. No me extrañaba que la gente me mirase tanto. Seguramente me habrían confundido con el camello del pueblo, me dije con pesar. Lo único que daba algo de color a mi rostro eran las quemaduras tras haberme quedado dormida en el banco.

Me lavé la cara, me peiné la melena con los dedos y volví a la mesa.

María me recibió con una sonrisa.

—Ya nos han traído las bebidas. Veo que tienes mejor cara.

—Estaba fatal —murmuré, avergonzada por las pintas con las que me había visto.

—Estás preciosa. Cuando eres nieta de Linda, es difícil no verte bella. ¿Estás mejor?

—No —admití—. Me preocupa mi futuro, pero aún más mi padre.

—¿No has hablado con él?

—Prefiero hacerlo esta noche, cuando lo vea. No… no tengo fuerzas para ir a la comisaría.

—Te entiendo. —Me cogió la mano a través de la mesa y me la apretó—. Quiero que sepas que he hablado con Fátima y le he dado mi opinión. No es mucho, pero me niego a dejar que te manchen de esa forma.

—Gracias, María. Eres muy amable.

—No es amabilidad, es justicia. Tú no has robado nada. Cuando la verdad salga a la luz, Fátima se arrepentirá de haberte perdido. Gracias a ti, estaba ganando el doble de dinero que con nosotras dos. Tengo el resto de la jornada libre, así que, si te apetece, podemos pasar el día fuera y tomar luego una buena copa. —Me guiñó un ojo—. Conozco un lugar bastante guay a veinte minutos de aquí. ¿Qué te parece?

—Genial. Todo lo que no sea estar sola y pensar en la peluquería es bienvenido.

—¡Pues día de chicas! No es que me pueda recoger muy tarde, pero lo pasaremos bien.

—¿No has quedado con tu novio?

—David trabaja hoy; además, le he mandado un mensaje. —Se frotó las manos en un gesto que intentó parecer gracioso—. No podrás deshacerte de

mí.

—¿Sabe Lucía que hemos quedado?

—Que yo sepa no. Y eso me hace recordar algo: ¿por qué te quitaste de kárate?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté confusa. No se lo había dicho a nadie, excepto a mi padre.

—Lucía lo soltó un día. Deseaba preguntarte, pero te vi muy atareada y tampoco quise marear la perdiz. No me parecía que estuvieses pasando por un buen momento.

Si era sincera, desde que había llegado a ese pueblo no había vivido ninguno bueno. Desde un principio mi estancia se había visto influida por Colton y por Lucía.

Al primero no lo veía desde que se había presentado en mi casa para pedirme disculpas. Cierto que alguna noche mi padre había quedado con él y con Yoshio para cenar, pero yo me había borrado del plan saliendo a dar una vuelta por el pueblo hasta asegurarme de que ya no estaban.

—No… —cogí aire y suspiré—, no tenía *feeling* con Colton. No disfrutaba de sus clases y me di de baja.

—Vaya… Es la primera vez que lo oigo, pero te entiendo, ¿sabes? Pocas personas tienen las cosas tan claras. Deberías sentirte orgullosa de ti misma.

Solté una carcajada irónica y negué con la cabeza.

—Créeme, soy un desastre desde que estoy aquí. No tengo claro nada.

—No te trates así, Sofía. No es fácil cambiar de hogar y encima lidiar con tantos frentes abiertos. Deberías reconocer tu valía. —Su voz sonó por encima de la suave música que llenaba el restaurante.

Sonreí, pero me alegré cuando la camarera llegó para tomar nuestros pedidos, interrumpiendo la conversación. El tema del kárate, la peluquería y Lucía estaban prohibidos, al menos durante los próximos días, hasta que hubiese recuperado la suficiente fuerza como para no sentir nada más que indiferencia.

Después de la comida nos fuimos a una cafetería, donde pasamos el resto de la tarde y merendamos. Casi había conseguido olvidar el motivo por el que me encontraba allí con María. Casi. Después de la merienda pedimos una copa y me entretuve escuchando su historia; así supe que era chilena y que llevaba

unos diez años con David, y que, contrariamente a lo que yo había supuesto en un principio, ella había cumplido ya los treinta unos meses atrás. Tenía dos hermanas, que se habían quedado en su país. Sus padres, por el contrario, también residían en España.

Me contó cómo fue su primer día en la peluquería y lo mucho que le había costado hacer buenas migas con Lucía. La describía como una persona desconfiada y fría, siempre lejana a los demás.

Cogí mi copa y me humedecí los labios, formulando la pregunta en mi cabeza.

—¿Por qué Lucía es así conmigo? —pregunté finalmente, dando un sorbo. Contuve un gemido cuando la refrescante bebida bajó por mi ardiente garganta.

—¿A qué te refieres?

—Distante, fría, seca —contesté con rapidez, haciéndola sonreír, puesto que no había tenido que pensar mucho—, siempre dispuesta a dedicarme algún comentario hiriente, como si yo le hubiese hecho algo.

—Tu llegada ha hecho que la peluquería de Fátima suba como la espuma, algo que ninguna de las dos hemos conseguido. —María respondía con lentitud, reflexionando—. Supongo que para ella ha sido duro encontrarse con una peluquera mucho más experimentada y con más recursos, capaz de hacer cualquier cosa que las clientas pidan. La mayoría de las suyas pasaron a ser tuyas. Y no te culpo, eso que quede claro —dijo, alzando las manos—. Eres más buena que nosotras, pero Lucía se lo toma todo… de otra forma. Simplemente te ve como una rival. Fátima pensaba despedirla, pero como tú no te ibas a quedar en Coria, la seguía teniendo por si las moscas.

Asintiendo, suspiré.

—Pero eso no es todo —continuó ella, captando mi atención. Tenía achinados los ojos, tan oscuros que parecían negros—. Además, creo que eso se juntó con tu entrada en la escuela de kárate de Colton.

Fruncí el ceño y parpadeé confusa.

—¿Por qué?

—Entraste sin estar en la lista de espera.

—¡Pero eso fue cosa de mi padre!

—Y lo veo genial, Sofía: yo habría hecho lo mismo si hubiese estado en tu lugar. Pero… hay algo que pasó hace cierto tiempo.

—¿Qué pasó? —pregunté, cogiendo unos cuantos frutos secos que el

camarero nos había dejado junto con las copas.

—Esto no lo sabe nadie, y espero que puedas mantenerlo en secreto. Lucía se encargaría de convertir mi vida en un infierno si llegase a saber que te lo he contado.

—Por supuesto. Tienes mi palabra.

—El año pasado invitó a salir a Colton.

Justo cuando iba a comerme una avellana, se me escapó de entre los dedos y cayó al suelo. Levanté la mirada con rapidez.

—¿Estás de broma? ¿A Colton?

—Sí. Puede ser que a ti no te caiga bien, pero admitirás que es muy atractivo. Nadie puede negarlo.

Mordiéndome el labio inferior, recordé su rostro con todo lujo de detalles. Su mirada, aguda y lobuna, la forma en que me había mirado para pedir disculpas. Más humano, más cercano. Nada parecido al Colton que me había mostrado los otros días.

—De acuerdo, es guapo. —Me encogí de hombros.

—Ella me contaba lo muchísimo que le gustaba y las ganas que tenía de salir con él. Era tal su insistencia con el tema que un día en la peluquería la animé a que le propusiera salir.

—Oh, Dios mío —me reí, cruzando los brazos e imaginándome la escena—. No me lo digas: fue mal.

—¿Mal? ¡Catastrófico!

—¿A quién demonios se le ocurre pedirle salir a Colton? Es como hablar con una pared, en el mejor de los casos.

—Ella estaba colada por él. Por supuesto, Colton le dio una negativa bastante contundente y le dijo que, en caso de que viese que no podía concentrarse en las clases, lo mejor sería que se marchara. O sea, la invitó a irse.

Disfrutando de la historia, solté una carcajada, mientras iba asimilando lo que María me contaba, como si estuviese viendo una película. La imagen que tenía de Colton mejoró considerablemente.

—Se lo merece —solté.

—Lucía, por supuesto, le dijo que no era necesario que dejase las clases. Le pidió que olvidase lo que había pasado y fin. Cada uno por su lado. ¿Sabes? —musitó, apoyando la cabeza en la mano que tenía sobre la mesa—, hay mujeres bastante guapas en Coria, y él no ha salido con ninguna, al menos que nosotras

sepamos. Y Lucía es guapa, eso hay que admitirlo.

—Lo es —acepté. No tenía sentido negar lo evidente—. Pero como persona es horrible.

—No es un cordero, no.

—Es un maldito lobo —contesté, dando otro sorbo.

Nos quedamos en silencio unos segundos, yo contemplando mi copa. Las burbujas subían hasta la superficie, una tras otra. El limón, ya hundido junto con el hielo, había perdido parte de su firmeza y de su fuerte color amarillo. El frescor del cristal era relajante y aliviaba el sofoco que sentía. Aun así, el peso que notaba en mi pecho me impedía disfrutar por completo de la compañía de María.

—¿Qué ha podido pasar, María? Si yo no le he robado a nadie… ¿Puede ser que se hayan confundido? ¿Se les han podido caer las joyas cuando salían? No lo entiendo.

—Yo tampoco —admitió ella, mirándome con tristeza—. No puedo decirte nada, porque mentiría. No entiendo cómo ha pasado todo esto.

—Encima… —solté un bufido; la ira volvía a mí— Fátima me ha dicho que no me denunciará por mi padre.

—Fátima no es muy inteligente. Ese negocio lo montó su marido, que en paz descanse, y ahora ella es la encargada. Pero está de capa caída. No durará. Y menos sin ti.

Asintiendo, solté el aire que retenía en los pulmones. Pedimos otra copa antes de despedirnos y, al salir fuera, me di cuenta de que era tarde. El cielo estaba oscureciéndose, y presentaba una gama de colores que iban desde el amarillo al violeta, pasando por el anaranjado. El arrebol de las nubes atravesadas por los escasos rayos de sol le daban ese toque melancólico que encajaba con mi estado de ánimo.

Una vez más, necesité introducir la dirección de mi padre en el teléfono para volver. Mientras caminaba, me prometí que prestaría atención y me aprendería todos los caminos, pero sabía que era inútil. Sólo me quedaba repetirlos una y otra vez hasta que se grabasen en mi mente.

Me pregunté cómo sería el encuentro con mi padre. Intenté imaginar mil y una escenas del momento y lo que diría en todas ellas. Sabía que me apoyaría, pero no lo dejaría estar. Querría respuestas. Iría a hablar con Fátima y se lo tomaría como algo personal.

Por otra parte, ¿no era eso lo justo? ¿No me merecía justicia? Pensé lo

frenética que se pondría mi madre al enterarse; seguramente incluso insistiría en que me largara de ese condenado pueblo.

Entre dos locales que parecían cerrados había una calle larga y estrecha que, según el móvil, me ahorraría diez minutos de trayecto. Antes de entrar, eché un vistazo y vi que había farolas iluminándola. Me adentré en la calle, oyendo el ruido de mis zapatos contra la acera y el sonido de los coches a mi espalda. El sofocante calor de aquel día había desaparecido para dejar tras de sí una suave brisa veraniega.

Seguí andando y di un pequeño respingo cuando de uno de los locales salieron unos chicos de unos veinte años. Antes de que cerraran la puerta, un intenso olor a marihuana salió del interior. Los chavales se reían mientras decían obscenidades.

Puse los ojos en blanco, aligeré el paso y miré la pantalla de mi móvil. Dos minutos y estaría fuera de aquella calle.

—¡Eh, tú, guapa! ¿Adónde vas tan deprisa?

Sin responder, los miré de soslayo y suspiré. Estaban a unos cuantos metros, riéndose y pasándose un cigarro entre ellos. Tal era su estado que se golpearon con una de las paredes, maldiciendo. Estupendo, un grupo de críos me seguía. Quité el navegador de la pantalla para poder llamar a mi padre, pero justo antes de pulsar la llamada, al mismo tiempo que giraba la cabeza, pisé un trozo de vidrio que me hizo perder el equilibrio.

Caí sobre pies y manos y maldije al notar unos pequeños cortes en las palmas. Incorporándome, vi que mis pantalones no habían tenido mejor suerte; se me habían roto.

—Genial…

—¡Está a cuatro patas, tíos! —dijo una voz masculina—. ¡Pero mirad qué culito!

Me incorporé y eché a correr. Oí sus risas antes de salir del callejón, y, una vez lo conseguí, sonreí. Me apoyé en una farola y cogí aire hasta llenarme los pulmones. Mi corazón, que hasta ese momento había estado latiendo desbocadamente, se había calmado.

Rodeada de peatones y tranquila, pude mirarme con más tranquilidad las rodillas. Me había cortado con el trozo de vidrio que había pisado y tenía sangre, pero no parecía que hubiera más que cortes superficiales. Mis manos, por el contrario, al no tener una tela que las protegiese, habían salido peor paradas.

—Vaya mierda de día —dije con furia, limpiándomelas en los muslos. Gemí.

—¿Sofía?

Una voz masculina sonó a mi espalda. Sabía de quién era ese acento aterciopelado y grave. Resignada, me pregunté por qué el destino había decidido que mi día debía acabar así, despedida injustamente, acusada de ladrona, con las manos cubiertas de sangre y arañazos y las rodillas magulladas y encima encontrándome a Colton. No quería darme la vuelta, y no lo hice. Ni siquiera contesté.

Colton se movió hasta quedar frente a mí. Volví a captar su olor y cerré los ojos, notando su calidez cuando pasó por mi lado. Crucé los brazos, ocultando las manos, y lo miré.

Demonios, pero qué guapo estaba. Con su abundante pelo negro, su mirada penetrante y enigmática y su boca carnosa. Era tan atractivo que me quitaba el aliento, o quizá se debía a que estaba cansada por la carrera que había hecho hacía apenas unos segundos. De un rápido vistazo, vi que llevaba una camiseta gris clara de manga corta y unos vaqueros.

—¿Qué te ha pasado en las rodillas? ¿Te ha hecho daño alguien?

—¡No!

Al ver que se acercaba aún más, estiré las manos para apartarlo. Se las había colocado en el pecho, y sentí la fuerza y la firmeza de sus músculos. El abrasador calor que hormigueaba en mis dedos despertó en mí un abrumador deseo de querer tocar y acariciar su piel. Desgraciadamente, el contacto acabó pronto.

Colton me agarró de las muñecas con delicadeza, les dio la vuelta y pudo ver mis manos heridas.

Me miró con seriedad.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Y a ti qué te importa! —exclamé, zafándome de sus manos—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Me estás siguiendo?

Él negó con la cabeza y señaló hacia su izquierda, sin apartar los ojos de mí. Al mirar en esa dirección, vi que allí estaba su escuela. Me sonrojé.

—No, Sofía: estás justo al lado de mi *dojo*.

—Pues eso parecía —murmuré, abochornada—. Ahora tengo que irme antes de que mi padre se preocupe.

—Ni hablar. Voy a curarte las manos y las rodillas. Tu padre me pegaría un tiro si te dejase ir así. Vas a entrar conmigo y a explicarme…

—¿Quieres dejar de dar órdenes? —solté, cansada—. Quiero irme a casa. No voy a morirme desangrada, Colton.

—Está bien. Llamaré a tu padre y…

—¡No! —casi grité, agarrándolo de la mano como pude. Me mordí los labios para acallar un gemido de dolor. Él miró donde lo tocaba y luego me miró a mí—. No, por favor. No quiero asustarlo. Si quieres lavarme las heridas, adelante, pero no llames a mi padre.

Si Colton notó algo raro en mi mirada y en la forma en la que murmuré las últimas palabras, no dijo nada. Cogí aire y echamos a andar. Ya casi no quedaba luz natural, y eran las tiendas y otros locales los que se encargaban de iluminar las calles. Al llegar a la escuela, tardó unos minutos en abrir la puerta. Una vez conseguido, me hizo un gesto para que entrara antes que él. Cuando pasé por su lado y le rocé el pecho con el hombro, volvió a recorrerme una descarga de placer que me erizó el vello de todo el cuerpo. Esa sensación se vio incrementada por su olor, masculino y fresco.

Apreté los dientes y esperé en el recibidor, odiando cada célula de mi cuerpo. ¿Por qué reaccionaba así? No me gustaba Colton, su actitud conmigo había sido ruin y maquiavélica. Sí, era muy atractivo y poseía una mirada digna de aparecer en anuncios publicitarios, pero eso era todo. Mi parte consciente no lo aguantaba. Mi cuerpo, en cambio, lo deseaba. La sólida verdad cayó sobre mí como un jarro de agua fría.

—Entra en el vestuario masculino. Es donde tengo el botiquín.

—¿Dónde está la chica que suele trabajar aquí? La del pelo rosa.

—Se ha ido de vacaciones para ver a su familia. Ahora entra en el vestuario. Por favor.

Asentí e hice lo que me pedía. Abrí la puerta de madera y me sorprendió ver lo espaciosa que era la sala. Me senté en uno de los bancos y esperé, observando cómo Colton abría un botiquín colgado de la pared y cogía unas cuantas cosas.

Se sentó a mi lado, con su rodilla en contacto con la mía, me cogió una mano con suavidad y miró los rasguños.

—Es superficial.

—Lo sé —murmuré tensa—. Te lo he dicho.

—Aun así, soy incapaz de dejar que te vayas de esta forma. Tu padre…

—Ya lo sé, sí —lo interrumpí—. ¿Sabes?, tengo veinticinco años, soy adulta. Me da la sensación de que todos me tratáis como si tuviera doce. Es…

molesto.

—Pareces más joven. Además, la última foto que vi tuya precisamente era de cuando tenías doce. Tu abuela Linda la tenía guardada como si fuese una reliquia —comentó, echándome agua y un jabón bastante líquido. Sus dedos tocaron las heridas de mis manos, limpiándolas a conciencia. Gemí, pero le dio igual—. Siempre hablaba de ti.

—Dicen que nos parecemos bastante.

Colton desvió la mirada de mis mano y la fijó en mi rostro. Acostumbrada a estar siempre a unos cuantos metros de distancia de él, tenerlo tan cerca me inquietó. Podía ver con total claridad el tono de sus ojos rasgados, diferentes tonos de marrón que se asemejaban al de la arena mojada. Sus pestañas, negras y densas, los hacían más grandes y misteriosos. Tenía la nariz recta y los labios carnosos y una ligera barba de pocos días que ensombrecía sus rasgos y le hacía parecer más oscuro y dominante.

—Ella era rubia.

—Lo sé.

—Pero tienes la forma de sus ojos y su rostro.

Por primera vez desde que conocía a Colton, me sonrió con calidez. Y me encantó. Tenía unos dientes blancos y bonitos. Su rostro se había dulcificado. El júbilo que sentía al verlo relajado desapareció al darme cuenta de que él no me estaba viendo a mí. No me sonreía a mí: lo hacía al recuerdo de mi abuela.

—Tú estás más delgada, pero, sí, os parecéis mucho.

Me secó la mano y me aplicó alcohol con un algodón y luego me cogió la otra mano para repetir el mismo proceso.

—¿Te va bien en la peluquería?

—¿A ti qué más te da? —solté con agresividad, de forma inconsciente. Al darme cuenta de mi brusquedad, noté que me sonrojaba—. Lo siento.

—Te entiendo —murmuró, concentrado—. No te he tratado bien para que me hables de otra forma. ¿Hay alguna razón para que tus ojos se hayan humedecido? Pareces con ganas de llorar.

—No me has mirado, no puedes saber si tengo o no ganas de llorar —musité, parpadeando furiosamente para alejar las lágrimas. El tema de la peluquería seguía resultándome muy doloroso.

—Sí lo he hecho, sólo que no te has dado cuenta.

—No quiero hablar.

Me tembló la voz. Cogí aire con brusquedad; odiaba mostrarme débil ante él.

La garganta me ardía por el esfuerzo de mantener las emociones a raya y no liberarlas. Que me partiera un rayo si permitía que Colton me viera llorar.

—Tengo la sensación de que odias Coria.

—Quiero irme de este condenado pueblo —admití—. Irme y no volver.

—¿Y qué te detiene?

—Mi padre. —Mi respuesta casi fue un gemido.

Miraba hacia la puerta, deseosa de salir de allí. Colton me observaba, y sabía lo que veía: ojos rojos y mejillas pálidas. Estaba a punto de desmoronarme.

—Lamento que este pueblo no te haya tratado bien, y que yo sea uno de los motivos por los que te quieres ir. —Terminó de curarme la otra mano. Había remordimiento en su voz.

—Demasiado tarde: entre todos ya habéis estropeado mi estancia aquí. Nada bueno que pase hará que olvide lo humillante que ha sido todo. Y deja de mirarme como si estuviese exagerando —solté, dolida—. No eres el único que se ha encargado de joderme.

—¿Lucía?

Giré la cabeza con rapidez y alcé una ceja en su dirección.

—¿Cómo lo sabes?

—Me dedico a observar —dijo, prestando atención a mis rodillas—. No le gustas.

—Da igual, no le gusto a nadie.

—Le gustas a tu padre, a Yoshio…

—¡Guau! Me siento abrumada con tanta muestra de afecto. —Puse los ojos en blanco—. Estoy deseando que sea septiembre para poder irme de aquí. No habrá más miradas, ni palabras hostiles ni acusaciones falsas.

—¿Quién te ha acusado de algo? —preguntó, colocándose de rodillas entre mis piernas. Yo fruncí el ceño.

—¿Qué haces?

—Tengo que lavarte esos cortes de las rodillas. Levántate el pantalón hasta esa altura y podré limpiarlos. Son pantalones elásticos, venga.

Iba a protestar, pero me dije que daba igual. Cuando antes acabara, antes podría volver a casa y acostarme. Hice lo que me pedía y apreté los dientes al ver lo mal que pintaba la cosa. Tenía toda la espinilla con hilos de sangre seca.

—¿De qué huías?

—Unos colgados me estaban molestando. He pisado unos cristales y me he caído.

—¿De dónde venías?

—¿Quieres dejar de hacer preguntas? No te voy a responder —dije con sequedad, aguantando el escozor de las heridas al entrar en contacto con el alcohol.

—¿Qué tal vas con la caja de tu abuela? Ella me lo comentó antes de morir.

Olvidé un momento mi dolor para centrarme en sus palabras. Sentada en esa silla, sólo veía su espeso pelo negro. ¿Había tenido mi abuela una buena relación con Colton? Podía entenderlo, pues mi abuela se ganaba a cualquiera. La recordaba cálida, dulce y agradable, siempre con buenas palabras para todos.

—¿Qué te dijo?

Colton tardó en contestar, como si sopesara la pregunta y se debatiese entre lo que debía o no debía contarme.

—Quería dejarte recuerdos que te uniesen al pueblo. Linda siempre había amado Coria del Río, y pensaba que de esa forma podrías estar más unida a tu padre, darte un motivo para venir.

—Pues no lo ha conseguido. Vosotros os habéis encargado de que así fuera —dije con angustia.

—Lo sé, y Linda estaría decepcionada conmigo. No lo he hecho bien, pero quiero que entiendas que aprecio a tu padre. —Levantó la cabeza y clavó sus ojos en mí—. Lamento haberte tratado con tanto desdén. Cada vez que te veía recordaba la tristeza que Fran sentía por pasar tanto tiempo sin verte.

Sus palabras eran sinceras. Tragando saliva con dificultad, asentí. ¿Qué ganaba al seguir guardándole rencor? Nada, más que recordar una y otra vez lo desagradable que habían sido nuestros encuentros. Me había pedido disculpas, y aceptarlas no significaba que fuese a volver a su escuela ni que fuera a tener una relación más amistosa con él. Simplemente, era dejar de sentirme desarraigada. Quitarme a otro enemigo y empequeñecer mi campo de batalla. Ya tenía demasiados frentes abiertos.

—Te perdono —musité sin esfuerzo, aligerando el peso de mis hombros. —Él me miró—. Quieres a mi padre tanto como yo. Puedo ver lo mucho que te importa.

Ambos nos sonreímos con timidez. Colton terminó de limpiarme las dos heridas de las rodillas y se incorporó; volví a verlo inmenso.

—Te acompaño a tu casa.

El camino de vuelta fue relajado; el sonido de los coches nos acompañaba y

llenaba el silencio. No hablamos. Yo seguía dándole vueltas al asunto de la peluquería y a cómo se lo contaría a mi padre. Sabía lo mucho que se ofendería y que le dolería. Y, por supuesto, haría algo en consecuencia.

Pero ¿cómo se podía demostrar que yo no había robado nada? Era imposible, me dije con resignación. No había testigos. En aquel pueblo me recordarían como la hija ladrona de Fran. El rumor se extendería y mi padre dejaría de ver Coria como su hogar.

Gemí bajito ante la angustia de imaginármelo perdido, sin el lugar donde se había criado.

—¿Estás bien, Sofía?

Sin mirar a Colton, asentí varias veces y aligeré el paso.

Cuando llegamos, mi padre estaba en la puerta, vestido con un chándal. A juzgar por las arrugas de su frente, parecía preocupado. Al verme junto a Colton, se relajó. En un par de zancadas se me acercó y me estrechó entre sus brazos.

—¿Qué ha pasado, Sofía? Me ha llamado Fátima hace apenas diez minutos.

Tensa, entre sus brazos, me congelé como un cubo de hielo. Ninguna de las situaciones que había imaginado incluía esa posibilidad. Los ojos se me llenaron repentinamente de lágrimas y, mirándolo, estallé en llanto.

—Te prometo que no he sido yo, papá —dije con dificultad—. Yo no he robado a nadie.

—Por supuesto que sé que no has sido tú, Sofía. —Los oscuros ojos de mi padre se llenaron de ira—. Esa desagradecida… ¿cómo se atreve siquiera a culparte?

—Yo… No sabía qué hacer —admití entre temblores—. Tendrías que haber visto el rostro de Fátima al comunicármelo.

—Voy a encargarme personalmente de esto, Sofía. No dejes que este asunto te preocupe. En unos días va a estar todo solucionado. Confía en mí.

Calmándome, cogí aire y asentí. Mi padre me abrazó de nuevo y parte del miedo y de la culpa desapareció. Sólo era una niña refugiada en los brazos de su padre, anhelando consuelo. Me pregunté si no debería haber buscado ayuda antes con él, en vez de vagar por Coria y quedarme dormida en un banco, acabando con el rostro rojo como un tomate. Al abrir los ojos por encima del hombro de mi padre, vi a Colton.

Casi parecía herido por que le hubiese ocultado durante todo el trayecto la razón de mi silencio. Incapaz de aguantar su escrutinio, volví a relajarme

contra el pecho de mi padre, olvidándome de todo.

Mi padre, en un sutil intento por mejorar mi horrible día, invitó a Colton a cenar y dijo que encargaría pizzas, por supuesto, tras pedirle a su amigo que fuera a recoger a Yoshio. Yo me di una ducha, me arreglé el pelo y me dirigí a mi cuarto. Abrí el armario de par en par y decidí ponerme un vestido que tenía de color marrón bastante bonito. De manga corta y con botones delanteros, no me quedaba mal. Me sentía arreglada pero cómoda. Me puse también unas sandalias y dejé de mirar mi sonrojado rostro en el espejo cuando mi móvil sonó.

En la pantalla aparecía el nombre de Eli.

Llené los pulmones de aire y pensé en las pocas ganas que tenía de responder esa llamada. Quería olvidarme del tema de la peluquería hasta que mi padre consiguiese averiguar quién había sido la persona responsable de los robos.

Dejé que el teléfono terminara de sonar y le mandé a Eli un audio explicándole que estaba bien y que le prometía llamarla pronto y ponerla al tanto de las novedades. También vi que tenía mensajes de mi madre, que me había mandado un montón de fotos de sus vacaciones con Carlos, ajena a la tormenta que había sacudido mi vida.

Estaba escribiéndole una respuesta, cuando oí el timbre.

Debían de ser Colton y Yoshio. El corazón me dio un vuelco.

Tranquila, Sofía… ¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué actúas así?

Hice varias respiraciones profundas hasta que conseguí calmarme, al menos hasta cierto punto. Terminé de redactar el mensaje que había estado escribiéndole a mi madre y salí de mi cuarto. Mi padre le explicaba alterado a Yoshio lo que había ocurrido.

Me froté los ojos al notar que un repentino cansancio se adueñaba de mi cuerpo. Bajé la escalera y me dirigí al salón. Mi padre estaba en el sillón, con un botellín de cerveza. Yoshio estaba sentado en el sofá y asentía, escuchando con atención todo lo que mi padre decía. Colton ocupaba otra parte del sofá y tenía los brazos cruzados. Fue el primero en darse cuenta de mi presencia, ya que miró en mi dirección.

No me lo podía creer; ¿aquello había sido un amago de sonrisa? ¿Acababa Colton de sonreírme? Confusa, me adentré en el salón hasta que los otros dos

me vieron. Yoshio se levantó y, cogiéndome las manos con infinito cuidado, me las apretó.

—Todo irá bien, Sofía.

Su sonrisa, llena de ternura y de fuerza, me animó. Asintiendo, murmuré un agradecimiento antes de mirar la mesa, que estaba vacía.

—Voy a traer unas patatas fritas y unos aperitivos. ¿Has pedido ya las pizzas, papá?

—No, estoy llamando, pero no contestan. Voy a probar de nuevo —contestó, cogiendo el móvil de la mesita.

—No te preocupes, voy yo. ¿Está lejos?

—Diez minutos a paso rápido —me respondió Colton, incorporándose—. Yo te acompaño.

Ya no existía tensión ni irritabilidad entre nosotros, pero aún no creía yo que fuera una persona amable y fácil de tratar. Podía imaginarme lo que ocurriría en el trayecto de ida y vuelta: constantes preguntas sobre la peluquería. Y no quería volver a pensar en el tema.

—No te preocupes, puedo ir sola. Me apetece tomar el aire.

—Sofía, puedo llamar hasta que contesten; no tenemos prisa —dijo mi padre, mirando a Yoshio, que asintió en señal de conformidad.

—Yo iré con ella —insistió Colton. Luego se dirigió a mí—: Vamos.

Negarme una vez más hubiera puesto en evidencia mi extraña relación con él, así que, suspirando, cogí mi bolso y salí de casa sin esperarlo, molesta. Colton me alcanzó y caminó a mi lado, mientras yo intentaba centrarme en los coches o en los niños que había en la calle acompañados de sus padres. Pero me era imposible no captar su olor y su calor. ¿Por qué me alteraba? ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba en contra de mis pensamientos? Cada vez que intentaba adelantarlo para mantener las distancias o quedarme atrás, él ajustaba el paso.

—¿Por qué andas tan desacompasadamente?

—¿Por qué me acompañas? Me apetecía ir sola.

—Tu padre está inquieto —respondió—. Lo conozco lo suficiente como para saber que teme que te quieras marchar.

—No me voy a ir, al menos hasta septiembre.

—A pesar de que deseas con todas tus fuerzas hacer las maletas y huir —dijo con una mueca—. Él quería que tuvieses un buen recuerdo de Coria, y esperaba que de ese modo regresaras en el futuro.

—¿Volveré a Sevilla? Sí. ¿A este pueblo? Permíteme que lo dude.

—El pueblo no tiene la culpa.

—Tienes razón, quizá no me negaría a pasar un día, pero nada de quedarme una temporada —expliqué con determinación, siguiendo a Colton, que me señalaba un paso de peatones para que lo cruzáramos.

—¿Qué vas a hacer ahora, Sofía? —me preguntó, pronunciando mi nombre con delicadeza.

Para mí fue como recibir una sutil caricia que levantó una suave ola de calor en mi pecho.

Lo miré de reojo. Casi estaba en penumbra, pues las luces de la calle se hallaban en el otro lado. Aun así, era imposible no percibir su belleza. Incluso un grupo de chicas jóvenes que salieron de un edificio lo miraron y se rieron coquetas. Pero él parecía ajeno a todo eso, ajeno a la sensualidad que transmitían sus oscuros ojos rasgados y a la singularidad de sus carnosos labios. Y a su cuerpo, esbelto y fuerte. Pocos hombres tenían tal magnetismo.

Centrándome en mis pies, me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No lo sé —admití—. Lo único en lo que puedo pensar es en dormir y leer un poco del diario de mi abuela. El resto del día… ni siquiera me he parado a pensar en ello.

—Regresa al *dojo* —dijo parándose. Al ver que no avanzaba, yo también dejé de caminar y fruncí el ceño. Él insistió—: Eres bienvenida. Lo sabes. Eres buena, tienes flexibilidad y sabes coordinar los movimientos. Si entrenas, puedes ser mucho mejor que el resto.

—Vaya, ahora resulta que se me da bien el kárate, y yo que pensaba que tenía poca coordinación… —dije con ironía. Luego apreté los puños a los costados —. ¿Por qué eres amable conmigo, Colton? Te he perdonado, y entiendo por qué fuiste frío y distante. Ya está olvidado. Pero esta falsa amabilidad me repatea. Te prefiero gruñón y petulante.

—No soy ninguna de esas dos cosas —replicó con su marcado acento—. Sólo quiero empezar de nuevo contigo. No quiero ser una de esas razones por las que no volverás a Coria. No me lo podría perdonar nunca, Sofía.

—Si es por mi padre, tranquilo, que no volveré a abandonarlo —dije con una sonrisa falsa. Eché a andar—. Así que relájate.

—No es sólo por tu padre. Yo mismo me avergüenzo del comportamiento que tuve. No soy un chaval: tengo treinta y seis años y quiero pensar que tengo más madurez que uno de dieciséis.

Sin inmutarme, ignoré sus palabras hasta que él me frenó agarrándome de una muñeca y tirando con suavidad, lo suficiente para que me diese la vuelta hasta quedar los dos de frente. Justo donde sus dedos tocaban mi piel nacía una corriente de calor y humedad que se extendía por el resto de mi cuerpo. Pero donde en mí había deseo en él veía arrepentimiento. Volvíamos a estar en diferentes fases.

—Vuelve a las clases. Eres buena, Sofía. Puedo enseñarte mucho.

—Y mi padre estará más tranquilo al saber que hago algo con mi vida —dije, como si pudiese leerlo en su rostro.

—Deja a tu padre a un lado. Me interesa saber qué quieres hacer tú.

De momento, lo que quería era deshacerme de sus manos. Me impedía pensar, pero a la vez disfrutaba al notar su cálida piel contra la mía. Ansiaba poner mi mano encima y así asegurarme de que no la retirara. Pero yo no iba a hacer eso. Estaba decepcionada por lo de la peluquería, cansada y confusa. No tenía los pensamientos en orden.

Barajé mis opciones; ¿qué iba a hacer el resto del tiempo que me quedase allí? No iba a poder trabajar. Ninguna peluquería me aceptaría con el letrero luminoso de «ladrona» que llevaba en la frente. El kárate podría ayudarme a olvidar, a desahogarme y a dormir con la cabeza despejada.

—¿Y qué harás si comienzan a desaparecerte cosas? ¿Creerás que he sido yo?

—No eres una ladrona, Sofía. Lo sé —dijo con dureza.

—No me conoces —rebatí.

—¿En serio quieres jugar a esto? ¿Qué edad tienes, quince?

Enfadada, me zafé de él. Tal fue la fuerza de mi movimiento que di unos cuantos tumbos hasta recuperar el equilibrio.

—Sólo intento ofrecerte mi ayuda, eso es todo. ¿Puedes al menos consultarlo con la almohada?

Asentí con lentitud, y no pude evitar preguntar algo que me había estado rondando por la cabeza.

—¿Cómo es que hablas español tan bien?

—Llevo años aquí, más de diez. La necesidad obliga.

Satisfecha con su respuesta, seguimos el camino hasta la pizzería. Una vez allí, pedí tres pizzas junto con otros tantos aperitivos. Cuando saqué la tarjeta para pagar, Colton me lo impidió. Pagó él, ignorando mis protestas cuando quise darle un par de billetes. Una vez que el chico que nos atendió nos dio el ticket, esperamos sentados en unos sillones.

—No deberías haber pagado tú.

—Es lo mismo —respondió.

—No, no lo es. Sabes que mi padre se enfadará.

—Lo sé —dijo con una sonrisa que le hacía parecer relajado y más juvenil.

—¿Cómo conociste a mi padre, Colton?

—¿No te lo ha contado él? —preguntó sorprendido. Yo negué con la cabeza —. Tu padre iba con asiduidad al restaurante e hizo amistad con Yoshio. Yo también estaba por allí, por lo que tardamos poco tiempo en congeniar. Nos ayudó mucho a mi tío y a mí con el papeleo y demás. No dominábamos la lengua en ese momento.

—Vaya, muy simple. —Me encogí de hombros, nerviosa bajo su escrutinio —. Me esperaba una gran aventura o algo parecido.

—Me temo que no —dijo él, observándome.

—Eres un hombre de pocas palabras, ¿verdad?

—Sí —respondió con una tenue sonrisa, contagiándome su buen estado de ánimo.

—Mi padre me dijo que eras bastante conocido en tu país, que lo representabas en las competiciones de kárate. ¿Por qué decidiste venir a este pueblo y dejarlo todo atrás? Seguro que era mucho más emocionante que esto.

El buen humor de Colton desapareció. Sus rasgos se tensaron con dolor y angustia, al mismo tiempo que sus ojos se empañaron. Culpable por haber tocado viejas heridas que parecían no curadas aún, pensé a toda velocidad para encontrar un tema que me ayudara a salir del embrollo en el que me había metido.

—Yo… Yo creo que nuestras pizzas ya están. Iré a preguntar.

Durante el regreso, Colton estaba más distante y frío. No como al principio de mi llegada, pero diferente de a la ida. Quizá había tocado una fibra especialmente sensible para él.

Cenamos con tranquilidad y tanto Colton como Yoshio me insistieron en que volviese al kárate, seguros de que una segunda oportunidad terminaría por engancharme al deporte.

Mi padre parecía relajado y satisfecho de que mi relación con ellos fuera más cálida y abierta, y también mostró su conformidad con que volviese al *dojo* de Colton.

Al final acabé aceptando, demasiado cansada para dar otra respuesta y también convencida de que esta vez sería diferente.

Mi padre y yo los acompañamos hasta la calle, donde Colton tenía su coche. Yoshio, antes de montarse, se volvió hacia mí con un mohín en su curtido rostro.

—Me gustaría que vinieses la semana que viene a cenar a mi restaurante, Sofía —dijo, pronunciando con cierta dificultad las erres—. Después de kárate, junto con Colton. Tu padre se puede unir a nosotros cuando salga de trabajar. Casi nunca abro por la noche, así que será sólo para vosotros.

Sin saber qué decir, contemplé el amable rostro de Yoshio. Su pelo, ya más canoso que negro, comenzaba a desaparecer en ciertas zonas de su cabeza. Si lo observaba con atención, había ciertos rasgos que compartía con su sobrino, aunque sería injusto decir que Colton no poseía los ojos más bonitos y atractivos que había visto en mi vida. La profundidad de su lobuna mirada masculina me eclipsaba, aunque intentaba con todas mis fuerzas que él no lo notara. Su olor y su calor me atraían.

Abochornada, me dije que se debía a la cerveza, que la bebida era la culpable de que lo viese tan guapo y varonil esa noche.

—Claro —respondí—. Me encantaría. Gracias.

Una vez se marcharon, mi padre se fue a dormir. Yo, en cambio, me quedé en mi habitación con la caja de mi abuela. Sentada en el suelo, cogí el diario y pasé las páginas hasta llegar al nuevo capítulo. Sin poder evitarlo, y como había hecho las anteriores veces, pasé los dedos por las gruesas y rugosas páginas de color crema. Un escalofrío me recorrió la espalda. Una suave brisa nocturna entró por la ventana de la habitación, moviendo las cortinas.

Adoptando una postura cómoda, comencé a leer:

«En el mes de febrero hubo mañanas frías y tardes templadas. La casa estaba helada, pero cuando el sol le daba y la calentaba, la convertía en un hogar más íntimo y confortable. El pueblo estaba tranquilo, cada uno seguía con su vida y los Fujimoto habían dejado de ser el centro de atención. Por otra parte, mi proyecto de formar una familia con Manolo no iba bien. Yo no me quedaba embarazada y él estaba bastante cansado con sus dobles turnos de trabajo. Su trabajo de carpintero había hecho que perdiera dos falanges de la mano izquierda. Su carácter, ya de por sí frío y contenido, se había vuelto más distante. Por vergüenza, a pesar de que a casi todos los compañeros del trabajo les faltaban algunos dedos, siempre llevaba la mano izquierda metida en el bolsillo del pantalón.

Desde que Manolo hacía turnos dobles, yo le preparaba la comida para llevar y no lo veía hasta el anochecer. Aquel día se había dejado la comida encima de la

encimera y yo no me había dado cuenta hasta las tres del mediodía, cuando había acabado de hacer la compra y limpiado la casa. La calenté y volví a salir con toda la rapidez que mis piernas me permitían.

Una vez en la calle, me di cuenta demasiado tarde de que no había cogido el abrigo. Con la humedad del día calándome hasta los huesos y las primeras gotas de lluvia mojando el asfalto, me dirigí con toda rapidez hacia la fábrica donde trabajaba Manolo. Fui sorteando los pequeños charcos de agua que se formaban en el suelo y que ofrecían un reflejo del día gris.

Cuando llegué a la fábrica, bastante alejada de casa, vi a algunos de los compañeros de Manolo fumando fuera. Sin importarles la lluvia, se reían y tomaban sus almuerzos. Uno de ellos, Pepe, alzó un brazo al verme y sonrió. Se acercó a mí, ahorrándome varios metros de distancia.

Sus negros ojos eran cálidos.

—¡Linda! ¿Qué haces aquí? ¿Se le ha olvidado a Manolo el almuerzo? —preguntó, haciendo un gesto hacia lo que llevaba entre las manos.

—Hola, Pepe. ¿Podrías dárselo tú? Me temo que me he dado cuenta demasiado tarde, pero estaba limpiando.

—Claro. Me encargaré de dárselo personalmente. ¿Has venido hasta tan lejos sólo por la comida? Manolo es un hombre fuerte, podría haber aguantado.

—Trabaja demasiado —expliqué, rodeándome con los brazos—. Voy a irme ya, tengo muchísimo frío.

—Muy bien, yo me encargo. ¡Va a caer una tormenta! Ten cuidado.

Musité un agradecimiento antes de marcharme. El sonido de los truenos sobre mi cabeza me alertó. No estaba cerca de casa, al menos me quedaban quince minutos antes de llegar. Esta vez no sorteé los charcos de agua, sino que los pisé, y, como consecuencia, se me mojaron los pies, así como también los leotardos y la falda.

La calle estaba completamente vacía. Todos debían de estar en sus casas o en sus trabajos, pensé agitada.

Acorté el camino cogiendo un viejo sendero que, a pesar de pasar por mitad del campo, me ahorraría unos cinco minutos. La lluvia, que había comenzado a caer con fuerza, me empapó el cabello, que se me pegó a la cara mientras la vegetación golpeaba contra mi cuerpo a causa del viento, dificultándome la marcha.

Un rayo iluminó el oscuro cielo, acompañado por truenos que callaron el resto de ruidos del pueblo.

En medio de la frenética carrera por llegar a casa, uno de mis zapatos se me quedó atrás, atascado en el barro. Me di la vuelta y fui a agacharme para recogerlo cuando reparé en un grupo de hombres que venían hacia mí, riéndose y gritando disparates. El ruido de los truenos les había dado la oportunidad de acercarse sin que los oyera. ¿Desde cuándo me habían estado siguiendo? Estaban apenas a quince metros, con las caras rojas por el alcohol y con botellas en las manos.

—¡Eh, bonita, espera!

El estruendo de un trueno me sobresaltó. Dejando mi zapato en el barro, eché a correr. Aceleré el paso todo lo que pude, oyendo esta vez sus voces y sus pisadas. Estaban muy cerca. Miré con anhelo los escasos metros que me separaban del final del sendero y me pregunté por qué habría cogido ese camino sólo por ahorrarme cinco minutos. ¿Me pasaría lo mismo que a la pobre Paloma? ¿Desaparecería?

Justo cuando mi pie desnudo pisó la acera, cierto alivio recorrió mi mojado cuerpo. Al ver las primeras casas, comencé a gritar.

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor!

Era inútil, pensé con terror e ira. Nadie me oía; el sonido de los truenos y de la lluvia silenciaba mis súplicas.

—¡Eh, tú, para! —gritó uno de ellos, y, a juzgar por lo bien que lo oía, estaba demasiado cerca.

Antes de caer al suelo cuando me agarraron, vi la casa de Inés en la esquina y a una mujer mirando por la ventana. Intenté gritar, pero un brusco movimiento me lo impidió. El violento impacto de mi cara y mis costillas contra el asfalto me arrancó un aullido de dolor. Intentaba incorporarme cuando una mano me cogió del tobillo, desgarrándome los leotardos. El intenso frío penetró erizándome la piel.

—¡Dejadme! —grité, dando una patada con el pie en la cara del hombre que me había agarrado.

Mi talón impactó en su chata nariz, y se oyó un crujido.

—¡Puta! —siseó de dolor.

Los otros dos que lo acompañaban se rieron, y, cuando me levanté, tenía a uno delante. Paralizada, contemplé con miedo el deseo y el furor de su ebria mirada verdosa.

Retrocedí un par de pasos, hasta que noté otro cuerpo masculino a mi espalda. Me moví con rapidez, pero no lo suficiente como para que no me sujetaran unas grandes y rollizas manos.

—Demonios, muchacha, cómo corres —dijo el de delante, apartándome un mechón de la cara.

Alzando la cabeza, intenté alejarme de su mano.

—¡No me toques! ¡Déjame en paz! —grité.

Alcé la pierna y la di una patada con fuerza hacia atrás, hasta golpear la espinilla del hombre que me asía por los antebrazos. Liberada, intenté ir hacia la izquierda, pero el de la nariz chata apareció en esa dirección y me tiró al suelo. Chillé débilmente al ver una sombra cernirse sobre mí. Unas grandes manos trataban de sujetar las mías, pero yo me agitaba como un animal salvaje, intentando que no lo consiguiera, pues sabía que eso sólo marcaría el principio del fin. Estiré un brazo y conseguí arañarle la mejilla, donde aparecieron tres líneas rojas.

—Demonios. ¡Dani!, agarra a esta hija de puta. ¡Así es imposible!

—Pero si es menuda… ¿No puedes domarla, Rafa? —dijo el tal Dani, al que aún no había conseguido golpear.

—Ya me encargo yo.

Abrí los ojos con auténtico terror al ver al hombre de la nariz chata sentarse sobre mi pecho con ímpetu. Sin aire, mis manos cayeron inertes a ambos lados a causa del peso. Él me las colocó encima de la cabeza, y comencé a toser. Me dirigió una sonrisa malvada, cargada de significado. Unas manos masculinas tocaron mis pechos con brusquedad, aunque no sentí dolor. El frío había tenido la consideración de adormilarme y sólo sentía sacudidas y embestidas, pero lejanas.

—Oh… joder…

—¡Date prisa de una puta vez o…!

Justo cuando mis ojos se cerraban y contemplaba por última vez las espesas nubes grises, el peso de mi pecho desapareció, a la vez que oí un sonido agudo cerca de mí.

Otro golpe, seguido por un fuerte temblor. Cogí aire, giré la cabeza hacia la derecha y vi a uno de ellos tirado e inconsciente, con sangre en la boca. Incapaz de moverme, cerré los ojos y me quedé allí, cansada, sin fuerzas para huir.

¿Qué habría pasado? ¿Por qué me habían dejado libre? ¿Acaso ya habían terminado conmigo?

—¿Estás bien?

Mareada, volví a mirar hacia arriba, desde donde me contemplaba un rostro preocupado y mojado por la lluvia. Fui incapaz de reconocerlo. Me observaba con ira y desolación. Comenzó a gritar en un idioma para mí desconocido, mientras hacía gestos, quizá llamando a alguien. Al cabo de un momento me di cuenta de que se trataba del japonés al que yo le había preguntado por el supuesto amante de Paloma.

Una mujer de unos cincuenta años se agachó a mi lado y me apartó el pelo de la cara con infinita suavidad. Un olor a lavanda y tierra mojada llegó hasta mí. Sucumbí al intenso cansancio que sentía, lejos del dolor y la inseguridad. Quizá, me dije, al despertar viese que todo había sido una pesadilla».

Paralizada, terminé el capítulo sin despegar los ojos de las últimas palabras garabateadas con letra irregular, como si el recuerdo de aquel día aún afectara a la escritora años después. Mi abuela había descrito la escena con bastante delicadeza, pero aun así había transmitido lo horrible del suceso.

El diario temblaba entre mis manos. Lo dejé sobre mis muslos y me toqué las mejillas con la yema de los dedos.

Estaban mojadas.

Mi abuela había sido vejada y no sabía cómo sentirme ni cómo reaccionar.

¿Lo sabría mi padre? ¿O era un secreto que Linda compartía conmigo para aligerar así parte de su carga? Y los Fujimoto, que se habían encargado de salvarla antes de que los atacantes llevaran a cabo la agresión. Pensé con angustia en la congoja y persecución a la que mi abuela se había visto expuesta, para luego acabar en manos de aquellos hombres.

—Lo siento, abuela —susurré, mirando el diario—. Lo siento tanto…

Dejé el diario a un lado y cogí el álbum de fotos. Pasé las páginas que ya había visto, hasta que llegué a una imagen que me llamó la atención. Era una foto en blanco y negro y en ella se veía a una mujer mayor japonesa, junto al que supuse que era su marido. Llevaba el pelo canoso recogido en un moño tirante. El hombre, por el contrario, carecía de pelo en el centro de la cabeza. Posaban circunspectos y reflexivos, y me pregunté quiénes eran.

Debajo de esa foto había otra de un hombre joven. Era el mismo que había visto páginas atrás. ¿Se trataría del que había salvado a mi abuela? Desconocía su nombre, pero era atractivo y alto, a juzgar por cómo superaba la altura de una pared blanca que rodeaba una casa. Comparando la foto de la pareja con esa, vi que compartían rasgos, sobre todo con el hombre mayor. ¿Serían sus padres? ¿Se trataría de la familia Fujimoto?

Bostecé y miré mi móvil. Era cerca de la una de la madrugada.

Lo guardé todo en la caja, me puse cómoda para dormir y apagué la luz. Repasaba en mi cabeza una y otra vez la agresión a mi abuela. Se me llenaba el pecho de dolor y rabia al pensar lo sola que había estado allí, tirada sobre la acera, con uno de los pies sin calzar y medio desnuda.

En mi cabeza comenzaban a encajar las piezas. La relación entre mis abuelos no había sido mala, pero tampoco la que habría tenido una pareja enamorada. Se trataban con respeto y cariño, pero no con amor. ¿Cuál habría sido la razón de su distanciamiento? Al principio del diario, Linda dejaba claro lo enamorada que estaba de Manolo…, ¿no?

Debí de estar bastante tiempo dándole vueltas al asunto, pues no paraba de moverme en la cama. Finalmente, el cansancio venció y pude conciliar el sueño.



7

El resto de la semana pasó con lentitud. Mi incorporación al kárate sorprendió a muchos de mis compañeros, que se mostraron alegres. Lucía, en cambio, ni siquiera me dirigió la palabra. Aunque tampoco era un problema. Colton me trataba como a una más de sus alumnos; la única diferencia eran sus miradas: ya no tenían aquel odio irracional e ilógico hacia mí. Era sorprendente su cambio de actitud. Sin embargo, a pesar de que no había rencillas entre nosotros, mi actitud seguía siendo desconfiada. Más de una vez, en la calle, él me había saludado con un escueto «buenos días», pero, si hubiese sido por mí, habría pasado de largo.

Con respecto a la peluquería, ya había conseguido pasar página. Mi madre, al enterarse, había insistido hasta la saciedad en que me fuera de aquel condenado pueblo, pero yo me negaba a hacerlo antes de tiempo. Algunas peluquerías, ajenas a las acusaciones de robo, se habían puesto en contacto con mi padre, interesadas en que trabajara para ellas. Pero yo me mostraba reacia, y mi padre no volvió a sacar el tema.

Todas mis amigas me habían demostrado su apoyo y, además, habían prometido visitar el pueblo al cabo de no mucho tiempo. Así que mis perspectivas con respecto a lo mucho que me aburriría cambiaron.

El lunes de la semana siguiente, después de kárate, recordé que Yoshio nos había invitado a mi padre y a mí a cenar en su restaurante. Por primera vez, el hecho de que Colton fuera a estar presente no me suponía un problema. Una vez acabada la clase, empapada en sudor, me quité el *karategi* con rapidez y me

puse unos pantalones cortos de chándal. Me despedí de mis compañeros y vi a Colton en la puerta, aún vestido con el kimono, impoluto, y el cinturón negro alrededor de las caderas. El *karategi* le sentaba de maravilla.

Al salir por su lado, capté su olor mentolado.

—Sofía —me llamó con voz suave y comedida. Me di la vuelta—. ¿Te veo ahora?

—Sí, voy a casa a ducharme y arreglarme.

—¿Sabes cómo ir al restaurante?

—Claro —mentí.

Él asintió sin apartar sus oscuros ojos de mí. Yo cogí aire temblorosamente y eché a andar.

Una vez en mi cuarto, dejé la bolsa de deporte encima de la cama y abrí el armario. Quería llevar algo cómodo, pero arreglado. Según me había comentado mi padre una noche, Yoshio pocas veces lo había invitado a cenar en su restaurante. Era como un regalo, una ofrenda, así que me encargué de comprar una botella de vino bastante buena, siguiendo el consejo de mi padre. Yoshio no comería con nosotros, pero eso no era motivo para no agradecer su gesto.

Eché un nuevo vistazo a mi armario y, sin saber qué ponerme, llamé a Eli. Puse el altavoz.

—Vale, entonces vas a cenar con tu padre y con Colton.

—Sí y no sé qué ponerme —dije—. Mi padre aún no ha llegado de trabajar; creo que él irá más tarde al restaurante.

—¿Vas a estar a solas con Colton?

—No —contesté con rapidez, confusa. No había pensado en ello—. No creo. Esperaremos a mi padre.

—¿Y qué tiene de malo que cenes a solas con Colton? Está bueno.

—¿Y eso qué más da?

—Pues que… ¿Cuándo fue la última vez que…?

—¡Ni se te ocurra seguir por ahí! —la corté, soltando una carcajada. Eli se reía al otro lado del teléfono—. En primer lugar, es amigo de mi padre, luego está el hecho de que tiene treinta y seis años, y eso sin contar nuestro horrible primer encuentro. No.

—Eres una aburrida…

—¿Me quieres ayudar? No sé qué ropa escoger.

—¿Y qué más da? Estás guapa con todo lo que te pongas.

—¿Qué te parece mi vestido azul marino de punto fino? Ese sin mangas que me llega hasta la rodilla.

—¡Ese es mi vestido favorito! Póntelo. Colton se va a caer de culo cuando te vea.

—¿Quieres dejar ese tema ya? —dije mientras sacaba el vestido del armario y lo ponía sobre la cama—. De acuerdo, sandalias…

—¡Qué sandalias! Tacones.

—Ni hablar, paso de ponerme tacones.

—Entonces, ¿para qué me llamas? —replicó exasperada.

—Sólo para que me confirmaras lo que ya tenía en mente —contenté, soltando una carcajada cuando Eli gruñó.

Mientras hablaba con ella, peiné mi liso cabello de forma que tuviese algunas ondas, me maquillé de manera bastante natural, para acentuar mis rasgos, y, tras vestirme, me despedí de mi amiga.

Antes de coger el bolso, miré con anhelo la caja que contenía lo que mi abuela me había dejado. Me prometí leer otro trozo del diario aquella noche, cuando terminara la cena. No sabía qué había sido de mi abuela tras el violento encuentro ni cómo había afectado ese episodio a su vida.

Suspirando, me dirigí a la cocina para coger la botella de vino que le iba a llevar a Yoshio y me marché de casa. Recibí con agrado el frescor de la noche. El intenso calor que sentía en la nuca se me fue calmando levemente, haciéndome suspirar. Una vez terminé la parte del recorrido que conocía, introduje el nombre del restaurante en mi móvil y continué. Unos diez minutos más tarde había llegado.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

Aunque quisiera engañarme, sabía el porqué: iba a estar a solas con Colton y no sabía durante cuánto tiempo. A través de los cristales pude verlo hablando con su tío. Demonios, estaba guapísimo. Impecable. Llevaba una camisa de color caqui oscuro y unos pantalones de vestir. La forma en que sus hombros quedaban cubiertos por la tela de la camisa, algo tensa, dejaba entrever un cuerpo atlético y esbelto. Sus largas piernas estaban enfundadas en aquel pantalón que le sentaba de maravilla. Y su trasero….

Sacudí la cabeza, avergonzaba por el rumbo que iban tomando mis pensamientos.

Tragué saliva y entré en el restaurante. Los dos se volvieron. Yoshio sonrió ampliamente.

—¡Sofía! Pasa, pasa.

—Hola, gracias —dije con cierta timidez—. ¿Llego muy temprano?

—No, vienes a la hora adecuada —dijo Yoshio, haciéndome un gesto para que me acercara a ellos. Colton inclinó un poco la cabeza a modo de saludo—. Tomad algo.

Asentí y fui hasta donde estaban ellos. Colton seguía observándome, aunque no terminaba de descifrar lo que expresaba su mirada. Ami también estaba allí, detrás de la barra.

—Hola, Ami —la saludé.

—Hola, Sofía. ¿Qué te apetece beber?

—Una cerveza.

—Que sean dos —dijo Colton—. ¿Nos sentamos?

Lo miré y asentí. Fui tras él hasta una de las mesas del fondo, desde donde teníamos una espléndida vista de las fotos que decoraban una de las paredes. Una suave melodía japonesa llenaba el ambiente; era relajante, aunque poco podía hacer para calmar la agitación que sentía. Me dije que no había ninguna razón para tal inquietud, que Colton y yo ya habíamos enterrado el hacha de guerra, pero había algo más. Algo que me era imposible descifrar.

Me retiró la silla y me senté, algo sorprendida por el gesto. Él se sentó enfrente.

—¿Qué tal la clase, Sofía?

Dios, que dejara de pronunciar mi nombre de esa forma. Debería estar prohibido. Me eché el pelo hacia atrás ante una nueva oleada de calor.

—Muy bien, he sudado bastante. Digamos que mi resistencia es nula.

—Sólo es cuestión de entrenar.

—La clase es… genial, mis compañeros me ayudan muchísimo —admití—. Pablo, Mar, Isabel…

—¿Y Lucía? —preguntó.

Justo en ese momento llegó Ami con las bebidas. Un intenso silencio se instaló entre nosotros. Le di las gracias a la chica antes de beber un buen trago de cerveza. El frío líquido calmó el fuego de mi garganta, ayudándome a recobrar la compostura.

—Lucía y yo… no somos muy compatibles.

—Hay tensión entre vosotras.

—La hay desde que llegué —afirmé, mirando a Ami limpiar unos vasos detrás de la barra, ajena a nosotros—. No le gustó que entrara en la peluquería

y menos que fuera a kárate. Me dejó claro que había una larga lista de espera y que era injusto que, por mi padre y vuestra amistad, yo hubiese accedido con tanta facilidad.

—Eso no era asunto de ella —dijo, atrayendo mi atención.

Su oscura mirada brillaba esa noche, y parecía más relajado. Yo, en cambio, estaba hecha un flan. No podía parar de mover las piernas bajo la mesa.

Y seguía sin saber por qué.

—Al menos ha ganado en algo: ya no estoy en la peluquería. Admito que, si se hubiese alargado la cosa, habríamos acabado mal.

—¿A qué te refieres? —frunció el ceño, llevándose el botellín a los labios.

Contemplé el varonil gesto: la boca de la botella sobre sus carnosos labios y el fresco y húmedo rastro que dejaba en ellos, casi imperceptible. Un cosquilleo recorrió mi nuca, mandando en todas direcciones ondas de calor. Pude reconocer la sensación con bastante facilidad: deseaba a Colton. ¿Aunque podía ser acaso de otra forma? Era atractivo, muy guapo, y poesía una voz que conseguía conmoverme cada vez que pronunciaba mi nombre. La madurez y la experiencia que desprendía eran otro imán que me atraía como la luz a las polillas; sentía la necesidad de absorber su calor y embriagarme con sus palabras.

—¿Sofía?

Recordé con rapidez el tema de conversación.

—No iba a aguantar mucho más tiempo sus continuos desprecios —expliqué—. Habría hecho algo para terminar con la situación. Hablar con ella o actuar. Eso es todo.

Colton esbozó una sonrisa ladeada.

—Linda siempre hablaba de lo decidida que eras para resolver los conflictos. Al principio me costaba ver en ti todo lo que ella me había contado.

—¿Tanto la conocías?

—Yoshio y ella tenían muy buena amistad.

—¿Sólo amistad? —pregunté, alzando una ceja.

—¿Qué crees si no? ¿Has estado leyendo el diario?

—¿Qué sabes tú del diario? —pregunté con claridad, dejando a un lado la mezcla de sentimientos confusos que me había estado invadiendo—. ¿Te dijo algo?

—Sí —admitió—. Cuando me dijo lo que iba a dejarte… me explicó su historia. Más bien yo insistí en conocerla, porque de una forma u otra, también

me concierne.

Consternada, dejé a un lado mi cerveza casi vacía y puse los codos sobre la mesa. ¿A qué se refería con que a él también le concernía? ¿Acaso tenía relación con la familia Fujimoto? Justo cuando iba a hablar, apareció Yoshio a nuestro lado.

—Tu padre no puede venir, Sofía; dice que te ha estado llamando, pero que no cogías el teléfono.

—¿Qué le ha pasado?

—No ha terminado con el papeleo. Le quedan al menos un par de horas, así que ha insistido en que cenéis vosotros dos.

Supuse que irme sería una gran falta de respeto, y además Yoshio parecía bastante ilusionado por tenerme allí, a la hija de su mejor amigo. Por otra parte, él había organizado todo aquello para animarme después del varapalo de lo de la peluquería. ¿Acaso no era capaz de disfrutar de la cena y dejar a un lado lo que sentía mi cuerpo?

Es sólo deseo, me dije.

—Claro, no hay problema. ¡Oh, por cierto! —exclamé acordándome, y le di la botella de vino que le había llevado—. Es un detalle, por la cena. Mi padre me dijo que era tu vino favorito, así que…

La ilusión y el agradecimiento brillaban en sus rasgados ojos oscuros. Cogió la botella y asintió.

—Gracias, has acertado; es mi favorito. —Luego murmuró algo en japonés y Colton movió la cabeza de forma casi imperceptible—. Ahora mandaré a Ami para que os atienda.

Cuando se fue, volví a mirar a mi acompañante, esperando recordar de qué estábamos hablando. Pero algo había cambiado. El ambiente entre nosotros era diferente. ¿Había hecho algo malo? ¿Quizá no debía haber llevado el vino?

—¿Cómo sabías que era su favorito?

—Fue mi padre —respondí con una sonrisa. Él asintió conforme—. De acuerdo, entonces, ¿qué tienes que ver con mi abuela o con su historia?

—¿Has llegado a la parte en que conoce a Jun?

—¿Es el hombre que la salvó cuando la atacaron?

—Sí —murmuró con dolor—. Era el marido de la hermana de mi abuelo. Forma parte de mi familia.

—¿Ha fallecido?

—No, sigue vivo, en Tokio. Su mujer sí falleció.

—Vaya, lo siento. —Hice una pausa antes de continuar—. Pero antes vivía en Coria —añadí, estudiándolo. Parecía tenso, como si quisiera cambiar de conversación—. ¿Por qué se marchó?

—Lo descubrirás más adelante.

—¿No vas a decirme nada? ¿Jun y mi abuela eran amigos?

—Podría decirse que… sí.

—Tenían algo —afirmé, achinando los ojos—. Ella lo describe con bastante pasión, a pesar de no conocerlo, según lo que llevo leído.

—Eran amantes —soltó por fin, dejándome impresionada con tal información.

—Vaya… Yo… Pero mi abuelo… Manolo…

En ese momento comenzaba a entender la cordial pero no amorosa relación entre mis abuelos. Habría mentido si no hubiese admitido que quería marcharme a casa para continuar leyendo. ¿Amantes? ¿Habrían acercado posturas después de que él la salvara? Muchas incógnitas me impedían ver con claridad la situación que Jun y mi abuela habían vivido. Ella había relatado lo mucho que él la había observado; no obstante, su primer encuentro había sido frío y corto. ¿Cómo habían pasado de la indiferencia a la pasión?

—Jun y tu abuela se enamoraron, pero no salió bien.

—Joder, no me lo esperaba… Que fueran amantes, quiero decir.

—Paloma y Takashi lo fueron.

Así que Takashi era el nombre del amante de Paloma, el hombre al que mi abuela había visto junto a su vecina a tempranas horas, besándose.

—Pero ella desapareció sin dejar rastro.

El rostro de Colton seguía impasible, sin dejar entrever lo que pensaba o lo que sentía. Tardó varios segundos en contestar.

—No puedo asegurarlo, pero en mi familia se corrió el rumor de que Martín, su marido, la mató.

—¿Qué? ¿Martín? —pregunté, sorprendida por toda la información que estaba obteniendo esa noche.

¿Qué más sabría él? Fuera lo que fuese, era increíble la forma en que mi familia y la suya estaban conectadas. Parecía estar escrito que ambos nos acabaríamos conociendo.

—¿Por qué?

—La madre de Takashi y Jun los vio discutir una noche; después de todo, vivían bastante cerca. Seguramente los pilló en una de sus escapadas

nocturnas… o en algo más.

—¿Cómo que algo más? ¿A qué te refieres? ¿Por qué no me lo cuentas?

—Es mejor que termines el diario.

—¿Por qué tengo la sensación de que sabes más que yo?

—Llevo aquí muchos años —respondió Colton, terminándose su cerveza.

Me rendí. Sabía que no obtendría más información. Insistir sería perder el tiempo.

—¿No te parece fascinante? —pregunté, cambiando de tema.

—¿A qué te refieres?

—A la forma en que tu familia y la mía parecen estar conectadas. —Me encogí de hombros, esperando no haber sonado infantil—. Mi abuela Linda y Jun, Yoshio y mi padre.

—Quizás sea por la historia del hilo rojo —dijo Ami, apareciendo en ese momento con una gran sonrisa en su amable rostro. Pronunciaba muy fuertes las erres—. ¿Qué os apetece cenar?

—¿De qué va esa historia? —pregunté, mirándolos a ambos con curiosidad y recordando la charla que había tenido con mi padre al principio de mi llegada.

Colton dijo algo en japonés, de forma rápida y fría, pero a la vez suave y aterciopelada, como si fuera incapaz de quitar esa sensualidad que su voz poseía.

Ami, poco sorprendida por lo que parecía una reprimenda, continuó:

—Es una leyenda, Sofía —prosiguió, ignorando a Colton—. Y lo que cuenta es que los dioses atan un hilo rojo alrededor del dedo meñique de dos personas, de manera que están destinados a ser amantes sin importar el momento, el lugar o la circunstancia en la que se encuentren ambos. El hilo no se puede romper.

—Qué bonito —dije con una sonrisa, contagiándome del buen humor de Ami.

Colton, en cambio, estudiaba mi rostro sin sonreír.

—Hay otra leyenda más conocida aún. —Ami parecía feliz de contarme aquello, mientras abrazaba la tableta de los pedidos contra su pecho—. Hace bastante tiempo, un emperador…

Colton volvió a interrumpirla en japonés y ella le respondió en el mismo idioma. Yo, sin entender nada, me dediqué a observar sus gestos y a disfrutar de la lengua en aquella acalorada discusión. Mientras que la voz de Colton era masculina y grave, la de Ami era suave. Consideré la posibilidad de intervenir

para que así dejasen de discutir, o al menos eso era lo que yo suponía que hacían. Pero en ese corto tiempo pude examinar la personalidad de Colton desde otra perspectiva: la forma en que hablaba y se comportaba me recordaba a la de un guerrero. Frío, decidido, sosegado… Todo lo que hacía era bajo una estricta disciplina que nunca antes había visto en nadie.

Y me atraía. El enigma que lo rodeaba me atraía enormemente.

—Está bien, está bien —dijo finalmente Ami en español—. Nada de leyendas o supersticiones. Ya paro. ¿Qué queréis cenar?

—¿Sofía? —Colton se dirigió a mí.

—Eeeh… una ensalada *sunomono* y *ramen,* el que sea, lo dejo a elección de Yoshio.

—Genial, lo apunto. —Ami tocó varias veces la pantalla. Luego se dirigió a Colton—. ¿Y tú?

Él respondió pronunciando en japonés los platos que quería. Ami volvió un par de minutos más tarde para traernos dos cervezas más, esta vez japonesas. Cogí uno de los botellines y le eché una ojeada.

—Se la he pedido yo —explicó Colton—. Deberías probar algo diferente a esa cerveza rancia que tomas.

Vi que las comisuras de su boca estaban curvadas hacia arriba, aunque intentaba esconder la gracia que le había hecho mi gesto al oír sus palabras.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé, mirándolo fijamente—. ¡Has hecho un chiste! ¡Tú!

Ahora parecía molesto.

—Soy capaz de hacer chistes, Sofía.

—No, siempre estás serio y contenido, como si fueses un refresco gaseoso al que acabaran de agitar y ponerle un tapón —añadí—. Estás más guapo cuando te relajas.

Al momento de soltar esas palabras, me arrepentí. Terriblemente. Sentí un intenso calor acumularse en mis mejillas mientras miraba a Colton avergonzada. Abrí varias veces la boca para disculparme, pero me trababa. Desvié la mirada, cogí aire y fui a hablar cuando él me interrumpió:

—Está bien, tranquila.

No, no estaba bien, me dije. Acababa de tirarle los trastos al amigo de mi padre y también al que era mi profesor de kárate.

—Esta cerveza tiene un poco menos de alcohol que la que tomas —explicó ante mi silencio—. No creo que se te suba mucho a la cabeza.

Agradecí sus esfuerzos por aliviar mi vergüenza. Sí, me sentía atraída por él, pero eso era todo. Y no, el hecho de que la luz de un farolillo iluminara parte de su rostro y la otra estuviese en penumbra no me alteraba. No. Para nada. Y tampoco me recordaba a un tigre escondido entre la maleza, con sus intensos ojos oscuros y su felino cuerpo.

Por favor, que esta cena pase lo más rápido posible y, si puede ser, que no haga más el ridículo.

Yo no era así. No era una adolescente atrapada por la influencia de las hormonas. Me consideraba a prueba de hombres. Pero Colton no era un hombre cualquiera. Era de esos que conseguían destruir tus defensas sin el menor esfuerzo.

Cogí mi botellín y le di un trago, bajo su atenta mirada.

—¿Puedes dejar de mirarme tanto? —solté, acalorada y cohibida. Decidida a cambiar de tema, dije lo primero que se me ocurrió—. ¿No crees en la leyenda del hilo rojo?

—Tengo mis dudas —respondió—. No creo que todas las personas estén unidas por ese hilo. —Algo en su voz me dio a entender que se refería a sí mismo.

—Según tu perspectiva, sólo algunos son los afortunados. —Él asintió—. Bueno, de todas formas, siempre tendrás a mi padre y a Yoshio. Nunca estarás solo.

—La soledad no es un problema para mí, Sofía.

Tenía la sensación de estar tocando un tema peliagudo que en cualquier momento le haría saltar o gruñir. O tal vez volver a comportarse de forma distante. Me era muy difícil acceder a él, como si cada vez que conseguía abrir una puerta me encontrara diez más cerradas.

—Háblame de tu infancia —pidió Colton, cruzando los brazos.

—¿Si te hablo de la mía, me hablarás luego de la tuya?

—No —replicó tajante.

—Entonces no hay trato.

Colton achinó los ojos.

—No es un trato. Es una conversación.

—Una conversación de la que tú obtienes lo que quieres, información sobre mí, pero yo no. Yo también siento curiosidad por ti. Creo que es comprensible.

—Está bien —susurró él—. ¿Qué quieres saber?

—¿Dónde te criaste? ¿Tienes hermanos? ¿Y tus padres?

Colton sonrió, curvando sus carnosos labios en un sensual gesto totalmente involuntario.

—Son tres preguntas.

—Respóndelas y luego será mi turno, ¿te parece bien?

—Soy de Shinagawa, en Tokio. No tengo hermanos, y mis padres viven en Japón.

Yo suspiré.

—No es justo, no te explayas con las respuestas.

—¿Qué más te puedo decir? Mi padre es japonés y madre es de familia japonesa-norteamericana: mi abuelo, el padre de mi madre, era de Estados Unidos; se casó con mi abuela, japonesa, y mi madre nació en Japón. Voy cada cierto tiempo a verlos, eso es todo. —Se encogió de hombros—. ¿Y tu infancia?

—Feliz —respondí con una sonrisa, siendo escueta y de esa forma devolviéndole su forma de responder. Él alzó una ceja y yo me reí—. Está bien, está bien. Fue feliz, en serio. No recuerdo el divorcio de mis padres. Siempre he vivido con mi madre y en ciertas fechas venía a ver a mi padre. Llegué a la adolescencia y todo fue más complicado, porque quería estar con mis amigas y no venirme a pasar el verano aquí. —Me aclaré la garganta y tragué saliva, intentando que Colton no se diese cuenta de lo culpable que me sentía por lo egoísta que había sido—. Mi padre respetó mi deseo y dejé de venir, o al menos se acortaron las largas visitas. Cuando fui mayor de edad, simplemente iba a mi bola. Yo… me arrepiento —admití—. Pero era una chica dominada por las hormonas y no veía más allá de mis deseos. Sólo quería pasarlo bien con mis amigas, y venirme a Sevilla era sinónimo de aburrimiento, porque entonces no las veía.

—¿Qué edad tienes? Creo recordar que veinticinco.

—Casi veintiséis —dije, alzando la cabeza.

—Entonces veinticinco.

¿Por qué quería aparentar ser mayor?, me pregunté, avergonzada bajo el riguroso escrutinio de Colton. Conocía la respuesta, pero no quería decirla en voz alta. Y seguramente él también era consciente de lo mucho que me afectaba. Éramos como el gato y el ratón: Colton jugaba conmigo, o más bien yo dejaba que eso ocurriese.

Ami llegó en ese momento con la comida. El delicioso olor del *ramen* llegó hasta mi nariz, haciéndome salivar.

—Huele genial —comenté.

—¿Verdad que sí? Yoshio es el mejor cocinero del mundo. Os dejo sake —dijo Ami antes de marcharse.

—Esto es el *tokkuri* —explicó Colton, cogiendo un frasco pequeño de cuello alargado y fondo ancho. Parecía de cerámica. Había dos pequeños vasitos al lado y Colton echó el sake en uno de ellos, haciéndome un gesto con la cabeza —. Coge la copa de cerámica, *ochoko*.

—¿Estamos haciendo una especie de ritual? —pregunté, haciendo lo que me decía.

Él frunció el ceño y sonrió, aunque negó con la cabeza.

—Lo he intentado, pero nos ha salido fatal.

No pude evitar esbozar una amplia sonrisa y mirarlo mientras sostenía el *ochoko* entre las manos. Contemplé las suyas, sujetando el *tokkuri* con delicadeza y precisión, incluso podría añadir que con dulzura. La forma en que cubría el fondo ancho… Había algo provocativo y erótico en ese gesto. Sus manos, cuidadas y fuertes, habrían podido romper de un solo movimiento el recipiente, y aun así, estaba segura de que nadie habría podido sostenerlo con el mismo cuidado que Colton.

—Pruébalo —me instó.

Saliendo de mis pensamientos, murmuré algo y acerqué el *ochoko* a mi nariz. Tenía un aroma afrutado y floral.

—Eso que hueles es la levadura.

Lo acerqué a mis labios y bebí un pequeño trago. Tenía un sabor fuerte y dulzón. Dejé el recipiente en la mesa y asentí.

—Está… bueno.

—No te ha gustado. —Colton se echó sake en su *ochoko* y, tomándolo con ambas manos, dio un sorbo.

—No es eso, es sólo que… tengo que acostumbrarme —murmuré.

Durante la cena hubo períodos de charla y otros de silencios. Seguí intentando sacarle algo de información sobre su vida, pero aunque no se negaba a responder, esquivaba mis preguntas con maestría cuando tocaba zona pantanosa. En todo ese rato bebimos más sake. Bastante. Y con otro vasito lleno en la mano, levanté la vista para mirar a Colton mientras se terminaba su comida. Lo veía aún más atractivo.

Fruncí el ceño y dejé la bebida a un lado.

—¿Demasiado sake por hoy?

—Sí —susurré arrastrando un poco la palabra—. Creo que… estoy un poco tocada. Ni recuerdo cuánto he bebido. Así que amantes —pensé en voz alta—. Mi abuela sí que sabía pasarlo bien. Es decir, siento cierta lástima por mi abuelo, pero la relación entre ellos no era amorosa, sino de amistad. Como si no quedase nada, yo lo achacaba a la edad. —Sacudí la cabeza en un intento por aclarar mis pensamientos—. ¿Sabes? Hay un álbum de fotos y no consigo reconocer a nadie. Cada vez que leo un capítulo del diario, le echo una ojeada. Pero todos son desconocidos, excepto mi abuelo y mi padre. Hay fotos desde hombres japoneses jóvenes hasta familias.

—Tráetelo si quieres un día a kárate —dijo Colton—. Quizá yo pueda identificar a alguien.

—¿No te importaría?

—No, para nada. Y en caso de no ser de ayuda, siempre puedes recurrir a Yoshio.

—Vale. ¿Estás casado, Colton?

—¿Cómo?

—Si estás casado —repetí, mirándolo a los ojos. Conocía la respuesta gracias a mi padre, pero él no tenía por qué saberlo. Colton parecía tenso aunque divertido.

—No, no lo estoy. ¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, ya tienes una edad…

—¿Me estás llamando viejo?

—¿No tienes treinta y ocho?

—Treinta y seis —me corrigió—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—No sé. —Me encogí de hombros, dibujando con la yema de los dedos círculos imaginarios en el ya vacío vasito de sake—. Sólo tenía curiosidad. Tampoco es que te haya preguntado tu número de la Seguridad Social.

Colton soltó una suave carcajada que consiguió sacarme de mi sopor. Sorprendida, apoyé los codos en la mesa para acercarme un poco más.

—¡Te acabas de reír! —exclamé.

—Me tratas como si fuera de granito, Sofía. Me río cuando algo me hace gracia.

—La mayoría de las veces pienso que eres de granito —musité, observando sus labios—. Nunca expresas ninguna emoción.

—No será para tanto —respondió él, cruzando los brazos.

—Sí que lo es. ¿Qué piensas de mí?

Colton entrecerró los ojos y movió un poco la cabeza, con lo que algunos mechones le cayeron sobre el rostro. Quería alargar la mano y apartárselos, para así seguir teniendo aquella bella vista de su rostro, y, de paso, acariciar su pelo negro. ¿Sería suave?

—Venga —le insistí—. ¿Qué piensas de mí? No puede ser tan malo. —Al ver que no decía nada, suspiré—. Está bien, empezaré yo.

—Yo no te he pedido que…

—Me da igual, lo voy a hacer de todas formas —lo interrumpí con fingida molestia—. Creo que eres un hombre bastante misterioso e inaccesible, que a la vez son dos de tus cualidades más llamativas. —Hice una pausa para poner en orden mis pensamientos y luego me permití hablar con total libertad—. Hay algo en ti que me hace querer saber más y más —admití, sosteniéndole la mirada y completamente alejada de donde me encontraba. Sólo estábamos él y yo—. Y por más que pregunto a la gente, no obtengo la información que quiero.

El silencio que se hizo en los siguientes minutos no fue incómodo, pero sí necesario. Colton parecía sorprendido por mis palabras, y, aunque yo les daba vueltas una y otra vez, no encontraba ninguna que pudiese haberlo ofendido o que dejase entrever lo que sentía por él. Pero las señales que mandaba mi cuerpo eran inequívocas.

—Yo…

—¿Qué tal la comida? ¿La habéis disfrutado? —preguntó Ami, que apareció con una enorme sonrisa.

—Ha sido fabulosa —dije con demasiado énfasis, quizá por la cantidad de alcohol que había ingerido. Yoshio venía también hacia nosotros. Me incorporé e hice un pequeño gesto con la cabeza—. Gracias, Yoshio. Ha sido una magnífica cena.

—Me alegro. Puedes venir siempre que quieras, Sofía.

Tras despedirnos, Colton y yo salimos del restaurante. La fresca noche nos recibió con una suave brisa, y levanté la cara hacia el cielo. El oscuro firmamento nocturno estaba iluminado por miles de estrellas que parecían encajadas entre las ramas de los árboles. Alguna que otra suave nube gris las tapaba. Cerré los ojos e inspiré, llenándome los pulmones.

—Te acompaño a tu casa. —La voz de Colton me hizo abrir los ojos.

—No hace falta. Puedo ir sola, está cerca. —Me di la vuelta para mirarlo.

De pie, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, parecía el

modelo de una revista de moda.

Su rostro quedaba en penumbra, con la luz del restaurante a su espalda.

—Insisto.

Colton me acompañó hasta mi casa en un tranquilo y silencioso paseo, con el único sonido de los grillos. Mientras caminábamos bajo las copas de los árboles, tropecé con una raíz que sobresalía. Conseguí recuperar el equilibrio con bastante rapidez.

—Guau, creo que he bebido un poco de más.

—¿Un poco de más? —dijo Colton a mi lado—. Te has bebido casi todo el sake tú sola.

Me paré y lo miré con el ceño fruncido, consternada.

—¡Eso no es verdad!

—¿Me ves a mí afectado? —preguntó con diversión, girando la cabeza. Dio una vuelta sobre sí mismo—. Hazlo tú.

Cuando intenté hacerlo, me tambaleé un poco. Colton no pareció notarlo, ya que frunció el ceño. Se acercó un paso y me miró los pies.

—Haz el *kiba dachi*.

Puse los ojos en blanco. ¿De verdad me estaba pidiendo que adoptara la postura del jinete, de kárate? Me apoyé en un tronco e intenté buscar en su mirada cualquier atisbo de broma.

—¿En serio?

—Si la haces y no te caes, tendrás razón. Habremos bebido lo mismo.

Sabía a ciencia cierta que me había tomado al menos dos vasos más de sake que él, pero no pensaba admitirlo. Además, estaba disfrutando enormemente de aquella atmósfera de humor y calidez que había entre ambos, solos en la calle. Y no quería que terminara. Soltando una risita, me recogí un poco el vestido para no pisarlo. Con las piernas abiertas, coloqué los pies paralelos el uno al otro, mirando al frente con los talones a la misma altura. Finalmente, me solté el vestido y coloqué los puños en los costados.

Una vez terminé, alcé la cabeza.

—¿Y?

—Hay un fallo —dijo Colton, dirigiéndose hacia mí hasta colocarse en mi espalda.

Giré un poco la cabeza al sentirlo cerca, pero siempre a una distancia prudencial. Su olor me rodeó como una tierna caricia que despertó algo en mí. Algo que me recorrió de pies a cabeza y que me hizo olvidar que estaba en

medio de la calle, haciendo una postura de kárate. Deseé que se pegara a mí, que juntase su cuerpo con el mío.

Él puso un pie entre mis piernas y me hizo abrirlas más, empujando con suavidad. Uno de sus muslos rozó el interior del mío cuando presionó para que adoptara la postura correcta. El corazón se me había acelerado ante su cercanía, nunca habíamos estado así. Incluso podía notar su calor.

Y quería más.

—La distancia tiene que ser el doble, y las piernas más abiertas. Así.

Justo cuando fue a alejarse, moví con rapidez una mano para agarrarlo por la muñeca, frenándolo. Colton se quedó quieto, quizá sorprendido por mi reacción. Aproveché ese ínfimo momento para acariciarle la piel con el dedo pulgar, trazando suaves círculos, permitiéndome disfrutar de las sensaciones que causaba en mi entumecido cuerpo. Fui subiendo con lentitud por su antebrazo, notando los músculos que lo formaban y el suave vello que lo cubría.

Dios, estaba en llamas. Todo mi cuerpo ardía.

Giré un poco la cara hasta ver sus labios, a escasos centímetros de los míos. Casi podía imaginármelos besándome: sensuales, llenos y acogedores. Sentí su aliento en mi boca y comencé a moverme para rozarlos con los míos…

Pero él se apartó, alejándome de su calidez.

—Sofía…

Consternada, me incorporé con rapidez y me miré los pies, incapaz de enfrentarme a su mirada. *¿En qué demonios estaba pensando?,* me recriminé, abrazándome a mí misma en un absurdo intento de protegerme de la vergüenza. El intenso calor que sentía segundos atrás había desaparecido, ya no notaba nada más que frío y rechazo.

—Lo siento —dije con voz temblorosa, aún pensando en lo que había hecho —. Yo… Colton, lo lamento…

—Sofía, está bien…

Intentó cogerme del brazo, pero yo me alejé un par de pasos. Me era imposible aceptar cualquier gesto de consuelo por su parte. En ese momento, un trueno resonó muy cerca de nosotros. Sorprendida, pues minutos antes había un cielo despejado, vi que se había cubierto de nubes. Una suave llovizna comenzó a caer, mojándome los hombros y el cabello.

—Deberíamos darnos prisa —dije cuando la llovizna se convirtió en una lluvia fuerte, que golpeaba el asfalto con fuerza.

En parte protegidos por los árboles, los dos tardamos en reaccionar.

—Sofía…

—Vamos —insistí, recogiéndome el vestido para correr.

La lluvia me dio la oportunidad perfecta para recorrer el resto del camino en silencio. Sólo nuestras respiraciones cortaban el silencio, sobre todo la mía. Siempre había llevado bastante mal correr. Una vez llegamos, saqué las llaves de mi bolso y le hice un gesto para que entrase.

—¡Vamos! Deja que me cambie de ropa y te llevo a tu casa en coche —le dije, pero al recordar lo que había hecho, rectifiqué—. O mi padre. No puedes irte andando con esta lluvia.

Asintiendo, me siguió hasta el interior. Completamente empapados, entramos en el recibidor de la casa, que se encontraba a oscuras. Extrañada, alargué el brazo para encender la luz. No había nadie. ¿Dónde estaba mi padre? ¿No había llegado del trabajo? Dejé mi bolso y los zapatos en el suelo y me volví hacia Colton.

Tenía el pelo mojado y pegado a la cara y el cuello, lo que daba intensidad a su oscura mirada. La camisa se le había adherido al torso como una segunda piel y sus pantalones no habían corrido mejor suerte, pegados a sus piernas. Me mordí el labio y me pasé las manos por la cara, apartándome el pelo y el exceso de agua que me impedía ver con claridad.

—Vale… Voy a coger ropa de mi padre para que te cambies. Puedes hacerlo en el baño de aquí abajo —propuse—. Yo también me pondré algo seco y te llevaré a casa.

Sin esperar su respuesta, me dirigí al cuarto de mi padre y abrí uno de los cajones de la cómoda. Cogí una camiseta de manga corta oscura y un pantalón de chándal gris. Bajé la escalera con rapidez, alertando a Colton de mi presencia por el ruido que hacían mis pies desnudos contra el suelo.

—Toma —dije, mirando su pecho. Me negaba a contemplar la pena en su rostro.

—Sofía…

—Por favor, no hagas esto más difícil. No estoy tan borracha como para no ser consciente de lo que he hecho —susurré, mientras la lluvia repiqueteaba contra las tejas de la casa. Ese sonido que solía relajarme en ese momento me resultaba inquietante.

Colton abrió la boca para hablar justo cuando oímos una llave girar en la cerradura. Ambos nos miramos. Teníamos una conversación pendiente y sabía

que tarde o temprano Colton la sacaría. Yo lo único que tenía que hacer era evitar estar a solas con él. Me negaba a revivir la vergüenza de esa noche. La puerta se abrió, y apareció mi padre completamente empapado. Al vernos, frunció el ceño.

—La que está cayendo… Ya veo que vosotros también os habéis mojado. Colton —mi padre le dio una palmada en la espalda a modo de saludo—, ¿qué tal todo?

—Colton me acompañaba de vuelta —expliqué yo—, pero nos ha sorprendido la lluvia. Le he propuesto que se cambie de ropa para luego llevarlo a su casa en coche.

—Ah, muy bien —asintió mi padre—. Ya lo llevaré yo. No te preocupes, Sofía.

Le di la ropa a Colton y, al cogerla, sus dedos rozaron los míos en una lenta pero decidida caricia. Incapaz de mirarlo, me despedí con rapidez y me fui a mi cuarto, llevándome los zapatos y el bolso.

Me quité el vestido y me puse el pijama sin hacer ruido, pues intentaba escuchar la conversación que Colton y mi padre mantenían en el piso inferior. Supe que se habían marchado cuando oí la puerta de abajo abrirse y la que comunicaba con el exterior cerrarse después con fuerza. Luego el motor del coche, seguido por el silencio. Estaba sola.

Suspiré profundamente y me dejé caer en el suelo. Me cubrí la cara con las manos y pensé en lo mal que había acabado la noche. ¿Cómo se me había ocurrido siquiera la posibilidad de acariciar a Colton? ¡Incluso besarlo! Era de las peores ideas que había tenido en mucho tiempo. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara en la próxima clase de kárate? Yo sola me había encargado de volver a estropear nuestra frágil y tormentosa relación. Giré el cuello a un lado y a otro, notando la tensión, y mis ojos se toparon con la caja de mi abuela. Estiré la mano y la acaricié con la yema de los dedos, incapaz de no rememorar una y otra vez el fuego que me había invadido al acariciar a Colton, los músculos que había bajo su tersa piel y el calor que transmitía.

Lo deseaba, y sabía que cada vez me costaría más fingir indiferencia. Ni siquiera quería pensar en la posibilidad de quedarme a solas con él. ¿Qué le podía decir? ¿Que lo sentía, cuando no era verdad? ¿Que no me moría de ganas de besarlo y sentir sus carnosos labios sobre los míos? Abrumada por el cúmulo de sensaciones que el mero recuerdo de Colton despertaba en mí, me levanté para ir al baño. Me eché agua fresca en la cara para aliviar mi calor y me

lavé los dientes.

En ese momento, mi padre volvió.

—¡Ya estoy en casa, Sofía!

—¡Vale! —grité como respuesta.

Mi padre comenzó a subir la escalera y yo me apoyé en la barandilla. Sonreí cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Qué tal la cena?

—Muy bien —contesté—. Riquísima. Se me ha subido un poco el sake a la cabeza, pero ha merecido la pena.

Él soltó una risita antes de terminar de subir la escalera. Tenía los hombros curvados y unas arrugas de preocupación en la frente.

—¿Qué tal el trabajo? No pensaba que fueras a llegar tan tarde hoy.

—Ni yo tampoco —respondió, frotándose el cuello. Soltó una maldición—. Una mujer ha venido a poner una denuncia y estaba desquiciada. Se me ha hecho la noche interminable. Me voy a descansar.

—Vale, buenas noches.

—Buenas noches, Sofía.

Me dirigí a mi cuarto, cerré la puerta y me apoyé en ella. Entonces suspiré aliviada. Mi padre no sabía nada. Colton no se lo había contado en el trayecto de vuelta a su casa. Repasé mentalmente la escena, una y otra vez, y me pregunté por qué demonios lo había hecho. ¿Qué me había empujado a acariciarlo? Y, aún peor, ¿por qué había querido besarlo? Una imagen se formó en mi cabeza. Ah, sí, porque tenía los labios más atractivos que había visto en un hombre.

Por otra parte, entendía su reacción. Yo era demasiado joven, al menos para él. Nos separaba un buen trecho de edad y, además, mi padre era su amigo. No podía ni imaginarme lo mal que le sentaría a este saber que había intentado besar a Colton.

Un intenso calor ardió en mis mejillas. Me pasé los dedos por el brazo en una sutil caricia, despertando miles de sensaciones que iban desde la excitación hasta la timidez. El vello de esa zona se me erizó, y pude comprobar que estaba excitada: cada centímetro de mi piel anhelaba tocarlo. Acariciar a Colton había sido una de las experiencias más apasionantes de mi vida.

Me humedecí los labios y alargué el brazo para coger el móvil cuando este sonó: era un mensaje de Eli. Me preguntaba sobre cómo me había ido la noche. Escribí una rápida respuesta, prometiendo contarle todos los detalles al

día siguiente. Dejé el teléfono encima de la mesa, me acerqué la caja y la abrí para coger el diario. Recordaba muy bien dónde había dejado la lectura: Jun socorriendo a mi abuela.

La fecha del siguiente capítulo era de marzo, un mes después del episodio de la agresión.

«Pesadillas. Tenía auténticas pesadillas. Cada vez que dormía o cerraba los ojos, aunque sólo fuera un momento, veía una de las horribles imágenes del ataque. Sus rostros mojados por la lluvia, sus manos paseándose por mi cuerpo, incluso sus nauseabundos olores volvían a mí con la fuerza de un ciclón, dejándome devastada y confusa. Recordaba con precisión todo lo que había pasado después de desmayarme: al despertarme, estaba en casa, junto a Manolo, que hablaba con el médico, Emilio Santos. Algo entumecida por el espeso sueño, inspiré hondo y sentí un escozor en el pecho, como si algo me impidiese respirar.

Intenté incorporarme en la cama cuando un fuerte dolor en la zona inferior de mi cuerpo me hizo recordar todo lo que había pasado: un zapato menos, gritos, carreras frenéticas por mi vida, asfixia, el duro suelo contra mis muslos y espalda… y frío. Mucho frío.

Desolada, me había dado la vuelta en la cama para mirar por la ventana, mientras las lágrimas caían por mis mejillas. Me hice un ovillo e intenté rescatar y mantener el poco del calor que quedaba en mi interior, la esencia que ellos no habían conseguido arrebatarme. Volví a quedarme dormida y no me desperté hasta la noche, para encontrarme con Carmen.

Algo somnolienta, fruncí el ceño.

—¿Carmen?

—Sí, soy yo, querida —susurró con delicadeza, sentada en una silla cerca de la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Yo… No lo sé. ¿Y Manolo?

—Trabajando. Me ha pedido que me quede contigo hasta que regrese. —Carmen adelantó una mano para echarme el pelo hacia atrás. Al ver el terror en mi rostro y la forma en que retrocedí hasta tocar el borde del colchón, la retiró—. Lo siento mucho, cariño… Quiero que sepas que todo el pueblo está contigo y con Manolo. Esos malnacidos no volverán a pisar la calle en una larga temporada. Tienes la cocina llena de comida para ti y para tu marido. Todos se han solidarizado contigo.

Asentí con rigidez, antes de volver a llorar, escondiendo la cara en la almohada. Carmen gimió:

—Lo siento mucho, cariño, lo siento mucho…

—Él… él me ayudó —susurré.

—Lo sé. Los Fujimoto fueron los que avisaron a la policía. Los hombres que te

atacaron estaban inconscientes, en el suelo.

Extrañada, me volví hacia ella.

—¿Cómo? Recuerdo… Sé que uno de ellos estaba encima de mi pecho; no podía respirar…

—Lo sé —murmuró Carmen, dolida y afectada—. Jun se encargó de ellos. Increíble, ¿verdad? Que un solo hombre pueda con tres borrachos.

—¿Él solo?

—Sí.

—Tengo que darle las gracias y… —dije, intentando incorporarme.

—Está bien, Linda. Tranquila. Tendrás tiempo de sobra para eso. Ahora quédate aquí mientras te traigo algo de comer.

Hasta marzo no me atreví a pisar la calle por primera vez sola. Siempre que salía, lo hacía en compañía de Manolo o de Carmen, o de algún otro vecino que venía a visitarme. Pero anhelaba recuperar mi arrebatada libertad, volver a ser aquella mujer segura de sí misma que paseaba por Coria y disfrutaba del olor afrutado que traía el viento. No fue fácil, y lo único que me ayudó a poner un pie fuera de mi casa fue que quería ir darles las gracias a los Fujimoto por su ayuda. Me habían salvado la vida.

Apenas a un metro de mi casa, empecé a temblar.

—Vamos… Un paso, otro…, respira hondo —me dije—. Es de día, hay mucha gente a tu alrededor.

Poco a poco y al cabo de treinta minutos conseguí llegar hasta el final de la calle, justo donde había visto a Paloma con su amante junto al árbol.

María, una de las vecinas, se acercó a mí.

—¡Linda! Cuánto me alegro de verte, querida. Eres muy valiente por querer salir.

—Lo intento —susurré, agarrándome al árbol.

—¿Quieres que te acompañe a algún lado? Puedo decirle a mi hija Rosa que vuelva sola a casa.

Estuve tentada de decirle que sí, que viniese conmigo…, pero pensé que mi lucha interior nunca se acabaría si no comenzaba a dar pequeños pasos. Así que, cogiendo aire, negué con la cabeza.

—Estoy bien, gracias. —Me obligué a sonreír.

—De acuerdo… Pero, si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

María fue a apretarme el brazo, pero yo me alejé de ella y seguí mi camino. Notaba los pies pesados, los arrastraba. Luchaba contra mi mente, que me gritaba que volviese a casa, a la cama, a mirar por la ventana, donde nada ni nadie podrían volver a hacerme daño. Pero era justo esa voz la que me hacía seguir y dejar mi dolor y mi pena a un lado.

La casa de los Fujimoto, antes de Inés, estaba a algo menos de veinte minutos de mi casa. Tardé cuarenta.

Cuando llegué, cometí el inmenso error de mirar atrás…, donde a apenas unos

cuantos metros había tenido lugar la agresión.

El corazón se me aceleró y empecé a temblar.

Apreté los labios y llamé al timbre de la amplia casa, incapaz de fijarme en los detalles del jardín o del exterior. Estaba demasiado ocupada luchando con los demonios de mi interior, que dominaban todos mis pensamientos. Gotas de sudor aparecieron en mi frente y mis sienes, humedeciéndome el pelo.

Al cabo de unos segundos apareció una mujer mayor. Supe que era ella, la que se había agachado junto a mí aquel día, pues su característico olor a lavanda me envolvió y ahuyentó los demonios y la oscuridad de mi mente, proporcionándome paz y luz. Sus ojos negros eran cálidos y llevaba el pelo recogido en un moño tirante. Quise abrazarla, pero me contuve.

—Hola, yo soy… Linda. Yo… —intenté ordenar mis ideas, rodeándome con los brazos—. Sólo he venido para darles las gracias a usted y a Jun por su ayuda. Sin ustedes… yo no estaría aquí.

La mujer hizo una pequeña inclinación, que yo imité con torpeza.

—Lamento… eso —dijo ella con dificultad y con un marcado acento—. Lo siento. Me alegro de verte… bien. ¿Quieres pasar? Jun vendrá pronto de trabajar. Se alegrará de…

Al ver que no continuaba, asentí.

—Por supuesto, me encantaría. Me temo que no he traído nada…

—No pasa nada, no pasa nada… Entra, por favor.

Caminé por las piedras que enlosaban el camino hacia el interior de la casa detrás de ella. Al entrar, dejé los zapatos fuera, como ella hizo con sus zapatillas. Continué al ver su gesto y observé la decoración minimalista. Al contrario de las otras casas del pueblo, incluida la mía, el espacio desempeñaba un papel importante: había rincones vacíos o decorados sólo por una planta, pero bien distribuidos; las ventanas daban luminosidad. Al entrar en el salón, vi que una mesa baja de madera barnizada era, junto con el cuadro de un árbol dibujado con tinta, lo único que ornamentaba la estancia. Y, aun así, nunca me había sentido tan en paz conmigo misma.

¿Cuántas obras habrían tenido que hacer en la casa de Inés para dejarla así?, me pregunté mientras tomaba asiento en el suelo, cuando la mujer estiró un brazo a apenas un metro de su cuerpo.

—Por favor, siéntate. Traeré el té.

—Gracias.

Esperé de rodillas junto a la mesa y disfruté del silencio. Auténtico silencio, que acallaba las voces de mi cabeza. ¿Sería el cielo así?, me pregunté. ¿Habría esa paz? Porque, sin ninguna duda, habría dado todo lo que poseía por disfrutar eternamente de la armonía que había en la casa de los Fujimoto.

Me di la vuelta cuando la puerta del salón se deslizó. Al ver unos pies más grandes que los de la mujer, mi corazón dio un vuelco. Alcé la mirada hasta

encontrarme con la cara del hombre que me había salvado y cuyo nombre, según me había dicho Carmen, era Jun. Me levanté con torpeza lo más rápido que pude, bajo su atenta mirada.

Tragando saliva, me coloqué ante él.

—Buenas tardes, soy Linda —dije, ruborizada por no haber pensado en llevar nada como detalle. Hice una pequeña inclinación, recordando la que la mujer había hecho al verme—. Quería darte las gracias por salvarme la vida. Nunca… No encuentro las palabras que me ayuden a expresar lo agradecida que estoy, Jun —añadí, con los nervios a flor de piel—. De no ser por ti… , yo… yo…

Jun, consciente de mi sufrimiento, agachó la cabeza y asintió.

—Lamento lo que te pasó, Linda. —Su voz grave fue como una suave palmada en mi cargada espalda—. Me reconforta haberte podido ayudar.

—Por favor, considerad tu familia y tú la invitación de venir a mi casa a cenar un día cuando os apetezca —dije, con los brazos muy pegados a mi cuerpo—. Sería todo un honor poder…

Me quedé sin palabras, traicionada por los nervios. Pero Jun pareció entenderlo.

—Está bien —dijo asintiendo.

En ese momento llegó su madre. Se dijeron unas palabras en japonés antes de que yo volviese a ocupar el sitio junto a la mesa. Jun se fue, yo me quedé junto a ella y le di las gracias cuando me dio un pequeño cuenco de cerámica en el que vertió té.

Ella me sonrió con calidez.

—¿Puedo saber su nombre?

—Koyuki, soy Koyuki.

—Es un placer, Koyuki —incliné un poco la cabeza, sonriendo—. Yo… le he dicho a su hijo que sería todo un placer y honor invitarlos a cenar en mi casa. Estaría muy contenta si aceptasen. Es mi forma de agradecerles todo lo que han hecho por mí. Si no… —fruncí el ceño al notar un dolor en el pecho—, sin su ayuda, yo no estaría aquí. Puede venir toda su familia, no hay ningún problema.

Koyuki aceptó, y después de tomar el té hice ademán de irme, dándole las gracias una y otra vez. Ya fuera de la puerta, apenas había dado un par de pasos cuando una voz masculina me pidió que esperase: era Jun. Habló algo con su madre, que asintió antes de entrar en el hogar.

Jun se colocó a mi lado.

—Te acompaño a tu casa.

—Gracias.

Durante el trayecto de vuelta, me pregunté por qué aquella familia sería tan agradable. El pueblo parecía haber relajado la arisca actitud que tenían hacia ellos. Después de todo, habían conseguido que una pobre mujer casada como yo no acabara muerta. Incluso los rumores sobre la desaparición de Paloma tomaron otro giro: ya no los culpaban a ellos, sino al grupo al que habían detenido.

El olor del atardecer, mezclado con el de los árboles, me distraía. Jun y yo apenas intercambiamos unas pocas palabras, pero nuestra breve conversación me permitió saber que en Japón era profesor de kárate de un pequeño pueblo y que su esposa estaba allí, esperándolo. No pude obtener más información, ya que llegamos a la puerta de mi casa, donde Manolo hablaba con otros vecinos, uno de ellos el marido de Carmen.

Al vernos, les dijo unas palabras a sus acompañantes y vino hacia nosotros. Primero me dio a mí un casto beso en la mejilla, consciente de lo reticente que yo estaba al contacto físico. Luego le tendió la mano a Jun, que se la estrechó.

—¿Qué tal todo, Jun?

—Bien, Manolo. Acompañaba a Linda de vuelta a casa.

—Los he invitado a cenar —le dije a mi marido, esbozando una sonrisa—. A toda su familia.

Manolo asintió con expresión satisfecha. Mi marido era alto, pero Jun le sacaba una cabeza (algo poco común en los asiáticos) y era más esbelto, pensé al tenerlos el uno frente al otro.

—Me parece muy buena idea. —Volvió a centrarse en Jun—. ¿Cuándo venís?

—¿Qué tal la semana que viene? ¿El viernes? —propuse yo, cruzando los brazos cuando una fría ráfaga de viento me golpeó.

—Por supuesto. Aquí estaremos.

—Adiós, Jun. —Manolo le estrechó la mano para despedirse.

Cuando me tocó a mí, yo incliné un poco la cabeza y entré en mi casa, no sin antes saludar al marido de Carmen y a los demás.

Sabía por qué Manolo ya no salía a tomar algo después de trabajar: no quería dejarme sola. Incluso había intentado no seguir con el turno doble, pero tras una larga charla conseguí convencerlo de que me encontraba lo bastante bien como para quedarme sola. Y así fue como, de forma inesperada, un día tuve a Carmen siguiéndome los pasos como una fiel sombra.

Manolo y yo éramos incapaces de mantener contacto físico. Al menos yo. El deseo que hubiese podido sentir alguna vez había desaparecido. Estaba marchitado, muerto. Y yo me había resignado a la cruel realidad de que nunca más volvería a desear sus caricias o sus besos. No me sentía sucia, sino más bien frágil. No estaba preparada para un acto tan íntimo sin haberme recuperado aún.

Y Manolo lo entendía. Estaba segura de que no había mujer con un marido más devoto y comprensivo que él. Mi madre me lo había dicho al verlo por primera vez: que sería muy afortunada y feliz.

Esa misma noche, cenando, dejé de mover el pollo frito en círculos con el tenedor y decidí abrirme a mi marido. Manolo veía la televisión, mientras bebía una cerveza, sin rastro de comida ya en su plato.

—¿Estaba bueno? —pregunté.

—Riquísimo, Linda. Siempre lo he dicho: eres la mejor cocinera de Coria —dijo,

guiñándome un ojo.

Hice un pequeño mohín.

—Yo… le he estado dando vueltas a una cosa, Manolo.

—¿A qué?

Había dejado de mirar la tele para centrarse en mí.

—Sé que… no estoy cumpliendo con mis deberes como esposa —dije con voz temblorosa. Al ver que iba a interrumpirme, proseguí—: Y quiero decirte que voy a superarlo. Y que todo volverá a ser como antes… He pensado que quizá pueda empezar a hacer algo que me gusta. No sé, la madre de Carmen sigue con ese taller de costura o quizá…

—Está bien, Linda. Sabes que puedes hacer lo que quieras. Si crees que apuntándote a uno de esos talleres te sentirás mejor, adelante. Tienes mi apoyo.

Mirándolo con adoración, parpadeé varias veces, intentando alejar las lágrimas de mis ojos.

—¡Dios mío, Manolo, qué buen marido me ha dado Dios!

Manolo no era un hombre de muchas palabras, pero supe por su mirada que el amor era mutuo y que él me esperaría. Porque yo lucharía, pero no para volver a ser la misma Linda, sino una más fuerte, una combinación del pasado y del presente, para así afrontar el futuro.



8

No lo mires más de lo necesario, actúa normal, me dije una y otra vez mientras calentaba con mis compañeros en kárate. Después de mi fallido intento de coqueteo con beso incluido, no volví a ver a Colton hasta el siguiente día de kárate. Con la idea de no volver a las clases revoloteando por mi cabeza, me dije que era adulta para asumir el rechazo y que, si para él no había problema, no debía haberlo para mí.

Pero, por supuesto, las palabras no pesaban tanto como las acciones. Y allí estaba yo, estirando con Pablo, con las piernas abiertas, mientras él ponía las plantas de los pies en mis gemelos y tiraba con suavidad. Colton estaba a mi espalda, ayudando a Isabel y a Mar. El corazón se me aceleró y un intenso calor me subió a las mejillas.

Durante la clase hicimos diferentes *katas* dirigidos a cinturones altos, como *kanku dai*. Mientras imitaba a mis compañeros y Colton marcaba el ritmo, me encontré disfrutando enormemente de la cantidad de movimientos que hacíamos. Concentrada, me sentía satisfecha cuando Colton asentía en mi dirección, aprobando mi precisión y mi fuerza a la hora de ejecutar el ejercicio. Había encontrado en el kárate el perfecto aliado para alejar de mi mente todos los problemas: la peluquería, mi ardiente pero poco efectivo deseo por él…

Cuando acabamos, Colton apagó las luces e hicimos una pequeña relajación con música de fondo. Pablo, mi pareja de entrenamiento, fue haciendo con mis piernas y brazos todo lo que el *sensei* decía. Luego fue mi turno.

—Sofía —dijo Pablo, y yo lo miré, mientras le estiraba el muslo llevando su

talón hacia su glúteo—. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Vais a ir todos?

—No, no. —Pablo susurraba, ya que Colton parecía haberlo oído y miraba hacia donde nos encontrábamos.

—¡Listos! Hemos acabado por hoy. Poneos por orden de cinturones.

Hicimos lo que nos decía, saludamos y luego fuimos pasando uno por uno para estrecharle la mano. Al acabar, fui hacia una de las esquinas de la clase, donde tenía mis guantes de entrenamiento. Pablo se puso delante de mí, pasándose un brazo por la frente para secarse el sudor.

—Es… por si te apetece tomar algo. Ya sabes, tú y yo…

Detrás de él, Colton apagaba el reproductor de música. Me miró de reojo y noté que me sonrojaba. Sabía que estaba pendiente de la conversación y aun así no podía apartar los ojos de él: la elegancia con que se movía me hechizaba.

Pero recordé que Pablo me estaba proponiendo algo, y, a juzgar por cómo sus ojos y sus pies danzaban nerviosamente, lo que intentaba era pedirme que saliéramos. Lo malo era que, a pesar de ser guapo y simpático, me era imposible tener una cita con alguien cuando tenía la cabeza en otro sitio.

—¿Qué me dices?

—Eeeh… Pues…

—¡Sofía! —me llamó Colton. Pablo maldijo en voz baja antes de volverse—. Tengo algo de tu padre en el despacho; ¿vienes y se lo llevas tú?

—Claro —respondí aliviada. Volví a centrarme en Pablo—. Nos vemos en la siguiente clase, ¿vale? Colton tiene que darme algo.

—Sí, vale. —Hizo un gesto de despedida con la mano, algo apenado—. Nos vemos el próximo día.

Me quedé a solas con Colton y esperé hasta que él terminó de recoger el tatami y se acercó. El *karategi* dejaba entrever su pecho, húmedo por el sudor del deporte. El olor masculino volvió a confundirme, pero esta vez estaba preparada para no dejarle ver cómo me alteraba.

Tenerlo a tan poca distancia comenzaba a ser un problema, pensé, al notar su mano sobre mi hombro.

—¿Te he ayudado con Pablo o ha sido justo lo contrario?

—¿No tienes nada que darme? —pregunté sorprendida.

¿Colton había detectado mi indecisión en cuanto a ir a tomar algo con Pablo? Y si era así, ¿por qué me había ayudado?

—No, pero tu cara es como un libro abierto —dijo con una sonrisa,

haciéndome un gesto para que saliésemos de allí. Apagó la luz y fuimos a la oficina para recoger sus cosas—. Es fácil saber lo que quieres con sólo mirarte.

Que me dijera precisamente eso no fue del todo de mi agrado.

—Tú eres justo lo contrario —contraataqué. Lo tenía a unos cuarenta centímetros de distancia. Demasiado cerca—. Podría estar observándote durante meses y no sabría qué es lo que quieres o lo que no.

Colton intentó ocultar una sonrisa, apoyó una cadera en la mesa y cruzó los brazos, lo que le hizo parecer más grande.

—Son años y años de práctica.

—Estamos en desventaja entonces. Yo… Quería decirte algo, Colton —comencé, mordiéndome el labio inferior—. He estado dándole vueltas a lo que pasó el otro día y ya sé que me he disculpado muchas veces, pero quiero que sepas que no volveré a actuar así. Te lo prometo.

Colton permanecía serio, escuchándome con atención, mientras yo intentaba buscar las palabras y dejar clara la situación.

—Sofía…

—Gracias por no contárselo a mi padre —lo interrumpí.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¿Y por qué no? Podrías haberle dicho: «Fran, tu hija no para de mirarme y hoy me ha tocado, sin contar con que ha intentado besarme. Buenas noches» —dije, imitando su voz.

Él curvó un poco la comisura derecha de la boca hacia arriba. Parecía de buen humor.

—¿Así que no paras de mirarme?

Enmudecí de forma inmediata. Sosteniéndole la mirada, repasé en mi mente las palabras que había dicho.

—¿Por qué te has quedado con esa parte de la frase?

—Es lo único que me ha dado información nueva —dijo mientras buscaba su móvil en el cajón de la oficina—. ¿Te has traído el álbum de fotos?

Negué con la cabeza, confusa. Colton tenía la habilidad de cambiar de tema con demasiada rapidez y yo aún intentaba asimilar la primera parte de nuestra conversación.

—¿El álbum? ¿En serio quieres ayudarme?

—Sí, ¿por qué no? —preguntó, deshaciendo el nudo de su cinturón negro, que llevaba atado en las caderas.

Mis ojos se clavaron en sus manos. Me atraía la forma en que se movían sus

dedos, con precisión y fluidez. Luchaba contra mí misma para recobrar la compostura y no dejar ver lo mucho que me alteraba Colton. Desvié la mirada hacia el vestuario femenino.

—No sé, después de lo que ha pasado, me imaginaba que ni siquiera te haría gracia la idea de tenerme como alumna —admití, atreviéndome a alzar la vista.

Colton negó con la cabeza.

—Te dije que estaba todo bien. ¿Por qué no te vienes hoy a casa? Díselo también a tu padre. Podemos pasar un buen rato.

Colton era como una caja de sorpresas. Todo lo que decía o hacía era lo contrario a lo que yo había pensado en un primer momento. Nunca conseguía acertar con él, pensé, mientras lo observaba dirigirse hacia el vestuario masculino, fijándome en sus hombros fuertes y bien formados cuando se quitó la parte superior del *karategi*.

Al sentir la garganta seca, tragué saliva. Demonios, lo deseaba. Quería acariciar su piel con mis dedos, notar la fuerza y el calor de su cuerpo. Impregnarme de su olor hasta no percibir nada más que a él.

—¿Te espero entonces en casa? —preguntó, mirándome de reojo.

—Vale —musité, yéndome al vestuario femenino con rapidez.

—¿No vienes? Pero ¿por qué? —le pregunté a mi padre, ya duchada y vestida.

—Ha sido un día larguísimo, Sofía. Ve tú —contestó mi padre, cambiando de canal con una cerveza en la mano.

—Pero… a lo mejor no le hace gracia que…

—No digas tonterías. ¿No te ha dicho que te iba a ayudar con el álbum de tu abuela? Pues ve. Ya te he explicado donde vive: está a unos veinte minutos del gimnasio.

—Está bien —suspiré, arrepentida de haberle dado una respuesta afirmativa a Colton.

Me despedí de mi padre y salí de casa con un nudo en la garganta y el corazón latiéndome a toda velocidad. Una vez más volvería a estar a solas con Colton. Y no, no dudaba de mi autocontrol, sino del esfuerzo que tendría que hacer para no devorarlo con la mirada, a la par que en mi cabeza se formaban imágenes tórridas y sensuales. Estaba cansada de sentirme tan vulnerable y tan sensible a su lado, abierta a toda clase de estímulos cuando captaba su olor u oía su voz.

Iba a ser un infierno.

Seguí las indicaciones de mi padre y me encontré frente a unos bloques de ladrillo bastante bien cuidados. Aparqué en el primer sitio libre que encontré y llamé al portero automático con rapidez.

—¿Sí?

—Soy Sofía.

La puerta se abrió y entré. El vestíbulo era bastante simple y bonito, recogido, con unos buzones a la izquierda. Con curiosidad, me acerqué a ellos y busqué el que pertenecía a mi profesor de kárate: Colton Tsukuda.

Llamé al ascensor y, una vez pulsada la planta, seguí con nerviosismo los números que marcaba hasta llegar a mi destino. Una vez salí, vi que había cuatro puertas diferentes. Las miré y entonces lo vi apoyado en el marco de una de ellas, con el rostro en penumbra. Llevaba una camiseta gris y sus largas piernas enfundadas en unos pantalones de pinzas.

—Mi padre no ha querido venir, está muy cansado —dije con parsimonia. Al ver que no respondía, que sólo me observaba, pensé en que me lanzaba una indirecta—. De acuerdo, será mejor que me vaya…

—Pasa —dijo, haciéndose a un lado—. Perdona, estaba pensando en otra cosa.

Aunque dudé, al final accedí. Pasé por su lado y entré.

El recibidor era amplio, con una pequeña mesa de estilo oriental y un paragüero a juego. Colton me hizo un gesto y avancé hasta el salón. Tras observar lo que me rodeaba, llegué a la conclusión de que la casa era un reflejo de la personalidad de Colton: elegante, sobria y seria. Había un gran televisor encima de un mueble de madera oscura, enfrente de un sofá y un sillón. Al lado del televisor había una lámpara japonesa con algo escrito en ese idioma. Estaba encendida y era la única luz que iluminaba el salón.

Ante el sofá y del sillón había una mesa baja sobre una alfombra de colores neutros.

En ese momento recordé algo. Me volví y miré a Colton, que estaba detrás de mí, con los brazos cruzados.

—¿Tengo que quitarme los zapatos o algo?

—No —dijo con una sonrisa, negando con la cabeza con rotundidad—. No, pero en casa de Yoshio sí tendrías que hacerlo. Yo… soy algo más occidental.

—Un poco —bromeé.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias; sólo nos llevará unos minutos —remarqué, abriendo la mochila que llevaba para sacar el álbum de fotos.

—No tenemos prisa; te traigo una cerveza —dijo él, antes de volver al pasillo y meterse en la cocina.

El sofá me pareció bastante cómodo y decidí sentarme en él, con el álbum sobre los muslos. Repasé una vez más el salón, aprovechando que estaba a solas. A mi izquierda había unos grandes ventanales, cubiertos por unas cortinas translúcidas que dejaban entrever los edificios de fuera y el oscuro cielo veraniego. El aire acondicionado, colocado en una de las paredes, enfriaba el ambiente, proporcionando una agradable temperatura, nada comparable al exterior.

En la pared donde estaba el mueble del televisor había un haiku colgado. Al lado de las letras japonesas, escritas con tinta, se veía dibujado un cerezo.

—Toma.

Me asusté al oír su voz y di un pequeño respingo.

—Joder, no te he oído llegar —susurré, llevándome una mano al pecho.

—Lo siento —se disculpó él, entregándome una cerveza—. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

Colton se sentó a mi lado. Mientras él bebía un trago de su cerveza, yo miré la breve distancia que había entre nuestros muslos. Casi se tocaban.

Decidí centrarme en el álbum y lo abrí por la página en la que comenzaba a haber fotos de desconocidos. Colton hizo un gesto con la cabeza.

—Este joven es Jun.

—¿Este es Jun? —pregunté, observándolo más detenidamente—. ¿Cómo es que mi abuela tenía esta foto?

—Se la dio él —respondió—. Seguro. Y esta familia son los padres de Jun. La madre se llamaba Koyuki.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Linda; vi este álbum hace ya unos años —explicó, mientras yo contemplaba las fotos una y otra vez, dando vida a las imágenes que se habían formado en mi cabeza en lectura del diario.

Fui pasando hojas y más hojas y Colton me iba explicando de quiénes se trataba. De repente, vi una de mi abuela junto a Jun. Estaban alejados el uno del otro, pero la sonrisa de mi abuela la delataba: disfrutaba de la cercanía que tenía con aquel japonés. Él, en cambio, permanecía serio, levemente vuelto hacia ella. Si se observaban todos los detalles, acababa resultando una foto

bastante bonita y tierna.

—Me encanta —susurré—. Nunca la había visto tan feliz.

—Yo sí —dijo Colton en el mismo tono—. Cada vez que hablaba de ti.

Alcé la cabeza lo justo para encontrarme con su oscura mirada. Fruncí el ceño cuando mi cuerpo reaccionó a sus palabras de la forma menos esperada. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Me la sequé con rapidez y escondí mi rostro tras el manto de mi pelo, deseosa de que Colton no se hubiese dado cuenta de mi momento de debilidad.

Sí, me arrepentía de no haber pasado tiempo con mi abuela, y era algo que ya no cambiaría, pero podía aceptarlo y continuar. Rechazaba cargar con la culpa durante más tiempo; de acuerdo, había sido egoísta, pero con la separación de mis padres todo se había alterado, y yo me había acostumbrado a la plácida comodidad de no moverme de mi hogar.

Él pareció entender mi postura, ya que no dijo nada; sólo me señaló algo en la foto.

—Fíjate bien. ¿No ves una fina sombra parecida a un hilo que va desde la mano de tu abuela hasta los brazos de Jun, que tiene cruzados sobre el pecho?

Ya aliviado el dolor, me fijé en el detalle, achinando los ojos.

—¡Es verdad! ¿Qué es?

—Depende de a quién le preguntes se trata de un defecto de la foto… o del hilo rojo. Esta última versión es la que apoya mi tío Yoshio.

—¿Te refieres a esa leyenda de la que hablamos con Ami en la cena? —pregunté boquiabierta. Él asintió—. Pero ¡eso es muy bonito! ¿Te imaginas que ellos dos hubiesen estado destinados a conocerse? Si… si hubiese sabido esto antes, la cantidad de preguntas que le habría hecho a mi abuela… —pensé en voz alta.

—¿Y tu abuelo?

—¿Manolo? Bueno…, todavía no he avanzado con el diario. No sé cómo va a surgir la historia entre Jun y ella. Puf, supongo que es todo un poco confuso. Imagino que no debería alegrarme tanto de la infidelidad de mi abuela.

Colton soltó una carcajada que le salió de lo más profundo de su ser.

—Cierto, no deberías.

—Tú ya te sabes la historia, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Y acaba bien?

—Acaba como tiene que acabar —dijo, con los codos apoyados en las

rodillas.

Yo puse los ojos en blanco.

—Odio cuando te pones en modo zen.

—Si te refieres a si acabaron juntos…, ¿no crees que en ese caso tu padre no habría nacido y, por consiguiente, tú tampoco? —preguntó, observándome—. Tengo sake, ¿te apetece un poco? Recuerdo que te gustó en la cena.

—Oh, sí, me encantó —exageré, dejando el álbum un poco apartado—. Sí, me apetece.

El resto de la noche Colton y yo estuvimos viendo fotos acompañados por el sake. Disfruté enormemente de su compañía y de su voz con aquel marcado acento japonés. Me daba toda la información que yo le pedía, aunque tenía la sensación de que se guardaba algo para él, quizá para que el diario me sorprendiera en mi próxima lectura.

Sabía que aquella noche la atesoraría en mi mente para toda la vida: no sólo por el ambiente creado por la penumbra de la única luz, sino por lo cómoda que me sentía al estar con él. Había conseguido aplacar mi nervosismo y apartar nuestras antiguas riñas.

Demasiado tarde, caí en la cuenta de que el alcohol de la cerveza y del sake comenzaba a circular por mis venas. Mi estómago vacío incrementó su efecto y, como consecuencia, me aflojó la lengua.

—Ya no más —dije, negando con la cabeza al ver que me preguntaba alzando el sake—, tengo que conducir.

—¿Ya has cogido el punto? Si apenas has bebido dos vasos pequeños…

—Vengo con el estómago vacío; supongo que me ha afectado más de lo que pensaba —dije con una sonrisa.

—¿Quieres cenar algo?

—No, no, no te preocupes. Cuando llegue a casa comeré. Cambiando de tema, ¿eso es un haiku?

Colton miró hacia donde yo le señalaba. Su rostro se relajó y algo parecido a la ternura inundó sus ojos.

—Sí.

—¿Quién lo escribió?

—Jun lo escribió en honor a tu abuela. Linda me lo regaló. Decía que yo le recordaba mucho a Jun cuando lo conoció.

—Debe de ser verdad —dije asintiendo—. Los dos sois fríos y bruscos. —Al darme cuenta de lo que había dicho, me tapé la boca con la mano, en un

inútil intento por retener las palabras—. Lo siento… —solté una risita nerviosa, todavía con la mirada clavada en el haiku—. ¿Sabes?, eres la persona con la que más veces me he disculpado: cuando te acosé después de cenar…

—No me acosaste —me interrumpió con brusquedad—. Nada más lejos de la realidad.

Al mirarlo, fui incapaz de no sonreír. Parecía incluso disgustado con las palabras que yo había elegido para describir nuestro encuentro más incómodo.

—¿Estás casado, Colton?

—Ya me lo has preguntado antes. Sabes que no lo estoy —respondió, devolviéndome la sonrisa.

—¿Y lo estuviste?

—Sí. Estuve casado… y casi tuve una hija. —Colton parecía estar buscando las palabras en español que le permitiesen describir lo que sentía. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados en una tensa línea—. No llegó a nacer. La que fue mi esposa tuvo un accidente de coche y perdió al bebé. A partir de ahí, todo fue cuesta abajo. No sé por qué te lo estoy contando —admitió, mostrándose por primera vez nervioso. Se encogió de hombros—. Quizá yo también he bebido más de la cuenta.

El alcohol que podía haber estado fluyendo por mi sangre se congeló ante su confesión. Sabía por mi padre que Colton había estado casado, pero no que hubiesen estado esperando una hija y aún menos que el embarazo no hubiese terminado bien.

No sabía cómo se tomaría una muestra de afecto por mi parte, teniendo en cuenta mi larga lista de errores cada vez que estábamos a solas. Pero me era imposible no apretarle la mano y decir unas palabras de consuelo. A juzgar por su rostro, a pesar de que recordar el pasado le causaba dolor, había sido capaz de superarlo y continuar con su vida. Tuve la sensación de que había mucho más detrás, en la oscuridad, que aún no había visto la luz y que algún día acabaría por estallar.

Me acerqué un poco más y le coloqué una mano sobre el antebrazo, que le apreté con calidez. El músculo que tocaba se tensó. Él giró el rostro hacia mí. Estábamos tan cerca que incluso con aquella escasa luz podía distinguir los diferentes tonos de marrón que había en sus ojos.

—Lo siento —susurré—. Lo siento mucho.

Colton esbozó una tenue sonrisa y asintió. Colocó a su vez una mano encima de la mía. Sus dedos rozaron los míos, mientras sus ojos no dejaban de

observarme, quizá atentos a mi reacción. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza cuando me acarició los nudillos y luego entrelazó sus dedos con los míos, transmitiéndome su calor y su fuerza.

Sin separarme, entreabrí los labios para coger una gran bocanada de aire. Sentía que todo a mi alrededor daba vueltas y mi corazón, acelerado, latía con ímpetu contra mis costillas. Me fijé en sus labios, cerca de los míos. Carnosos y húmedos como una fruta madura recién abierta. Cerré los ojos y conté internamente hasta recuperar el control.

—Yo…

Cuando fui a alejarme, pensando en el rechazo de Colton de la noche anterior, él me lo impidió. Sus ojos oscuros estaban puestos en mí, y contemplé cómo poco a poco iba acortando la distancia que nos separaba, hasta que sus labios rozaron los míos. Suaves toques. Mentiría si no dijese que fue el beso más dulce que me habían dado nunca y, aun así, las sensaciones que despertaba en mí eran completamente desconocidas y misteriosas, hasta el punto de que me pregunté a mí misma si alguna vez había sentido realmente deseo y excitación antes de entonces.

Colton se separó apenas dos centímetros, observándome. Yo me humedecí los labios sin ser consciente de la forma en que apretaba los muslos o temblaba, presa del anhelo.

—Esta vez no he sido yo —murmuré.

Él sonrió.

—He sido yo.

Complacida, sonreí, notando su aliento en mi boca. Colton volvió a acercarse, pero esa vez yo también me moví. Cuando nuestros labios se tocaron, me liberé cual granada a la que acaban de quitarle el seguro y lanzar al vacío. Vértigo y calor. No profundicé el beso, dejé que fuese él quien llevara las riendas. Al fin y al cabo, no sabía cómo respondería si era consciente de lo que despertaba en mí.

El primer contacto de su lengua en mi labio inferior me hizo entreabrir la boca. Cuando él dio ese paso, yo sólo pude responder con ganas y con deseo, dejando que nuestras lenguas se acariciasen en un erótico y tórrido baile.

Unos golpecitos en la puerta me sobresaltaron. Interrumpí el beso y miré a Colton, que parecía tener dificultades para moverse. Al mirarnos, nos sonreímos.

—Deben de ser Ami y su hermano. Estarán aburridos.

—¿Suelen venir?

Esta vez sonó el timbre.

—Sí —musitó incorporándose—. Aunque no tan tarde.

Mientras Colton iba hacia la puerta, yo me recompuse lo mejor que pude y guardé el álbum en mi mochila con bastante dificultad. Oí tres voces hablando en japonés y me pregunté qué demonios les diría si me preguntaban qué hacía allí. Luego pensé que simplemente podía responder la verdad: el álbum de fotos. Aliviada, me levanté del sofá al ver entrar a Ami, con un vestido blanco ancho hasta las rodillas y unas cómodas sandalias, y a su hermano con bolsas de comida. En ese momento me sentí fuera de lugar.

Los dos abrieron mucho los ojos al verme, sorprendidos. Colton estaba detrás.

—Hola, ¿qué tal?

Isamu, el hermano de Ami, esbozó una educada sonrisa.

—Hola, Sofía.

—Hola. —Ami sonrió—. ¿Molestamos?

—No, para nada; de hecho, yo ya me iba —dije, al mismo tiempo que cogía la mochila y me la colgaba del hombro.

—¡No, no! Isamu y yo hemos traído muchísima comida, justo hablábamos eso por el camino, ¿verdad?

Su hermano asintió sin dejar de observarme. Era bastante guapo y alto. A pesar de tener mi edad, casi parecía un adolescente, con aquel rostro tan dulce. Lejos de poder controlar mi bochorno, me mordí el labio inferior.

—No os preocupéis. Colton sólo me estaba ayudando con el álbum de fotos de mi abuela. Ya hemos acabado.

—Quédate —intervino Colton—. Avisa a tu padre para que sepa que estás con todos nosotros y que vas a cenar aquí.

A juzgar por el rostro de los tres, volver a negarme sería, cuando menos, irrespetuoso.

—Vale; dejadme que vaya un momento a mi coche y ahora vuelvo —dije, con una idea rondándome por la cabeza.

Ami y su hermano comenzaron a hablar en japonés, mientras Colton me acompañaba a la puerta, con el ceño fruncido. Una vez llegamos al pasillo, me agarró por la muñeca con suavidad, haciéndome girar.

—¿Vas a volver?

—Claro, sólo voy a comprar algo en la tienda de veinticuatro horas de abajo

que he visto al venir a tu casa.

—No tienes que comprar nada.

—Me incomoda no haber traído algún detalle, pero pensaba que sólo íbamos a estar un rato —me excusé, bajando la mirada al tenerlo tan cerca.

Él acarició el centro de mi muñeca con su pulgar, trazando suaves círculos y captando con ello mi atención. Yo me regocijé con esa tierna caricia y lo que provocaba en mí. Deseaba volver a sentir sus labios y perderme en su sabor. Y me alegré cuando él bajó la cabeza para besarme, momento en que Isamu le gritó algo en japonés, rompiendo por completo la magia. Con una sonrisita, me alejé, mientras escuchaba la voz de Colton al responderle.

Después de salir del portal, me dirigí hacia la tienda de veinticuatro horas, acompañada de una fresca brisa nocturna. Mis nervios se calmaron, y hasta ese momento no me di cuenta de lo mucho que me había estado conteniendo, de lo mucho que había deseado tocar a Colton. ¿Qué habría pasado si Ami y su hermano no hubiesen llegado?, me pregunté entrando en la tienda.

En su interior había un hombre asiático. Lo saludé antes de pasearme y buscar algo. ¿Qué podía llevar?

Después de un rato sin decidirme, pese a haber recorrido todos los pasillos, miré al dependiente con desesperación. Me acerqué a él.

—Hola, perdona… Esto es un poco embarazoso…, ¿podrías ayudarme?

—Sí, ¿qué buscas? —preguntó con un marcado acento.

—Me han invitado a una cena unos amigos japoneses y no sé si debo llevar algo de beber, o unos dulces… ¿Eres japonés?

—Chino —respondió.

—¿Y puedes decirme qué consideras más oportuno? Había pensado vino blanco, pero ya hemos bebido bastante y… —Al ver su rostro confuso, pensé que ni siquiera sabía si entendía todas mis palabras, y noté que me sonrojaba —. No te preocupes; voy a coger dos bandejas de dulces.

Salí de la tienda con dos enormes bandejas y la sensación de no haber elegido correctamente. Volví a llamar al telefonillo y me abrieron sin preguntar. Una vez en el ascensor, miré mi rostro en uno de los espejos y me hice un pequeño chequeo: mi maquillaje y mi pelo seguían en su sitio, es más, me veía más agraciada con aquel brillo en los ojos y el rubor de mis mejillas a causa del alcohol.

Cuando llegué al piso, vi que la puerta estaba abierta. Ami me esperaba con una enorme sonrisa.

—¡Sofía! Hemos llegado a pensar que te habías ido.

—No, no, es que he tardado mucho tiempo en decidir qué comprar.

—¿Qué has traído?

Terminé de entrar y fuimos al salón. Lo debían de haber preparado mientras yo estaba fuera, ya que la mesa estaba repleta de comida, salsas y bebida, aunque no habían empezado a comer. El olor de aquellos manjares llegó hasta mi vacío estómago, que gruñó de hambre.

—Dulces —respondí—. ¿Dónde los pongo?

—Ve a la cocina; allí están Isamu y Colton.

Me dirigí hacia donde me dijo. A medida que me acercaba, oía sus voces, con el tono de una jovial conversación. Masculina y fuerte la de Colton. Más juvenil la de Isamu. Isamu fue el primero en verme y dejar de hablar japonés para empezar a responder en español. El anfitrión de la casa se dio la vuelta y vio el enorme paquete que llevaba entre las manos.

—Dulces —dije con nerviosismo—. ¿No he acertado?

Ambos notaron mi indecisión, ya que asintieron efusivamente.

—Sí, sí, está genial.

—De hecho, es lo que nos faltaba —añadió el hermano de Ami—. No hemos traído… dulces.

La voz de ella se oyó desde el salón, aunque no entendí lo que decía.

—Ya voy yo.

Isamu desapareció, dejándonos a Colton y a mí a solas. Aún con las bandejas de dulces en las manos, di unos pasos hasta llegar a su lado. Al alzar la cabeza, me encontré con sus oscuros ojos. Estaban llenos de complicidad y de confianza, y si miraba más adentro, había algo oscuro y candente en ellos.

—¿Todo bien? —me preguntó, alargando una mano y colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Mi corazón dio un brinco.

—Sí, genial, de hecho.

Retrocedí un paso cuando Isamu volvió, alejándome de la mano de Colton, que cogió las dos bandejas en silencio, no sin antes acariciarme los dedos con los suyos. Les dediqué una amable sonrisa a ambos antes de darme la vuelta. Con el corazón en un puño, sentí su mirada en mi espalda hasta que llegué al salón.

Ami, ajena a todo lo que sucedía, estaba mandando un audio de voz con el móvil. Al verme, sonrió y me hizo un gesto para que me sentara a su lado.

Llevaba los finos labios pintados de color rosa claro y una suave sombra de ojos color café.

—¿Te ha ayudado Colton con el álbum de tu abuela?

—Sí —respondí, dejando la mochila a mi lado—. Bastante.

—Tuve la oportunidad de hablar con ella al menos un par de veces antes de su fallecimiento. Era encantadora.

—Gracias, era genial. —Me aclaré la garganta y decidí cambiar de tema de conversación—. ¿Cuánto tiempo llevas en España? Hablas muy bien mi idioma.

—Llegué con diez años, si no recuerdo mal —respondió, repiqueteando con los dedos en la mesa.

—¿Y tus padres?

—Mis padres se mudaron a Extremadura; arreglan uñas y tienen muchísima clientela. Yo trabajo con Yoshio, pero, aparte, también hago las uñas. Mis padres me enseñaron. Tengo un pequeño local cerca de la comisaría donde trabaja tu padre. —Ami miró mis uñas—. Me ofrecería a hacértelas, pero veo que las llevas al natural.

—Tengo la costumbre de llevarlas muy cortas. —Me encogí de hombros—. Comodidad, supongo. ¿Sabes?, pensaba que tú y yo teníamos la misma edad.

Ami soltó una carcajada que silenció por un momento las voces masculinas de la cocina.

—¡No! Tengo treinta y cinco.

—Eso me dijo mi padre, aunque me resulta tan difícil de creer… —añadí, estudiando sus rasgos juveniles en busca de alguna marca o señal que corroborara sus palabras.

—Te lo prometo, luego te enseñaré mi carnet.

—Los japoneses os conserváis bastante bien. Colton también parece mucho más joven de la edad que tiene.

—Eso es cierto —asintió Ami—. ¿Echas de menos a tus amigas? ¿Tienes ganas de volver a Huelva?

Justo cuando ella terminaba la pregunta, Isamu y Colton llegaron de la cocina con más platos y bebidas. Se quedaron enfrente de nosotras, y supe que habían oído la pregunta, y esperaban mi respuesta. Aunque quise dejarla pasar, la mirada de Ami me hizo contestar.

—Echo de menos salir con ellas —admití, con el peso de todas las miradas puesto en mí—. Echo de menos salir por la noche, ir a tomar algo, al cine…

Pero también me encuentro cómoda aquí —terminé, levantando la cabeza y mirando a Colton.

—Me alegro. Coria es un buen pueblo —dijo Ami, y añadió—: Pensaba que después de lo de la peluquería podrías…

—Espera, espera —la interrumpí, confusa por sus palabras—. ¿Qué te han dicho de la peluquería?

El salón se vio sumido en un tenso silencio. Era tal mi confusión que no fui consciente de que estaba aguantando la respiración hasta que oí la voz de Colton, que murmuró unas palabras en japonés. Concisas y frías, lograron que Ami se encogiera en su sitio. Tenía las mejillas completamente rojas, avergonzada por sus palabras. A su hermano, por el contrario, se le veía apenado.

—Ami, ¿qué te han dicho? —repetí.

—Sofía… —fue a decir Colton.

—No pasa nada —dije con fingida tranquilidad, apretando los puños contra los muslos—. Necesito saberlo.

—Sólo… —siguió Ami.

—Ami… —Isamu la interrumpió—, déjalo.

—¡Ella quiere saberlo! Además, Lucía…

De repente, la temperatura del salón pareció descender con brusquedad. Tenía las manos heladas y mi buen humor había desaparecido por completo. Lucía y yo habíamos mantenido una relación bastante distante después de mi despido, ni siquiera nos dirigíamos la palabra. Desde el primer momento sabía que el fantasma del robo me seguiría y reaparecería, pero no esperaba que tan pronto.

Incómoda, me obligué a levantar la vista de mi regazo. Todos me miraban: Isamu, abochornado. Colton, hosco. Y Ami con la duda asomando a sus bonitos ojos rasgados. Me llené los pulmones de aire en un intento de aclararme las ideas. La entendía. Ami no me conocía, incluso Colton había sentido recelo al principio de mi llegada; yo sólo era la chica que había dejado de lado a su abuela y a su padre e intentaba arreglarlo quedándose en el pueblo unos cuantos meses.

Sintiendo la mayor de las vergüenzas, me levanté.

—Creo que será mejor que me vaya.

—¡N-no! —Isamu tartamudeó—. No te vayas, esto ha sido un error. Son sólo habladurías.

—Sofía, quédate. —Colton también se había incorporado—. Por favor.

—Lo siento, Sofía —susurró Ami, azorada—. Pensaba que era agua pasada. En ningún momento he querido sugerir que seas una ladrona.

—¿Te ha dicho Lucía algo más? —pregunté, ignorando sus disculpas.

—Sólo que te habían echado por quejas de algunas clientas… En ningún momento… Ella sólo insinuó que comenzaron a faltar pulseras, pendientes…

Intenté encontrar la calma con varias respiraciones profundas, ajena a todo lo que Ami decía. No estaba molesta, más bien dolida. Miré a Colton e intenté descifrar su expresión: parecía molesto y mosqueado, pero no había duda en él. Colton confiaba en mí, al menos en ese sentido, me dije con pesar.

¿Por qué siempre salía mal parada en aquel pueblo? Los rumores estaban a la orden del día y yo parecía ser el tema principal. Comenzaba a cansarme la lucha constante por demostrar que no era nada de lo que me acusaban: no había abandonado a mi padre ni a mi abuela, tampoco había robado en la peluquería.

Inspiré hondo y cogí mi mochila.

—No soy una ladrona —dije con seriedad—. No le he robado nada a nadie, y tarde o temprano todos lo sabrán. Tampoco soy una mala hija. Estaría bien que este maldito pueblo se pusiera de mi parte alguna vez. —Murmuré lo último, más para mí que para ellos—. Os agradezco la cena, pero no tengo hambre.

—Sofía…

—Quiero irme, Colton —lo interrumpí con brusquedad.

Como si mis palabras hubiesen sido un mazazo, él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Salí del salón en apenas unos cuantos pasos, notando agolparse las lágrimas en mis ojos. Colton venía detrás. Cuando cerré la puerta a mi espalda, sin mirarlo a él a los ojos, me dirigí hacia el ascensor. No le había dado la oportunidad de hablar; necesitaba estar sola y lamerme las heridas sin que nadie fuese consciente de lo mucho que me afectaba aún lo de la peluquería.

Salí del bloque de pisos casi corriendo y me dirigí hacia donde estaba mi coche. La noche abierta y calurosa me recibió, aunque mi entumecido y helado cuerpo lo agradeció. Busqué las llaves en el interior de mi mochila, tanteando con los dedos hasta que las encontré. Abrí la puerta del conductor.

—Sofía, espera.

Me encogí al oír su voz. Humedeciéndome los labios, me di la vuelta con

lentitud. Colton estaba a apenas dos metros de mí, con una bolsa blanca en la mano izquierda.

—Supongo que soy un iluso por plantearme siquiera la posibilidad de que te quedes.

Apoyé la espalda en el coche, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me marcho. De todas formas, pídeles disculpas a Ami y a Isamu de mi parte. Quizá he reaccionado exageradamente, pero es un tema delicado.

Él avanzó varios pasos.

—Ella no tenía ningún derecho a sacarlo, pero no ha sido su intención hacerte daño. La conozco desde que era una cría.

Asentí mientras veía que la distancia entre ambos disminuía. Una leve sonrisa apareció en sus impecables labios, contagiándome. Levanté la mirada para asegurarme de que ni Ami ni Isamu estaban asomados a la terraza. Las cortinas estaban echadas y no había ninguna sombra.

Cuando sus dedos tocaron los míos, cogí aire.

—Tienes las manos heladas.

—Y tú calientes.

Ambos nos reímos, separados apenas por unos centímetros. Pensé en lo guapo que era y en las ganas que tenía de besarlo y acariciarlo.

—¿Voy a volver a verte? ¿A solas? —Enfatizó la última parte.

Que él tuviese las mismas ganas que yo de volver a estar a solas conmigo me alegró. Colton iba mostrando poco a poco sus sentimientos, cosa que agradecía. El contacto de sus dedos con los míos me aliviaba a la par que me excitaba, provocándome una serie de reacciones dispares que conseguían confundirme.

—Sí —dije con una sonrisa—. Me encantaría.

Colton curvó hacia arriba la comisura derecha de su carnosa boca con una leve y sensual sonrisa. Noté que iba a alejarse para subir con sus invitados. Haciendo acopio de todo el valor que me quedaba, avancé y lo besé. Me agarré a sus hombros, de puntillas, para alcanzar sus labios y sentirlos plenamente contra los míos. Cálidos, suaves, adictivos… Mi corazón comenzó a golpear en mi pecho, alterada ante el contacto y la cercanía de Colton.

Él me devolvió el beso, y lo que al principio fue un leve roce se acabó convirtiendo en algo más. Cuando su lengua acarició mi boca, lo tomé como una invitación para profundizar el beso y explorar su sabor una vez más. Deslicé mi lengua en su interior y gemí al notar la suya. Sus manos se

colocaron en mi cintura y me apresaron, eliminando cualquier distancia que pudiese haber entre su cuerpo y el mío. Y de esa forma sentí calor y deseo. Ya no tenía las manos frías, él me las había calentado o quizá yo le había robado parte de su energía.

Suspiré contra sus labios, aún perdida en el beso y en el sensual baile de nuestras lenguas. Mi cuerpo fue cobrando vida propia, despertándome hasta no ser más que una cerilla prendiendo otra cerilla y así hasta que no fuimos más que fuego.

Nos separamos con dificultad, ambos con el temor de que Ami o su hermano pudiesen salir al ver que tardaba tanto.

—¿Cenamos juntos este viernes? ¿Después del kárate?

—Sí —respondí sin pensarlo.

Colton me dio un último beso antes de retroceder un paso y hacerme un gesto para que me subiese al coche. Y eso hice, y volví a casa sin creerme todo lo que había pasado aquella noche y sin poder ocultar mi felicidad. Con aquella muestra de afecto, el desagradable episodio con Ami quedó en algo insignificante.

Al volver a casa, mi padre seguía despierto, aunque con un pie en el mundo de los sueños. Casi tirado por completo en el sillón, se incorporó al verme. Una sonrisa perezosa cruzó su adormilado rostro.

—¿Todo bien?

—Genial. Al final han venido Ami y su hermano Isamu. Están cenando todos. Me han invitado, pero he preferido no quedarme. Estoy muy cansada.

—Tendrías que haber cenado allí. Es tarde. —Mi padre bostezó. Estaba en pijama—. Me voy a dormir, ¿vale?

—Claro. Por cierto, papá… He estado pensando en las otras peluquerías que estaban interesadas en mí. Si aún fuese posible, me gustaría trabajar.

La quietud y el alivio que aparecieron en su rostro fueron evidentes. Me dio un apretón en el hombro y asintió.

—Bien decidido. Mañana hablaré con Dolores, le gustará saberlo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mi padre subió a su habitación. Yo, por el contrario, me dirigí a la cocina para calmar el hambre, sin dejar de darle vueltas a lo que había sucedido entre

Colton y yo. Después de comerme rápidamente un sándwich, apagué todas las luces y me fui al cuarto de baño para asearme y cambiarme de ropa.

Ya lista, acabé sentada en el suelo de mi habitación, con el álbum a un lado y el diario sobre mis piernas. Saqué el móvil de la mochila después de oírlo vibrar varias veces. Eran mensajes de Eli y de mi madre. Respondí con rapidez. Era nuestra forma de ponernos al día y no perder el contacto.

Luego decidí seguir leyendo el diario. Volvió a llegarme aquel olor a libro viejo. Vi que la siguiente entrada era de marzo, sólo una semana más tarde que la anterior, y recordé la cena a la que Linda había invitado a los Fujimoto.

«Manolo y yo íbamos bastante bien vestidos y yo había conseguido recuperar un poco la ilusión. Limpiar la casa, cocinar, decorar la mesa…, todo eso me había servido para mantener la cabeza lejos de mis pesadillas. Aquel día había estado mucho tiempo fuera, yendo de un lado a otro para comprar todo lo que necesitaba y, por supuesto, para acercarme a la casa de los Fujimoto para confirmar que nos veríamos esa noche.

Cuando nuestros invitados llegaron, vi que ellos también se habían esforzado con la ropa, bastante occidental, para mi sorpresa. Trajeron algo de comida japonesa, que puse en la mesa para que la probásemos todos. Por mi parte, yo me había encargado de preparar un buen manjar: desde filetes con salsa hasta verdura a la plancha, pasando por platos con embutidos y fiambres.

Me regocijé al recibir elogios por parte de todos los invitados, incluido Jun. Tras la cena, mi marido les ofreció un whisky, mientras yo le enseñaba a Koyuki la casa, bastante cortada. No teníamos muchos muebles ni buena decoración, sólo lo justo, o al menos no todo lo que me habría gustado.

Ella en ningún momento mostró reticencia o desprecio, sino más bien comprensión. Cuando acabamos, bajamos junto a los hombres al salón. Yo me disculpé para salir a tomar un poco la fresca brisa nocturna. El cuello, hasta ese momento húmedo por el sudor, se me enfrió con rapidez, relajándome.

Cerré los ojos y disfruté del silencio.

—Tu marido ha hablado conmigo.

Sorprendida ante la inesperada voz de Jun, giré la cabeza y lo vi a mi lado, a una prudente distancia. Tenía las manos detrás de la espalda y miraba las estrellas. Mucho más alto que yo, envidié el aura de seguridad y eficiencia que emanaba de cada poro de su piel. Yo deseaba ser así, pensé con rabia, quería transmitir la misma seguridad y respeto que Jun. Pero, contrariamente, cada vez que me miraba en el espejo no veía más que una mujer temblorosa, pálida y con el miedo brillando en sus grandes ojos. Era un pálido reflejo de la mujer que solía ser.

—¿Puedo saber sobre qué?

—Manolo sabe que practico artes marciales —respondió con lentitud y un marcado acento—. Me ha pedido que te enseñe a defenderte.

—¿Cómo? —salté, sobrecogida por la más que extraña petición de mi esposo.

—Me estaba preguntando a qué me dedicaba en Japón, y al enterarse me ha pedido que por favor te acepte como alumna. Aunque quiere que sea un secreto. No sabe cómo puede reaccionar el pueblo ni, sobre todo, cómo puede sentarte a ti la forma en que reaccionen.

—Soy más fuerte de lo que aparento —aseguré.

—Eso le he dicho yo, pero él no ve más allá de tus temblores y miradas asustadas. —En ese momento bajó la mirada del oscuro firmamento hacia mí—. Le he dicho que por mí no hay problema. ¿Querrías aprender? El kárate es un deporte japonés, y no sé hasta qué nivel es conocido aquí, pero sirve para recuperar la paz, la armonía y el equilibrio en uno mismo a la vez que te enseña a defenderte. Sabrás golpear con brazos y piernas, tirar a tu adversario, pero también exige sacrificio y tiempo. Si estás interesada, mañana te espero en mi casa a las seis de la tarde. Mi madre Koyuki estará siempre presente como forma de asegurar tu…

—No hace falta que esté; confío en ti y en tu familia. Plenamente.

—Lo sé. —Jun esbozó una sonrisa, lo que le hizo parecer más joven—. Pero sé cómo son los pueblos. Lo hago sólo por proteger tu reputación. Piénsalo. Si empiezas, no puedes abandonar a la mitad. Yo no enseño a cualquiera: me gusta pensar que elijo a mis alumnos con sabiduría. Si veo fuego en ellos. Y tú lo tienes.

Su voz me calmaba y apaciguaba. Descubrí que podría estar toda la noche escuchándolo. Sería como una mano cálida sobre una herida, sanándola. O como aceite caliente que se derramaba, envolviéndote en él. Reflexioné durante varios minutos. Quería defenderme, quería ser fuerte y, por encima de todo, quería volver a ser la mujer de antes. Y si para ello tenía que practicar aquel dichoso deporte, por Dios que lo haría.

—Allí estaré —le prometí, mirándolo a la cara.

—Linda: Koyuki y Eiji ya se van. —La voz de mi marido me hizo romper el contacto visual con Jun.

—Por supuesto —dije volviéndome y recibiendo la cálida sonrisa de ambos. Cogí las manos de Koyuki e incliné la cabeza con total gratitud, una vez más rodeada por su intenso aroma a lavanda—. Gracias por venir.

Me despedí también de Eiji y de Jun y los vi marcharse sintiendo un enorme agradecimiento hacia ellos.

Manolo estaba a mi espalda, con una mano posada en mi hombro con calidez. Entramos en casa y recogí la mesa y fregué los platos mientras él se ponía el pijama. Alargué todo lo que pude y más las tareas, hasta que no tuve más remedio que dirigirme a la habitación con pies pesados. Encontré a Manolo sentado en el colchón, con la espalda curvada y el ceño fruncido.

—¿Te has enfadado?

—¿Yo? Para nada.

—Entonces supongo que no te ha parecido mal la idea de que le haya pedido a Jun que entrenes con él.

—Todo lo contrario —respondí sincera, abrazándome a mí misma.

Manolo se levantó y se acercó a mí. Cerré los ojos cuando posó su mano en mi rostro y acarició mis labios con su pulgar. Su respiración era lenta.

—Admito que se me está haciendo cuesta arriba. Ya casi no recuerdo lo que es tocar a mi mujer.

Parpadeé por las lágrimas que se acumulaban en mis ojos, llena de culpabilidad y de dolor.

—Lo siento.

—¿No me deseas? ¿Nada?

—No deseo nada, Manolo —admití—. Mi cuerpo está dormido, si no muerto.

—Déjame intentarlo… —Manolo cogió aire y negó con la cabeza—. Déjame besarte y acariciarte, Linda. Sólo eso. Puedo esperar, pero… echo de menos a mi mujer.

La desesperación en su voz no hizo más que inquietarme. Ansiaba echarme hacia atrás, correr y encerrarme en el baño. Admiraba y agradecía la paciencia de mi marido, pero no había terminado de sanarme. Superficialmente podía parecer que estaba curada, pero en mi interior seguía habiendo heridas que necesitaban cicatrizar. El sexo estaba lejos de mi mente. Incluso una parte culpable de mí deseaba dormir a solas, sin sentir su calidez.

Sola. Para poder llorar y desahogar mis penas sin tener que decirle a Manolo que no me dolía nada, que sólo expulsaba de mí la congoja y la pena a través del llanto.

Manolo posó sus labios sobre los míos. Lo que una vez provocó deseo y calor ahora era frío y cenizas. ¿Acaso sería incapaz de volver a disfrutar de mi esposo y de sus caricias?, me pregunté, apretando los ojos con fuerza mientras él me besaba. Recordé las palabras de mi madre una semana antes de su muerte: era afortunada de tener a un hombre como Manolo, y debía cuidarlo.

Una voz en mi cabeza me gritaba que parara, que aquél no era el camino que debía seguir. Otra voz decía que accediera, que mi matrimonio estaba a punto de resquebrajarse.

Me puso una mano en la cintura y subió hacia arriba para acariciarme un pecho.

Comencé a temblar.

Manolo debió de notarlo, porque se alejó soltando una maldición.

—Lo siento… —murmuré.

Él me miró con angustia y asintió. Lo miré marcharse de la habitación más enfadado consigo mismo que conmigo. Supe que habría un antes y un después entre nosotros, que nada volvería a ser lo mismo.

Me era fácil fingir que era una perfecta esposa delante de los demás, una esposa que cumplía con sus obligaciones. En cambio, cuando el telón se cerraba… todo

cambiaba. La oscuridad me atrapaba y los hechos me sobrepasaban, ahogándome en agrios recuerdos que vertían sal en mis heridas».

Al terminar de leer, tenía sentimientos encontrados. Estaba siendo espectadora de lo que iba a ser la inminente ruptura o el distanciamiento de mis abuelos. Linda necesitaba estar sola y poner en orden sus pensamientos, mientras que Manolo veía cómo su esposa se alejaba de él y no podía hacer nada por ayudarla. Mi abuelo había sido en sus últimos años un hombre callado, pero bruto al hablar. Yo no había establecido muy buena relación con él, y mis recuerdos eran de él postrado en la cama, víctima del alzhéimer, preguntando siempre lo mismo y ubicado en un tiempo que no pertenecía ni al presente ni al pasado.

Linda lo había cuidado y mimado hasta su muerte, pero más como una amiga o hermana que como su esposa.

Suspirando, me permití leer un poco más. La siguiente entrada comenzaba un mes más tarde, en abril.

«Me habría gustado describir en su momento cómo fue esa primera clase con Jun y lo importante que había sido para mí, marcando un nuevo punto de inflexión en mi vida. Pero el cansancio, junto con las agujetas y llevar la casa, me lo impidieron. Mi cuerpo se ha fortalecido, mis pies se agarran al suelo con mayor estabilidad y mis brazos se mueven con elegancia y con fuerza. Jun ha conseguido meterme en una especie de espiral donde siento todo lo que me rodea: el viento acariciando mi rostro y mi cuello cuando entrenamos en el exterior, o el intenso calor que despide mi cuerpo cuando acabamos. Incluso oír los latidos de mi corazón me ha hecho despertar y percibir la vida que corre por mis venas.

Jun me ha proporcionado una especie de indumentaria que, con total seguridad, el pueblo tacharía de impropio para una mujer. Pero con ella puedo hacer movimientos amplios y preciosos. En esos momentos en que estoy más cansada y al límite de mis fuerzas es cuando cobro mayor conciencia de mi cuerpo y expulso una parte de mi dolor, gritando al dar un golpe con el que suelto toda la energía de mi interior.

Jun no sólo me ha ayudado a mejorar mi cuerpo, sino también mi mente. Las pesadillas en las que volvían a violarme ya no aparecen, y si lo hacen, me levanto de la cama y ejecuto movimientos para expulsarlas de mí, volviendo al momento presente y no al pasado.

La relación con mi marido no es la misma. La cuenta atrás ha comenzado y yo anhelo algo que nunca he poseído: mi independencia y mi libertad. En mi interior

se libra una intensa batalla entre mi deber y mi deseo. Tengo que permanecer al lado de Manolo y tener hijos, pero una recóndita parte de mí desea continuar así, aunque sé que no es posible.

Después de esa vez en que volví a rechazar a Manolo, él dejó de acercarse y empezó a salir por las noches. Carmen me ha contado que se queda en el bar de la esquina con unos compañeros, ahogando su rabia y su frustración en la cerveza. Ni una sola vez se le ha visto con una mujer.

Yo tengo que responder a tal respeto, pero alargo innecesariamente el tiempo para que no llegue ese momento.

Una tarde me dirigía hacia la casa de Jun con expectación y con ganas. Es la única parte del día que disfruto: entrenar. Cada vez que limpio o cocino, me imagino qué habrá preparado Jun para la clase.

Hasta ese día, siempre había estado presente Koyuki, observándonos y ofreciéndonos agua, sobre todo a mí. Su hijo tiene una resistencia digna de ser elogiada. Yo, en cambio, sudo a los diez minutos de comenzar.

Aquel día Jun me esperaba en la puerta, solo. Al verme, esbozó una sonrisa y se echó a un lado para dejarme pasar.

—Linda.

—Sensei —dije, haciendo una pequeña inclinación.

Al pasar por su lado, volví a captar el olor a limpio de su ropa de entrenamiento. Algodón. Sentí que me ofrecía paz, un puerto donde descansar y alejarme del mundo. Dejé los zapatos en la entrada y lo seguí al interior de la casa. Siempre que hacíamos algún ejercicio en pareja entrábamos, pues el tatami era una superficie blanda donde caer cada vez que Jun me tiraba. O yo a él.

Después del saludo del principio del entrenamiento y de calentar, con los músculos listos para el ejercicio, Jun me enseñó algunos movimientos de katas superiores en los que se tiraba al rival. Me explicó que, desde su punto de vista, otras artes marciales, como el judo, enriquecen al kárate.

—Hazlo.

Asintiendo, me coloqué frente a él, lo bastante cerca como para poder ver su frente perlada por el sudor. Sus ojos oscuros me observaban, evaluando mis movimientos. Coloqué las manos sobre la parte superior de su ropa y lo agarré a la altura del pecho. Moví las piernas de forma que, al desplazarlo hacia la izquierda, él perdiese el equilibrio y cayera, ya que mi pierna estaba allí preparada, para impedirle recuperar la estabilidad.

Mi sorpresa fue cuando yo caí con él, incapaz de aguantar mi peso y el suyo, o quizá mi base no había sido lo bastante estable. Cerré los ojos ante el inminente golpe, pero este no llegó. Jun evitó que mi cabeza golpeara contra el tatami al moverme con rapidez y colocarme sobre él.

Pude notar cada músculo de su cuerpo, duro y firme, pegado al mío; desprendía mucho calor.

Un calor acogedor y… electrizante.

Levanté la cabeza con lentitud y vi el rostro de Jun justo debajo del mío, a apenas unos centímetros de distancia. Podía incluso sentir su respiración y el movimiento de su pecho debajo, menos enloquecido que el mío. Los últimos rayos del atardecer entraron por la ventana y dieron sobre su atractivo rostro, mostrándome toda una gama de colores vivos y cálidos en sus ojos castaños.

Un intenso rubor inundó mis mejillas. Quise reincorporarme con rapidez, desconcertada por las reacciones de mi cuerpo. ¿Por qué tenía la respiración tan pesada? ¿Qué me había atraído tanto de su mirada como para ponerme a contar las diferentes tonalidades de marrón de sus iris? ¿Y por qué mi cuerpo se había amoldado al suyo con aquella facilidad, como si ya hubiésemos yacido antes juntos?

Asustada, puse las manos sobre sus hombros para levantarme, moviendo la parte superior de su karategi y exponiendo parte de su pecho. Tragué saliva mientras era víctima de sensaciones y reacciones totalmente desconocidas para mí. Algo palpitó en la parte inferior de mi cuerpo.

Apuesto. Jun era muy…

Tragué saliva e interrumpí mis pensamientos, mientras me incorporaba con torpeza.

—Lo siento —susurré, haciendo una pequeña inclinación—. He calculado mal.

Era incapaz de aguantar su mirada. Él asintió.

—Otra vez.

Koyuki llegó en ese momento y entró en la habitación esbozando una pequeña sonrisa. Se sentó de rodillas en el suelo, sobre un suave y mullido cojín. El resto del entrenamiento transcurrió con normalidad. Hice varias veces el movimiento hasta que lo dominé. Jun también, aunque a él le salía perfecto y conseguía tirarme con facilidad. Al terminar, volvimos a hacer el saludo, o más bien la despedida, y me cambié de ropa en el baño, que ya conocía bien.

La mirada de Jun, clavada en mi espalda, me quemaba.

Me encerré en el baño y oí la conversación en voz baja entre Jun y su madre; no entendía nada. Me miré en el espejo. Tenía la cara muy roja y húmeda de sudor a causa del entrenamiento. Pero había algo más: sentía un cosquilleo en el cuerpo. Desde las yemas de los dedos, pasando por la espalda, hasta los pies. Me notaba la piel erizada y sentía los pechos pesados, además de que tragaba saliva con dificultad. ¿Qué me pasaba?

En mi mente volvió a formarse la imagen de Jun. Debajo de mí. Una pequeña porción de su pecho descubierto.

Salí del baño y los dos seguían charlando amistosamente. Había más que suficiente confianza entre nosotros, por lo que Koyuki me dio un abrazo.

—Creo que huelo fatal.

—No importa —dijo ella, con su escaso español—. Hoy no pude estar al

principio: papeles y papeles. ¿Todo bien?

—Genial —admití, mordiéndome el labio inferior—. Tener a Jun como sensei es todo un honor —añadí, mirándolo por primera vez a los ojos desde que había caído encima de él.

—Y tenerte a ti como alumna también —respondió Jun.

—La esposa de Jun viene en un mes —dijo Koyuki, captando mi atención—. Sus padres han muerto. Ya puede venir.

—Vaya, eso es genial.

Porque lo era, ¿verdad? Me pregunté si afectaría a mis clases, si ella sería contraria. Me entró pánico. No podía ni replantearme no volver a practicar el deporte que me había liberado y entregado el mayor regalo de todos: la seguridad.

Mi rostro debió de reflejar lo que sentía, porque Koyuki me cogió las manos.

—No tienes que preocuparte de nada: ella está al tanto y acostumbrada. Jun es profesor en Japón.

Suspiré aliviada. Le apreté las manos con calidez.

—Gracias. Esto para mí es muy importante —dije mirando de nuevo a Jun.

—Nada cambiará —me garantizó él.

Recuerdo haber regresado a casa aliviada, pues la futura presencia de la mujer de Jun no cambiaría nada, pero también con desconcierto. ¿Qué me había pasado al tirar a Jun y, como consecuencia, caerme yo también? Sentir el cuerpo masculino debajo del mío y todos aquellos músculos tersos y fuertes y ver una porción de su pálida piel desprovista de vello había encendido algo en mí. Algo que yo pensaba que estaba muerto desde tiempo atrás.

Volver a sentir el deseo fluir por mis venas me había hecho ser consciente de que mi antiguo yo todavía estaba vivo. Y que podía volver a ansiar sentir un cuerpo masculino sobre el mío, sin telarañas de por medio que me impidieran disfrutar.

Recordé su rostro, tan cerca del mío. Sus rasgados ojos oscuros, su nariz recta y sus labios. Su frente perlada de sudor, su olor embriagándome en el cálido e inesperado abrazo de su cuerpo.

Una vez llegué a mi casa, me fui directa al baño tras saludar a Manolo. Cerré la puerta, me desnudé y me observé en el espejo. Miré mis pechos llenos y las cumbres rosadas que los adornaban. Me los cubrí con las manos, volviendo a relacionarme con mi cuerpo tanto tiempo olvidado.

Mi piel se erizó.

Deslicé una mano por mi vientre hasta llegar a mi pubis. Titubeé. ¿No debería sentir remordimientos? ¿No debería aceptar la culpa, pues el objeto de mi deseo no era mi marido? Pero rechazaba que esos sentimientos negativos volviesen a tener cabida en mí: estaba explorando un nuevo camino, como una adolescente que por primera vez acaricia su cuerpo en busca de puntos que le proporcionen placer. Mi sexualidad había renacido, resurgido de las cenizas, más palpable y presente que nunca.

Y sin saber lo que todo aquello significaba, me acabé adentrando en el principio del fin. Un fin donde conocería el deseo en su máximo apogeo y haría que volviese a enamorarme de otra persona, pero también de mí misma».

Terminé de leer de nuevo con los sentimientos a flor de piel, incapaz de separarme del diario. Me notaba la garganta seca y un intenso calor hormigueaba en la palma de mis manos, como si hubiese sido yo quien estuviese en aquella clase y hubiera acabado sobre el esbelto cuerpo de Jun, aunque en todo momento me había imaginado a otra persona: Colton. La escena había sido corta y preciosa, pero me había resultado erótica en un sentido inocente y poético. Después de semanas sin sentir su cuerpo, Linda comenzaba a tener constancia de él.

Acababa de leer el que sería el inicio de la aventura que mi abuela Linda tuvo con Jun.

No pude evitar recordar el beso entre Colton y yo. Él había dado el primer paso con un beso electrizante pero casto, para luego tomar mi boca con la suya, hasta terminar por pegarme a él.

Un intenso calor se apoderó de mi cuerpo, hasta hacerme abrir la ventana para recibir la fresca brisa nocturna como agua bendita. Habría mentido si no hubiese admitido las ganas que tenía de volver a ver a Colton, de besarlo y acariciar su cuerpo para memorizar cada centímetro de él.

Me fui a dormir, no sin antes preguntarme si yo también despertaba en él deseo y fuego… y ganas de consumirse en las abrasadoras llamas que sentía.



9

La mañana del jueves acabó siendo más agotadora de lo que había pensado en un primer momento. Mi padre me llamó a las nueve para comunicarme que Dolores quería que comenzara a trabajar aquella misma mañana, sin prueba. Así que, después de maquillarme un poco para ocultar las ojeras tras no haber podido pegar ojo la noche anterior y recogerme el pelo, me puse ropa oscura y desayuné lo primero que encontré en la cocina.

Cogí el coche, seguí las indicaciones que mi padre me había mandado al móvil y aparqué unas calles más allá de la peluquería. Me fue imposible encontrar un sitio más cercano.

A medida que caminaba hacia la peluquería, pude verla desde lejos. No parecía tan grande como la de Fátima. La dueña me esperaba en la puerta. Mi padre me había comentado que no me costaría nada reconocerla, que sabría quién era. Y así fue: una mujer de unos sesenta y tantos años, con el pelo azul y unos enormes ojos verdes vino hacia mí con una gran sonrisa.

Me rodeó con sus brazos.

—Tú debes de ser Sofía. No te acordarás de mí, pero te di el pésame cuando falleció Linda. Pasa, pasa. Dentro de cinco minutos va a llegar tu primera clienta. Quiero que sepas que me encanta que estés aquí. Fátima ya está notando las bajas de clientas por haberte despedido. —Se acercó a mi oreja—. Nadie, y repito, nadie cree que hayas sido tú, sino Lucía. Esa chica siempre anda metiéndose en líos.

Al entrar, vi que el local era bastante parecido al de Fátima, pero la mitad de

grande. La decoración era más exquisita y elegante, y lo hacía parecer un sitio íntimo y de relajación.

Una chica de unos treinta años le cortaba el pelo a una adolescente. Era muy alta, y me fijé en que llevaba un aparato pequeño en la oreja y en que le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda. Se había recogido el pelo, teñido de rojo, en un moño, aunque varios mechones le salían disparados en tirabuzones.

Al verme, dejó las tijeras a un lado y me dio dos besos.

—¡Tú debes de ser mi nueva compañera! Yo soy Maribel; bienvenida. Estoy encantada de que trabajes en la peluquería de mi madre. He oído hablar muchísimo de ti.

Animada por la calidez que me ofrecían ambas mujeres, no pude menos que sonreír.

—Gracias por la oportunidad. No os arrepentiréis.

—Lo sabemos —dijo Dolores—. He hablado con tu padre y creo que las condiciones son más que favorables para ti. ¡Oh, mira! Ahí viene Dorotea. Cuando acabes con ella, ven a mi despacho.

Dorotea era una de las clientas que había atendido en la peluquería de Fátima. Sus ojos claros brillaron de felicidad al verme. Llevaba un vestido floral a juego con sus uñas. Extendió los regordetes brazos y me acunó entre ellos como si fuese una niña.

—¡Sofía! Qué feliz estoy de que vuelvas a trabajar. Fátima fue muy injusta contigo. Nada ha vuelto a ser lo mismo desde que te fuiste. Le juré y perjuré que tú no tenías nada que ver con la desaparición de mis pendientes y mi collar. —El corazón se me aceleró al recordar mi desagradable encuentro con Fátima. El último que habíamos tenido—. Pero ella no atiende a razones. Eso sí, vuelve a tener la misma poca cantidad de clientes. Le han bajado muchísimo. Yo me he encargado de hacer saber que trabajas aquí.

—Gracias, Dorotea. Yo nunca le he robado a nadie. Fue… bastante desagradable cómo acabó todo.

—Eso ya es agua pasada —dijo, moviendo sus dedos llenos de anillos—. No he vuelto a la peluquería desde que te fuiste. ¿Ves qué color tan bonito? No quiero que nadie me lo toque, sólo tú.

Me puse manos a la obra con la cabeza de Dorotea, hablando animadamente con ella y con Maribel. Al contrario de lo que había sucedido en la otra peluquería, allí me encontraba relajada y en paz. Dolores daba alguna vuelta y observaba cómo trabajábamos, elogiándonos a ambas más de una vez. Maribel

era muy buena a la hora de cortar. Nunca había visto tal perfección.

Al terminar, Dorotea me dejó una buena propia y se fue tan contenta con sus raíces tapadas y unos reflejos muy naturales en el pelo.

Me dirigí hacia el despacho, donde Dolores y yo hablamos de las condiciones de trabajo. Me ofrecía un buen sueldo comparado con el número de horas que tenía que trabajar, y accedió a que las tardes que tuviese que pasar allí no me coincidieran con las clases de kárate. La flexibilidad que mostraba a la hora de negociar me dejaba ver realmente sus ganas de contratarme. Mi sueldo no era tan alto como con Fátima, pero sí acorde al tiempo que pasaría allí.

Después de resolver el papeleo, terminé la jornada sobre las tres y media. Por mis manos pasaron varias adolescentes y mujeres de mediana edad que ansiaban cambiar el estilo de su melena. Todas se fueron bastante satisfechas con el resultado.

Estaba barriendo el suelo para recoger los restos de pelo de la última clienta cuando Maribel me llamó.

—Vete, que ya has trabajado mucho. —Me guiñó un ojo—. Nos vemos luego a las cinco.

Mientras recogía mis cosas, miré con rapidez los mensajes que tenía. Al ver una llamada perdida de mi madre, decidí devolvérsela. Hacía varios días desde nuestra última conversación.

—¡Sofía! Por fin. Desde que estás en ese pueblo no hay quien te pille.

—Hola, mamá —dije con una sonrisa, sabiendo que tenía razón—. Pues le estoy cogiendo cariño al pueblo —admití—. Estaba trabajando. Me han contratado en una nueva peluquería.

—¡Pero eso es genial, cariño! ¡Enhorabuena! —casi gritó, haciendo que tuviese que separarme el móvil de la oreja—. ¿Todo bien entonces?

—Bueno, al contrario de lo que pensaba en un primer momento, algunos creen en mi inocencia, así que supongo que podría ser peor.

—Si te sientes superada por la situación, vuelve, cariño. Ya sabes…

—No quiero, mamá. Estoy a gusto. Quiero quedarme —la interrumpí con rotundidad, sabiendo hacia dónde quería llevar la conversación.

—Está bien, termina de disfrutar de esas vacaciones. ¿Se porta bien tu padre?

—Bastante —admití—. Él y sus amigos se han encargado de hacer mi estancia más amena.

—¿Te refieres a esa familia japonesa con la que tiene tanta relación? He oído

algo de ellos.

—Yoshio me invitó a cenar en su restaurante, sin nadie más. Creo que lo hizo para animarme, después de mi más que injusto despido. —Solté con cierta acidez las últimas palabras.

—Tranquila, cariño: todo se pondrá en su sitio a su debido tiempo. ¿Has conocido a algún chico?

—¡Mamá!

Hablar con mi madre de esos temas me inquietaba a la par que me agobiaba. A veces me trataba como a una amiga, hablándome de ciertos temas que prefería no saber. Se lo había dicho más de una vez, pero ella insistía. Me consideraba una persona bastante celosa de mi vida privada, sobre todo en los asuntos relacionados con hombres y sexo.

—¡¿Qué?! Has estado tan ocupada que estoy segura de que tiene que haber algún hombre. ¿Es guapo?

—Ni siquiera te he confirmado que salga con uno —dije con cierta timidez, acordándome de Colton. Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en él con tanto trabajo.

—El tono de tu voz te delata, bonita —dijo pensativa—. ¿No quieres hablar de ello?

—Es que no hay nada de lo que hablar —mentí, intentando salir del embrollo en el que me había metido—. Estoy haciendo amigas. Nuevas amigas.

—Eso es bueno. ¿Irán tus amigas de aquí a verte pronto a Sevilla?

—No lo sé, le debo una llamada a Eli —admití. Mi estómago gruñó con ímpetu, recordándome que hacía horas que no comía nada—. Mamá, tengo que dejarte. Acabo de salir de trabajar y estoy muerta de hambre.

Conseguí cortar la llamada y salir de la peluquería. Fuera me esperaba María. Me sorprendió gratamente verla, con sus gafas de sol y el pelo recogido en una trenza. Nos fundimos en un cálido abrazo.

—¡María! Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Digamos que me he enterado de que has empezado a trabajar, y, bueno, quería proponerte que comiéramos juntas. ¿Qué te parece? Hoy apenas teníamos clientas y he querido esperarte.

—Claro —dije con alegría, aunque sorprendida—. ¿Cómo te has enterado? Nadie lo sabía.

Justo cuando acabé la frase, recordé las palabras de Dorotea. Ella se había

encargado de hacer llegar a buenos oídos la noticia de mi nuevo trabajo.

—En este pueblo es imposible tener secretos, Sofía: hay ojos por todas partes. —Enlazó su brazo con el mío—. Puedes ocultarlos, pero nunca esconderlos para siempre. ¿Vamos? He visto un bar de tapas que tiene buena pinta.

Nos dirigimos hacia ese bar, enfrascadas en una amigable y entretenida conversación. Durante el camino, y debido al intenso calor veraniego, no tardé en comenzar a sudar, y notaba las gotitas deslizándose por el canal entre mis pechos y por mi espalda. Mi nuca y mi frente no corrían mejor suerte, pensé al sentirlas húmedas.

Cuando llegamos, dejé escapar un suspiro. Mirara donde mirase, no había un hueco libre. Tras esperar y conseguir una mesa, un camarero nos tomó nota de las bebidas y las tapas que pediríamos. Cuando pude darle el primer trago a mi cerveza, solté un gemido de placer al notar el líquido que se deslizaba por mi ardiente garganta, refrescándome.

—Esto es vida —murmuré.

—Efectivamente. ¿Qué tal tu primer día?

—No me puedo quejar, han sido muy amables conmigo. Ellas me creen, y es fácil trabajar con personas que te aprecian, o al menos que no piensan que eres una ladrona.

—Tuvo que ser horrible, ¿verdad? —preguntó María, observándome con tristeza—. Aguantar acusaciones y perder el trabajo. No me habría gustado estar en tu piel.

—No te lo puedes ni imaginar. —Di otro trago a mi bebida, intentando alejar las sensaciones que me causaba ese recuerdo—. Pero me gusta dónde estoy ahora.

—Fátima ha instalado cámaras en la peluquería, ¿te lo puedes creer? Lucía y yo estamos bastante molestas. Yo sigo creyendo que las clientas perdieron las joyas al salir de sus casas y simplemente buscaron un blanco fácil sobre el que arrojar la culpa.

Me encogí de hombros, mientras observaba la cantidad de personas que comían en aquel bar. En su gran mayoría eran de nuestra edad. Los buenos precios del restaurante aseguraban una clase de clientes que, por no mucho dinero, tenían acceso a una gran cantidad de comida con la que llenar sus estómagos. Las paredes estaban repletas de fotografías antiguas y plantas que le daban al local un aspecto informal pero acogedor.

—¿Qué tal el kárate? —preguntó María, cambiando de tema.

La miré con rapidez y parpadeé varias veces. Sus oscuros ojos estaban llenos de curiosidad.

—Bastante bien.

—¿Y qué te parece Pablo?

—¿De qué lo conoces? —pregunté extrañada, sin saber hacia dónde quería llevar la conversación.

—Digamos que un pajarito…

—Lucía —la corté con voz agria.

—… me ha dicho que está interesado en ti, pero que no sabe cómo dar el primer paso.

—María, Pablo es mi compañero —dije con rotundidad. No quería dejar lugar para las dudas—. No quiero nada con él.

—Es guapo.

—Me da igual, no estoy interesada —repliqué, encogiéndome de hombros —. ¿A qué viene esto? No entiendo muy bien adónde quieres ir a parar.

—¿Estás saliendo con alguien?

Estuve a punto de que se me cayese la cerveza sobre la mesa ante su pregunta. Comencé a recordar lo que había pasado con Colton: en su mayor parte, todo había ocurrido en el interior del piso, excepto el beso de despedida. ¿Nos habría visto alguien? Todavía no había pensado qué pasaría, o cómo reaccionaría mi padre en caso de enterarse. Simplemente me había dejado llevar, disfrutando de todas las sensaciones que Colton me causaba.

—¿Vas a decirme por qué me haces tantas preguntas?

María suspiró derrotada.

—El otro día Pablo se pasó por la peluquería, pensando que seguías trabajando allí. Habló con Lucía, pero yo estaba cerca y pude enterarme de la conversación.

—Pues a buena persona le ha preguntado —dije con ironía, poniendo los ojos en blanco—. Lucía y yo ni siquiera nos hablamos.

—Eso mismo le dijo ella, que no pudo responder a ninguna de sus preguntas.

—¿Qué preguntas le hizo? —pregunté extrañada.

—Si salías con alguien, qué lugares frecuentabas… Lucía y él son amigos desde preescolar. Tiene confianza con ella.

—Pues si te pregunta algo a ti, invéntate lo que quieras. No voy a salir con él.

—Está bien, está bien, olvídalo. —María alzó las manos en señal de paz, lo que me arrancó una carcajada—. Oye, voy a dar una pequeña fiesta este sábado, ¿te apuntas? No va a venir mucha gente, pero creo que es una buena forma de que te integres con los del pueblo que tienen tu misma edad. Vendrán Pablo, Lucía, Ami… Habrá comida, bebida, algo de música…, nada excesivo.

El hecho de que Lucía y ahora Pablo fuesen a estar presentes no me hacía la menor gracia. Al parecer, no me había equivocado a la hora de interpretar la forma en que él intentaba aproximarse a mí. Pero con Ami no tenía mala relación, pensé. Además, no me vendría mal ampliar mi círculo social, si todavía me quedaba más de un mes de estar en el pueblo. De repente, tuve una idea que haría que el encuentro no fuese tan desagradable o poco atractivo para mí.

—¿Podría invitar a Maribel? Es mi nueva compañera de trabajo.

—Por supuesto. Entonces, ¿cuento contigo?

—Sí —dije con una sonrisa, al ver llegar al camarero con nuestra comida.

El resto de la tarde discurrió con relativa tranquilidad. Mi antigua compañera de trabajo me puso al día sobre Lucía y Fátima, sin olvidar a su novio. Yo la escuchaba, aunque me costaba fingir interés respecto a lo que tenía que ver con mi antiguo trabajo. Había pasado página, y ella acabó entendiéndolo y cambiando de conversación.

Después de despedirme de María, volví al trabajo para terminar mi jornada. Maribel y su madre me iban hablando, mientras yo me encargaba de una clienta. Al parecer, Dolores siempre había trabajado para salones de bellezas de otras personas, pero había deseado crear el suyo propio. Su hija y ella habían invertido todo su dinero en aquel negocio. En una de las paredes del tocador había una foto del difunto marido de Dolores, sonriente. Tras observarlo varios segundos, pude encontrar varias similitudes con Maribel.

Terminé alrededor de las nueve de la noche, con una clienta que había pedido reiteradas veces que la atendiésemos aquella tarde. Maribel se encargó del corte y yo del color. El resultado fue bastante satisfactorio, y disfruté de poder trabajar con una mujer con tanta alegría y positividad como ella.

Me despedí de Dolores y de su hija una vez hube acabado y, al salir, gruñí al ver que no corría ni la más leve brisa que aliviara el calor que sentía. Había estado tan cómoda trabajando con el aire acondicionado que la temperatura de la calle me resultaba sofocante.

Arrastré los pies hasta donde tenía el coche aparcado, sin dejar de maldecir en voz baja el insufrible calor sevillano, y emprendí el camino de vuelta a casa con la radio encendida.

Después de haber estado toda la tarde sin pensar en él, la imagen de Colton volvió a mi mente. Sonreí sin querer al recordar que al día siguiente cenaríamos juntos. A solas. Ansiaba conocerlo en profundidad, resolver todas las dudas que había en mi cabeza y volver a tocarlo. Piel contra piel, sus dedos frotando los míos mientras acortaba la distancia hasta besarme. La química que había entre ambos era palpable, imposible de negar y, aun así, no podía evitar pensar qué sucedería.

Llegué a casa con un agujero en el estómago que exigía a gritos ser llenado con abundante comida. Abrí la puerta a toda prisa, deseando darme una ducha y acabar el día.

—¡Ya estoy en casa, papá! —grité con efusividad, dejando las llaves en el mueble.

Unas risas masculinas me hicieron frenarme.

—¡Estamos en el salón, Sofía!

Oh, oh… ¿Quién estaba en el salón?, me pregunté, mientras me dirigía hacia allí, notando las mariposas que comenzaban a revolotear en la boca de mi estómago. El corazón se me aceleró al ver a Colton, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones chinos que llevaba, riéndose de algo que mi padre o Yoshio debían de haber soltado antes de mi llegada. Su rostro atractivo se veía más joven cuando sonreía, pensé observándolo. Se había engominado el pelo hacia atrás, lo que destacaba sus armoniosos rasgos.

Volví a responder ante su olor y su presencia, y noté un calor húmedo y pegajoso en la zona inferior del cuerpo. Apreté los muslos y me apoyé en la pared, cruzando los brazos sobre el pecho. Pensé en que podría pasar horas y horas mirándolo y no me cansaría de admirar el aura de perfección que lo rodeaba.

—¡Sofía! ¿Qué tal tu día?

La voz de mi padre me alejó de mis pensamientos y aparté la mirada justo cuando Colton se volvía hacia mí.

Me sorprendí cuando mi padre me rodeó con sus brazos y me apretó contra su pecho. Disfruté de la familiaridad y la acogida que me ofrecía.

—Genial, estoy encantada —dije, después de separarnos—. Dolores y Maribel son muy buenas conmigo y el horario es flexible; no puedo pedir más.

Hola, Yoshio —añadí con alegría, al verlo sentado en el sofá.

Él me respondió con un gesto cálido. Luego me volví hacia Colton. Algo parecido a la complicidad apareció en su mirada, provocando un espasmo en mi pecho.

—Colton.

—Me alegra saber que te ha ido bien, Sofía —respondió, inclinando de forma casi imperceptible la cabeza. Su voz fue como una suave caricia que me relajó—. Te lo mereces.

—¿Con quién has comido hoy? No me has respondido a los mensajes.

—Con María, papá. Ha venido a verme.

—Mmm… Te iba a proponer que comiéramos juntos. Otra vez será. —Se encogió de hombros—. Tómate algo con nosotros.

—Me iba a duchar…

—Toma. —Mi padre me lanzó una de las latas de bebida que había encima de la pequeña mesa. La atrapé en el aire, dejando que mi bolso cayera al suelo. Alcé una ceja. Él se rio—. Vamos, Sofía, llevas todo el día fuera. Luego te duchas.

Accedí y abrí la lata sin mirar qué era. Al probarla, fruncí el ceño.

—Esto es sangría.

—¿No te gusta? —preguntó Colton, sentándose en el sofá.

—No está mal, pero esperaba otra cosa. —Sonreí, dispuesta a soltar una broma que le hiciera recordar lo que había pasado el día anterior—. Soy más de sake.

Tanto mi padre como Yoshio se rieron a carcajadas. Colton intentó ocultar la sonrisa, pero le fue imposible. La forma en que me miró apenas un par de segundos, antes de que los otros dos se diesen cuenta, me derritió. Me moví con incomodidad, mordiéndome el labio. Deseaba con todas mis fuerzas ir hacia él, besarlo y embriagarme de su sabor.

Una pequeña pulsación entre mis piernas me hizo saber cuánto me afectaba, hasta dónde podía llegar a alterar mi cuerpo.

—Quizá acabes saliendo con Isamu —bromeó mi padre, borrando de mi rostro todo rastro de diversión.

—No.

—Era una broma, cariño. ¿Te espera alguien en Huelva?

—¿Qué? Oh, papá, vamos… Primero mamá y ahora tú… —Dejé la sangría sobre la mesa, poniendo los ojos en blanco—. Isamu es demasiado joven. Voy

a ducharme.

—Tiene tu edad —respondió mi padre—. Y si huyes, por algo será. ¿Estás saliendo con alguien del pueblo y no quieres que me entere?

—Sigue siendo demasiado joven para mí. Los prefiero mayores. Y huyo porque la sangría está malísima; ¿dónde demonios la has comprado?

—Hoy caducaban, así que…

Cuando fui a responder, alguien se me adelantó.

—A tu abuela tampoco le gustaba la sangría —comentó Yoshio con nostalgia—. Te pareces mucho a ella.

Un silencio lleno de tristeza inundó el salón, hasta que Colton se atrevió a romperlo levantándose del sillón.

—Tenemos que irnos; ya es tarde.

—No os vayáis tan pronto —me adelanté, dando un paso hacia él. Me negaba a pensar que ese día sólo iba a ver a Colton diez minutos—. ¿Por qué no os quedáis a cenar? Puedo preparar algo…

—Hoy cenan con Ami, Isamu y otros japoneses; se juntan cada cierto tiempo —explicó mi padre levantándose también—. Ya se quedarán otro día.

—Oh, vaya —dije, incapaz de ocultar mi decepción.

Los acompañé al coche junto con mi padre, pensando por qué había tenido la mala suerte de llegar tan tarde del trabajo. Mientras mi padre bromeaba con Yoshio, asomado a la ventanilla del copiloto, yo permanecía a una distancia prudencial de Colton. Él me miraba fijamente, con una sensual mueca en los labios. Era imposible no sucumbir a su buen humor, y acabé por morderme el labio en un intento de ocultar lo fácil que le resultaba llevarme a su terreno.

—¿Te veo mañana? —susurró con un deje ronco. El vello de la nuca se me erizó.

—Sí. ¿Dónde?

—Te lo diré después de la clase.

—Vale. Disfruta de la cena —dije, ya en un tono de voz normal, aparentando que simplemente me despedía de él con amabilidad cuando en realidad deseaba meterme por la ventanilla y robarle un beso. O dos.

Él sonrió, mostrando una vez más esa faceta seductora suya tan imprevista. Colton era así. No intentaba seducirme, era yo la que me dejaba llevar por cada palabra o gesto que hacía, encontrándolos arrebatadoramente atractivos.

—Tengo ganas de verte otra vez.

Sorprendida por sus palabras, pues rara vez expresaba sus pensamientos, no

tuve tiempo de reaccionar antes de que mi padre se colocara a mi lado y moviera el brazo para despedirlos.

—Que tengáis buena cena, y cuidado con el sake. O mejor olvidad esa última parte: no lleváis a Sofía —bromeó, haciendo que Yoshio se riera a carcajadas.

Contemplé con enorme deseo cómo Colton se alejaba en aquel coche enorme, con la mirada puesta en mí desde el retrovisor. Apreté las uñas contra mis muslos ante la sensación de humedad y el cosquilleo que recorría mi espalda hasta llegar a mi entrepierna, al mismo tiempo que mi corazón latía con rapidez.

—Veo que la relación entre Colton y tú ha mejorado —comentó mi padre. Me tensé de forma involuntaria—. Me alegro.

—Nos ha costado encontrar un punto intermedio. Simplemente, no acabábamos de entendernos. Colton es una buena persona, papá; mira mucho por ti.

—Lo sé. Yoshio y él son como de mi propia familia. Me complace ver que cada vez te sientes más cómoda con ellos. A tu abuela también le habría alegrado.

Entramos en casa y, antes de dirigirme a la planta superior para darme mi más que ansiada ducha, me detuve un momento y me giré. Mi padre había cerrado la puerta y estaba echando las llaves.

—Papá…, creo que no te he dado las gracias por ayudarme tanto —empecé. Sus ojos oscuros estaban puestos en mí—. Desde que llegué, te has desvivido por hacerme sentir como en casa, me has conseguido trabajo y… creíste en mí cuando todos me dieron la espalda. Gracias —murmuré, satisfecha por haberme abierto ante él, pero avergonzada por el inesperado ataque de gratitud y sinceridad.

Mi padre me cogió del brazo y me acercó a él para darme un abrazo. Lejanos recuerdos de mi infancia aparecieron en mi mente. Eran borrosos, pero me vino el olor de la leche caliente y la miel cuando mi padre me preparaba el desayuno antes de llevarme al colegio, o el de la fruta los fines de semana, mientras yo, sentada en un taburete, esperaba con ansia que mi abuela terminara de preparar la comida. El corazón se me encogió en el pecho, reconciliándome con aquella parte de mí misma que me castigaba por haber pasado tanto tiempo tan alejada de ellos.

Después de la ducha y de cenar, me encerré en mi cuarto, muerta de cansancio. Mi padre me había estado haciendo preguntas sobre cómo había sido mi día, hasta saciar su curiosidad y quedarse tranquilo. También le había explicado lo que me había dicho María, como por ejemplo que habían instalado cámaras en la peluquería de Fátima. Mi padre no dijo nada, pero un peculiar brillo en sus ojos me alertó de que sabía algo que yo desconocía.

Abrí la caja de mi abuela, cogí el diario y me tumbé en la cama, incapaz de quedarme sentada en el suelo. El cansancio me devoraba, pero me negaba a irme a dormir sin haber avanzado un poco más en la historia de mi abuela y de Jun. Antes de abrir el diario, recordé que le debía una llamada a Eli.

Dejándolo a un lado, cogí el móvil e hice una videollamada. Al verme mi cara en la pantalla, gruñí. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se me veía pálida. Mis ojos hinchados eran un reflejo de cómo me sentía: agotada.

Eli respondió a los pocos segundos, con mucho mejor aspecto que yo.

—¡Pero si es Sofía! Chica, lo que me cuesta hablar contigo.

—Lo siento —me disculpé—. Han pasado muchísimas cosas y no me veía con fuerzas para contártelas.

—¿Y ahora sí?

—Quizá… Pero antes ¿adónde vas tan guapa? —pregunté, al ver que llevaba un vestido negro ceñido que le sentaba de maravilla. Sus ojos resaltaban por el lápiz negro y la sombra en los párpados.

—Mi prima ha venido de visita y vamos a salir, poco más. Estoy esperando a que termine de arreglarse. Y ahora, te toca.

—No sé por dónde empezar —admití, acomodándome en la cama—. Estoy trabajando en otra peluquería. He empezado esta mañana y me gusta.

—¡No me digas! ¡Pero eso es genial! Admito que tenía serias dudas sobre si volverías a trabajar en Coria. Me alegra saber que el incidente no te ha amilanado. ¿Y los horarios?

—Bastante flexibles. Puedo seguir con las clases de kárate, aunque también trabajo algunas tardes. Mi padre se ha encargado de todo. —Me encogí de hombros, desviando la mirada unos segundos de la pantalla—. No sé qué he hecho para merecer a un padre tan comprensivo como el mío.

—Oh, vamos, eres una hija fantástica, Sofía.

—No, eso no es así —respondí con tristeza—. Sé que soy una mejor versión de mí misma, pero habrá algo que siempre me pesará: no haber visto más a mi abuela.

—Eras una niña, Sofía, y encima tus padres estaban separados. Por diferentes motivos, te sentías más cómoda con tu madre. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso de malo? Deberías hacer las paces contigo misma. Tu abuela estaría muy contenta de saber que ahora estás con tu padre, pasando el verano. Y me atrevo a decir que ese fue su objetivo al dejarte la caja. Confía en la forma en que todo sucede. Oh, espera un momento. —Se interrumpió para decirle algo a su prima. Luego volvió a centrarse en la llamada—. Nos vamos ya. ¿Tenías algo más que contarme?

—No te preocupes, podemos hablar otro día.

—No me digas que la parte que me quedo sin saber es la que está relacionada con los hombres…

Solté una risita antes de bostezar.

—Podríamos decir que sí.

—¡Maldición! ¿Hablamos mañana por la noche?

—No estaré en casa.

—¡Has quedado con él! ¿Quién es? ¿No será algún compañero de kárate?

—¡Demonios, no! ¿Por qué todo el mundo está empeñado en que salga con Pablo?

—Entonces, sin duda se trata del guapo de Colton. ¿Me equivoco? ¡Joder! ¿Por qué no me has contado esta parte antes?

Riéndome, giré en la cama, mientras me reía a carcajadas.

—Lo mejor siempre se deja para el final.

—Bah, estupideces.

—Pásalo bien, y cuidado con dónde dejas tu bebida —le advertí, recordando la horrible manía que tenía de dejar su vaso en cualquier parte.

Tras despedirnos, volví a coger el diario. Busqué por dónde iba, recordando que la primera chispa ya había saltado entre mi abuela y Jun. Me pregunté si explicaría cómo fue aquel primer beso que se dieron y si pasaría antes o después de que la esposa de Jun llegase de Japón. Miré la fecha, mediados de abril. Habían pasado casi dos semanas desde lo último que había escrito.

«Tal como había supuesto, mi matrimonio se hundía a una velocidad vertiginosa. Habían pasado casi dos semanas del intenso y desafortunado encuentro entre mi marido y yo. Los primeros días ni siquiera nos dirigimos la palabra. A partir del quinto, sólo nos dábamos los buenos días. En el pueblo parecían ser conscientes de la mala racha que pasábamos, y no nos culpaban a ninguno de los dos, sino a mis

atacantes. Todos me contemplaban con pena y dolor, y empezaba a odiar suscitar esos sentimientos.

A pesar de todo, no podía dejar de sentir que traicionaba mi matrimonio: Manolo era un buen hombre que había tenido la mala suerte de dar con una mujer como yo. La culpabilidad era como una piedra que me aplastaba el pecho y me impedía respirar. Me debía a Manolo; pocos hombres habrían tenido su respeto y su delicadeza…, pero yo estaba lejos de él.

Me perdía en los atardeceres, con el cielo aún iluminado, cuando iba a mis clases de kárate, con un suave viento agitando mi cabello recogido. Disfrutaba del olor dulce y afrutado que me llegaba de los naranjos, trayéndome recuerdos de mi infancia, una época en la que había estado protegida, ajena a lo que era el miedo, pero también el deseo carnal.

Ese deseo que había vuelto a resurgir de las cenizas… en dirección a Jun.

La relación con este había mejorado. Cada vez teníamos más confianza para hablar de nuestras vidas, antes y después de cada entrenamiento. Igual que el resto del pueblo, él también era consciente de los problemas que comenzaban a existir entre Manolo y yo. No me preguntaba sobre esos temas, pero no hacía falta. Más de una vez me había visto entrenando con la cabeza en otro sitio.

Por otra parte, era difícil explicar cómo había evolucionado lo que sentía por Jun. Cada vez que lo veía esperándome en la puerta de su casa, mi corazón se agitaba como un colibrí probando su néctar favorito. Siempre me dirigía un cordial saludo, seguido por una breve sonrisa. El olor de su colonia, o quizá su olor corporal, me alteraba. Cada vez que hacíamos entrenamientos en pareja, temblaba.

Pero no de miedo, sino de deseo.

Era un deseo que se encontraba en el límite del miedo. Y precisamente eso era más primitivo, exótico y… ardiente, aunque también tenebroso.

Y, para empeorar la situación, su madre ya no solía quedarse con nosotros cada tarde. Quizá, desde su punto de vista, no había nada más que cariño y admiración por mi parte hacia su hijo. Y era cierto, pero también había algo más. Y me permitía disfrutar de la soledad que ambos compartíamos.

Aquella tarde, ajena a los rumores que comenzaban a difundirse por el pueblo y que más tarde conocería, después del entrenamiento me dejé caer en el tatami para estirar. Jun me ayudaba. Él debió de notar mi ausencia mental, porque me preguntó:

—¿Qué te preocupa, Linda?

Lo tenía enfrente, tirando de una de mis piernas para estirármela.

—¿Qué?

—Llevas días ausente, y, aunque haces todos los ejercicios, no tienes la mente en lo que haces. Incluso han aparecido unas pequeñas ojeras violeta bajo tus ojos, señal de que no duermes.

Su observación me azoró, pero asentí, cómoda.

—Tienes razón: hay algo que me perturba.

—¿Siguen siendo los demonios del pasado?

—No —respondí, negando con la cabeza—. Gracias a ti los he echado de mi mente.

—Pero eso no quiere decir que hayas sanado por completo —continuó con su marcado acento, no exento de masculinidad.

—No he terminado de hacerlo, pero he sentido algo. Ha resurgido de mí con fuerza y firmeza, aunque… no creo que sea adecuado.

Jun asintió comprensivo. Su expresión afable me relajaba, pero la horrible verdad que había escondida en mis palabras me impedía hacerlo del todo.

—Te refieres a tu matrimonio.

—Todos, incluso tú, sabéis que nos vamos a pique —dije sin tapujos, señalando un hecho—. Mi marido es un buen hombre y yo no me veo capaz de responder a su generosidad.

Jun parecía algo perdido, y lo entendía: hablaba dando muchas vueltas, intentando que él adivinara mis pensamientos. Me obligué a especificar.

—No deseo a mi marido. —Cogí aire y moví la cabeza para que no viera las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Miré por la ventana, sintiendo la luz que bañaba mi rostro—. Pero sí a otro.

No podía sostener su mirada: la vergüenza me consumía. Pero tampoco era capaz de aguantar el silencio que nos rodeaba, y no tuve más remedio que mirarlo con tristeza y culpabilidad. Sus ojos oscuros escudriñaban mi rostro, serios.

—Yo… lo siento. No debería haber dicho nada. —Hubo un silencio—. Tranquila, Linda. Yo te he preguntado. ¿Crees que lo que sientes es algo más que deseo o es sólo deseo?

Caí en la cuenta de que Jun no se imaginaba que era él quien hacía enloquecer mi entumecido y aún confundido cuerpo.

—No lo sé —admití—. Sé que hay anhelo, pero también me fascina su forma de ver la vida y de hacer las cosas: tiene calma, dedicación, está centrado en el presente. Pero ni él ni yo somos libres, y ni siquiera sé si lo que siento es pasajero, un simple capricho… o no.

Acababa de describirlo a él. Su esencia, lo que le hacía ser Jun.

La mirada que intercambiamos se grabó a fuego en mi mente. En ese momento más que nunca fui consciente de sus dedos en mi pie, mientras me estiraba la pierna. El calor que transmitían me hacía cosquillas, y la forma suave y firme en que me tocaba originó un fuego mi interior.

Se me erizó el vello. Él lo vio y me dirigió una mirada llena de significado.

—Linda…

—Lo siento —susurré con el corazón en un puño—. Yo… no quería que esto fuese así.

Con esfuerzo, hice un torpe saludo antes de irme de su casa. Él ni siquiera se

había movido: seguía sentado en el tatami, con el rostro inexpresivo.

A partir de esa tarde dejé de entrenar. Y, como era de prever, mi estado anímico y físico se deterioró con la rapidez de una flor arrancada de sus raíces. Comportamientos agresivos e imprudentes comenzaron a salir a la luz: no salía de día, pero sí de noche, sola. A altas horas de la noche, cuando sólo los gatos y los borrachos tomaban las calles de Coria. Los demonios del pasado volvieron a llamar a mi puerta, pero sabía que disponía de la llave maestra para volver a echarlos: el kárate. Pero practicarlo, aunque fuera en la soledad de mi casa, me hacía recordar a Jun y todo lo que había hecho que me encaprichara de él.

Manolo estaba asustado. Más de una vez había intentado hablar conmigo y saber la razón por la que había dejado de entrenar. Pero yo le mentía, pues era incapaz de decirle el verdadero motivo. Estar fuera de casa me ayudaba a no pensar, a no revivir mis pesadillas. Cada vez que me encontraba sola en mi habitación, volvía a sentir unas rodillas sobre mi pecho que me impedían respirar, unas manos sobándome y sacudidas contra mi cuerpo. Y gritaba. Intentaba liberarme del dolor.

A finales de abril acabé encontrando cierta calidez en la bebida. No me había convertido ni mucho menos en una alcohólica, pero sí tomaba algo cada vez que lo de fuera no era suficiente para acallar las voces de mi cabeza. Esas voces no eran más que mis gritos, que se repetían en mi mente una y otra vez.

Salía cuando Manolo se acostaba, aunque cada vez era más difícil. Él intentaba vigilarme, velar por mí, pero durante el día yo me dedicaba a tomar grandes cantidades de café que me hacían esperar despejada hasta que él caía rendido, después de un duro día de trabajo.

Era egoísta, pero había perdido el control de mí misma.

Una de esas noches decidí que era suficiente. Había alargado demasiado el dolor, y yo no era así. Algo más ebria que otras veces, hice un pequeño balance de mi vida mientras volvía a casa ya muy tarde, sin miedo, pues pensaba que poco me quedaba que me pudiesen arrebatar. Siempre que salía, solía ir a sentarme cerca del río Guadalquivir y observar el cielo y las estrellas. El frescor de la noche se colaba a través de mi ropa, pero no me importaba. El frío no sólo entumecía mi cuerpo, también mis pensamientos.

Cerca de casa me caí al tropezar con un adoquín en mal estado. Me di un fuerte golpe en el labio inferior. Gruñí. Estaba a pocos metros de mi hogar, y llegué como pude.

En la primera habitación que encontré me tiré en la cama, boca arriba. El alcohol me impedía moverme con agilidad, y al mirar hacia la derecha, vi una espalda masculina. Estiré una mano y la coloqué sobre la piel desnuda.

Manolo gruñó y se dio la vuelta.

—¿Linda? ¿Has vuelto a salir?

—Shhh… Tranquilo.

—Esto se tiene que acabar, Linda… Espera, ¿eso que huelo es alcohol? Joder…

—Manolo, te he dicho que te calmes. No volverá a pasar —prometí, sin apartar la mano de su espalda.

En la oscuridad de la habitación no podía ver su rostro, a pesar de que se había vuelto hacia mí por completo. Mi mano estaba en su hombro y mi mente, embriagada por el alcohol, me jugó una mala pasada: la tenue luz de la calle que entraba por la ventana abierta distorsionó lo poco que podía ver de Manolo.

Y de repente dejé de verlo a él para… estar frente a Jun. Parpadeé varias veces e incluso sacudí la cabeza. ¿En qué clase de brujería me veía envuelta que me hacía ver otro rostro en el de mi marido?

—¿Estás bien?

Manolo hizo un gesto para encender la luz de la mesita de noche, pero yo se lo impedí.

—Estoy bien —dije suspirando. No deseaba salir de aquel sueño. Quería seguir observándolo, dejándome engañar por mi mente y por el alcohol. Me fui acercando con lentitud hasta que posé mis labios sobre los de él.

—Linda…

—Shhh… Déjame —murmuré, con el deseo despierto. Fui tumbándome sobre él —. Déjame.

Me dejé llevar por aquel anhelo contenido y oscuro que me arrastraba hacia los brazos de mi marido, aunque yo viese a otra persona. Y así fue como, a través de la fantasía y la completa oscuridad, volví a mantener relaciones con Manolo. Sabía que me engañaba y que tampoco era justo para él. No estaba solucionando el problema, y era consciente de que tarde o temprano tendría que afrontarlo.

Ya en mayo, estaba una mañana comprando frutas y verduras. Caminaba por la plaza con los brazos llenos, esquivando a la gente, cuando lo vi. Alto, esbelto y firme. Jun estaba junto a su madre, hablando con unos vecinos. Mi corazón se detuvo y sentí momentáneamente cómo mis brazos perdían fuerza y las bolsas casi se me resbalaban.

De repente, una figura menuda que había permanecido oculta por Jun se adelantó e hizo una pequeña inclinación, saludando también a los vecinos.

Supe que era su esposa, a juzgar por la forma en que estaba cerca de él y lo miraba con adoración. No podía negar lo guapa que era: tenía el pelo, negro y liso, recogido en un moño que dejaba al descubierto sus bellas facciones. Unos dulces ojos rasgados daban inocencia a su inmaculado rostro, lo mismo que sus labios, carnosos y elegantes.

Analicé mis pensamientos y emociones. ¿Por qué me afectaba verlo con su esposa? ¿Qué más me daba? Cada uno tenía su vida y llevábamos tiempo sin vernos, sobre todo porque yo había hecho todo lo posible por esquivarlo. Pero tenía celos, bullían de mi interior como bestias hambrientas.

Retrocedí varios pasos hasta que giré y choqué con una anciana. Mis bolsas

salieron despedidas, y su contenido cayó al suelo: naranjas, peras, patatas… Todo comenzó a rodar mientras yo me disculpaba. La mujer anciana se fue, no sin antes soltar algún que otro improperio. Agachada, comencé a meterlo todo en una de las bolsas cuando alguien se acuclilló a mi lado.

Supe quién era sin mirarlo. Su olor era inconfundible.

Jun.

—No has vuelto a entrenar —dijo en voz baja, mientras cogía la otra bolsa y comenzaba a meter fruta dentro.

—Dudaba que quisieras volver a verme después de lo ocurrido.

—No pasó nada.

—Da igual.

—Me he enterado… de que has estado vagando por las noches, sola, cerca del río. ¿En qué pensabas, Linda?

Noté que mis mejillas se ponían rojas como la grana. Así que en el pueblo sabían de mis arrebatos al anochecer…

—Eso ya se ha acabado —dije con voz ronca, antes de incorporarme. Cogí la bolsa murmurando un agradecimiento y me marché con rapidez.

Esquivé a todas las personas de la plaza y me dirigí hacia una calle estrecha y larga por la que apenas pasaba gente. Aminoré la marcha, una vez lejos del ruido, y me di la vuelta para coger aire. Estuve a punto de volver a dejar caer las bolsas al ver a Jun allí, a apenas unos centímetros de mí.

—Me has asustado. —Me llevé una mano al pecho.

—¿Vas a dejar de huir de mí?

Estaba tan cerca que, a pesar de que susurraba, lo oía.

—Tu esposa es muy guapa. Espero que le guste Coria.

—Prefiere Japón, pero es una buena esposa.

Oír esa palabra en sus labios, «esposa», me provocó una sensación, cuando menos, desagradable.

Ambos nos sosteníamos la mirada, ninguno la apartaba. Yo temblaba por la urgencia de acariciarlo, de volver a establecer contacto.

—Se estará preguntando dónde estás.

—Le he dicho que he visto a un viejo amigo y que ahora las alcanzo. Mi madre te echa de menos; le extraña… no verte allí.

—Lamento haber sido tan descortés, pero no encajo bien los rechazos —dije con ironía.

—Yo no te he rechazado, Linda —contestó con voz queda—. Y yo también te he extrañado. Eres buena alumna.

—¡No quiero ser sólo tu alumna! —dije con ímpetu—. ¿No te ha quedado claro que te deseo?

—Estás confusa después de lo que te sucedió. Sólo necesitas tiempo —su rostro se endureció—, pero nunca imaginé que te daría por ir a beber sola a la orilla del

río.

—Eso fue… Eso no volverá a pasar. Me pilló en un mal momento. Y no estoy confusa, Jun. Tú… tú conseguiste que volviese a ser persona. He caído otra vez, pero me he levantado, y eso lo he aprendido de ti.

—Vuelve a entrenar, ven esta tarde…

—No puedo. ¿Es que no lo entiendes? —dije con impotencia, aguantando las lágrimas—. No puedo volver a verte.

Transcurrieron unos silenciosos segundos durante los que yo le mostré a través de mis ojos lo mucho que me alteraba verle y cuánto odiaba encontrarme en esa situación. Él debió de comprenderlo, porque asintió. La severidad de su mirada me dolió, pero al mismo tiempo era lo que me atraía de él: esa dureza que escondía dulzura.

Me di la vuelta para dejarlo atrás y continuar mi camino. Los rayos del sol dificultaban mi esfuerzo por contener las lágrimas, y cuando llegué a casa me permití el lujo de dar rienda suelta a mi envidia. Ni en mis peores pensamientos podría haber imaginado la belleza de esa mujer. Su piel inmaculada y pálida, el cabello liso y oscuro recogido en aquel moño y un rostro digno de una princesa de cuento de hadas. Ojos grandes y rasgados, labios carnosos… Cada centímetro de su piel desprendía inocencia y elegancia.

Mientras recogía la compra, no pude evitar pensar en Paloma. Ahora comprendía su fascinación y su enamoramiento: la familia Fujimoto era adictiva. Sus creencias y forma de vida te absorbían, envolviéndote en una espiral de espiritualidad y dedicación. Había descubierto que ellos daban un gran valor a las palabras; sólo usaban las que necesitaban para comunicar algo importante. No hablaban por hablar, ni para llenar un silencio incómodo.

Se comunicaban cuando había algo que decir.

No podía negar que también sentía cierta admiración por la forma en que desarrollaban sus tareas. Una enorme destreza, junto con dedicación, conseguía que obtuviesen los mejores resultados. Y además estaba él, Jun.

Mi cuerpo se estremeció.

Lo anhelaba con cada poro de mi piel, deseaba volver a sentir su cuerpo cálido. Pero la imagen de mi marido venía a mi cabeza como un látigo que me golpeara una y otra vez. A veces me preguntaba por qué no podía desear a Manolo. Era atractivo, trabajador, amable… ¿Eran esos atributos inútiles en la espesa niebla que se había alzado y que me impedía ver con claridad?».



10

La mañana siguiente no comenzó para mí precisamente de la mejor forma: desperté con unas enormes ojeras bajo los ojos y la segunda alarma del móvil alertándome de que llegaría tarde al trabajo si no me levantaba ya. La noche anterior me había quedado hasta tarde leyendo aquella parte del diario, que resultó ser un poco más larga que las anteriores.

Cuando Maribel y su madre no me preguntaron por mis ojeras, supe que las capas de maquillaje habían hecho su efecto.

La primera parte del día pasó con relativa rapidez, cortando, decolorando y arreglando melenas, además de ayudar a Dolores con los pedidos en cualquier momento libre. Maribel y yo habíamos planeado comer juntas, pero el sofocante calor de aquel veraniego día nos hizo pensar que lo mejor sería ir a buscar algo de comida y no movernos de la peluquería. Ella se encargó de barrer el local mientras yo iba a comprar algo para comer. Había cerca una pequeña tienda de comida casera para llevar con muy buenas reseñas, por lo que, siguiendo las indicaciones del móvil, me dirigí hacia allí.

Hacía tanto calor que no tuve más remedio que pararme a unos diez metros de un paso de cebra para recogerme el pelo y buscar las gafas de sol en mi bolso. Alcé el rostro hacia el azulado firmamento y suspiré: ni la más leve brisa. El sol era tan cegador que ni las gafas impedían que frunciera el ceño.

Me pasé el brazo por la frente antes de continuar mi camino y de repente frené con brusquedad. Al otro lado del paso de peatones vi a Colton con una mujer. Él, como siempre, podía pasar por cualquier modelo o actor, con su

porte esbelto y su atractivo rostro. No pude evitar fijarme en lo bien que le sentaban unos pantalones vaqueros claros que llevaba y que estilizaban sus piernas.

A su lado, una mujer asiática hablaba animadamente con él, tocándole el brazo mientras suaves carcajadas movían su pecho. Era más baja que yo y llevaba el pelo, castaño, con mechas de un tono más claro. Iba muy arreglada, con una camiseta y una falda corta que dejaba ver sus pálidas pero bien torneadas pantorrillas.

La primera pregunta que se me ocurrió fue: ¿quién es? En ningún momento Colton me había comentado que fuese a recibir ninguna visita esa semana, aunque tampoco habíamos tenido tiempo. Avergonzada, me dije que no habíamos profundizado tanto como para hablar de esos temas. No quería dar cabida a malos pensamientos, no había razón para ello, pero la forma en que esa joven, algo más mayor que yo, lo miraba y lo tocaba me hacía saber que estaba interesada en él.

Vi que echaban a andar en cuanto el semáforo se puso en verde. Si hubiera tenido una cámara, me habría sido imposible no sacarles una foto. La manera en que ambos caminaban era más elegante que la del resto de las personas del pueblo, con seguridad y confianza. Podrían haber estado haciendo un anuncio de moda, pensé con ironía.

O un anuncio de San Valentín, añadí mentalmente con ponzoña.

—¡Sofía! ¡Eh, hola!

Me di la vuelta y vi a María junto a Lucía. Por la mirada de esta última, pude ver que le hacía la misma gracia que a mí nuestro fortuito encuentro.

—¿Adónde vas?

—A comprar algo de comer. Seguía las indicaciones del móvil —dije alzándolo en mi mano.

—¿Por qué no comes con nosotras? Pensábamos ir a una hamburguesería.

—Maribel me espera en la peluquería. Hace tanto calor que hemos pensado quedarnos allí…

—¿Ese no es Colton? —me interrumpió Lucía, colocándose la mano sobre la frente a modo de visera.

—Sí lo es —susurró María, mirando en la dirección que su compañera señalaba—. ¿Quién es esa chica tan guapa?

—La he visto antes. ¿Te acuerdas de que te comenté el año pasado que Colton, Yoshio, Ami e Isamu se reúnen con otros japoneses alguna vez? Esa

chica es la hija de uno de ellos.

Mientras Lucía hablaba, yo giré la cabeza para seguirlos con la vista. Se dirigieron a un restaurante. Colton le aguantó la puerta, la chica murmuró algo y entró. Luego entró él. Me repetí que no tenía ningún motivo para sentir el estómago revuelto ni aquel sabor agrio en mi garganta que amenazaba con hacerme escupir.

—Pegan —opinó María—. Hacen buena pareja.

—Se dice que es su novia o algo parecido. A saber… Colton siempre se ha mantenido alejado de las mujeres de aquí. Tiene sentido que esté con ella.

Las palabras de Lucía se clavaron en mi mente, sembrando la semilla de la duda. ¿Existiría alguna remota posibilidad de que Colton estuviese interesado por esa chica? Y si fuese así, ¿qué sentido habría tenido que me besara? Porque había sido él. Colton había dado el paso. Lucía seguía hablando, quizá ajena a mi cara y los sentimientos que esta mostraba. Yo intentaba permanecer lo más imperturbable posible porque quería obtener información, pues ella llevaba más tiempo que yo en el pueblo. ¿De verdad Colton nunca había salido con nadie?

No, eso era imposible. ¿Quién no sentía alguna vez la necesidad de tener un encuentro íntimo? Yo me incluía en esa lista, y dudaba que él fuese diferente.

—Tengo que irme —dije—. Maribel me está esperando. Hasta luego.

Me marché con bastante rapidez. Parecía que mis pies avanzaban solos, movidos por la necesidad de alejarse de las palabras de Lucía.

Al dirigirme hacia el local donde iba a comprar la comida, no pude evitar pensar que quizá para Colton aquello no fuese nada más que un encuentro. Y no habría sido un problema si no hubiese sido por el hecho de que me producía arcadas la idea de que para él yo no fuese nada excepcional. Porque, para mí, él era algo extraordinario. Me gustaba su seriedad, que desaparecía en la intimidad para mostrar la ternura que poseía; su concentración puesta en cada actividad que hacía, su elegancia en cada movimiento… y la facilidad que tenía para disculparse cuando cometía errores.

A veces me sorprendía lo mucho que habían cambiado las cosas. Habíamos pasado del desprecio a… *¿A qué?,* me pregunté, entrando en el local de la comida.

Después de esperar unos diez minutos a que me la sirvieran, volví a la peluquería. Maribel me esperaba en la puerta. Parecía preocupada.

—¡Sofía! Has tardado mucho.

—Lo siento; me he encontrado a María y Lucía por el camino y me he entretenido un poco.

Suspiré de placer al volver a entrar en la peluquería. El aire acondicionado cumplía su función, y estuvimos frescas y relajadas mientras comíamos en una de las salas pequeñas que había junto al despacho de Dolores. Maribel y yo nos reímos cuando nuestros estómagos gruñeron a la vez. El olor que desprendía la comida era bastante bueno. Bebí un gran trago de agua.

—¿Y qué tal con María y Lucía? ¿Te llevas bien con ellas?

—Es una historia complicada —expliqué, dejando la botella de agua fría a un lado y abriendo el recipiente de mi comida—. Con María sí me llevo bien, pero Lucía…

—Cuidado con esa chica; nunca ha tenido buena fama en el pueblo. Trabajó para mi madre al principio, justo cuando salió de la academia.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero aunque ni a mi madre ni a mí nos transmitía mucha confianza, nunca llegamos a pensar que sería capaz de robarnos material y venderlo en la calle.

Dejé caer mi tenedor sobre mi comida, sorprendida.

—No te creo.

—Pues créetelo. Pasó varias veces, hasta que la pillamos. Mi madre puso cámaras en la caja y en el almacén y…, ¡sorpresa, sorpresa! Nos pidió disculpas, devolvió todo el dinero robado y mi madre la despidió. No la denunció. —Maribel dio un mordisco a su sándwich con el ceño fruncido—. Por eso mismo, cuando nos enteramos del problema que había en la peluquería de Fátima, supimos que tú no eras la ladrona. No voy a acusar a Lucía de nada, pero la conozco. Sé por dónde va.

—Dios mío, ¿y si fue ella la ladrona en la peluquería de Fátima? —salté. Algo en mí interior se removió, provocándome una sensación de vértigo.

—¿Y eso qué cambiaría, Sofía? El daño ya está hecho, Fátima no fue justa contigo. Pasa página y olvídate de ella.

—He aguantado miradas y reproches silenciosos —contesté con amargura —. Incluso tuve miedo de que afectara a mi padre. No puedes ni imaginarte lo duro que se me hizo. Quise marcharme de aquí y no volver.

—Pero no lo hiciste. Demostraste que no tenías nada que ocultar.

—No —admití, removiendo mi comida con el tenedor—. No me fui por mi padre. No quería dejarlo solo. Cuando alcancé la mayoría de edad, decidí que

no me apetecía venir más a Coria: mis amigas estaban en Huelva y yo me aburría bastante aquí. Después de la muerte de mi abuela me dije que tenía que hacer algo para compensar mi egoísmo.

—¡Eras una adolescente, Sofía! A esa edad todos hacemos locuras o pensamos sólo en nosotros mismos. Si supieses la cantidad de disgustos que les he dado yo a mis padres, te quedarías muda. —Maribel me estudió concienzudamente—. ¿Por qué será que tengo la sensación de que te castigas?

—Lo estoy aceptando poco a poco.

—No lo estás aceptando si te obligas a quedarte en un sitio en el que no te apetece estar. Me encantas, Sofía, eres toda una profesional, pero déjame decirte que permanecer donde no quieres no es aceptar tus errores.

Las mejillas me ardieron, hasta que debieron de ponérseme rojas, y ella debió de verlo, porque alzó una ceja.

—Admito que… hay otra razón que me retiene aquí.

—¡Oh, oh! Esa mirada tiene que ver con un hombre. ¿Quién es el afortunado?

—No puedo decirlo —admití, cogiendo la botella de agua y bebiendo un sorbo—. Yo… me siento perdida.

—Sofía, sé que nos conocemos desde hace muy poco tiempo y que, a juzgar por cómo te fue con Lucía, temes confiar en alguien. Pero déjame que te diga una cosa: en mí puedes hacerlo. —Al ver que vacilaba, asintió—. Está bien, yo te cuento algo a cambio. ¿Qué te parece? Yo fui la culpable de la muerte de mi padre.

Al oírla me atraganté con el agua. Maribel maldijo y se acercó para darme unos golpecitos en la espalda.

—Mujer, tranquila.

—No me esperaba eso —admití, bebiendo otro trago para suavizar mi garganta.

—Tuve una época en que no aceptaba mi sexualidad: me gustan las mujeres —explicó con tranquilidad—. Sentía que les fallaba a mis padres, así que la mayor parte del tiempo me apuntaba a cualquier fiesta para beber y ligar con hombres. Pensaba que de esa forma empezaría a atraerme el género masculino. Mis padres se asustaron por el modo de vida que llevaba: alcohol, algún intento con sustancias peligrosas… Y todo esto sin siquiera hablar con ellos. Yo misma me juzgaba y me cavaba mi propia tumba. Una de esas noches —Maribel suspiró, aunque parecía tranquila— mi padre, al ver que no llegaba,

vino a buscarme. Me encontró gracias a una de mis compañeras, que le dijo dónde estaba.

»De vuelta a casa discutimos. Veía el dolor y la confusión en el rostro de mi padre; él no entendía por qué había cambiado. No me malinterpretes, siempre he sido muy fiestera, pero no rozaba el límite como entonces. Y en esa época me arriesgaba, traspasándolo una y otra vez. Los dos empezamos a gritar; estábamos tan agitados que no fuimos conscientes de que invadíamos el carril contrario hasta que un camión nos pitó. Mi padre movió el volante tan bruscamente que esquivamos el vehículo, pero no pudo evitar que nos saliésemos de la carretera y el coche comenzara a dar vueltas.

—Lo siento —susurré, cogiéndole la mano, que le apreté con calidez.

—Lo he superado, Sofía —dijo con una sonrisa—. No te preocupes, cariño. Al volver en mí, había perdido el dedo meñique de la mano izquierda, apenas oía con el oído del mismo lado y me había roto la nariz y la clavícula, sin contar la fractura de la pierna izquierda. Mi padre falleció en el acto.

»No te pongas triste, Sofía: mi madre y yo estamos bien. Nos costó, pero aprendimos que quedarnos en el pasado sólo nos traía más dolor.

—Joder, mis quejas son una chorrada…

—No las compares, no tienen nada que ver. —Maribel abrió su cerveza y, después de dar un largo trago, suspiró—. Además, a cada uno le duele lo suyo. Ahora, ¿me cuentas quién es esa persona que ha conseguido que empiece a gustarte el pueblo?

—No te lo vas a creer…

—Inténtalo.

—¿Sabes quién es el profesor de la academia de kárate?

—¿Colton?

—¿Tú también lo conoces? —pregunté.

—¡Cómo no! Alguna que otra adolescente se ha pasado por aquí contándome sus penas mientras la peinaba. La mayoría, alumnas con las hormonas revueltas. ¿Te gusta él?

—Sí —admití, llevándome comida a la boca. Mastiqué con parsimonia, pensando—. Bastante. Y creía que él podía sentirse atraído por mí.

—Pues claro, eres muy guapa; ¿por qué no iba a ser así?

—Cuando he ido a por la comida, antes de encontrarme a María y Lucía, lo he visto. Estaba al otro lado del paso de peatones e iba con alguien, una mujer bastante guapa y elegante.

—Eso no tiene por qué significar nada. ¿Era japonesa? Podía ser una compañera, una prima…, uff, a saber.

—Lo sé, es sólo que…

Empecé a contarle a Maribel toda la historia desde el principio. El horrible comienzo que habíamos tenido Colton y yo y cómo habíamos llegado al punto en que nos encontrábamos. Contrariamente a lo que había supuesto en un principio, ella me escuchó con atención y sin mostrar sorpresa. Al terminar, ella ya había acabado su comida.

—Guau, pues sí que es intensa vuestra historia. ¿Sabes?, yo veo desde el principio mucha química. Y también incapacidad de su parte para gestionarla, pues eres la hija de su mejor amigo. Como habéis quedado hoy para cenar, pregúntale. Sé directa.

Yo asentí, mientras me apresuraba a terminarme la comida, alegrándome de haber encontrado en Maribel a alguien con quien desahogarme.

Ella continuó:

—Y dependiendo de su respuesta, actúa de una forma u otra. Aunque no creo que tengas nada de lo que preocuparte.

—No creo que pueda soltárselo así tal cual. Me puede preguntar que por qué no lo he saludado, en vez de esconderme detrás de un árbol —dije, avergonzada por mi comportamiento.

—Dile que en ese momento te has encontrado con María y con Lucía. No te preocupes —añadió, quizá consciente de las emociones que cruzaban mi rostro—, no creo que sea nada de lo que piensas.

Después de la comida me despedí de Maribel y me dirigí a casa para coger la bolsa de deporte. Mi padre no estaba, por lo que supuse que habría ido a comprar o a hacer algo. De camino al kárate, mi corazón se aceleraba con cada paso que daba. Ensayaba una y otra vez mentalmente las palabras que le diría a Colton.

Una vez estuve en los vestuarios y me cambié, intenté distraerme con la conversación que mantenían Isabel y Pablo. Pero cuando entramos en el *dojo,* deseé marcharme.

Allí estaba la joven a la que había visto junto a Colton a la hora del almuerzo. Llevaba un *karategi* y un cinturón negro. Iba impecable; parecía una modelo de ropa deportiva o una deportista de élite. Estaba al lado de Colton y ambos hablaban en japonés sin dejar de sonreír.

—Mira, ahí está Yuko —comentó Mar.

—¿Yuko?

—Es… una amiga del *sensei* —contestó ella en tono jocoso.

—Sí, seguro, una amiga… Dirás su follamiga. ¿No veis cómo se miran? —intervino Lucía, volviendo a inquietarme.

—¡No seas mal hablada! —replicó Isabel.

—Todos sabéis que lo que digo es verdad. Además, no me digáis que juntos no son perfectos: ambos japoneses, cinturones negros en kárate, guapos…

—*Oss!* Menos charla y a correr —dijo Colton en ese momento.

Justo cuando todos hacíamos una pequeña inclinación como saludo, sentí su mirada puesta en mí. Yo lo ignoré y comencé a correr junto al resto de mis compañeros. Supe que mi no contacto visual lo perturbó. A pesar de la tranquilidad que reflejaba externamente, mi interior bullía de rabia, ira y confusión. Era como un monzón descargando toda su potencia, arrasando cada pensamiento coherente de mi mente para dejar sólo destrucción y caos, o, en otras palabras, perturbación e inquietud.

—¡Estirad! —dijo Colton, alejándose un paso de Yuko.

Mi mirada se encontró con la de ella. Su simpática sonrisa me hizo devolvérsela, aunque me sentía fatal.

—Vamos.

Empecé a estirar con Pablo cuando este me cogió del brazo. No fui consciente de que él me hablaba hasta que me dio un pequeño tirón de pelo.

—¡Eh! Tierra llamando a Sofía. ¿Dónde demonios estás? Pareces ida.

—Lo siento; ha sido un día cansado.

—¿Qué haces hoy? ¿Te apetece tomar algo después de la clase?

Hice todos los esfuerzos posibles por esbozar una sonrisa y esconder mi mal humor. Un tic en la mejilla derecha me alertó de la poca paciencia que me quedaba.

—Yo…

—Hoy… Perdón, esta noche —Yuko comenzó a decir, aunque con un poco de dificultad. Atrajo la atención de todos—Colton y yo hemos quedado para cenar. Podéis apuntaros los demás si os apetece.

Si Pablo me hubiese hecho una torsión de rodilla en la postura en la que estábamos, no me habría sorprendido más. *¿Cómo que cenar?,* exclamé en mi mente, levantando la cabeza y encontrándome con los oscuros ojos de Colton. Él parecía calmado, como si todo tuviese una explicación, pero yo ardía en deseos de gritar y deshacerme de la mala energía que había en mi interior.

¿No íbamos a tener una cita? ¿Se había olvidado?

—¡Nosotras nos apuntamos! —dijeron Mar e Isabel.

—¡Y yo! —exclamó Lucía.

Toda la clase se unió, excepto yo, que permanecí callada. Seguía observándolo, aunque en realidad no estaba allí. Intentaba darles forma a mis pensamientos, mientras me preguntaba si lo que había pasado era fruto de mi imaginación o por el contrario…

—¿Sofía? —preguntó Colton, sin rastro de la sonrisa que solía dirigirle a Yuko.

—No —respondí con voz calmada—. Ya he quedado.

Por primera vez, la sorpresa brilló en sus ojos. Y disfruté de la satisfacción que me produjo.

—Oh, vamos, Sofía —intervino Pablo—. No seas…

—He quedado, y yo mantengo mis planes.

Bum. Otro golpe directo a Colton. A pesar de ello, seguía dolida. Colton no dijo nada, pero en un tono menos agradable nos pidió que cogiésemos los guantes de entrenar y que nos pusiéramos en pareja.

Otra vez volvió a agrandarse la distancia entre nosotros. Los besos y las caricias desaparecieron. Como si nunca hubiesen sucedido.

Después de una explicación sobre golpes con puños, estuvimos quince minutos practicando. Más tarde Colton explicó golpes de pierna, contando con la ayuda de Yuko, con la que nos enseñó cómo darlos y derribar al contrario. Volvimos a practicar quince minutos aproximadamente. Luego empezamos a hacer combate libre, es decir, usando piernas y puños, y cada vez que Colton gritaba, había que cambiar de pareja rotando a la derecha.

Intenté concentrarme en los combates, pero mis defensas se retrasaban y mis ataques eran tardíos. Sólo cuando me puse con Lucía pude descargar parte de mi cólera. Ella respondía, incluso nos dimos más fuerte de lo permitido, pero ninguna de las dos se quejó. Eso me hizo saber que Lucía también estaba molesta por la presencia de Yuko. Estaba enamorada de Colton, podía verlo en sus ojos.

Al acabar, ambas con la respiración agitada, nos saludamos y rotamos. Yuko fue mi siguiente pareja. Hizo gala de su saber estar y de su simpatía y me sirvió bastante practicar con ella, ya que aprendí ciertos movimientos para aturdir al contrario. Tal era su destreza a la hora de moverse que sin duda llevaba muchos años entrenando. Al tenerla más cerca, pude apreciar sus bonitos

rasgos japoneses: ojos rasgados, labios carnosos y de un tono rojizo natural, pómulos marcados…

—¡Cambio!

Hice un rápido saludo y roté a la derecha… para encontrarme con el mismísimo Colton. Seria, me preparé y alcé los puños. Percibí en él un poco de intranquilidad. Yo ataqué de inmediato, sin pensarlo. Mis pies tenían vida propia, como si las órdenes que recibiesen fueran de otra cabeza y no de la mía.

Él paraba mis movimientos casi sin esfuerzo. Cuando alcé la pierna, aprovechó para poner la suya cerca de la mía y hacer un barrido. No perdí el equilibrio, no sabía cómo había hecho para aguantar, pero seguía de pie y golpeando. La rabia impulsaba mi cuerpo, dándole la energía que no tenía.

Entre todos los golpes de puño que yo me tragué de él, conseguí darle un *yako zuki* en el pecho, justo a la altura del corazón. Con fuerza. Al retroceder tras mi movimiento, su pierna me esperaba detrás… y esa vez sí me caí al suelo.

Colton se agachó mientras yo aterrizaba en el tatami y me dio un suave golpe en el estómago, que, por supuesto, le daba la victoria.

—Deja de mirarme como si quisieras matarme. No es lo que parece —susurró cerca de mi cara.

—Me importa una mierda —repliqué en el mismo tono, antes de incorporarme y volver a atacar.

Por más que lo intentaba, ni la rabia era suficiente para alcanzarlo. Acabé frustrada, con la respiración agitada y el sudor resbalando por mis sienes y mi cuerpo. Cansada, cuando él dio la orden de parar, no pude por menos que suspirar. Había descargado toda mi energía y no tenía fuerzas ni para seguir mosqueada.

Después de hacer el saludo, cuando todos fueron a salir del tatami, Colton me llamó.

Era la única que quedaba, y fui hacia él quitándome los guantes. Frente a frente, alcé la cabeza. Ni su increíble olor ni su hermoso rostro me perturbaron: estaba sumida en el cansancio, y eso me dio la oportunidad de reafirmarme en mi dolor y confusión.

Nos aguantamos la mirada durante unos largos segundos. Él, interpretando mi estado anímico a través de mi expresión, suspiró.

—Estás enfadada.

—¿No debería?

—No ha sido como crees, Sofía. Yo más que nadie quería cenar a solas contigo.

—¡Pues no lo parece! ¿Acaso no te gusto? ¿Te viste obligado a besarme?

—¿De qué demonios hablas? —saltó.

—No entiendo nada, Colton. Habíamos quedado y luego me entero de que tenías una cita con Yuko. ¿Debería sentarme bien? ¡No has tenido ni la consideración de cancelar nuestro plan!

—Porque no quería cancelarlo. Y aparte no tengo tu número. Además, lo de Yuko ha sido un imprevisto. Se ha presentado por la mañana en la escuela.

—¿Y no podías decirle que estabas ocupado? —Mantenía el tono de voz bajo, aunque empezaba a temblar—. ¿Acaso no valía con que almorzaras con ella, que también tenías que cenar? Guau, me siento especial. Conmigo no puedes compartir ni una comida y con ella, almuerzo y cena. Gracias por dejármelo claro.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo sabes…?

—¿Que habéis comido juntos? —lo interrumpí—. Os he visto. He pasado a vuestro lado en el paso de peatones. Iba a comprar mi almuerzo.

—¿Y no te has parado a saludar?

—Ni se te ocurra cambiar de tema —le advertí, apretando los dientes—. Se acabó, me voy. Esto ha sido un tremendo error desde el principio.

Colton me cogió por la muñeca cuando intenté darme la vuelta. Dio un tirón y me acercó más a él.

—Te estás equivocando. —Su aliento daba contra mis labios. No parecía preocuparle la posibilidad de que sus alumnos saliesen de los vestuarios y nos viesen así.

—Yo sólo sé que has almorzado con ella y que me has dejado plantada esta noche.

—¿Colton? —lo llamó una dulce voz femenina.

Ambos sabíamos de quién se trataba. Yuko. Pero ninguno de los dos se volvió: seguíamos aguantándonos la mirada.

—Hablaremos —sentenció Colton.

—Adiós —susurré antes de irme y pasar por el lado de Yuko.

Cuando llegué a casa, me alegré al ver que mi padre no estaba. Al parecer, se había ido a cenar a casa de Yoshio y me había dejado un mensaje en el frigorífico. Así que me di una ducha, cené algo rápido y me tiré en el sofá mientras cambiaba de canales sin ver nada en realidad. Seguía repasando una y otra vez en mi cabeza todo lo que había sucedido. De todas las posibilidades barajadas, discutir y enterarme de que Colton había quedado con Yuko no estaba entre ellas. La desilusión que sentía me entristecía.

Cuando mi teléfono vibró, estiré el brazo y leí el mensaje. Era de un número desconocido.

Sofía, soy Maribel. He sacado tu número de teléfono del contrato que firmaste con mi madre, espero que no te moleste. Pásalo muy bien en la cena. ¡Mañana quiero todos los detalles!

Inconscientemente, solté en un suspiro todo el aire que contenían mis pulmones. Genial. ¿Qué estarían haciendo Colton y Yuko?, me pregunté. Eran las once de la noche. ¿Seguirían juntos? ¿Habrían ido al final el resto de mis compañeros de kárate? Ignorando el dolor que me producía pensar que podían pasar la noche juntos, guardé el número de Maribel en la agenda y escribí una rápida respuesta.

Estoy en casa… Nada ha salido como esperaba. Colton había quedado con la chica de la que te hablé.

Unos segundos más tarde, mi móvil comenzó a sonar. Maribel me estaba llamando. La calidez que sentí al verme respaldada por ella me alivió.

—Hola.

—¡Sofía! ¿Cómo que no estás con Colton? ¡Teníais una cita!

—Lo sé, pero me he enterado de que había quedado con Yuko a la misma hora. Le he dicho lo que pensaba y me he venido a casa —resumí. No quería volver a recordar todo lo que había pasado.

—¿Estás sola?

—Sí; mi padre se ha ido a cenar a casa de un amigo. Mañana no trabaja, así que no sé cuándo vendrá.

—¡Es viernes y eres joven! Tienes que salir, y, desde luego, sufrir y quedarte dándole vueltas al asunto no ayuda. Arréglate, que te recojo en media hora.

—¿Cómo? —pregunté, levantándome del sofá.

—No querrás darle el gusto a ese tío, ¿no? ¡Ponte muy guapa, que vamos a tomar una copa! Sé dónde vives, por el contrato. Mi madre me daría una buena tunda si lo supiese.

—Yo te lo agradezco —dije con una sonrisa, yendo hacia mi cuarto—. No tenía ganas de quedarme en casa otro viernes.

—¡Nos vemos en treinta minutos!

Olvidándome de apagar la televisión, llegué a mi cuarto. Abrí el armario y revisé la ropa, preguntándome qué podría ponerme que fuese cómodo pero elegante. En menos de dos minutos había escogido un vestido de tirantes blanco y unos zapatos altos que me harían arrepentirme de mi decisión.

Ya vestida, me hice unas ondas en el pelo y utilicé un maquillaje muy natural que agrandara mis ojos y disimulara en cierta forma lo dolida que estaba. A quién quería engañar. Colton me gustaba, mucho, y saber de primera mano que no era correspondida me endurecía la mirada.

Ya lista, bajaba la escalera cuando llamaron al timbre.

Salí con rapidez de casa, siendo recibida por la frescura de la noche. Mientras me dirigía al coche que había delante de mi puerta, no pude evitar contemplar el precioso cielo nocturno, cubierto por puntitos brillantes y ramas de árboles alzándose hasta parecer tocarlos.

Maribel bajó la ventanilla de la puerta del copiloto y silbó.

—Cielo, estás guapísima. No me puedo creer que te haya dado tiempo a todo esto en treinta minutos.

—Soy muy rápida —contesté, mientras subía al coche. Tenía puesto el aire acondicionado.

—¿Quieres quedarte en Coria o ir a Sevilla centro?

—Sevilla centro —contesté, poniéndome el cinturón de seguridad—. ¿Sabes de algún sitio donde podamos tomar algo con calma?

—Sí, y uno de los mejores.

Durante el trayecto, Maribel me pidió que le contara lo que había pasado. Y, al hacerlo, pude notar lo realmente mosqueada que estaba. Mi voz se agitaba cada segundo que pasaba y mi enfado aumentaba. Ella sólo me escuchó, asintiendo mientras conducía. Cuando terminé, dijo:

—Vaya…, no me esperaba esto de Colton.

—Ni yo —admití—. Quizá he malinterpretado sus intenciones desde el principio. La forma en la que ambos vivimos las emociones puede ser diferente. Para él puedo ser algo pasajero, anecdótico, mientras que a mí me da

vueltas la cabeza cada vez que lo huelo o lo veo. Es como un enigma que me muero de ganas de descifrar. Que me moría de ganas de descifrar.

Ambas nos miramos, paradas en un semáforo en rojo. Fuimos incapaces de no sucumbir a la risa.

—¡Mentirosa! Sigues colada por él, pero haces bien en marcar tus límites. Para ser sincera, no entiendo qué ha podido pasar. Es bastante raro, y no creo que sea tan gilipollas como para haberte dejado plantada.

—Pero si alguien te propone quedar y tú ya has quedado, ¿por qué no plantearlo para otro día? Aunque tal vez habría sido peor. —Al ver que dudaba, me expliqué—: Tampoco me ha hecho mucha gracia saber que ha quedado con las dos a la vez.

—Pero sigue sin cuadrarme, Sofía. Es amigo de tu padre, y, por el respeto que le tiene, no jugaría contigo. Incluso me atrevería a decir que le has gustado mucho como para aventurarse a besarte.

Maribel aparcó en el primer sitio que encontró. Había bastante gente de todas las edades, y nos dirigimos hacia una mesa de uno de los locales. Había un grupo que comenzó a hacer gestos hacia nosotras y a llamar a Maribel con silbidos.

A medida que nos acercábamos, el volumen de la música aumentaba.

—Son antiguos compañeros, te caerán genial.

Asentí y mis dudas sobre la poca conexión que pudiese tener con aquel grupo de aspecto *hippy* desapareció. Todos ellos fueron bastante cálidos conmigo. Maribel me presentó y en menos de veinte minutos yo ya era como una más del grupo. Mientras estaba con ellos, conseguí que mi mente se alejara de Colton y de Yuko.

Del grupo, Hugo era el más ligón y por lo visto había intentado durante varios años tener algo con Maribel, hasta que supo de su sexualidad. Parecía un cantante alternativo de esos que se pasean por los bares con el único propósito de disfrutar y conocer gente nueva. Se parecía un poco al cantante Leiva, pensé. Un sombrero viejo, el pelo rizado hasta los hombros y una barba corta eran sus rasgos más característicos, sin contar los pendientes que le llenaban la oreja ni el de la nariz y la ceja.

—Así que Sofía… ¿Sabes lo que significa tu nombre?

Estrella, otra de las del grupo, de largo pelo rubio platino, puso los ojos en blanco.

—Oh, no, otra vez ese truco no. ¡Actualízate, Hugo!

—¡Está ocupada, gañán! —soltó Maribel, riéndose—. Llegas tarde. Un japonés se te ha adelantado.

—Oh, así que un japonés, ¿eh? —dijo Estrella, guiñándome un ojo—. ¿Has notado el choque de culturas?

Abrumada por tener toda la atención puesta en mí, me tomé un tiempo antes de responder.

—Pues… No sé… Yo…

—¡Sofía! ¡Qué casualidad! ¿Qué haces aquí? —preguntó una familiar voz masculina.

Giré la cabeza y vi a Isamu, el hermano de Ami. Me levanté y le di dos besos. Me fijé en que iba bastante arreglado y acompañado por un grupo de chicos. Sus amigos murmuraron algo y caí en la cuenta de que varios de ellos eran extranjeros, mientras que dos parecían sevillanos.

—Hola, Isamu, ¿qué tal? He salido a tomar algo con unos amigos.

—Estás muy guapa —dijo sonrojándose—. El blanco te sienta muy bien.

Esbocé una sonrisa.

—Gracias. A ti te queda muy bien esa camisa azul —le devolví el piropo, encontrando refrescante su sonrojo e inocencia, a pesar de que teníamos la misma edad.

—Oye, yo… ¿podría hablar contigo a solas? Será sólo un momento.

Oculté mi sorpresa y le dije que sí. Le comenté a Maribel que volvería en cinco minutos y ella asintió, examinando a Isamu concienzudamente. A juzgar por su mirada, sabía quién era.

El hermano de Ami les dijo algo a sus amigos, que continuaron adelante sin él. Ambos nos alejamos de la mesa a la que yo había estado sentada y crucé los brazos, esperando a que hablara.

—¿Qué quieres decirme?

—Quería disculparme.

—¿Disculparte? Pero ¿por qué?

—Por lo que sucedió la última vez que nos vimos, en casa de Colton.

—No tienes que preocuparte —dije, haciendo un gesto con la mano—. Ya está olvidado.

—Aunque Ami sea amiga de Lucía, quiero que sepas que no fue su intención herirte. Lo digo en serio.

—Está olvidado, Isamu. No es algo que tenga en mente.

—Vale —musitó, mirándome con un brillo en sus ojos del que no me

percaté hasta ese momento—. Pensé que te vería en la cena.

Frunciendo el ceño, sacudí la cabeza.

—¿Cena?

—Sí, hemos estado Colton, Yuko, mi hermana y la clase de kárate cenando en un restaurante en Coria. ¿No te avisaron?

—Eeeh… tenía planes —musité.

—Yuko se ha presentado hoy en la escuela de kárate. Vive en Extremadura con sus padres, pero a veces se viene a Sevilla. Creo que no tiene muchos amigos allí. Ha hablado de ti.

—¿Yuko?

—Sí, dice que te ve bastante ágil.

Ambos sonreímos, él quizá por timidez, yo por la incomodidad de no entender nada de lo que estaba sucediendo. ¿Por qué me contaba aquello?

—Me gusta el kárate. Y Colton es muy buen profesor.

—Pues hoy no parece estar de muy buen humor. En la cena apenas toleraba las bromas de Pablo.

Me encogí de hombros, mientras sonaban las canciones mezcladas de todos los *pubs* y el sonido de la gente al hablar. Estaba tan relajada que sólo me apetecía volver a la mesa y tomarme mi copa, ajena a Coria y a Colton.

—Eso es raro. Colton se caracteriza por ser una persona bastante comedida.

—Pues hoy era justo lo contrario. Yuko estaba sorprendida, no entendía qué le pasaba. Bueno, nadie en verdad. —Isamu soltó una suave carcajada, contagiándome su buen humor.

No fui consciente de su acercamiento hasta que me cogió una mano. No me aparté, pues era ajena a sus intenciones y pensamientos.

—Yo… Sé que te irás en septiembre, Sofía. Y que no hemos tenido ocasión de conocernos…

Mi móvil comenzó a sonar, interrumpiendo su torpe discurso. Isamu se calló, azorado. Musitando una disculpa, saqué mi teléfono del bolso. Era mi padre.

—Perdona, es mi padre.

—Claro, responde.

Sin esperar más, atendí la llamada, tapándome el oído libre con un dedo para poder oír con más claridad lo que mi padre me decía.

—¿Papá? ¿Va todo bien?

—Sofía, acabo de llegar de casa de Yoshio. Me he encontrado tu coche con

dos ruedas pinchadas y los dos espejos retrovisores arrancados, tirados en el suelo. Además de marcas hechas con llaves.

—¿Cómo? —pregunté, incapaz de ocultar mi sorpresa—. Pero ¿cómo puede ser?

—No tengo la menor idea, pero deberías volver a casa ya.

—Ahora mismo voy.

Colgué con rapidez e intenté meter el móvil de nuevo en el bolso, pero mis temblorosas manos me impedían abrir la cremallera. Isamu me ayudó.

—¿Va todo bien?

—No, tengo que volver a Coria. Le pediré a Maribel que me lleve y…

—Yo te puedo llevar —se ofreció él, caminando a mi lado mientras me dirigía hacia donde estaba Maribel—. Hemos venido en mi coche, mis amigos pueden apañárselas solos.

—¿Estás seguro de que no les importará?

Maribel estaba a apenas dos metros de mí. Cuando nuestras miradas se encontraron, se levantó de la silla con rapidez y vino a mi encuentro.

—Sofía, ¿qué ha pasado? Estás pálida.

—Me han destrozado el coche. Tengo que volver a casa.

—Yo puedo llevarla —volvió a ofrecerse Isamu, captando la atención de ambas—. No me supone un problema.

—¡Ni a mí! —exclamó Maribel—. Nos vamos ahora mismo.

—Yo iré con vosotras.

—Pero ¿para qué? —soltó Maribel, frunciendo el ceño—. Si yo tengo coche.

—Conozco a su padre; soy incapaz de quedarme aquí sabiendo lo que ha pasado. Voy a ir de todas formas —replicó Isamu.

—Maribel, quédate tú, no tiene sentido que vayamos tantos. Mañana… —Consciente de que debía darme prisa, decidí no seguir—. Luego te mando un mensaje. No hagas planes para mañana, ¿vale?

Ella asintió, antes de darme un abrazo y observar cómo nos alejábamos. Isamu les mandó un mensaje de voz a sus amigos mientras nos dirigíamos hacia su coche. Físicamente me encontraba allí, mentalmente estaba a kilómetros y kilómetros de distancia, dándole vueltas una y otra vez a lo que me había dicho mi padre.

Sentía un ligero malestar provocado por la mala noticia. ¿Quién lo habría hecho y por qué? ¿Tendría algo que ver con la peluquería? Sumida en mis pensamientos, me subí de forma mecánica en el coche, mientras apretaba la

tela del bolso entre mis dedos, intentando calmar mis nervios.

—¿Estás bien?

Me encogí en el asiento y asentí.

—Sí. Sólo… intento atar cabos. Lo de la peluquería, mi coche… —*Colton,* añadí en mi mente—. No entiendo por qué pasa todo esto.

—¿Crees que guarda relación con lo de la peluquería?

—¿Y por qué no? —Apreté los dientes, incapaz de disfrutar del oscuro paisaje que se veía por la ventanilla.

Aunque Isamu intentó mejorar mi estado de ánimo, hasta que llegamos a casa de mi padre no pude calmarme. Él me esperaba en la puerta, hablando con un policía. Vi los daños en mi coche bajo la luz de una farola. Me bajé antes de que Isamu aparcara y me dirigí hacia allá con toda la velocidad que pude.

Lo inspeccioné con rapidez: dos ruedas completamente rajadas, los espejos retrovisores en la acera, fragmentos de cristal de diferentes tamaños por doquier… y las puertas llenas de arañazos que debían de haber hecho con una llave. Algo en mi interior se quebró ante la siniestra y repulsiva escena, que desprendía un intenso ensañamiento.

Mi padre fue consciente de mi estupor cuando nuestras miradas se encontraron. La mía transmitía miedo, rabia y tristeza, y la de él, culpa. No pude evitar volver a pensar que no era bienvenida en el pueblo, que por más que intentara comenzar de nuevo, todo se torcía.

Cuando pude recuperarme de la impresión, estaba en el coche de Isamu con mi padre. Al prestar atención, entendí que nos dirigíamos a poner una denuncia en la comisaría. Al parecer, mi padre había llamado primero a uno de sus compañeros, temiendo que la persona autora del hecho pudiese estar todavía por allí, aunque supuse que era más una estrategia por su parte. Él siempre iba un paso más adelantado que yo. Después de todo, eso formaba parte de su trabajo.

Un par de horas más tarde y tremendamente cansados, salimos de la comisaría. Isamu nos esperaba fuera, de pie, aunque yo le había insistido en que volviese con sus amigos. Parecía cansado también, y mi padre lo invitó a tomar algo en casa. Yo le estaba agradecida por su ayuda, pero sólo quería ponerme ropa cómoda y acostarme. Olvidarme del desplante de Colton y del ataque que había sufrido mi coche.

Isamu había dejado el coche no muy cerca de la comisaría, pues le había sido

imposible encontrar aparcamiento, y mientras caminábamos para ir a buscarlo, yo en absoluto silencio, cruzamos un paso de peatones y alguien nos pitó. Asustada, di un pequeño salto antes de irme hacia la acera. Cuando el conductor bajó la ventanilla, vi que era Colton.

A su lado iba Yuko. Estaba igual de guapa y radiante que por la mañana, como si no le afectara el paso de las horas. Yo había tenido la oportunidad de mirarme en uno de los cristales de la comisaría; grave error.

—¿Todo bien? ¿De dónde venís? —preguntó Colton, seguramente extrañado por vernos a los tres a aquellas horas de la noche.

—Alguien ha destrozado el coche de Sofía —explicó mi padre.

El semáforo se puso en verde, por lo que los otros coches comenzaron a pitar cuando Colton no se movió, obstaculizando el tráfico. Nos hizo un gesto para que aguardáramos y avanzó varios metros para aparcar en una zona de descarga y poner las luces de emergencia. Luego se bajó y vino con rapidez hacia nosotros, con Yuko detrás.

Incluso cansada, desanimada y enfadada, fui incapaz de no apreciar lo guapo que estaba. Y mi adormecido cuerpo respondió ante su olor y su cercanía, reviviéndome, dándome esa chispa que me faltaba. Deseaba tanto volver a besarlo, perderme en sus brazos y en su sabor, al mismo tiempo que le expresaba lo dolida que estaba por su desplante…

Cuando nuestros ojos se encontraron, yo entreabrí los labios, humedeciéndomelos. Él clavó la mirada en ellos.

—Colton, podrías haber continuado. Te habría llamado más tarde —dijo mi padre.

—Después de lo que me has dicho no. ¿Estás bien? —me preguntó, recorriéndome el cuerpo con la mirada.

—Sí; ha ocurrido mientras yo estaba fuera —respondí, cruzando los brazos al notar un repentino escalofrío.

—¿Qué ha sido?

—Dos ruedas pinchadas, los espejos retrovisores arrancados y marcas en la carrocería. —Mi padre se encogió de hombros, aunque frunció el ceño—. Quien haya sido se ha ensañado bien.

—Maldito cobarde… ¿Necesitáis algo?

—No. Isamu nos ha acercado, y ya nos íbamos para casa.

—Puedes marcharte —dije yo con voz neutra a pesar de estar consumida de… ¿celos? Sí, reconocí, me escocía verlos juntos—. Nosotros ya nos íbamos

de todos modos.

Durante un segundo a los ojos de Colton asomó el dolor. Luego lo ocultó.

Sin importarme lo más mínimo, aceleré el final de aquel encuentro.

—Papá, quiero irme ya a casa. Estoy cansada.

—Mañana hablamos, Colton. Yuko, me alegro de verte. —Ella murmuró algo. Mi padre hizo un gesto con la mano antes de darse la vuelta y continuar.

Caminando entre Isamu y él, sólo una vez me atreví a mirar atrás, y fue un tremendo error. Porque Colton seguía allí parado, ignorando a Yuko, que le hablaba en japonés, confusa.

Supe con toda seguridad que teníamos una charla pendiente y que él mismo se encargaría de que así fuese. Sólo era cuestión de tiempo que explotara la tensión que había entre ambos.

Esperaba estar preparada cuando llegara el momento.

Una vez llegué a casa y estuve un rato con Isamu y mi padre, me despedí de ellos y fui directa a mi habitación. Después de quitarme el maquillaje y la ropa, le mandé un rápido mensaje a Maribel en el que le decía que al día siguiente por la mañana, en el trabajo, ya le contaría cómo había ido todo; por supuesto, no les dije nada a mi madre ni a Eli. No me apetecía volver a recordar lo que había sucedido.

Sentada en la cama, miré la caja donde estaba el diario de mi abuela. Era tarde, el día siguiente trabajaba hasta las dos y sabía que ponerme a leer sólo conseguiría restarme horas de descanso: pero era incapaz de no avanzar en la historia de Linda y Jun. Lo necesitaba. Necesitaba marcharme mentalmente de donde me encontraba, y sólo el diario lo conseguía. Además, dudaba que fuera capaz de conciliar el sueño fácilmente.

Así pues, cogí el diario, me tiré en la cama y lo abrí justo por donde me había quedado. La siguiente anotación era de mediados de mayo.

«Supe que mi matrimonio había acabado cuando Manolo adoptó la costumbre de llegar tarde a casa, a altas horas de la noche. Al principio no me había percatado, pero un sábado a la hora del almuerzo, al pasar él por mi lado para llevar su plato a la cocina, capté un olor femenino a jazmín.

Aburrida y sin saber nada de Jun, me dediqué a seguirlo varias noches, hasta que lo vi en el bar de Domingo. Junto a él, una mujer de poderosas curvas y cabello oscuro le acariciaba el antebrazo. Manolo se dejaba, riéndose con cada cosa que

ella le decía, y pude apreciar entre ambos una fuerte atracción. Quizá más de ella que de él.

Alguna que otra noche ambos volvíamos a los brazos del otro, cuando la soledad era asfixiante y necesitábamos calor humano. Yo conseguía disfrutar del acto sexual y de él, aunque no podía evitar que Jun ocupase mi mente y lo viese más de una vez en esos momentos. Me sorprendía la jugada maestra de mi cabeza, engañándome y haciéndome percibir su olor. Y era entonces cuando alcanzaba el clímax, apretándome contra el cuerpo masculino y dejando que hiciera conmigo lo que quisiera.

Manolo, por su parte, disfrutaba y se dejaba llevar. Aunque por ninguna de las dos partes había amor. Ya no.

En el pueblo comenzaban a murmurar, sobre todo cuando las visitas de Manolo a esa mujer se intensificaron. Yo no dije ni hice nada. Muy a mi pesar, empezó a extenderse el rumor de que mi marido se estaba convirtiendo en un mujeriego y yo, en una esposa sumisa y traumatizada.

Si supiesen que yo y sólo yo había comenzado aquella guerra…

Tuve que enfrentarme a uno de mis mayores miedos a finales de mayo, cuando me enteré por Carmen de que Koyuki estaba enferma. Muy enferma. Después de mi último encuentro con Jun, había hecho todo lo posible por mantenerme alejada de él, renunciando a ir a sitios donde podíamos coincidir. Pero Koyuki me había ayudado en el peor momento de mi vida ,y sabía que nuestro distanciamiento la había herido.

Me armé de valor y, después de arreglarme a conciencia, una tarde preparé un bizcocho y compré un ramo de lavanda. Salí de casa con reticencia, casi arrastrando los pies, mientras me repetía una y otra vez que no debía mirar a Jun ni hablarle. Es más, debía contener la respiración cada vez que pasara por mi lado. De esa forma no me afectaría.

Ilusa de mí. Cuando llegué, la mujer de Jun me recibió con una cálida sonrisa. Al entrar, lo vi de pie en el salón, con los brazos cruzados y mirándome fijamente. Ni mis sueños le hacían justicia, pensé con dolor.

El corazón se me aceleró como las alas de un colibrí al oírle decir mi nombre.

—Linda… Me alegra que hayas venido.

Koyuki estaba sentada a la mesa, y cuando giró la cabeza hacia mí, las rodillas me temblaron. Parecía que hubiesen pasado diez años; su rostro era sólo un pálido reflejo de lo que fue. Delgada y con los rasgos afilados, como si llevase varios días con el estómago vacío. Sin contenerme, me acerqué a ella y la abracé, tras haber dejado antes en la mesa baja todo lo que había traído.

—Koyuki… ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

—Yo… bien —respondió sin dejar de sonreír. Su palidez era preocupante, igual que su vidriosa mirada, quizá a causa de la fiebre.

—Te he traído un bizcocho; es el favorito de Manolo y dice que es lo que mejor

sé cocinar. Se vuelve loco por él. —Koyuki se secó una lágrima con rapidez, emocionada por mis palabras—. Y un ramo de lavanda. Ese olor siempre me hace pensar en ti.

—Gracias —murmuró, con voz ronca—. Muchas gracias.

Cuando hizo el gesto de abrazarme, yo la rodeé con los brazos, un poco más fuerte, notando muchos huesos y poca carne. Sin separarme de ella, miré a Jun con una ceja alzada. Él desvió la mirada.

—¿Qué te pasa, Koyuki?

—Me cuesta…

—Le cuesta respirar —dijo Jun cuando su madre comenzó a toser.

Al ver que no paraba, le alcancé el vaso de agua que había en la mesa y se lo acerqué a los labios.

—Tranquila. Creo que será mejor que no hables. Quizá se te seca la garganta —dije con preocupación—. ¿Habéis ido al médico? Puede ser un resfriado. Debería haberte traído un caldo.

—Akiko ha preparado caldo, pero no come.

Jun comenzó a hablar en japonés en un tono más alto. Por su timbre pude deducir que estaba molesto con su madre. Ella parecía ajena a todo, como si su enfermedad fuese algo que ya había aceptado. Jun y su esposa empezaron a discutir. Ella, en tono bajo pero decidido. Envidiaba su voz suave y tierna.

Koyuki volvió a hablar, dirigiéndose tanto a su hijo como a su nuera. Vi que ambos se marchaban, dejándonos a solas. Confusa, fruncí el ceño.

—¿Va todo bien?

—Les he pedido que nos dejaran… solas —dijo con dificultad, pensando las palabras que escogía—. Ellos… pesados.

Yo sonreí.

—Están preocupados por ti.

—Te he extrañado, Linda. Jun… también.

Sentí calor en mis mejillas y bajé la mirada, queriendo ocultar mi vergüenza.

—Lo siento, Koyuki. No… ha sido fácil. Mi marido y yo…

—Lo sé todo, Linda —me interrumpió. Me cogió las manos entre las suyas, huesudas y delgadas—. Sé que ha pasado algo entre tú y mi… hijo.

—No, no, de verdad que no. No hemos hecho nada, y…

—Me refiero… sentimientos —dijo con esfuerzo, aclarándose la garganta—. Sé que estás enamorada de mi hijo. Puedo ver… tus ojos brillan cuando lo miras.

Como a un niño al que hubiesen pillado con las manos en la masa, sólo pude dejar caer los hombros y la cabeza. Me avergonzaba hasta límites inimaginables que ella conociese mis sentimientos hacia Jun. Quería negarlo, pero ¿cómo?

—No quería que fuera así —admití.

—Él… es diferente con Akiko desde que tú estás.

—No quería afectar a su matrimonio. Lo siento. Ese es el motivo por el que me

he mantenido alejada todo este tiempo. Creo que ya he hecho suficiente daño.

—Nosotros no controlamos esto —murmuró, llevándose la mano al pecho.

—Ella es una buena mujer.

—Lo es. Ambas sois buenas mujeres. Tú también.

—No —susurré con lágrimas en los ojos. La culpabilidad brotó de mí como si no pudiese estar más tiempo escondida, vaciándome—. Yo no soy una buena esposa, Koyuki. He destrozado mi matrimonio.

—Castigarte por… amar no es justo. Amar es crear, Linda.

Asintiendo, volvió a estrecharme entre sus brazos. Ella me consolaba a mí, cuando debería ser al revés. Yo no estaba enferma, al menos no físicamente.

El resto de la tarde estuvimos hablando de diferentes temas. Sobre las ocho Akiko volvió de la compra con un montón de verduras y pollo. Justo cuando pensaba irme, Jun entró en el salón para cerciorarse de que todo iba bien.

—¿Ha ido Akiko a comprar? —pregunté.

—Hai.

—Voy a cocinarte algo con lo que ha traído —le dije a Koyuki con determinación, levantándome.

—No es necesario…

—Por supuesto que lo es —la interrumpí con una sonrisa—. Todos los que han probado mi puchero acaban recuperándose. Y tú no serás menos. —Miré a Jun, que estaba de pie con los brazos cruzados en la puerta que comunicaba con el pasillo.

Él asintió y se hizo a un lado, no sin antes llamar a su mujer, que apareció con rapidez. Ella se quedó en el salón con Koyuki, mientras su marido me acompañaba a la cocina, que, para mi sorpresa, era bastante parecida a la mía. Quizá había esperado algo más oriental, pensé con una sonrisa mientras sacaba todo lo que había en las bolsas de la compra.

Cogí la olla más grande que vi y la llené de agua. Comencé a lavar las verduras bajo la atenta mirada de Jun.

—Me alegra que hayas venido.

—Por supuesto; tu madre es importante para mí —susurré, concentrada en lo que hacía.

—Pensaba que… me odiabas.

—¿Odiarte? ¿Por qué?

—Por… Ya sabes por qué. —Su acento fue como una caricia en mi cuello, igual que en el recuerdo de nuestro último encuentro. Podía notar la cercanía entre ambos.

—No te odio, no sería justo. Simplemente hago lo que considero que es más adecuado. Mantener las distancias.

Mientras ponía la olla llena de condimentos a calentar, vi que en otra bolsa había pescado. Me volví hacia Jun y me humedecí los labios. Había una distancia

prudencial entre nosotros, pero mi mente comenzaba a crear imágenes en mi cabeza. Imágenes que me atormentaban y me hacían sentir fuego en la piel.

—¿Puedo utilizarlo? Creo que a tu madre le vendría bien pescado a la plancha. Es muy blando y suave para el estómago.

—Por favor —murmuró, inclinando la cabeza.

El delicioso olor del puchero comenzó a sentirse. Me dirigí a la única ventana que había en la pequeña cocina y, estirándome, intenté llegar hasta la manivela que me permitiría abrirla. Di dos saltos, pero nada. Me puse de puntillas cuando noté una fuente de calor a mi espalda. Me quedé inmóvil ante su cercanía, mientras mi corazón latía desbocado, difundiendo deseo caliente por mis venas.

Jun abrió la ventana, pero no se alejó de mí. Sus dedos acariciaron mi cabello y luego mi cuello con la yema de dos dedos.

—Lo he intentado, Linda… Y creía que lo había conseguido, hasta que has aparecido con tus labios rojos y tu melena suelta. No deberías haber vuelto.

Sin volverme, contuve el aliento. ¿Estaba diciendo lo que yo creía? ¿Me deseaba? Mis manos temblaban, con los brazos caídos a los costados. Mis rodillas amenazaban con dejarme caer, hasta que se inclinó para acercar su boca a mi oído.

—¿Puedo? —susurró con voz ronca.

No lo pensé ni un segundo. Asentí. Sus labios se acercaron a mi mejilla y presionaron con delicadeza. Me puso las manos en la cintura, y pude sentirlas a través de la tela de mi vestido. Me volví con lentitud entre sus brazos, pero hasta que no vi sus ojos a centímetros de los míos no supe que era real. Jun me deseaba. El fuego ardía en su mirada con hambre y violencia.

Se inclinó hasta acercar sus labios a los míos, y encajaron como si hubiesen sido creados para encontrarse. Perfectos. Ese simple toque sirvió para prender la primera chispa, que acabaría por devorarme en un incendio de lujuria y pasión.

Lejos de la ternura, entreabrí los labios para recibir su lengua. Eso nos hizo gemir casi como si nos hubiésemos quemado. Él me apretó contra la pared, apresándome. Sin querer perder el poco tiempo que teníamos, me prometí que en otra ocasión disfrutaría y observaría su cuerpo desnudo, a pesar de que dudaba de que fuera a tener otra oportunidad.

Le desabroché los pantalones, notando contra mis dedos la dureza de su erección. Él palpaba mi cuerpo a través de la ropa, sin dejar de besarme. Sus dedos consiguieron colarse por el cerrado escote de mi vestido, y sentir sus manos contra mis erguidos pezones fue un tremendo alivio… que dio como resultado más hambre y deseo de él.

—Linda… —murmuró contra mis labios.

Oír mi nombre en su boca siempre me había parecido excitante.

Mi cuerpo se había vuelto casi líquido entre sus manos, y sólo pude callar mis gemidos contra su boca cuando acarició mi sexo. Me sorprendía lo mucho que disfrutaba de su contacto en aquella parte de mi cuerpo. Él se centraba en el punto

más sensible, lo que me ocasionaba olas y olas de inmenso placer.

Unos ruidos en el pasillo nos hicieron quedarnos quietos. Sin apartar la mirada el uno del otro, ni él detener el movimiento de sus dedos, alcé una pierna y le rodeé la cadera con ella.

Cuando el silencio volvió a reinar en el pasillo, sólo se oían las válvulas de la olla del puchero. Cogí su pene con una mano y lo llevé hacia mi sexo. El primer contacto nos hizo gemir, estremeciéndonos en los brazos del otro.

Arqueada hacia atrás, una lágrima se deslizó por mi mejilla al sentir un beso en cuello. La conexión entre los dos era máxima, no había nada ni nadie entre nosotros. Estábamos en otro mundo, donde ni él ni yo estábamos casados. Donde no había cabida para culpas ni deberes.

Poco a poco fue introduciéndose en mi sexo hasta que estuvo dentro por completo. Su mirada, oscurecida, no se apartaba de mí. Su respiración, agitada, se mezclaba con los gruñidos que hacía al entrar y salir, expresando placer. Yo me agarraba al marco de la ventana con una mano, y con la otra a su hombro, recibiendo sus embestidas.

Sus dedos volvieron a obrar la magia, acariciándome donde más lo necesitaba y acercándome al orgasmo. Sentía su pene entrando y saliendo, causándome cosquilleos que, junto con sus caricias, acabaron por precipitarme al mayor placer que jamás había experimentado.

—Jun… —suspiré.

Él apenas necesitó unos segundos más antes de llenarme con su simiente. Abrazados, me agarraba a su camisa con los puños como si me fuera la vida en ello, no quería separarme de él. Deseaba volver a experimentar ese encuentro, pero con menos rapidez, donde pudiese estudiar cada centímetro de su piel y saborearla.

Él alzó la cabeza unos centímetros, arrebatándome el aliento. Era tan enigmático…, era tan él…

Al escudriñarme el rostro con sus atractivos ojos, supe que estaba total y ciegamente enamorada de Jun».



11

Lo bueno de trabajar los sábados era que entrábamos más tarde y salíamos antes. Al verme en el espejo aquella mañana, acepté que iba a tener ojeras hasta que acabara el diario, aunque merecía la pena. El primer encuentro entre mi abuela y Jun me había… sorprendido. Gratamente. Y, para no mentir, había sido imposible no dejarme llevar mientras lo leía. Imágenes de Colton y de mí habían atormentado mis sueños por la noche, haciéndome despertar confusa, acalorada y… excitada.

Por supuesto, al levantarme y recordar mi fallida cita y el estado de mi coche, mi buen humor desapareció.

Cuando me estaba terminando el desayuno, mi padre entró en la cocina. Llevaba puesto un chándal.

—Buenos días. ¿Hoy entras más tarde?

—Buenos días. Sí. Y salgo antes.

—Bien, entonces te esperaré para el almuerzo. ¿Te apetece algo en especial?

—Lo que quieras —respondí mientras recogía los platos.

—De acuerdo. Voy a dar un paseo con Yoshio, que ambos necesitamos movernos un poco. Si necesitas coche, puedes coger el mío. He llamado a un compañero y tendrá tu vehículo listo el lunes. Le es imposible antes.

—No pasa nada, está bien así. Iré andando a la peluquería, y esta noche supongo que iremos en el coche de Maribel.

—¿Esta noche?

—María, mi antigua compañera de la peluquería de Fátima, me ha invitado a

una pequeña fiesta en su casa.

Mi padre frunció el ceño.

—Está bien. Luego hablamos.

Nos dimos un abrazo antes de marcharme. Al salir, un intenso cielo azul y despejado me recibió junto al canto de unos pájaros. Emprendí el trayecto a la peluquería respondiendo mensajes, sobre todo a mi madre y a mi grupo de amigas. Cada vez veía más difícil que fuesen a venir a Coria, aunque admitía que, después de conocer a Maribel, ya no me sentía tan sola. Su presencia había marcado un antes y un después en mi vida social en el pueblo.

Durante la mañana, en la peluquería, apenas tuvimos tiempo de hablar. Dolores no paraba de coger citas, mientras su hija y yo intentábamos acabar con las clientas a la hora prevista y así no hacer esperar a las demás. Al final del día me sentía los brazos cansados de tanto alisar cabelleras con el cepillo y el secador. Maribel, por su parte, tenía las manos un poco hinchadas de lavar cabezas. Alguna vez que otra, al mirarnos, nos dirigíamos una sonrisa cómplice.

Al terminar, Dolores nos trajo unos refrescos mientras recogíamos la peluquería. Me senté en uno de los sillones de los lavacabezas y Maribel ocupó el otro.

—Guau, vaya día, ¿eh?

—Y el lunes habrá más —dije con una sonrisa.

—Gracias a ti la peluquería ha subido como la espuma —dijo ella, y yo esbocé una sonrisa en señal de agradecimiento—. Por cierto, ¿qué tal anoche?

—Ya hemos puesto la denuncia y el lunes tendré el coche listo. ¿Sabes?, cuando me llamó mi padre y me contó lo que había pasado, no pude evitar pensar que no soy bienvenida aquí.

—¡No digas tonterías! —replicó Maribel, dándome un empujoncito en el hombro con suavidad.

—El caso es que le he estado dando vueltas al asunto y creo que lo de la peluquería de Fátima podría estar relacionado con lo de mi coche.

—¿Crees que hay alguien obsesionado con hacerte la vida imposible?

—¿Y por qué no? —pregunté, bebiendo un trago del refresco—. Ya no sé qué pensar. Isamu fue muy amable, hasta se ofreció a llevarnos a la comisaría.

—Se le ve buen chaval —respondió—. Y creo que le gustas.

—¿Qué? —Fruncí el ceño antes de soltar una carcajada—. Anda ya.

—¡Lo digo en serio! No sabes cómo te miraba. Y lo entiendo. A Hugo

también se le caía la baba.

Negué con la cabeza y desvié un poco la conversación.

—Pues anoche me encontré con Colton. Cruzábamos el paso de peatones cuando nos pitó un coche.

Maribel abrió los ojos de par en par, llevándose una mano a la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. Era él, y estaba con Yuko.

—Volverían de la cena. ¿Te dijo algo?

—Estaba tan cansada y de tan mal humor que nos despedimos con rapidez. —Me levanté y tiré la lata a la basura—. Por cierto, no habrás hecho planes, ¿verdad? María me ha invitado a una fiesta en su casa y me gustaría ir contigo. ¿Me acompañas?

—Sí, claro, pero ¿ella sabe que vas con alguien?

—Se lo comenté antes de aceptar y accedió. ¿Puedes venir a recogerme a las diez? Va a haber comida y bebida. Creo que a esa hora estará bien.

—De acuerdo, a las diez paso a recogerte.

Tras despedirme, volví a mi casa con cierta sensación de derrota. No pude evitar preguntarme si Colton y yo volveríamos a hablar o si, por el contrario, todo había terminado ya, si es que había tenido un principio. La noche anterior me había parecido ver determinación en su mirada, e incluso algo desconocido para mí. Dudaba que fuera a estar en la fiesta, momento más que adecuado para hablar. Con gran esfuerzo, hice lo posible por apartarlo de mi mente y disfrutar del fin de semana.

Aquella noche, después de mirar mi armario una y otra vez, llegué a la conclusión de que no tenía la más mínima idea de qué ponerme. Miré toda la ropa que había tirada sobre la cama como posibles conjuntos y suspiré. Ninguno me convencía. Di unos pasos hacia atrás para elaborar nuevas combinaciones en mi cabeza cuando mi pie golpeó contra una silla sobre la que estaba la caja de mi abuela y todo el contenido se cayó al suelo.

—Maldita sea…

Me agaché y recogí y guardé en la caja el diario, el álbum de fotos, el par de cartas junto a la flor disecada y el vestido blanco.

Una fugaz idea cruzó mi mente.

Volví a coger el vestido, me levanté y me lo puse ante el cuerpo, mirándome

en el espejo. Me llegaba por debajo de la rodilla y era de cuello *mao* y manga corta. En la parte de abajo tenía unas garzas alzando el vuelo, de color azul. Era un vestido precioso. Lo había lavado unos días atrás, y, curiosamente, no tenía arrugas.

¿Sería demasiado formal? Pensé en combinarlo con unos zapatos algo más informales que le restaran seriedad.

Acaricié la tela con los dedos y sonreí.

Una hora más tarde y ya arreglada, esperaba a Maribel en el salón. Me había puesto los zapatos informales y me había maquillado también de manera informal. Mi padre, al verme, palideció.

—¿Y ese vestido? —preguntó con voz temblorosa.

—Estaba dentro de la caja de la abuela. ¿Te gusta?

—Te queda genial, cariño —susurró con los ojos húmedos.

Pasaron unos interminables segundos antes de que se aclarara la garganta y hablase de nuevo. Parecía ausente y anclado en algún punto del pasado.

—Aún recuerdo la primera vez que vi a mi madre con él puesto. Es como si os estuviese viendo a las dos ahora mismo.

—Papá…

Me levanté y lo abracé, frotándole la espalda. Al separarnos, me quiso hacer una foto.

—Listo. La imprimiré y la pondré al lado de la de tu abuela.

—¿Tienes una de la abuela llevando este vestido? —pregunté con impaciencia.

Mi padre se agachó y abrió la parte de abajo de un mueble. Sacó un álbum de fotos, se sentó a mi lado y comenzó a rebuscar, pasando las páginas con rapidez.

—Aquí la tienes.

La miré y suspiré.

—Dios mío, qué guapa era.

—Igual que tú, sólo que en rubia.

En la foto, mi abuela sonreía ampliamente. Debía de tener unos treinta y algo y llevaba el mismo pasador de nácar en el pelo que le había visto en otra foto. Su melena clara y corta, junto a sus labios rojos, hacían de ella una mujer hermosa y muy llamativa. Me sonrojé al recordar todo lo que había vivido y su aventura con Jun. ¿Lo sabría mi padre? Preferí no preguntar. A juzgar por la inocencia y dulzura de su mirada, él no tenía la más mínima idea.

—¿De dónde sacó el vestido?

—No lo sé, nunca me lo dijo. —Mi padre se encogió de hombros y fue a guardar el álbum—. Pero siempre lo cuidaba como una de sus pertenencias más queridas, y ese pasador también. Aunque no sé dónde está. Cuando falleció, hice una buena limpieza de su casa y no lo vi.

En ese momento sonó el claxon de un coche.

—Esa será Maribel. Pásalo bien, ¿de acuerdo? Desconecta.

—Gracias, papá. Tú sal y diviértete con Yoshio. Sois muy jóvenes —dije de buen humor mientras me dirigía a la puerta.

—Por supuesto que voy a salir. ¿Pensabas que eras la única que se divierte?

Solté una carcajada antes de coger el bolso e irme. Pesaba bastante, porque había guardado el diario en su interior. Cerré la puerta y aún oí un comentario divertido de mi padre.

—¡Sofía! Me alegro de que hayas venido. Estás muy guapa —dijo María al abrirme la puerta. Entonces vio a mi acompañante—. Hola, Maribel, ¿qué tal? Pasad, pasad. ¿Te han servido entonces las indicaciones que te di por el móvil? He preferido celebrar la fiesta en la casa de mis padres. Se han ido de viaje y he pensado que aquí estaríamos más cómodos.

—Digamos que es el sentido de orientación de Maribel lo que ha hecho que hoy estemos aquí —respondí entrando.

La música estaba bastante alta y había muchísima gente. No pude evitar pensar que María había invitado a demasiadas personas.

Entramos en el salón, donde había una gran mesa llena de comida y bebidas. Luces de colores colgaban de las paredes y daban un toque juvenil. En un enorme sofá cubierto con una funda estaba Isamu junto a Lucía y a Ami. Hablaban animadamente, mientras sostenían una bebida cada uno. Los tres iban muy bien arreglados, y, a juzgar por sus sonrojados rostros, llevaban un rato bebiendo.

Al vernos, todos menos Lucía se levantaron para saludar.

—¡Sofía! Me alegra verte aquí.

—Gracias, Ami, igualmente. Hola, Isamu.

—Hola —dijo él, sonriendo con amplitud. Sus ojos se clavaron en mi vestido—. Estás muy guapa; ese vestido te queda genial.

Lucía, detrás y aún sentada, apretó los labios.

—Gracias, era de mi abuela —dije con rapidez, algo azorada—. Ella es Maribel, por si alguno de vosotros no la conocéis —cambié de tema, rodeándome con los brazos.

Estuve gran parte de la noche yendo de un lado a otro con un vaso en la mano. Conocí a nuevas personas con las que pasé un buen momento de charla. Cuando me dirigía al patio, para tomar un poco de aire fresco, pasé por el cuarto de baño de abajo, donde me encontré a Maribel hablando con una mujer de pelo rubio. A juzgar por la cercanía de sus rostros y la complicidad que parecían tener, había atracción entre ellas.

Sin interrumpirlas, continué mi camino y sonreí.

Me fui a una esquina alejada del jardín, y me quedé mirando a los que bailaban en el centro. Había intentado numerosas veces acercarme a bailar con María o con Maribel, pero siempre acababa con bebida tirada sobre mis pies o mis manos y llevándome pisotones. Sin contar varios intentos de hombres ya borrachos, incapaces de entender una negativa o una mirada fulminante.

Con la espalda apoyada en la pared, noté que alguien me tocaba el hombro.

Isamu apareció a mi derecha.

—¿Ganas de estar a solas?

—Más bien de alejarme del bullicio —dije en voz bastante alta por el volumen de la música.

—Parece que Maribel lo está pasando bien.

—¡Sí! —dije, soltando una carcajada—. Es una seductora en toda regla.

—¿A ti no te apetece divertirte con nadie?

—Digamos que no estoy de humor para tener mucho contacto —respondí, esbozando una amistosa sonrisa—. ¿Y tú? He dado alguna que otra vuelta y Lucía parecía bastante interesada en ti.

Isamu se sonrojó y negó reiteradas veces con la cabeza.

—No, no, para nada.

—Es guapa, Isamu. Que no seamos amigas no me impide verlo.

—No es eso —replicó con suavidad, rascándose la cabeza con nerviosismo —. Yo… estoy interesado en otra persona.

Recordé las palabras de Maribel y me tensé. Isamu era un chico bastante agradable y guapo, pero Colton estaba a otro nivel. No había hombre que pudiese igualarlo, desde su porte misterioso y enigmático hasta su mirada felina. Nunca había sentido la atracción que sentía por él, que hacía que todo lo que había alrededor se desvaneciese.

Mi corazón dio un vuelco. Lo echaba de menos.

—¿Sofía?

—¿Qué? Oh, perdón. Estaba… pensando en otra cosa.

La poca luz que había hacía que sólo viese parte de su rostro. Me obligué a centrar la atención en él. Era lo mínimo que se merecía, después de pasar gran parte de la noche anterior llevándome a casa y luego a la comisaría.

Me sentí decepcionada cuando cogió mi mano libre y la apretó con la suya.

—Isamu…

—Déjame conocerte, podemos llevarlo con tranquilidad. Sé que tienes planeado marcharte y…

—Yo…

Cuando Isamu se inclinó para darme un beso, no sentí nada. Supe que para él había sido un intento desesperado de captar mi atención. Él era tímido, y estaba segura de que se habría imaginado las cosas de otra forma, igual que me había pasado a mí con Colton. Qué injusta era la vida, pensé con ironía. Ambos estábamos colados por la persona equivocada.

Cuando se apartó, la tristeza que vi en su mirada fue un puñal directo a mi pecho.

—Lo siento —susurré, mordiéndome el labio inferior. Tenía que ser sincera con él—. Estoy… estoy enamorada de otra persona, Isamu —dije con pena, pues así lo sentía—. Sería muy fácil salir contigo, pues tienes todo lo que cualquier chica podría querer.

Le di un beso en la mejilla antes de marcharme. Busqué a Maribel por todos los rincones, pero no la encontré. Le dejé un mensaje de voz y salí a la calle, donde había algunos invitados fumando y hablando. Estaba bastante lejos de casa y sin coche, y comencé a barajar diferentes opciones. Tampoco quería marcharme tan temprano: apenas eran las doce y media de la noche.

Alcé la mirada y contemplé la luna llena. El oscuro cielo estaba cubierto por miles de estrellas y las observé durante unos segundos.

Sabiendo que hasta al cabo de un buen rato Maribel no respondería al mensaje, decidí buscar en mi móvil algún sitio donde pudiese tomar un café. Necesitaba algo que me mantuviese despierta al menos durante las tres próximas horas. Finalmente, encontré una tienda de veinticuatro horas y me compré un café.

Me dirigí hacia el parque que había detrás de la casa donde se celebraba la fiesta. Me sorprendía que incluso allí hubiese gente que antes había visto en el

patio, ya que reconocí varios rostros. Casi todos los bancos estaban ocupados, aunque tuve la suerte de ver uno vacío justo debajo de una farola. Podía oír los grillos y una suave brisa que movía las hojas de los árboles.

Me senté, saqué el diario de mi abuela de mi bolso y lo acaricié con la mano libre, mientras daba unos sorbos al café.

Un intenso calor se instaló en la zona baja de mi vientre al recordar lo último que había leído. ¿Era posible conocer a una persona con la que sentir tal deseo? Y si era así, ¿no deberíamos todos tener la oportunidad de disfrutarlo al menos una vez? Abrí el diario y releí las últimas frases que había leído la noche anterior.

Temblé y suspiré. Podía leer aquel encuentro erótico entre mi abuela y Jun una y otra vez…

—Llevas ya mucho rato en esa parte —dijo una ronca voz masculina.

Asustada, cerré el diario con rapidez y me levanté casi de un salto, dándome la vuelta.

Colton estaba pegado al banco, y me pregunté cuánto tiempo llevaría allí. ¿Habría leído algo del diario?

Me permití el lujo de disfrutar de él, de volver a verlo a solas. Aunque no tenía por qué decírselo.

—Colton, me has asustado.

—¿No me has oído llegar?

—Demonios, no. Te habría dicho algo —murmuré, dejando el diario sobre mi bolso—. ¿Qué haces aquí?

—Sabía que vendrías a la fiesta y, conociéndote, dudaba que fueras a estar todo el rato dentro. Aunque, de ser así, habría entrado a buscarte, la verdad —admitió, dando la vuelta al banco para acercarse a mi lado. Su rostro se endureció—. Tenemos que hablar.

—Está bien, aquí me tienes —dije, encogiéndome de hombros.

—Estás a la defensiva —observó.

—No, no lo estoy. Simplemente me ha decepcionado mucho todo lo que ha pasado.

—No es como tú crees, Sofía. —Se acercó otro paso más y pude captar su olor. Fresco y húmedo—. Ya te dije que Yuko se presentó sin avisar. Le dije que tenía planes esa noche y pidió unirse. No tenía tu número, por eso quería hablar contigo después de la clase, pero… nada salió como esperaba.

—¿Por qué no me hablaste de ella?

—¿Para qué? No sabía que venía, es sólo una compañera. No tenía sentido.

—¿Y ayer?

—¿Por la noche? La llevaba de vuelta a casa de Isamu y Ami; allí es donde se queda. No sé qué te han contado María y Lucía para que me mires como si no me conocieras, pero no es cierto. Además, yo podría preguntarte por qué no me saludaste cuando nos viste.

—Yo… —Tragué saliva, incómoda bajo el escrutinio de su mirada. Me sentía idiota—. Bueno…, corría el rumor de que era tu… —Avergonzada por lo que parecía ser una actitud infantil, me sonrojé—. ¿Qué más da?

—Te han dicho que tenía algo con ella, y en vez de preguntarme decidiste…

—¡No decidí nada! —lo interrumpí enfadada—. En ningún momento pensé que tuvieses algo con ella hasta que, en medio de la clase, me enteré de que habíais quedado para ir a cenar. Ella en ningún momento contó conmigo.

—Ni siquiera te conoce, ni yo le dije quién eras. —Al ver mi rostro, suspiró —. Sofía, tú eres la que siempre ha intentado esconderlo. Yo simplemente quería complacerte.

Vi que se iba acercando poco a poco, hasta que no quedaba apenas distancia entre ambos. La sonrisa que esbozó me desarmó, lo mismo que el gesto que hizo al acariciarme el pelo.

—Estás muy guapa. Incluso me atrevería a decir que este vestido te queda mejor a ti que a tu abuela. —Al ver mi confusión, continuó—: Me enseñó una foto.

Ambos sonreímos. Estiré la mano para coger la suya y acariciarla con los dedos. Hasta ese momento no me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos, lo mucho que me gustaba tenerlo cerca. Después de lo de Isamu, era más consciente de mis sentimientos hacia Colton, y de lo peligrosos que podían ser si no eran correspondidos.

—¿Por qué estás aquí?

—He traído a Ami y a Isamu. Ambos van a beber, así que les he pedido que cojan un taxi a la vuelta.

—¿Has estado aquí todo este rato?

—Sí. Quería verte.

Dudaba que hubiese alguien en aquel parque que sonriera con tanta intensidad como yo. Aparté los ojos de su mirada para centrarme en sus labios. Carnosos, adictivos… Quería probarlos. Me humedecí los míos y suspiré.

Como si Colton siguiera el hilo de mis pensamientos, estuve a punto de

saltar de alegría cuando se inclinó hacia mí. El momento en que nuestras bocas se tocaron, algo se desató en mi interior. El deseo comenzó a correr como tinta por mis venas, despertando cada poro de mi piel. Me pegué a su cuerpo por completo, dejando escapar un gemido contra sus labios.

Me perdí en el sabor de su boca, en el roce de su lengua contra la mía. Mi cuerpo se incendió bajo el vestido que llevaba, reclamando más de Colton. Cuando se separó, no pude evitar protestar. Él sonrió.

—Me alegra saber que no soy el único que ha extrañado al otro.

Su respiración estaba agitada, igual que la mía. Seguíamos pegados el uno al otro, y yo no pensaba renunciar a su calor ni a su contacto. Lo necesitaba. Al estar tan cerca, podía ver una porción de piel de su pecho entre botón y botón de su camisa. ¿Cómo era posible que sintiera tanto deseo sólo con un beso o por tener su cuerpo contra el mío?

—Quiero que confíes en mí, Sofía —dijo. Se me erizó el vello de la nuca—. Yuko y yo tuvimos algo en el pasado, hace unos cuantos años, pero se acabó. Para mí ella es sólo una vieja amiga. Igual que yo entiendo que Pablo…

—Espera, espera —dije, interrumpiéndolo—. Tú también no.

—¿Qué pasa?

Parecía confuso.

—He tenido que aguantar que varias personas me pregunten si salimos o si hay algo entre nosotros, cuando ni siquiera hemos quedado ni una sola vez.

—Le gustas. —Colton me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Puedo ver cómo te mira cada vez que estamos en kárate.

Solté una carcajada, divertida.

—Oh, vamos.

—Él siempre te está buscando. Pero tú a él no.

—Ah, ¿sí? ¿Y a quién miro yo? —susurré, con la cabeza alzada.

—A mí, siempre me miras a mí —dijo con una sonrisa, y depositó un casto beso en mi boca—. Recuerdo las primeras veces que te pillaba. Acababas sonrojándote y cabizbaja, como si hubieses hecho algo malo.

—Me intimidabas, y no eras tan simpático como ahora.

El buen humor que había entre ambos resultaba placentero. Deseaba quedarme así para siempre, entre sus brazos.

Dimos un paseo por el parque. Disfruté como una niña de que me cogiera la mano y hablásemos con total tranquilidad, como si nos conociésemos de toda la vida y no hubiese secretos entre nosotros. El aire nocturno se colaba entre

mis piernas, en un vil intento de levantarme el vestido, aunque yo lo paraba con una mano. Colton tuvo la idea de ir a un bar cercano a tomar algo, pero estaba cerrado.

Seguimos paseando y, cuando me estremecí, Colton se paró.

—Tienes frío.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Un poco. Soy bastante friolera y no me he traído nada con que taparme. ¿Tienes una cazadora que dejarme?

—Aquí no. ¿Quieres volver a casa o seguir fuera? Podemos ir a mi piso y coger una chaqueta. Luego buscar un sitio donde tomar algo. ¿Qué te apetece hacer?

No terminaba de acostumbrarme a la amabilidad de Colton. Ninguno de los chicos con los que había salido era así. Barajando las distintas posibilidades, asentí y crucé los brazos.

—Me gustaría ir a por una chaqueta. No quiero volver aún, pero estoy congelada.

El trayecto de vuelta al coche y a su piso fue bastante corto, apenas unos veinte minutos, quince de los cuales estuvimos hablando y riéndonos, junto con alguna que otra caricia. Yo intentaba recuperar el tiempo que habíamos perdido grabando a fuego en mi mente su rostro, su voz y su marcado acento japonés. Temía que otra persona pudiese interponerse otra vez entre nosotros y volviésemos al punto de partida.

Ya en su apartamento, Colton me ofreció un jersey fino. No hizo falta que me mirase en un espejo: sabía que me quedaba fatal. Justo antes de marcharnos, le pedí que me dejara ir al cuarto de baño. No había ido durante toda la fiesta.

Estaba terminando de lavarme las manos cuando el timbre sonó. Extrañada, decidí quedarme en el baño. Oí que Colton abría la puerta y empezaba a hablar en japonés. Luego una voz femenina respondía.

Toda la ilusión que pudiese haber sentido desapareció para dar paso a un escalofriante estremecimiento. No me hizo falta mucho esfuerzo para reconocer la voz de Yuko. Me repetí que no tenía de qué preocuparme, que el hecho de que fueran las dos de la madrugada no implicaba nada, que quizá se había quedado sin sal… Una voz en mi cabeza se rio ante la lógica de mi pensamiento.

Cogí aire y seguí escuchando la conversación, sin entender absolutamente

nada. Y de repente se hizo el silencio. No se oía nada. ¿Se habría ido? No había oído la puerta al cerrarse. Temiéndome lo peor, tragué saliva y salí. Me detuve en el pasillo que comunicaba con el salón, donde ellos estaban. Yuko se encontraba a apenas unos centímetros de Colton, mirándolo fijamente. Él estaba de espaldas a mí, sin decir nada.

Yuko, al verme, se llevó una mano a la boca.

—¡Sofía!

Colton me miró sobre su hombro. Sin saber qué hacer, me abracé a mí misma.

—Hola, Yuko.

Ella volvió a centrarse en el hombre que tenía delante. Una triste sonrisa asomó a su bonito rostro. Estaba guapísima, con el cabello largo y suelto y una falda oscura que mostraba sus piernas.

—¿Es ella? ¿Ella es la razón por la que estuviste tan serio en la cena? Hasta tus alumnos se dieron cuenta de tu malestar. —Se volvió en mi dirección—. Pensaba que era por otro motivo. —Azorada, forzó una sonrisa—. Os dejo a solas. Espero no haber causado problemas. Sofía… Colton… —musitó, dirigiéndole una mirada llena de anhelo.

El sonido de la puerta al cerrarse me sobresaltó. Al quedarnos a solas, fui incapaz de moverme. Colton se acercó a mí y me frotó los brazos, haciéndome entrar en calor a pesar de que en su apartamento no hacía frío.

—¿Estás bien?

—Así que está enamorada de ti. No la culpo, la verdad.

—Está confusa.

—¿Qué pasó entre vosotros? —me aventuré a preguntar, incapaz de mirarlo —. ¿Tú la dejaste?

—Fue hace unos años, Sofía. ¿De verdad quieres saberlo?

—Sí —susurré—. Quiero saber más de ti. No me importa con cuántas hayas estado, Colton, es tu pasado. Sólo quiero comprender por qué sucede una cosa u otra.

Finalmente, acabamos quedándonos en su casa. Colton me ofreció algo de beber, pero solo le pedí un vaso de agua. No me entraba nada, tenía el estómago cerrado. Sentados en el sofá frente a frente, apoyé la cabeza en el respaldo y esperé.

La escasa luz del salón iluminaba parte de su rostro, el otro quedaba en sombra. Con esa luz sus rasgos se intensificaban, y lo veía más atractivo que

nunca. Deseaba acortar la distancia y apoyarme en él mientras lo escuchaba, pero supuse que hurgar en su pasado no le haría mucha gracia. Tenía que prestar atención.

—Como te dije, me casé en Japón, con la que fue mi novia durante varios años. La conocí en un evento de kárate. Ella estaba en la recepción, dándonos las credenciales a los participantes. Se quedó embarazada apenas unos cinco meses después de la boda. —Se quedó callado y giró el rostro. Quizá no quería que viese el sufrimiento que le causaba hablar de su hijo nonato—. Yo era el número uno en Japón y mi sueño era seguir ascendiendo. A medida que mi fama crecía, también lo hacían los días que permanecía fuera. Hanako se quejó con todo el derecho del poco tiempo que pasábamos juntos. Cada vez que nos veíamos, su barriga había crecido. Yo no estaba disfrutando del proceso. Era ajeno a él.

Al ver que su voz temblaba, de forma apenas perceptible, estiré una mano y la coloqué en su rodilla.

—Puedes saltarte esa parte, Colton.

—Ya ha pasado mucho tiempo. Lo he superado —dijo, antes de proseguir con el ceño fruncido—. Hanako estaba de cuatro meses cuando tuvo un accidente de camino al trabajo. Un coche la golpeó por detrás cuando ella paró el suyo al encontrarse cerrado el carril por el que iba. El impacto fue bastante fuerte e inevitable. —Colton hizo una pausa. Intentaba mostrar indiferencia, pero un tic en su mandíbula me revelaba lo afectado que estaba—. Al enterarme, tardé un día entero en ir al hospital. El daño ya estaba hecho, Hanako no podía mirarme a la cara. El divorcio no tardó en llegar.

—Pero no fue tu culpa —murmuré.

—Lo fue: en el momento del accidente estaba discutiendo conmigo por teléfono. —Colton giró la cabeza y, al ver mis ojos húmedos, añadió—: No te pongas triste, Sofía. He aceptado que fue un accidente. Podría haber pasado en otro momento.

—No es justo —susurré, mientras él me atraía hacia su pecho. Apoyada sobre él, notaba los latidos de su corazón bajo mi oreja.

—En muchos de los campeonatos y congresos vine a España —prosiguió —. Acabé enamorándome de la paz que se respiraba en Sevilla. Quería empezar de nuevo, no tener en mi mente una y otra vez el horrible accidente. Cuando pude, me retiré y pedí el visado para venir a vivir aquí por trabajo. Mi tío, Yoshio, ya llevaba años en Coria, así que enseguida supe dónde me

quedaría. Invertí mis ahorros en abrir la escuela y en poco tiempo funcionó a la perfección. Tu padre ya era amigo de mi tío, y me ayudó con todo el proceso; de ahí surgió nuestra amistad, aunque esa parte de la historia creo que ya la conoces.

Sonreí contra su pecho. Él debió de notarlo, porque me tiró con suavidad del pelo.

Luego continuó:

—Tres años más tarde conocí a Yuko. Como sabes, cada cierto tiempo nos juntamos un grupo de japoneses de Sevilla. Ella vivía aquí con su padre, pero se acabaron mudando a Extremadura. Yuko intentaba unirse al grupo siempre que podía. Poco a poco surgió algo entre nosotros.

—¿Una relación?

—No exactamente. Es decir, todos sabían que teníamos algo, pero yo no me veía preparado para volver a sentar la cabeza. Era demasiado pronto. Acabé notando presión por parte de la familia de Yuko y ella parecía bastante ilusionada, por lo que decidí poner fin a algo que ya tenía fecha de caducidad. Aún tuvimos algún que otro encuentro, pero no era lo que ella quería.

Así que habían follado en un intento de paliar la soledad, como habían hecho mis abuelos. Al pensar en ello, fruncí el ceño.

—Pasaron algunos años y ahora has aparecido tú.

Puse los ojos en blanco.

—No pareces muy feliz —bromeé.

El calor de su mano sobre mi espalda me abrasó.

—No sé cómo sentirme. Hace tiempo que… no tenía la urgencia de cerciorarme de que alguien está bien. Ni tampoco el hecho de no dejar de pensar en ti. Lo hago noche y día. Es bastante molesto no tener tanto control de mí mismo como lo tenía antes de conocerte.

Alcé la cabeza lo justo para tener sus ojos frente a los míos y su boca a veinte centímetros. Éramos diferentes, pero esas diferencias eran las que nos unían. Ni nuestras culturas ni nuestras personalidades se parecían, y quizá ése fuera el motivo de que sintiésemos una atracción tan fuerte.

Estaba sobre su cuerpo y, a pesar de ser altas horas de la noche, me sentía más despierta y viva que nunca.

—No lo tengas —susurré, llevando una mano a su cuello y acariciando su cabello—. No tengas ese control de ti mismo conmigo.

La mano que tenía libre descansaba sobre su pecho, justo sobre su corazón.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, fui subiendo con lentitud hasta el primer botón. Hasta que no vi un brillo en su mirada no me atreví a desabrocharle el primero, con parsimonia. Colton se incorporó lo necesario para alcanzar mi boca y besarme.

Por un momento olvidé cuál era mi propósito. La forma en que sus labios acariciaban los míos, acoplándose con total perfección, y el primer contacto de su lengua borraron de mi mente todo pensamiento lógico. Me apreté aún más a él. Respondí al beso con ansia, al mismo tiempo que mi respiración se agitaba.

Y justo en ese momento noté su erección en la parte baja de mi abdomen. Me permití el lujo de deleitarme en el hecho de saber que había sido yo quien había conseguido esa reacción y, por lo tanto, que no era la única que se moría de ganas de impregnarme de su sabor.

Desabroché otro botón con mis temblorosos dedos. Él puso una mano sobre la mía.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó con voz ronca, escudriñándome con sus ojos brillantes por el deseo.

—Sí. ¿Tú no?

Colton suspiró y empezó a quitarme el jersey que me había dejado.

—Creo que sabes la respuesta.

Y la sabía, latía justo debajo de mí. Me incorporé para que pudiera quitarme el jersey por la cabeza. Lo veía a través de la maraña de mi cabello. La sonrisa que apareció en su rostro me confundió, pues era diferente a las que solía dirigirme.

—Eres preciosa —dijo de pronto.

Abrumada por la situación, lo ayudé a quitarme también el vestido. Me di la vuelta y fue el turno de Colton de torturarme. Notaba la yema de sus dedos en mi espalda, demorándose y acariciando la piel que dejaba expuesta, como si quisiera grabar en su mente cada una de las partes de mi cuerpo. Cuando terminó por descubrir mi espalda, deslizó el vestido por mis brazos, hasta dejarme completamente desnuda de cintura para arriba.

Suspiré, sintiendo una inesperada timidez. Él no podía ver mis pechos, pues seguía detrás de mí.

Di un pequeño respingo cuando, desde mi espalda, sus manos fueron a mis senos, apenas rozándolos. Mis pezones se endurecieron al momento. Bajé la mirada y me deleité en la hermosa imagen de sus dedos explorando la tierna

piel de mis pechos, llevando los pulgares a las duras cimas de mis pezones y presionando.

Me pegué a su torso y alcé la espalda, dejando caer la cabeza en el hueco que había entre su cuello y su hombro.

Colton me dio un beso en la sien.

—Tiemblas —susurró.

—Porque te deseo —respondí, buscando sus labios.

El siguiente beso que nos dimos no fue suave y sí mucho menos gentil. Dejé que su lengua entrara en mi boca, mientras me embriagaba con su agradable olor y sus caricias en mis pechos. Un intenso y húmedo calor comenzaba a empapar mi ropa interior, a la vez que una sensación de placer electrizante me recorría una y otra vez. Sin aguantar más, me di la vuelta y le rodeé el cuello con los brazos, pegándome a él.

No quise perder ni un segundo más y le quité la camisa. Me deleité unos segundos mirando la piel que quedaba expuesta, antes de bajar por su cuello, dejando un reguero de besos y suaves mordiscos que consiguieron arrancarle algún que otro gruñido. Colton no se quedó quieto, sino que aprovechó para deshacerse de mi vestido, que se había quedado alrededor de mi cintura, dificultándonos el trabajo.

Sólo con braguitas y con zapatos, tuve serios problemas para no sonrojarme cuando sus ojos me recorrieron de arriba abajo, parándose en mi rostro y pechos, parcialmente tapados por mi cabello.

Yo sonreí.

—Deja de mirarme así.

—¿Te estás poniendo roja? —preguntó, mientras señalaba mis mejillas.

—No —mentí. No me creyó.

Llevé las manos hasta su pantalón para desabrochárselo y bajárselo, arrastrando también la ropa interior. Hasta que no estuvo completamente desnudo, no me fijé en su rígido miembro, erguido contra su vientre. Su oscuro vello dejaba verlo con total claridad.

Mis piernas temblaban, y supe que no aguantarían mi peso mucho más, pero no podía dejar de mirarlo. Colton parecía la estatua de un dios, tumbado en el sofá, con un brazo sobre la cabeza y las piernas entreabiertas, mostrándose en toda su plenitud.

Me senté entre sus piernas y coloqué las manos en sus muslos. Se los acaricié de arriba abajo, hasta que se acercó a mí para besarme. Aproveché ese

momento para llevar una mano a su erección y acariciarla, mientras escuchaba sus cortos suspiros y gruñidos.

—Desnúdate, Sofía.

—Espera —susurré contra sus labios.

Una parte de mí quería saborearlo, acariciarlo y grabarlo en mi mente por si no se repetía el encuentro. Y pensaba disfrutarlo al máximo. Sin apartar los ojos de él, acabé colocándome de rodillas entre sus piernas.

—Sofía…

Interrumpí lo que fuese a decir justo cuando probé su sabor, agachando la cabeza para llegar hasta su sexo. Sorprendida gratamente, conseguí coordinar mis caricias con la boca y las manos, consiguiendo lo que tanto había esperado de él: su rendición total. Cuando pasé la lengua por la pequeña hendidura del glande, un gruñido proveniente de lo más profundo de su interior salió por su garganta, excitándome. Me moría de ganas de que me tocara y acariciara, pero antes pensaba derribar todas sus barreras.

Metí la punta brillante y carnosa en mi boca, absorbiéndolo. Sus caderas se agitaron con brusquedad. Colton dijo algo en japonés antes de agarrarse con las manos al sofá, con los nudillos blancos por la fuerza con que lo apretaba.

Poco a poco fui bajando y deslizando la lengua por su miembro, tomándome los envites de sus caderas como una respuesta más que positiva. Podía ver lo mucho que disfrutaba de mis caricias por la tensión de su cuerpo y de su rostro, cubierto por una suave película de sudor. Justo cuando iba a llevar una mano hacia sus testículos, Colton me agarró de las caderas.

—Ven aquí.

Me colocó sobre él y giró conmigo con bastante facilidad. Ahora estaba prisionera entre el sofá y su cuerpo, completamente embriagada por su sabor. Las tornas habían cambiado. Sus labios volvieron a devorar los míos, acariciando mi lengua y recorriendo cada rincón. Al mismo tiempo, sus manos deslizaron mis braguitas por mis piernas. Su rostro se ocultó en mi cuello, que lamió y mordió hasta conseguir enloquecerme. Estaba completamente sensible a sus caricias.

Él fue bajando con dolorosa lentitud hasta mis pechos. No retiró su mirada de la mía cuando se metió un pezón en la boca, mientras acariciaba el otro con la mano para no dejarlo desatendido. Nunca había sentido mucho placer en los pechos, pero verlo allí y sentir sus caricias me llevaba más allá de cualquier placer lógico.

Cuando se fue al otro pecho, no pude por menos que gemir al verlo húmedo por su lengua. Alcé las caderas lo justo para frotarme contra él. Ansiaba que sus manos y su boca llegasen hasta mi sexo. Él respondió a mi movimiento desplazándose más abajo, con los labios curvados en una seductora sonrisa. Me levantó las caderas y ocultó la cara entre mis muslos. Aguanté la respiración.

—Hueles tan bien, Sofía…

Mis mejillas ardieron por su comentario. Nerviosa, solté una risita, que se cortó en seco cuando noté su aliento en mi carne.

El primer roce de su lengua me produjo un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza. Como si supiese cuál era el núcleo de mi deseo, dónde nacía cada uno de mis temblores, sus labios se dirigieron a mi palpitante clítoris. Se concentró en él y lo absorbió en su boca.

Las sensaciones que me recorrieron eran completamente desconocidas para mí. Abrí los ojos y gemí. Enredé las manos en su pelo y arqueé la espalda de forma involuntaria, entregada a las olas de placer que me invadían sin piedad. ¿Cómo demonios sabía Colton dónde tocarme? Su lengua recorría mi sexo y luego, cuando estuve lo suficientemente preparada como para no sentir dolor, añadió un dedo.

Con unos pocos movimientos más, Colton comprendió perfectamente el ritmo de mi cuerpo, la presión que tenía que hacer en mi clítoris y la velocidad de sus dedos para hacerme llegar al clímax. Como si de una cascada se tratara y yo cayese por ella, mi orgasmo me arrancó varios gemidos mientras me zambullía en un estado de máximo placer y alivio, para quedarme luego laxa entre sus brazos.

Confusa, me pregunté cómo había pasado. Nunca había tenido un orgasmo de tal intensidad, al menos con pareja. Sola era otra historia.

Sin fuerzas para moverme, sólo pude sonreír cuando Colton se colocó sobre mí. Nos besamos con pasión renovada, con su erección entre mis piernas, apretando para entrar.

—Voy a por un condón —dijo al separarse de mí.

Notándome sonrojada, asentí.

—Vale.

—No te avergüences, Sofía. —Me acarició la mejilla con los dedos—. Me gusta saber que me deseas tanto como yo a ti.

Lo miré alejarse desnudo en dirección a su cuarto, ofreciéndome una buena

vista de su trasero. Me incorporé sobre los brazos, todavía temblorosa. Sí, me había corrido como nunca en toda mi vida, pero lo deseaba una vez más. Quería sentirlo en mi interior, y dudaba que con una sola vez se calmara mi voraz apetito.

Al verlo regresar, suspiré. Me humedecí los labios. Tenía una seguridad natural que lo hacía aún más atractivo. Me fijé en su erecto pene, aún más hinchado. En el glande había una gota de líquido seminal. Y a pesar de ello, Colton sólo se centraba en mí, en todo el placer que pudiese darme.

Las sombras que la tenue luz dibujaba sobre su esbelto y trabajado cuerpo me hechizaban. Parecía un guerrero salido de la oscuridad, con su atractivo semblante y su felina mirada. Justo antes de que se colocara sobre mí, lo detuve.

—Dámelo, yo te lo pongo —susurré, quitándole el pequeño envoltorio de la mano.

Sentada frente a él, que estaba de pie, tenía en primer plano su miembro. Abrí el sobrecito y se lo coloqué con cuidado. Una vez estuvo listo, me incliné para dar un beso en el ancho tronco y otro en la ingle.

Tenía las manos en la parte de atrás de sus muslos, acariciándoselos. Alcé la cabeza. Me contemplaba. Sus ojos parecían negros.

—No sabes cuánto te deseo, Colton —admití, tragando saliva.

Los labios masculinos se entreabrieron. Se fue colocando sobre mí con parsimonia, abriéndome los muslos con sus caderas. Ambos nos estremecimos cuando nuestros sexos entraron en contacto. Ardíamos en el mismo fuego, consumidos el uno por el otro. Cuando encontró mi entrada, me moví hacia abajo para facilitárselo.

Yo suspiré. Él gruñó.

Me agarré a sus caderas, clavé la yema de los dedos en él y sentí cómo me abría poco a poco. Sin dejar de mirarnos, me di cuenta de que Colton intentaba memorizar todas las expresiones que me provocaba. Cuando entró por completo, salió con lentitud para volver a introducirse en mí.

—Sigue —susurré con dificultad, volviendo a sentir fuego en mis entrañas.

Colton estableció un ritmo regular bastante placentero para los dos. En un intento por sentirlo aún más si era posible, lo rodeé con mis piernas. Respondía a todos sus envites, me sentía resguardada en el cuerpo de él y en las sensaciones que me provocaba.

Dio la vuelta llevándome con él con apenas un movimiento de brazo y acabé

yo encima.

Miré a Colton con una ceja alzada y él asintió. Comencé a moverme arriba y abajo, encantada de cómo observaba mis pequeños pechos moverse al ritmo de mis movimientos. Sus manos vagaban por mi cuerpo, acariciando mis senos, mi abdomen, mi trasero… En un momento dado, me agarró las caderas y marcó el ritmo, haciendo que nuestros sexos encajaran por completo y lo sintiera en lo más profundo de mi ser.

Murmuró algo en japonés. Yo gemí.

Aceleré el ritmo cuando una nueva oleada de placer despertaba en mi interior. Sabía que era otro orgasmo y quería alcanzarlo. Moví las caderas con mayor rapidez, frotando mi clítoris contra su pelvis. Él, atento a mis necesidades, llevó una mano al tenso nudo y comenzó a acariciarlo con los dedos, presionando con la justa firmeza como para ayudarme a llegar al éxtasis.

Sin energías, acabé apretada contra su pecho. Él no necesitó mucho más, las contracciones vaginales causadas por mi orgasmo fueron decisivas para que también llegara al suyo, dando unas cuantas embestidas más antes de acabar.

El sonido de nuestros sexos al entrar en contacto, el olor de la habitación, nuestros cuerpos entrelazados y cubiertos de sudor…, todo creaba una atmósfera perfecta en la que me sentía completamente a gusto. Allí, entre los brazos de Colton, encontré la mayor paz que nunca había experimentado. Mi corazón poco a poco comenzaba a recuperar un ritmo regular, pero no del todo. Me sentía tan complacida y feliz de estar con él que me era imposible no mostrar excitación.

Le di un beso en el pecho, sin poder dejar de sonreír.

Colton me dio uno en la cabeza, desarmándome un poco más.

—¿Has disfrutado?

Ha sido el mejor polvo de mi vida, pensé. En su lugar dije:

—Mucho. Ahora que te he probado, no creo que pueda mantener mis manos alejadas de ti.

Su pecho vibró por la risa contenida. Sus brazos me apretaron, mientras decía algo en japonés, quizá olvidándose de que yo no lo entendía.

—¿Y tú? —pregunté, incorporándome lo justo para mirarle—. ¿Has disfrutado? ¿Te ha gustado?

Colton frunció el ceño.

—Pareces preocupada.

—No, en absoluto —murmuré, acariciando su pecho con los dedos—. Sólo… quiero saber si tú has disfrutado tanto como yo.

—Lo he hecho, Sofía. Mucho.

Su mirada disipó las dudas que pudiese tener. Adicta a su boca, volví a engancharme a sus labios para robarle uno o dos besos más. El húmedo roce de su lengua abriéndose paso en mi boca me hizo temblar y volvió a despertar una pequeña llama de pasión.

Suspirando, me incorporé para que saliera de mi interior. Colton suspiró también con fuerza y se quitó el preservativo.

—¿Te apetece una ducha?

—Sí —respondí, antes de seguirlo. Lo rodeé con los brazos por detrás—. ¿Vamos a dormir juntos?

—Si quieres… —susurró, mirándome por encima del hombro. Luego se puso serio—. A mí me gustaría que te quedaras.

Una vez más, sonreí tanto como para iluminar todas las calles de Coria. Mientras nos dirigíamos al cuarto de baño entre besos y caricias, ignoré esos sentimientos que me hacían dudar de si lo que sentía por Colton era algo más que atracción. Habría días para pensar en ello, me dije, mientras él abría el agua caliente y me hacía un gesto para que entrara.

En ese momento sólo quería volver a zambullirme en él, impregnarme de su esencia. Vivir el momento.



12

Al día siguiente me desperté después de que mi móvil sonara en repetidas ocasiones. Cuando me levanté de la cama y oí el sonido del agua al caer, señal de que Colton estaba en la ducha, me fui hacia el salón de puntillas. Cogí mi móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de Maribel. Le mandé un mensaje con rapidez, contándole que estaba bien y proponiéndole que quedásemos para almorzar y así ponernos al corriente de todo. Luego silencié el teléfono y volví desnuda a la cama, tapándome con las sábanas hasta arriba, mientras notaba que me ponía roja como un tomate.

El agua había dejado de oírse.

Recordé lo que había pasado en el sofá, y luego en la ducha. Había disfrutado más que en ninguno de mis encuentros con otros hombres. Colton se había preocupado por mi placer, se aseguraba de que disfrutaba, observando mis gestos y mis gemidos. Sin lugar a dudas había sido el mejor sexo de mi vida. Aunque esperaba que no el único.

No supe cómo reaccionar cuando oí las pisadas de Colton acercándose al cuarto. Me incorporé y apoyé la espalda en el cabecero. Al verlo entrar, sonreí. No pude evitar admirar la perfección que lo rodeaba, o cómo la luz del sol que entraba por la ventana iluminaba su torso desnudo y su cara.

Se acercó a mí, llevando sólo unos pantalones vaqueros. Todavía le quedaban algunas gotitas de agua por el torso.

—Buenos días.

—Buenos días —susurré, aceptando el beso que me daba—. ¿Es muy tarde?

—Las once —respondió, sentándose a mi lado y acariciándome la mejilla. Su olor masculino y fresco me rodeó—. ¿Has dormido bien?

—Genial —admití con voz temblorosa, mientras su mano bajaba por mi cuello. Tiró de la sábana que cubría mis pechos, exponiéndolos.

—¿Tienes hambre?

—Mucha —respondí, sin pensar en la comida y sí en él—. Estoy hambrienta.

Colton sonrió, llevando sus dedos hasta uno de mis pechos. Jugó con el pezón, acariciándolo con infinito cuidado.

—Estás preciosa.

Tú más. ¿Te puedo comer?, quise decir. Coloqué mi mano encima de la de él, notando su fuerza y su firmeza. La apreté contra mi pecho.

—¿Por qué no te tumbas conmigo? —pregunté, cogiéndole la mano y llevándola a mi boca. Deposité un beso en cada uno de sus dedos, para luego lamerle el pulgar sólo con la punta de la lengua.

Su mirada se oscureció, y pude apreciar que un bulto aparecía en sus pantalones. Genial, porque yo estaba muy excitada. El calor que sentía entre las piernas me hizo frotar los muslos uno contra otro. Él se percató del gesto.

—Sofía…

—¿No te apetece?

—¿Crees que no me apetece? —inquirí, cogiendo mi mano y llevándola a su abultada entrepierna.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —susurré, incorporándome poco a poco hasta acabar encima de él, a horcajadas. Rodeé su cuello con los brazos y apreté mis pechos desnudos contra su torso. Tenía los pezones duros como guijarros y demandaban sus caricias y sus besos.

—Te iba a preguntar qué querías hacer hoy. Me ha llamado tu padre. Cree que… —suspiró, negando con la cabeza. Quizá el deseo comenzaba a nublarle el pensamiento tanto como a mí, pensé—. Cree que estás con Maribel, y ha quedado con Yoshio para ir a un restaurante en la sierra, en Constantina. Te llamará un poco más tarde para preguntarte si quieres ir.

—Acabo de hablar con Maribel y he quedado para almorzar con ella. Ve tú con Yoshio y con mi padre —respondí, recorriendo su cuello con la yema de mis dedos—. Ya me apuntaré la próxima vez.

—¿No volveré a verte hasta mañana? —preguntó, cogiendo mi mano y deteniéndome.

Me humedecí los labios y me alegré de que él también quisiera verme.

—He pensado que podríamos quedar por la noche, cenar juntos. Yo voy a acabar antes que tú, así que avísame cuando llegues de Constantina. ¿Te parece bien?

—Sí —asintió, con los ojos puestos en mi boca—. ¿Cuándo has hablado con Maribel?

—Me ha despertado mi móvil, que no paraba de sonar, y le he mandado un mensaje. La pobre no sabía que me había venido contigo.

—¿Sabe algo de nosotros?

—Sabe que me gustas —admití, mirándolo a los ojos—. Y supongo que se olerá lo que ha podido pasar. —Me aclaré la garganta cuando mi estómago gruñó—. Voy a arreglarme un poco y… ¿desayunamos juntos?

La sonrisa que apareció en el rostro de Colton me estremeció. Era una sonrisa juvenil, que pocas veces dejaba ver.

—Claro. Ya sabes dónde está el baño. Tu ropa está en el salón; la he recogido antes de ducharme. Ayer… todo acabó por el suelo.

—Gracias por tu consideración —respondí, aunque cuando intenté levantarme de su regazo me lo impidió. Alcé una ceja—. ¿Se me olvida algo?

—No, nada.

Y, sin embargo, no me dejó levantarme hasta que lo besé. Me fui hacia el baño con rapidez, donde me acicalé lo mejor que pude. Colton me había dado una toalla y mi ropa interior limpia, recién sacada de la secadora. Completamente sobrecogida por su hospitalidad, no pude por menos que prometerle que yo prepararía el desayuno.

Una vez vestida, me dirigí a la cocina casi sin tocar el suelo, todavía en la nube de ensueño en la que había entrado la noche anterior.

Eché un rápido vistazo a la cocina, perfectamente recogida, y, con la ayuda de Colton, empecé a coger todos los ingredientes que necesitaría para preparar el desayuno. Ignoraba cuánto comía él, pero, a juzgar por el tamaño de su cuerpo, suponía que bastante más que yo. Así que acabé por llenar la mesa del salón con diferentes platos, desde tostadas, café, zumo y fruta cortada hasta tortitas. Él parecía bastante sorprendido, y, aunque había insistido más de una vez en echarme una mano, yo lo había rechazado.

Me dejé caer en una silla a su lado y sonreí.

—No está nada mal, ¿eh?

Durante el desayuno estuvimos hablando de Constantina y de las veces que

él, Yoshio y mi padre habían ido los fines de semana a diferentes pueblos de alrededor a pasar el día. Cuando acabamos, insistió en recogerlo todo, conmigo de pie en un lado de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras lo observaba. Sus movimientos eran elegantes incluso para fregar.

Una media hora más tarde yo esperaba fuera a que Maribel viniera a recogerme. Colton, por supuesto, había insistido en esperar conmigo. Jugueteaba distraídamente con un mechón de mi cabello, ajeno a todo lo que yo sentía en mi interior. Mi corazón se aceleraba cada vez que sus dedos rozaban de forma accidental mi mejilla. Ansiaba agarrarle la mano y tirar de él hacia mí.

Acostarme con Colton había sido una de las mejores experiencias de mi vida, pero no había saciado mi apetito. Lo había aumentado. Sentía que había una bestia en mi interior que reclamaba tener una vez más sus labios y sus manos sobre mi cuerpo.

Cuando Maribel apareció en su coche, suspiré aliviada.

—¡Buenas días… o tardes! —gritó ella, bajando la ventanilla—. Colton.

—Maribel —dijo él, curvando hacia arriba la comisura izquierda de la boca.

—¿Nos vamos? —preguntó ella en mi dirección.

—Claro. —Me volví hacia Colton y me mordí el labio inferior en un intento por contener la sonrisa. Me salía sola cada vez que lo tenía delante—. ¿Nos vemos luego?

Él asintió, no sin antes colocarme el mechón con el que había estado jugando detrás de la oreja. Con las mejillas rojas y la boca seca, sonreí nerviosa antes de dirigirme hacia el coche de Maribel, tropezando con un adoquín suelto. Ignoré la risa maliciosa de mi amiga.

Colton no se fue en ningún momento; pude ver su figura cada vez más pequeña por el espejo retrovisor hasta que Maribel giró hacia otra calle.

—Bueno, bueno… Saltan chispas y todo cuando estáis juntos.

—No digas eso —dije abochornada.

—No voy a preguntar si ha habido sexo: es obvio.

—Más bien debería ser yo la que pregunte qué hacías mientras yo te buscaba por todos lados —repliqué en tono de broma.

—Conocí a una chica bastante simpática y follamos —sintetizó, mientras salíamos de Coria para dirigirnos a Sevilla—. Te lo perdiste casi todo. No sabes la cantidad de cosas que pasaron mientras tú estabas con tu japonés.

—¿A qué te refieres?

—¡Isamu y Lucía se acostaron! ¿Te lo puedes creer?

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Sí, justo cuando iba a marcharme de la fiesta, fui a recoger el bolso a la habitación donde había estado con Marta, la chica que te he mencionado. Entré sin llamar, pues sólo habían pasado diez minutos… Pues allí estaban, ella encima, los dos completamente desnudos. —Maribel soltó una carcajada que brotó de lo más hondo de su pecho—. Tendrías que haber visto el rostro de enfado de Lucía y el horrorizado de Isamu. Creo que no continuaron. Qué pena, porque por los sonidos que hacían ambos parecía que estaban a punto de llegar.

—¡Maribel! —salté de buen humor.

—¿Qué? Además, anoche todos mojamos. No sé a qué viene tanto recato. —Frunció el ceño—. Por cierto, tienes que contarme cómo fue que acabaste con él.

—¿Con Colton?

—¿Hay acaso otro?

Negué con la cabeza.

—Te esperaba en el parque cuando apareció. Se disculpó, me dio las explicaciones pertinentes y…, bueno, dimos un paseo —dije, rememorándolo todo en mi mente—. Comenzaba a hacer frío y él se ofreció a llevarme a casa, o dejarme una cazadora o algo que abrigara. Yo no quería que acabara la noche —admití a regañadientes—. Deseaba quedarme con él, hablar, pasar tiempo juntos… Y así fue como fuimos a su casa. Me dejó un jersey y, justo cuando nos marchábamos, apareció… Yuko.

—¿Yuko?

—Sí. Empezaron a hablar en japonés mientras yo estaba en el cuarto de baño y, cuando ella me vio, soltó algo como que ya entendía el mal humor de él y que estuviese tan distraído.

—Así que hasta Yuko se ha dado cuenta de que hay algo entre vosotros.

—Me dio incluso pena —admití—. Tenía la misma expresión que yo cuando pensaba que Colton estaba con ella a la vez que conmigo.

—¿Qué sientes por Colton, Sofía?

Tensa, miré por la ventanilla para aparentar normalidad. ¿Cómo podía describirle mis sentimientos por él cuando ni siquiera los sabía yo? Sólo tenía una cosa clara, y era que lo que en un principio había sido atracción ya era algo

más. Me negaba a darle nombre, pues temía que eso sólo consiguiese complicar la situación.

—¿A qué te refieres?

—Te gusta, pero por la forma en que lo mirabas hace un rato tiene que haber algo más.

—No lo sé —admití—. ¿Sabes?, cada vez que estamos bien pasa algo que nos hace volver al punto de partida. Temo que pueda suceder otra vez.

—Sois adultos, y él tiene que estar muy interesado en ti si fue a la fiesta sólo para encontrarte allí. Es más mayor que tú, por lo que quizá tenga claro lo que quiere y prefiera ver por dónde vas. Ya hemos llegado —dijo, aparcando en zona azul.

Tras bajarnos del coche y pagar, nos dirigimos hacia un famoso bar de tapas cerca de la Alameda.

Mientras caminábamos y a pesar de que yo no dejaba de pensar en Colton, Maribel me contó todos los detalles sobre Marta, la chica con la que se había acostado. A juzgar por cómo describía el encuentro, no parecía que fuera a repetirse, aunque no pareció hacerle gracia saber que se trataba de una de las mejores amigas de Lucía. Divertida, había escuchado sus mil razones para no volver a verla cuando llegamos al bar. Reaccionando antes que ella, cogí una de las dos mesas que quedaban libres.

Un camarero se acercó y le pedimos la bebida. Al quedarnos a solas, me percaté de que Maribel me miraba detenidamente. Alcé una ceja en su dirección.

—¿Qué pasa? —me aventuré a preguntar.

—Tú estás enamorada —murmuró.

—¿Cómo?

—Estás enamorada de Colton. ¿Te atreves acaso a negarlo? Me has estado escuchando todo el camino, pero por la forma en que sonríes y te brillan los ojos… —hizo un ruidito con la garganta— has caído. Te has acostado con él.

Ambas permanecimos en silencio, mirándolos la una a la otra. Hasta que no pude más y me reí.

—¡Para, Maribel!

—¿Qué te hizo anoche para que te hayas enamorado de él? —Una maliciosa sonrisa cruzó su rostro, a la par que yo me sacudía por la risa—. ¡Así que Colton es todo un hombretón!

—No es justo, tú no te pones roja cuando hablas de sexo.

—Porque no estoy enamorada. Lo de Marta fue un polvo de una noche. Nada más. Y menos sabiendo que es amiga de Lucía… ¡Por Dios!, qué mal gusto tiene la muchacha para hacer amistades.

Yo me volví a reír.

—No sé si estoy enamorada —respondí—, pero sé que siento algo por él. Es muy pronto para saberlo.

—No tanto, ya casi es agosto —dijo. Nos trajeron las bebidas y dimos las gracias al camarero. Al marcharse, ella continuó—. ¿Sabes?, Isamu parecía triste antes de acostarse con Lucía.

—¿Triste? ¿En qué sentido? —pregunté precavida, recordando lo que había sucedido y el beso.

—No lo sé… ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—¡No! —salté con brusquedad, atrayendo la atención de otras personas. Inmediatamente bajé la voz—. Para nada. Ayer…, bueno…, antes de irme de la fiesta se acercó a hablar conmigo y me besó —susurré esto último, dirigiéndole a mi amiga una mirada cansada.

—¿Isamu te besó? ¿En serio? ¡Ahora lo entiendo todo! —exclamó, dando un buen trago a su cerveza.

—Lo rechacé de la forma más educada posible y me fui rápidamente. Te habría buscado, pero temía que Isamu volviese a intentar algo y preferí irme a un lugar tranquilo —terminé. Luego recordé sus últimas palabras y fruncí el ceño—. ¿A qué te refieres con lo de que ahora lo entiendes todo?

Maribel se echó hacia atrás en el banquito en el que estaba sentada y, tras llenar sus pulmones de aire, suspiró.

—Creo que Isamu se acostó con Lucía de rebote. Tú lo rechazaste y al parecer ella iba detrás de él… Era un objetivo fácil. ¿Sabes si Lucía te vio cuando os disteis un beso?

Sin entender por qué me hacía esa pregunta, apoyé los codos en la mesa.

—No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Si Lucía te comió la cabeza diciendo que Colton estaba con Yuko, ¿crees que no va a empezar a soltar cosas sobre ti y el hermano de Ami? Y lo que diga podría llegar hasta Colton.

—Y hacer que todo volviese a empezar… Joder. —Me llevé las manos a la cara y me froté los ojos—. Lucía es un grano en el culo.

—Totalmente. ¿Por qué tiene esa fijación contigo?

—Buena pregunta. Yo sólo quise ser su amiga cuando empecé a trabajar en

la peluquería de Fátima, eso es todo.

En ese momento mi móvil comenzó a sonar. Cogí mi bolso y rebusqué dentro hasta encontrarlo. Miré la pantalla. Era mi padre.

—Dame un momento —le pedí a Maribel con una sonrisa antes de contestar a la llamada.

Después de la comida Maribel me dejó en casa sobre las cinco de la tarde. Nada más llegar, puse el vestido a lavar y me di una buena ducha. El intenso y pegajoso calor había hecho que el sudor se adhiriese a mi cuerpo como una segunda piel, y tuve que restregarme con la esponja con insistencia.

Acababa de envolverme en una toalla cuando mi móvil comenzó a sonar. Mi madre. Hablamos unos treinta minutos, durante los que me contó lo bien que lo estaba pasando y lo mucho que me echaba de menos. Su tono de voz cambió al preguntar por mi padre, sonando más a cortesía que a interés.

Ya vestida, con una camiseta negra de manga corta con encaje y unos vaqueros, miré la hora. Eran las siete de la tarde. No pude evitar preguntarme si mi padre, Yoshio y Colton tardarían mucho en volver. Esperaba el regreso de los tres con bastante ilusión, pues volvería a tener un ratito más con Colton. Desesperada por matar el tiempo de la forma más rápida posible, me dirigí a mi cuarto, saqué el diario del bolso y sonreí.

Sí, leer las aventuras de mi abuela con Jun sería la mejor forma de esperar.

Al abrirlo por la parte donde me encontraba, vi que la siguiente fecha era de mediados de junio, un mes más tarde que la anterior anotación. Adopté una postura cómoda y comencé a leer, perdiéndome en las descripciones y sentimientos que mi abuela Linda detallaba.

«Los encuentros con Jun se fueron sucediendo a lo largo de los meses de mayo y junio. Buscábamos cualquier momento para perdernos en los brazos del otro, demostrándonos a través de nuestros cuerpos lo mucho que nos echábamos de menos. Podían pasar días sin que nos viésemos, hasta que volvía a producirse otro encuentro. El olor y el calor de Jun se habían metido bajo mi piel, haciendo que lo recordara en cualquier lugar donde me encontrase. A veces lo invitaba a venir a mi casa, otras íbamos a la suya, hasta que ambos notamos que la situación comenzaba a hacerse difícil. El pueblo parecía tener ojos por todas partes, y tanto Akiko como Manolo no tardaron en sospechar. Las malas lenguas propagaron rumores por el pueblo a la velocidad de la luz, haciendo que yo pasara de ser una pobre esposa a una adúltera.

No me importaba, y quizá ese fue mi error.

Una tarde, con los nervios a flor de piel, pues hacía casi una semana que no veía a Jun, tendía la ropa en la azotea. Me preguntaba una y otra vez cuándo volvería a verlo, cuándo me dejaría alguna pista para nuestro próximo encuentro. Con el corazón en un puño, comencé a tender las camisas de Manolo, mientras un extraño presentimiento me oprimía la boca del estómago.

Unos pasos resonaron a mi espalda. Miré de reojo. Manolo estaba allí, con la ropa sucia del trabajo y sudor en la frente. Guapo y atractivo y aun así no despertaba nada en mí. Debía de haber tenido una dura jornada, y el hecho de que su aventura con la otra mujer no me molestara parecía aumentar su mal humor.

—Hola —dije ante su largo silencio—. He preparado la cena…

—Acabo de encontrarme con Jun, Linda —me interrumpió. Me observaba con atención, intentando ver cómo reaccionaba a sus palabras. Yo hice el mayor de los esfuerzos por permanecer impasible. Continué tendiendo—. Y me acaba de dar una mala noticia.

Tenía una camiseta de Manolo entre las manos, y la apreté con fuerza. Estaba de espaldas a él, por lo que me tomé unos segundos antes de seguir tendiendo. Mi corazón se aceleró.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo sabes?

—No —respondí tajante—. Hace tiempo que no veo a…

—Deja de tomarme el pelo, Linda —me interrumpió de nuevo, dando otro paso hacia mí—. ¿Te crees que no me doy cuenta? Soy el cornudo de Coria.

—¿Y tú crees que yo no sé nada de la mujer con la que te ves? —salté, terminando de tender y dándome la vuelta.

—A ti te da igual. No te importa con quién esté.

No dije nada, sólo puse los brazos en jarras y esperé. Una suave brisa me movió un poco el cabello, lo mismo que la falda larga que llevaba.

—¿Qué es esa noticia que te ha dado Jun?

—¿Lo ves? Sólo te importa él.

—No se te ocurra quejarte, Manolo —le advertí alzando un dedo. Mi voz sonó firme—. Limpio, cocino y hago caso omiso a tus aventuras con esa amiga tuya. No puedes pedirme más.

—Quiero que vuelva mi mujer —exclamó, dando otro paso hacia delante.

—Hace tiempo que no está. Y bien lo sabes.

—¿No puedes follar con tu marido pero sí con el japonés? —gruñó, dando otro paso.

A esa distancia pude notar el olor a alcohol que desprendía su cuerpo. Sus ojos vidriosos no conseguían esconder el dolor y la furia que había dentro de él. Suspirando, cogí el canasto donde había llevado la ropa mojada.

—¿Vas a decirme lo que ha pasado o no? Ya somos adultos. ¿No te gusta lo que

hay? Podemos separarnos, Manolo —dije con sinceridad. Él pareció perder algo de la bravuconería que había exhibido segundos atrás—. No somos felices.

—Ni siquiera lo menciones. ¿Acaso quieres irte con él a Japón? ¿No soy nada para ti?

—¿De qué hablas, Manolo? —pregunté, sin querer negar lo evidente, pero tampoco afirmarlo—. Jun está casado.

—No has respondido a la última pregunta —dijo con voz ronca.

—Si no vas a decirme lo que te ha contado Jun, me voy a la cocina para calentarte la comida.

Pasé por su lado con cansancio, pero en alerta tras sus palabras. ¿Le habría pasado algo a Jun? ¿Estaría bien? La cabeza me daba vueltas por la tensión acumulada, causándome un fuerte dolor de cuello y espalda. A veces, cuando Jun y yo terminábamos de hacer el amor, yo me tumbaba boca abajo y él se dedicaba a masajear cada músculo de mi espalda, otras veces brazos o piernas. Adoraba mi cuerpo y me repetía una y otra vez lo bien que se sentía cuando estaba conmigo. Yo, por el contrario, guardaba fielmente las palabras que mi boca ansiaba tanto decir.

En la cocina, puse la comida a calentar. Manolo se encerró en el baño. Mientras esperaba, me dediqué a darle vueltas al pescado en la plancha y aliñar la ensalada. Justo cuando fui a buscarlo, me percaté de que no quedaba vinagre.

Suspirando, le dejé una breve nota a Manolo y me fui a la tienda más cercana. Todavía era de día, y disfruté de las risas de los niños mientras jugaban, ajenos a las advertencias de sus madres de que no se alejaran. Los naranjos desprendían un olor dulzón que casi consiguió aliviar mi creciente preocupación por Jun. No podía evitar pensar lo peor.

Justo cuando doblé la esquina para entrar en la tienda, lo vi. Avancé con rapidez hacia donde se encontraba, luchando con las ganas que tenía de sonreír de alegría al verlo. Hablaba con otro hombre japonés, y hasta que no se movieron no pude ver de quién se trataba. Fruncí el ceño y me detuve en seco; ¿no era acaso el amante de Paloma, la mujer de Martín?

Él debió de notar mi mirada, ya que le dijo algo a Jun, que se dio la vuelta y, al verme, le murmuró algo al otro.

Me removí incómoda.

Jun se acercó a mí, mientras que el otro se iba. Confusa, aproveché los pocos metros que nos separaban para admirar lo guapo que estaba. Al ver la seriedad de su rostro, supe que nada bueno pasaba.

—Linda.

—Jun, ¿va todo bien? Manolo ha comentado algo de una mala noticia relacionada contigo.

Todos los vecinos nos miraban, quizá queriendo encontrar alguna señal de nuestra supuesta aventura. Yo me esforzaba todo lo posible por ocultarlo. Para él

era más fácil, pues estaba acostumbrado a no dejar ver sus emociones.

—Mi madre ha empeorado, Linda. El médico nos ha informado de que no pasará de este mes.

Frunciendo el ceño, di un paso atrás. La cabeza comenzaba a darme vueltas.

—¡No! Pero… Pero…

—Cuando ella fallezca, volveremos a Japón —dijo con lentitud y seriedad.

—¿Por qué? —pregunté, aguantando el dolor. La garganta me ardía por las emociones contenidas. ¿Era una decisión de último momento o, por el contrario, lo sabía desde hacía tiempo? No lograba entender por qué no me lo había contado antes.

—Akiko quiere regresar a Japón. La única razón por la que no volvíamos era por mi madre.

—Pero… quizá se recupere —salté, cruzando los brazos ante el repentino frío que sentía.

Él negó con la cabeza.

—Takashi, mi hermano, ha venido desde Japón para estar presente en sus últimos días.

Quería gritarle, arañarle la cara con las uñas y preguntarle qué iba a ser de nosotros, y si se tomaba la situación con tanta indiferencia como me mostraba. Porque estaba segura de que él veía a través de mis ojos cómo mi corazón se rompía en pedazos.

¿Me lo merecía?, pensé paralizada por el miedo. ¿Me castigaba Dios por mis pecados? Algo en mi interior se removió con furia. No, no podía ser así. Él me había enviado a Jun en el momento más importante de mi vida, cuando lo había necesitado con toda mi alma.

—Me gustaría visitarla…

—No creo que sea apropiado, Linda. El doctor recomienda que no reciba visitas.

Me extrañé cuando Jun me tendió la mano para despedirse. Con los labios entreabiertos, me obligué a coger aire y estrechársela. Absorbí su calor cuando algo rozó la palma de mi mano: un pequeño papel. Lo guardé de la forma más discreta posible y Jun se separó de mí y se dio la vuelta, no sin antes mirarme unos largos segundos.

Verlo alejarse fue lo más doloroso que me había pasado en mucho tiempo. Era una despedida. Jun acabaría yéndose y yo me quedaría en Coria. Tampoco tendría la oportunidad de despedirme de Koyuki, esa mujer que me había acogido con los brazos abiertos y me había impregnado con su relajante olor a lavanda.

Necesité varios minutos para recordar el motivo de mi salida: el vinagre. Casi con pasos automáticos y la mente en otro sitio, retrocedí y entré en la tienda. Saludé a la dependienta y le di las gracias por atenderme diez minutos más tarde de la hora de cierre. El camino de vuelta a casa fue demasiado corto; no tuve tiempo de pensar ni de aclarar mis sentimientos. Me sentía engullida por una nube gris que

me impedía respirar.

Manolo me esperaba en la cocina y estudiaba mi rostro con aprensión.

Aliñé la ensalada y la coloqué en la mesa.

—Aquí tienes.

—¿Tú no vas a cenar?

—No tengo hambre —respondí—. Voy a ducharme.

Cuando salía por la puerta de la cocina, la voz de Manolo volvió a detenerme.

—Linda… —Lo miré de reojo y él continuó—: Lo siento.

Asentí y subí la escalera para encerrarme en mi cuarto. Era tal el dolor que sentía que ni las lágrimas me salían. Notaba una enorme burbuja en el pecho a punto de estallar, pero que de momento me impedía romper en llanto y aliviarme. ¿Cómo no podía despedirme de Koyuki? Tenía que volver a verla. La última vez, hacía dos semanas, había mejorado. Al parecer, mis caldos habían conseguido dar algo de calor y de fuerza a su pequeño cuerpo.

Pero no había sido suficiente.

Una primera lágrima se deslizó por mi mejilla. Recordé el papel que me había dado Jun, lo saqué del escondite de mi vestido y lo abrí. Una débil sonrisa apareció en mi rostro al ver su elegante caligrafía.

"Esta noche a las doce estaré en la bodega de los Jiménez".

La bodega de los Jiménez estaba abandonada, sólo la habitaban gatos que habían hecho de ella su hogar. Y a pesar de eso se encontraba en muy buenas condiciones. Quizá la presencia de los felinos había mantenido a raya a los roedores.

La pequeña ilusión que hubiese podido sentir al saber que aquella noche vería a Jun desapareció al recordar a Koyuki. La dulce Koyuki. Cerré los ojos y apreté los dedos contra el colchón de la cama. Mis nudillos se volvieron blancos. ¿Por qué la vida me había hecho el regalo de conocer a personas tan importantes para luego arrebatármelas? Desde un primer momento había sido consciente de la situación: Jun y yo nunca tendríamos un final feliz. Pero quizá, en mi interior, una pequeña parte había mantenido viva la esperanza.

Me había dado de bruces contra la realidad.

Sin perder un segundo más, me fui a buscar papel. Tenía que despedirme de ella».

Al terminar el capítulo, permanecí quieta durante varios segundos. La despedida se acercaba, lo mismo que la muerte de la madre de Jun. Dos hechos que marcarían un antes y un después en la vida de Linda. Gracias al diario, había comprendido lo relevantes que eran esas personas en la vida de

mi abuela y lo mucho que habían contribuido a recoger los pedazos que habían quedado de ella tras la violación. Sin mirar la hora, fui a seguir leyendo, cuando mi teléfono sonó.

Contesté automáticamente, suponiendo que se trataría de Colton. Ignoraba cómo había conseguido mi número, pero me alegré de que así fuese. Una tonta sonrisa iluminó mi rostro.

—¡Ya era hora! ¿Es que acaso…?

—¿Sofía Cruz?

Extrañada al oír una voz desconocida, me callé de golpe.

—¿Hola? ¿Sigue usted ahí? ¿Es Sofía Cruz? —volvió a preguntar la voz femenina.

—Eeeh, sí, perdone. Es que…

—La llamo desde emergencias. Quería decirle que su padre, Francisco Cruz, junto con dos personas, han sufrido un accidente de coche.

La velocidad con la que me incorporé me hizo perder el equilibrio, y me golpeé la cadera con la esquina de la mesita de noche. La voz de la mujer no parecía alarmada, por lo que me permití frotarme la dolorida zona.

Tragué saliva y cogí aire, intentando recuperar la calma. Salí de mi habitación.

—Pero ¿están bien? —pregunté, mientras bajaba la escalera de dos en dos.

—Sí, están conscientes. Se encuentran en el hospital Virgen del Rocío. ¿Necesita indicaciones…?

—No, no es necesario —la interrumpí—. Estaré allí lo antes posible, gracias.

Angustiada, intenté llamar a Maribel, pero mis torpes dedos temblaban, impidiéndome hacer la llamada y colgando antes de tiempo. Cuando la pantalla del teléfono se me quedó bloqueada, se me acabó la poca paciencia que tenía y solté un grito que brotó de lo más profundo de mi pecho. Frustrada ante mi falta de coordinación, estuve a punto de tirar el móvil al suelo cuando Maribel me devolvió la llamada.

—¡Maribel! —exclamé con alivio, sintiendo que parte del peso de mis hombros desaparecía.

—¡Sofía! Tengo varias llamadas tuyas, ¿va todo bien?

—¿Puedes venir a recogerme y llevarme al Virgen del Rocío? Mi padre, Colton y Yoshio han tenido un accidente.

—¿Qué? Pero ¿qué ha pasado?

—¡Ven a buscarme, por favor! —casi grité, volviendo a subir la escalera, al recordar que había dejado mi bolso en mi habitación.

Unos diez minutos más tarde Maribel me recogió. Desgraciadamente, no pude darle más información. Una vez más, mis nervios me habían jugado una mala pasada. No le había preguntado a la mujer nada sobre el accidente, sólo el estado de los tres. Mi amiga intentó relajarme durante el trayecto, asegurándome que, en caso de que hubiesen sufrido heridas graves, me lo habrían dicho. Cuando por fin conseguimos llegar, Maribel insistió en que bajase mientras ella buscaba aparcamiento.

Una vez dentro del hospital, hice el mayor de los esfuerzos por no correr hasta llegar a la recepción. Con paso apurado, pregunté dónde se encontraba mi padre. Conseguí entrar en el ascensor antes de que se cerraran las puertas y recibí varias miradas de reproche ante mi brusca entrada. Ajena a todo, fui mirando los números en la pequeña pantalla para saber en qué planta nos encontrábamos. Cuando llegó la mía, salí de un salto y seguí los carteles que indicaban el número de habitación.

Sin llamar, entré en la que me habían dicho en recepción.

Al ver a mi padre en la camilla, sano, suspiré profundamente. Todos los miedos que habían rondado por mi cabeza desaparecieron y recuperé la cordura. Apoyada en el marco de la puerta, fui hasta él cuando mis piernas dejaron de temblar. Me incliné y lo abracé con fuerza, mientras mi corazón terminaba de recuperar su ritmo regular.

—Papá, me has asustado muchísimo —admití sin energía.

—Lo siento, Sofía —respondió, separándose de mí. Tenía algunas magulladuras en la cara, pero no parecía nada serio. Su ojo izquierdo estaba hinchado, quizá por un golpe—. Deja de mirarme así, que no tengo nada roto, sólo mal aspecto.

—¿Qué ha pasado?

—Estábamos ya en Sevilla cuando unos niñatos han empezado a hacer estupideces con su coche. Colton ha intentado adelantarlos, pero se movían para impedírselo. Íbamos a tan poca velocidad que nos iba a acabar golpeando un coche que viniese por detrás. Colton ha probado a adelantarlos cuando ha visto un hueco libre, pero rápidamente han invadido el otro carril y han chocado con la parte delantera del coche. —Hizo un gesto como quitándole hierro al asunto—. No tienes de qué preocuparte. Sólo estamos algo magullados. Ya han sido identificados, y estaban hasta arriba de cannabis y de alcohol.

—¡Serán gilipollas! —solté enfadada y asustada—. Podría haber pasado algo

peor.

—Sí, podría —admitió—. Pero todo ha quedado sólo en un susto, así que tranquilízate.

—¡Estoy tranquila! —dije en voz alta. Al darme cuenta de mi tono de voz, me sonrojé. Respiré hondo varias veces hasta calmar el ritmo de mi corazón—. Lo siento. Cuando he recibido la llamada me he imaginado lo peor.

—El que peor parado ha salido ha sido Colton, aunque tampoco está mal —dijo mi padre, ajeno a lo que sus palabras causaron en mí—. Yoshio no tiene nada, pero, al ser el más mayor, le hacen más pruebas.

Unos golpes en la puerta me impidieron contestar.

—¿Se puede? —preguntó una voz conocida.

Girando sobre mis pies, vi a Maribel. Se fue acercando poco a poco hacia nosotros, con una hermosa sonrisa en la cara. Movía las llaves en su mano, produciendo un leve repiqueteo.

—¿Qué tal estamos, Fran?

Su dulce y alegre tono de voz me relajó.

—Bien, deseando salir de este maldito hospital —respondió él—. Así que habéis venido juntas.

—No tengo coche, ¿te acuerdas? La he llamado.

—Más o menos —soltó ella por lo bajo, arrancándome una sonrisa. Se aclaró la voz y añadió—: ¿Por qué no vas a ver a Colton y a Yoshio? Mi madre está alterada después de verme salir tan deprisa. Ni siquiera me he terminado el bizcocho que ha preparado, y quiere saber el estado de los tres. Si no, no me guardará un trozo.

—¿Vives con tu madre, Maribel? —preguntó mi padre, maldiciendo en voz baja cuando giró el cuello en su dirección con demasiada rapidez.

Dolores musculares, deduje.

—No, pero siempre me paso por su casa. Sobre todo cuando prepara dulces —respondió, guiñando un ojo.

—Vete a verlos, Sofía —dijo mi padre, sacándome de mis pensamientos—. Se alegrarán de verte. Están en este mismo pasillo.

—Pero…

—Yo estoy bien —me interrumpió al verme vacilar—. Y pregúntale a la enfermera cuándo dejará que me marche. Hoy hay partido en la televisión.

Maribel hizo un gesto para que me fuera, asegurándome que ella se quedaría con mi padre hasta que regresara. Asintiendo, le dirigí una mirada de

agradecimiento antes de salir y empecé a recorrer el pasillo, asomándome por las puertas que estaban entreabiertas, con las palabras de mi padre resonando en mi cabeza: Colton había recibido la peor parte. Dos puertas a la izquierda de la de mi padre estaba él.

Intenté ver quién lo acompañaba, pues oía voces dentro, pero alguien me paró.

—¡Sofía!

Isamu venía a paso ligero hacia donde yo estaba. Llevaba una botella de agua en la mano y ropa de deporte. Al parecer, no había sido la única que había acudido con rapidez. Dirigiéndome una tenue sonrisa, asintió.

—Tu padre está bien. Lo he visitado al llegar.

—Sí, gracias, acabo de verlo. Me alegra saber que no ha sido más que un susto.

—Por cierto, ¿ibas a ver a Colton?

—Esa era la idea. Luego a Yoshio. Sólo quiero asegurarme de que están bien —dije, cruzando los brazos.

—¿Quieres tomar un café o algo? Se van a quedar aquí las próximas horas en observación y…

—Te lo agradezco, Isamu, pero preferiría verlos antes —lo interrumpí, imaginando por dónde iba.

Decepcionado, hizo un gesto afirmativo y abrió la puerta para dejarme pasar. Susurré un «gracias» y entré. Apenas di un par de pasos cuando me paré de golpe, haciendo que Isamu chocara con mi espalda. Mientras él se disculpaba, Colton y Yuko clavaron su mirada en nosotros.

Me aventuré a avanzar un poco más para evaluar el estado de Colton: rasguños por la cara, ceño fruncido que revelaba los dolores de cuello que debía de tener y el cuerpo tenso como las cuerdas de un violín. No parecía tener nada más.

Calmada, me atreví a echarle una ojeada a Yuko. Una vez más, su aspecto era envidiable: labios color melocotón, pelo suelto y liso, una camisa blanca que hacía más elegante su figura, pantalones vaqueros que estilizaban sus piernas y unos zapatos de salón que terminaban de poner la guinda en su perfecta vestimenta. Ella esbozó una sonrisa, y yo se la devolví, aunque no avancé. Estaba todavía a bastante distancia de ambos.

—¿No vas a entrar? —preguntó Isamu.

Di tres pasos más. Colton y yo nos sostuvimos la mirada durante unos

segundos. ¿Cómo debía comportarme? ¿Podía mostrar preocupación o resultaría llamativo hacerlo en público? Sus felinos y rasgados ojos me escrutaban. Aun con el rostro magullado, estaba hermoso de una forma lobuna y salvaje. Tenía el pelo revuelto y algunos mechones se esparcían por sus sienes. Parecía un guerrero.

—¿Estás bien? —pregunté, rompiendo el hielo.

Él no dijo nada. Apretó los labios y entrecerró los ojos.

—¿Nos dejáis a solas? —preguntó, dirigiéndose tanto a Yuko como a Isamu. Yuko se fue con rapidez, en cambio el hermano de Ami frunció el ceño, confuso, aunque finalmente accedió.

Una vez nos quedamos a solas, avancé hasta llegar a su lado en la camilla. Estiré la mano para retirarle un mechón de la frente y vi que tenía unos puntos de sutura.

Dejé caer los hombros y suspiré.

—¿Tienes alguna lesión importante? ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —respondió, cogiéndome una mano. Al notar su calor, me percaté de lo fría que estaba la mía. Y de que temblaba—. Tranquila, Sofía.

—Estoy tranquila —contesté, vislumbrando una pequeña porción de su pecho a través de la bata de hospital.

—No ha sido nada importante. Todos estamos bien, sólo rasguños y contracturas. —Tiró de mi mano, acercándome aún más—. ¿Tú estás bien?

Parpadeé confusa. ¿Lo habría oído mal? Repasé lo que acababa de decir y respondí:

—¿En serio me preguntas eso? No soy yo la que lleva una bata de hospital. ¿Cómo se ha enterado Yuko de que estabas aquí?

—Por Isamu y Ami, ambos han venido. Ami está ahora con Yoshio.

Asentí y me fue imposible no sonreír cuando siguió tirando de mi brazo. Justo donde sus dedos presionaban sobre mi piel, notaba una chispa de fuego que se extendía al resto de mi cuerpo. A apenas unos centímetros de sus labios, lo besé con infinita ternura, temiendo hacerle daño. La presión de nuestros labios desencadenó una serie de reacciones en mí, aunque esta vez estaban lejos del deseo: era alegría y alivio.

—Pasa la noche conmigo… —susurró.

En ese momento sí se despertó mi deseo, sacudiéndome de pies a cabeza. Su lengua perfiló mi boca, dándome un pequeño mordisco. Eso fue suficiente para que mis pechos se volviesen pesados y sintiese la tela del sujetador contra

los erectos pezones.

—Si mi padre y tú os quedáis, lo más seguro es que yo también —admití, frotando mi nariz contra la suya.

—Ni siquiera he contemplado la posibilidad de pasar la noche aquí.

—Creo que no eres tú quien decide —respondí, acariciando el vello incipiente con la yema de los dedos.

Él esbozó una sonrisa.

—Ya veremos. —Hizo una pausa—. Hueles tan bien… Podría pasarme horas y horas así.

—Yo también… —Me incorporé no sin antes robarle otro beso.

—Yuko… —Colton apretó los puños. Parecía estar sufriendo.

—¿Qué te pasa? —pregunté alarmada—. Voy a llamar a la enfermera ahora mismo.

—No, espera, Sofía. Es el cuello, pero ya me han puesto calmantes. —Me hizo un gesto con la mano, señalándome la vía intravenosa que tenía en uno de los brazos—. La enfermera me ha dicho que tardarían poco en hacer efecto.

—Colton, creo que debería irme —susurré preocupada—. Más que relajarte, creo que te angustio.

Él tuvo la desfachatez de reír.

—La única persona a la que tenía ganas de ver era a ti —admitió en voz baja, haciéndome dudar de si realmente lo había oído bien—. Antes de que vinieses estaba discutiendo con Yuko.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Estaba tan asustada con la información que le habían dado Isamu y Ami que se ha puesto en contacto con mis padres. Creo que van a coger un vuelo a España lo antes posible.

—Dios mío… —Me llevé una mano a la boca—. ¿Y ahora qué?

—Se ha disculpado, e incluso ha vuelto a ponerse en contacto con ellos, pero no entran en razón. Van a venir sí o sí, con mi abuela.

—Bueno…, al menos los verás —dije, intentando ver la parte positiva. La idea no parecía hacerle mucha gracia—. ¿No te llevas bien con tu familia?

—Sí, pero mi abuela es muy perspicaz. En cuanto te vea sabrá que hay algo entre nosotros.

Encogiéndome de hombros, contemplé la posibilidad de que eso sucediera. ¿Me molestaba? No, en absoluto, y, de hecho, sentía bastante curiosidad por conocer a su familia, a las personas que habían hecho que Colton fuera así. No

pude evitar preguntarme si para ellos supondría un problema que él estuviese conmigo, sobre todo por la diferencia de edad.

—¿Conocen a mi padre?

—Sí, ya han venido antes —respondió, observándome con detenimiento—. Se llevan bastante bien.

—Genial, eso es bueno. Quizá no me odien.

—No tendrían por qué.

Ambos nos observamos en silencio, como si quisiésemos decir algo pero no nos atreviésemos. Quizá no fuera la única que se preguntaba qué estaba pasando entre nosotros y qué pasaría. Lo que sí podía afirmar con rotundidad era que tenía sentimientos hacia él: complejos y abstractos, pero presentes. Me bastaba con olerlo para estremecerme, y una simple caricia en mi pelo desataba en mí una serie de inexplicables reacciones a cual más misteriosa, pero todas cálidas.

—Así que Isamu quería ir a tomar un café contigo.

Sorprendida, alcé una ceja.

—¿Cómo te has enterado?

—Os he oído. La puerta estaba entreabierta.

—Le he dicho que no —respondí con una sonrisa, estudiando su rostro.

—Lo sé —musitó, alzando la comisura derecha hacia arriba. Parecía agotado y aun así se mostraba divertido—. Se os veía bien.

Como si me hubiese abofeteado, retrocedí un paso.

—Estás de broma, ¿verdad? —pregunté en tono grave.

—Te estaba tomando el pelo, Sofía… —Estiró el brazo, intentando alcanzarme.

—Pues no me hace gracia. ¿Te crees que no soy consciente de lo bien que se os ve a Yuko y a ti?

—Te dije…

—Lo sé, pero no quiero que bromees con el tema. Me molesta.

—¿Te está agobiando Isamu? —Se puso serio y perdió el brillo juguetón que segundos antes habían tenido sus ojos.

—No. Es un buen chaval, bastante simpático. Sólo que…

Justo en ese momento llamaron a la puerta. Era Ami, junto con Lucía, Isabel, Mar y otros compañeros de kárate. También estaba Pablo. Tomándolo como una oportunidad para salir de allí, los saludé a todos con un abrazo, menos a Lucía. Nos ignoramos mutuamente.

—¿No te quedas, Sofía? —preguntó Laura, que llevaba una caja de bombones en una bolsa. Todos sus alumnos tenían algo para Colton.

—Voy a aprovechar para ir a ver a Yoshio —dije en voz alta, escabulléndome de los brazos de Pablo, que parecía estar más cariñoso que nunca—. Intentaré pasarme luego.

Me despedí y cerré la puerta a mi espalda. Sola en el pasillo, me apoyé en la puerta y cogí aire. Estaba emocionalmente exhausta, y mi móvil no paraba de vibrar. Sabía que debían de ser mi madre o Eli. Desde que había conocido a Colton y a Maribel, mi tiempo libre disponible era menor. No habría cambiado por nada lo que sentía cada vez que Colton me estrechaba entre sus brazos, ni la armonía que se respiraba en el trabajo gracias a Maribel y a su madre, Dolores. Ni la personalidad independiente, pero cálida, de mi padre, que me arrastraba inevitablemente a los recuerdos de mi niñez.

Una voz en mi cabeza murmuró algo. Quise ignorarla, y para ello me fui a buscar la habitación de Yoshio, canturreando una vieja canción que me impidiese escuchar a esa parte de mí que acababa de plantearme la posibilidad de quedarme allí. A vivir.



13

Una semana más tarde, y tras mis fallidos intentos por impedirlo, mi padre se volvió a incorporar al trabajo. Cansado de la agobiante rutina de no tener nada que hacer, de poco sirvieron las advertencias de la médica y mis constantes charlas para hacerle entrar en razón: mi padre echaba de menos trabajar.

Ya con el coche reparado desde hacía unos días, yo había recuperado mi libertad para moverme libremente. Aun así, nada se sabía del causante de los daños, y tampoco había mermado mi preocupación ante la posibilidad de que volviese a actuar. ¿Qué podría ser lo siguiente?

Mi padre no tomó en cuenta mis palabras; al parecer, veía poco probable que el culpable volviese a hacer algo.

Era viernes por la noche y me encontraba en la casa de mi abuela, junto a Colton. Estábamos en el salón, abriendo todos los cajones de los muebles. Lo había convencido para que me ayudara a buscar más fotos de mi abuela y otros posibles recuerdos que pudiese atesorar.

Desde la cocina llegaba una suave canción que llenaba el silencio. Había encendido la radio antes de salir de allí con dos copas de vino. Después de dar varias vueltas por el supermercado, me había decantado por uno afrutado. El olor era bastante intenso y me recordaba a flores blancas, hinojo y albaricoque.

—Llegan el lunes —soltó de repente Colton, dejándome confusa. Luego añadió tras una pausa—: Mi familia.

Sentada en el sofá, dejé la copa a un lado y agradecí que estuviese dándome la espalda, ocupado con un viejo estante repleto de cosas. Tragué saliva y

contesté:

—Me alegro.

—Y también mi abuela.

—Lo sé, ya me lo dijiste.

—Temo tu reacción —confesó.

Sorprendida, me volví para mirarlo.

—¿En serio?

—Sí —respondió, sin dejar de colocar en su sitio todos los álbumes que había sacado. Al parecer, no había nada que pudiese saciar mi hambre por conocer más de Jun, el amante de mi abuela—. Es… muy dura. Inaccesible. Le cuesta abrirse a todo aquello que esté fuera de Japón. Con mi madre fue muy difícil, y eso que es nacida en Japón y es mitad japonesa.

—No tienes de qué preocuparte; si he podido contigo, puedo con ella —dije con un toque de humor, pero también nerviosa. Me levanté y me coloqué de rodillas detrás de él, rodeándole el cuello con los brazos. Su aroma llegó hasta mí y aceleró mi corazón. Me incliné sobre uno de sus hombros para mirarlo a la cara. Colton esbozó una débil sonrisa. Esa sonrisa que conseguía que me olvidara de todo.

De todo menos de él.

Me acarició los brazos de forma ascendente y la piel se me puso de gallina ante su contacto.

—Te he notado… diferente.

—Querrás decir inquieta.

—Sí, eso —respondió. Indiferente a lo que sus caricias causaban en mí, continuó—: ¿Por qué?

—¿Y si no le gusto a tu familia?

—Te diría que por el hecho de ser la hija de Fran no tendrías de qué preocuparte.

—¿Pero?

—No hay ningún pero. Por ti misma te los ganarás.

Colton acabó arrastrándome con suavidad hasta tenerme entre sus brazos, sentada entre sus piernas. Alcé la cara y le di un beso en la barbilla. Las contusiones de su rostro ya no eran tan notorias, aunque hasta el lunes no le quitarían los puntos de la frente. La herida tenía bastante buena pinta, pero se notaba a la legua que le quedaría una pequeña marca. A mí no me importaba. Al contrario de lo que él pensaba, le daba un aspecto aún más fascinante y

dominante.

—Isamu ha estado comportándose de una manera… rara.

—¿A qué te refieres? —inquirí.

—Me mira con… rabia.

Extrañada, alcé una ceja.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—No, ni siquiera me dirige la palabra. He intentado hablar con Ami, pero ella tampoco sabe nada.

Haciendo memoria, pensé en una escena en el hospital. A Isamu le había parecido bastante extraño, a juzgar por su ceño fruncido, que Colton les hubiese pedido a Yuko y a él que salieran de la habitación para quedarnos a solas. Yo no le había dado importancia, pues para mí no la tenía, pero sabía que para Isamu era diferente. Me removí inquieta antes de hablar.

—Creo que Isamu se huele algo.

—¿Por qué piensas eso? —Colton me acarició el cuello con los nudillos.

Tardé varios segundos en responder, mientras seguía sonando la música de la radio y yo me perdía en el mar de sensaciones que me provocaba el bailoteo de sus caricias. Él paró.

—¿Sofía?

—Como bien sabes, el día del hospital, justo cuando iba a entrar a verte, Isamu me pidió que fuese a tomar un café con él. No me apetecía; mi padre me acababa de decir que tú te habías llevado la peor parte y hasta que Maribel llegó y se quedó con él no pude salir a buscarte. Si a eso le sumas el hecho de que le extrañó que les pidieses a Yuko y a él que nos dejasen a solas…

—¿Sólo por eso? —Colton no parecía convencido. De hecho, apretaba los labios mientras pensaba—. Tiene que haber algo más.

De forma inesperada, un recuerdo fugaz iluminó mi mente. El beso. El rechazo del día de la fiesta. ¿Podría ser ese el motivo? ¿Habría Isamu atado cabos y llegado a la conclusión de que había algo entre Colton y yo? En ningún momento había considerado necesario informar a Colton del beso. A fin de cuentas, para mí no había sido relevante. ¿Lo sería para él?

—Estás tensa.

Su voz llegó hasta mí. Tranquila y profunda, suave como el terciopelo. Cogiendo aire, respondí con sinceridad.

—¿Te acuerdas del día de la fiesta? —Él hizo un sonido afirmativo—. Antes de verte en el parque, Isamu… me besó. Le dije que yo no sentía lo mismo, de

hecho…

—Tranquila, Sofía —me calmó cuando empecé a parlotear con nerviosismo —. Lo sé.

Extrañada, me volví hasta mirarlo a los ojos. Estaba tranquilo y sosegado. Hasta que su oscura mirada no se centró en mí, no continué.

—¿Cómo lo sabes?

—Isamu habló conmigo después. Me lo contó todo y me pidió consejo.

Mortificada, no pude evitar llevarme una mano a la boca. Colton parecía divertido.

—Dios mío… —Un intenso calor se concentró en mis mejillas. ¿Le habría contado Isamu textualmente lo que le había respondido junto a mi negativa? Esperaba que no—. ¿Qué te dijo?

—Que te quedaste fría y quieta, mirándolo con espanto.

—Pobre… —susurré, sin recordar si verdaderamente había actuado así.

—Y que estabas enamorada de otro, aunque hubieses preferido haberte fijado en él.

Colton me colocó con delicadeza una mano en la nuca, acercándome más a él. La proximidad entre ambos me incendió, y fijé la mirada en su boca.

—Todo habría sido más fácil… Además, ni siquiera sabía si sentías lo mismo —admití—. Estaba cansada del tira y afloja que teníamos.

—Ya no —dijo él, acercándome otro poquito más.

—Ya no lo tenemos —convine, colocando mi mano sobre la suya.

—Estás enamorada de mí —susurró.

Había esperado que se olvidara de esa parte, ilusa de mí. Colton estaba en todo, no había nada que se le escapara. Desvié la mirada al suelo, o en este caso a mis piernas, ya que me encontraba sobre él.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Lo que siento por ti? —Me atreví a mirarlo. Al verlo asentir, dejé escapar un suspiro—. Ya lo sabes. Mis acciones hablan por sí solas.

Y así era, sólo pensaba en verlo, pasar tiempo junto a él. Además, el día del accidente me había preocupado por partida triple: por mi padre, por Yoshio y por Colton. Me resultaba complicado comunicar mis sentimientos, sobre todo cuando no estaba segura a ciencia cierta de los suyos. Pero aunque él no sintiese lo mismo, nada cambiaría. Yo ya estaba enamorada de Colton, de su enigmática personalidad, de la calma que mantenía ante todos los problemas, su forma de ver la vida, la pasión que compartíamos por el kárate… y cómo

me trataba y me hacía sentir.

Me besó, volviendo a causar un torbellino de emociones en mi interior. Se separó justo antes de que yo profundizase el beso y disfrutara de su sabor.

—Lo sé —respondió.

Sólo me hizo falta mirar sus ojos para saber que era correspondida, que él también sentía lo mismo. Aliviada y feliz de haber dado otro pasito más, esta vez me permití el lujo de besarlo con más pasión, y Colton respondió al beso.

—¡Eh! Alegra esa cara, es sólo lunes… y viene la familia de Colton. ¿No deberías estar feliz?

Esbozando una amarga sonrisa, asentí sin dejar de cortar el cabello de la clienta que me tocaba. Intentaba concentrarme en la melena rubia y hacer realidad ese peinado que ella tanto deseaba, pero no era mi mejor día.

Temblaba como un flan.

—Por supuesto, sobre todo hoy, que me han salido dos granos enormes y tengo unas ojeras que…

—¡Deja de quejarte! Un poco de maquillaje y no se notará. ¿A qué hora habéis quedado?

—Pues al parecer mañana vamos a cenar todos juntos en el restaurante de Yoshio. Hoy Colton dará la clase de kárate y luego se marchará con su familia. Es el primer día, así que prefiere estar con ellos a solas.

—Es comprensible. Su familia llegará cansada después de tantas horas de vuelo. Por cierto, ¿cómo vais a hacer mañana? ¿Sabe tu padre que estáis juntos?

—No, no. —Negué varias veces con la cabeza antes de mirar a Maribel. Ella le alisaba el pelo a una adolescente, mientras la madre leía una revista, ajena a lo que hablábamos—. Eso es… otra cosa que tendremos que solucionar tarde o temprano.

—Pues deberíais hacerlo ya —me recomendó mi compañera, dirigiéndome una mirada preocupada—. Cuanto más te lo guardes, peor será.

—Sólo quiero asegurarme, Maribel. No quiero decirle que estoy saliendo con él si un mes más tarde nos vamos a dar cuenta de que no funciona.

—¡Anda ya! Sabes perfectamente que eso no se va a acabar en un mes. Además, podríais aprovechar y ya de esa forma la familia te conoce como su pareja. Es lo que quieres, puedo verlo en tus ojos.

Ignorándola, fingí que me centraba en la clienta y permanecí en silencio.

Pero no me podía engañar a mí misma: los nervios me consumían. Era consciente de los sentimientos de ambos, pero temía que algo fallara. Y en ese caso era su familia. Ignoraba si las diferencias culturales eran tan grandes como pensaba. Además, me imaginaba que Yuko estaría allí, con su apariencia perfecta y sus modales impolutos. ¿Vería desagrado en los ojos de la familia de Colton? ¿Me compararían con ella? Intentaba luchar contra los pensamientos negativos recurriendo a la cálida relación que mi padre mantenía con ellos.

Cogí aire y solté un profundo suspiro.

—Deja de darle vueltas —dijo Maribel. Di un respingo—. Les vas a encantar. Estás perdiendo el tiempo pensando en cómo actuar en cada situación que se te presente.

Asintiendo, terminé de hacer el corte y le pregunté:

—¿Cenamos juntas hoy?

—Tengo una cita —respondió con una radiante sonrisa.

—¡Y no me habías dicho nada! ¿Quién es?

—No te hagas ilusiones, Sofía. Es simplemente alguien de internet, algo rápido. —Me susurró esto último para que no se enterase nadie.

Yo reprimí una sonrisa mientras cogía el secador y el cepillo para peinar a la clienta a la que acababa de cortar el pelo.

—Quiero todos los detalles —dije, antes de enchufar el secador y volver a la tarea.

Una vez acabada la jornada, me dirigí a la escuela de kárate dando un paseo. A lo largo del día había conseguido calmar parte de mis nervios y pensamientos negativos, aceptando que todo sucedería como debía suceder. Confié en mí, alentándome la idea de que si Colton había acabado apreciándome, su familia también lo haría. Una vez llegué, saludé a todos mis compañeros y me fui al vestuario femenino. Allí estaban Isabel y Laura cambiándose de ropa.

—Hola, chicas. ¿Y Mar?

—Mi hermana tenía turno doble —explicó Isabel, colocándose el cinturón —. Colton no ha venido.

—Ah, ¿no?

—No, creo que ha sido un cambio de última hora, porque siempre avisa con antelación —me respondió Laura, quitándose la ropa que llevaba para ponerse el *karategi*—. Ha venido su familia desde Japón.

—Sí, algo he oído —dije de forma distraída, intentando mostrar desinterés

—. ¿Y quién lo va a sustituir?

—Isamu.

—¿Isamu? —pregunté confusa, quedándome paralizada.

—Sí. ¿No sabías que también es cinturón negro?

El sonido de la puerta al abrirse me alertó. Giré la cabeza y vi a Lucía, que entró saludando.

—Yuko no ha venido —soltó, observándome de reojo. Yo empecé a ponerme el *karategi* con movimientos mecánicos y tensos—. Quizá esté con Colton y su familia. Es muy cercana a ellos.

Como si de un cuchillo de tratase, sus palabras rasgaron mi pequeña coraza. Tragué saliva y recuperé la tranquilidad al recordar las palabras de Colton. Yo confiaba en él y conocía lo suficiente a Lucía como para saber que intentaría hacerme daño a toda costa. Como si tuviese una diana en el pecho, aprovechaba cada momento para lanzarme pullas envenenadas.

—O quizá haya vuelto ya a Extremadura —intervino Laura.

—No creo: siempre que viene se queda más tiempo. Además, ella fue la que alertó a los padres de Colton del accidente. Quizá él aproveche la ocasión y la presente como su pareja.

—No están juntos —salté de forma inesperada, pero satisfecha por la indiferencia que mostraba mi voz—. Son amigos.

—¿Y eso cómo lo sabes tú? —preguntó Lucía, cruzando los brazos y volviéndose hacia mí.

—Su padre es el mejor amigo de Colton y de Yoshio, Lucía —respondió Isabel, mirándola con reprobación—. Deja ya de chismorrear y termina de vestirte.

Le dirigí una mirada de agradecimiento a mi compañera antes de acabar y salir con ellas. Durante la clase, pude percatarme de dos cosas: la primera, Lucía buscaba con ansias la mirada de Isamu y alguna muestra de afecto hacia ella. La segunda, Isamu había enfriado su actitud hacia mí, aunque todavía había cierta tensión entre nosotros. El hecho de que me escogiese varias veces como compañera para calentar y estirar no fue del agrado de Lucía.

Al terminar la clase y el saludo, iba a dirigirme hacia la salida cuando oí que me llamaban.

—¡Sofía!

Alcé la cabeza y miré por encima del hombro. Era Isamu, que se acercaba a mí. Con un rápido movimiento, me quité el sudor de la frente con el

antebrazo. Vi que Lucía se dirigía hacia el vestuario femenino. No parecía contenta, más bien todo lo contrario. Tenía la frente arrugada y los ojos entrecerrados. Oía los pasos de Isamu cada vez más cerca sobre el tatami. Cerré los ojos y me di la vuelta.

Parecía más corpulento con el *karategi,* incluso mayor. Su bonito rostro estaba cubierto por una suave capa de sudor, aunque se la retiró haciendo el mismo gesto que yo había hecho segundos atrás. Pude ver una pequeña porción de su pecho por la abertura del *karategi,* pálido y sin apenas vello. Retiré la mirada cuando él se recolocó la ropa.

—¿Qué te ha parecido la clase?

Sorprendida, abrí los ojos de par en par. Me había esperado muchísimas cosas, menos que me pidiera mi opinión sobre la clase que había impartido.

—Ha sido muy entretenida —admití.

—Colton me pidió el favor a última hora. Quería venir, pero su familia ha llegado de…

—Sí, me he enterado.

Los labios del joven japonés esbozaron una sarcástica sonrisa, al tiempo que avanzaba otro paso.

—Necesito tu ayuda. ¿Te importaría hacerme un favor?

—Claro —respondí sin reticencia, pues le debía bastante, después de lo bien que se había portado conmigo con el tema de mi coche.

Su sonrisa se ensanchó.

—Necesito llevar muchas bolsas de material al almacén de atrás —explicó, señalándome el vestuario masculino—. Ha llegado hoy y Colton me ha pedido que lo guarde. No lo entregará hasta la semana que viene. —Asentí sin decir ni una palabra—. Cámbiate de ropa, te esperaré por aquí.

Hice lo que me pedía: me quité el *karategi* y me volví a poner la ropa de calle. Mis compañeras se fueron yendo de forma paulatina hasta que no quedó nadie. Diez minutos más tarde, Isamu y yo estábamos a solas.

Me lo encontré en el recibidor, apoyado en la mesa mientras escribía un mensaje de texto con desgana. Al verme, se metió el móvil en uno de los bolsillos del pantalón y nos dirigimos al vestuario masculino.

—Coge todas las que puedas —dijo, señalando la enorme montaña de bolsas —. Creo que en tres viajes habremos terminado.

—Está bien.

Cogí cuatro bolsas, él ocho y nos dirigimos a la parte de atrás para guardarlo

todo. En primer lugar, Isamu colocó de forma ordenada las bolsas que él había cogido, luego las mías. Cuando acabamos, volvimos en silencio hacia donde se encontraba el resto. Volví a cargar las que pude y lo seguí al almacén de nuevo, sorprendida por su cambio de actitud. Parecía más relajado, como si lo que le había estado molestando hubiese desaparecido.

Cuando por fin conseguimos acabar, recogí mi bolsa de deporte del suelo y me la colgué del hombro. El móvil de Isamu comenzó a vibrar, iluminado a través de la tela de su pantalón. Él lo ignoró.

—Gracias por ayudarme —dijo, rompiendo el silencio.

Lo miré a los ojos y respondí:

—De nada, no me importaba.

—Se te da bien.

—¿Perdón? —pregunté sin entender a qué se refería.

—El kárate. Eres buena, Sofía —fue su tranquila respuesta antes de apagar todas las luces y hacerme un gesto para que saliera. Una vez cerró, inclinó con suavidad la cabeza—. Hasta luego.

Asentí antes de emprender el camino de vuelta a casa. Sin embargo, a mitad del trayecto, me paré al oír unos pasos cercanos. Girando sobre mis pies, miré a todos lados. No había nadie, apenas un par de mujeres hablando con un hombre de cosas relacionadas con el colegio al que asistían sus hijos. Extrañada, reanudé mi marcha y contesté al teléfono, que sonó en ese momento. Era Eli.



14

La noche del martes llegó con rapidez, y fui con mi padre al restaurante de Yoshio. Él, que no paraba de parlotear, miraba distraídamente por la ventanilla del coche, saludando a todos los vecinos con los que se encontraba. La noche anterior, al no conseguir hacer planes con nadie y sintiéndome cansada, pasé la mayor parte de la noche tirada en la cama, hablando con mi madre y después con Eli, luego vi una película y me quedé dormida. Había esperado aguantar lo suficiente como para leer un trozo más del diario de mi abuela, pero finalmente caí rendida en los brazos de Morfeo.

Eso sí, por la mañana tenía suficiente energía como para terminar con todas mis clientas antes de las dos.

Me paré en un semáforo en rojo y alcé la vista para contemplar el oscuro y despejado cielo. Se podían ver con total claridad las pequeñas estrellas, aunque quedaban medio opacadas por una luna llena escondida entre los edificios más altos y las delgadas ramas de los árboles. Suspirando, metí la primera marcha para arrancar cuando mi padre comentó:

—Si no fuese porque no tiene sentido, diría que estás nerviosa.

Negué con la cabeza y doblé la calle antes de responder:

—¿Nerviosa?

—Te estás mordiendo los labios con tanta fuerza que hasta te has levantado la piel, tienes los nudillos blancos mientras sujetas el volante y te tiembla la pierna izquierda cada vez que la pones en el embrague.

Sorprendida por su análisis, fruncí el ceño.

—Anda ya. ¿Por qué no dejas tu rol de policía observador? Ahora no estás trabajando —bromeé.

—No tienes nada de qué preocuparte, Sofía. Es sólo una cena.

—Por supuesto.

—Además, su familia habla español. Poco, pero lo entienden.

—No comprendo qué hacemos aquí —dije aparcando y mirando por el espejo retrovisor—. Quiero decir, ¿tanta amistad tienes con ellos como para asistir a una cena familiar?

—Sí, los padres de Colton me aprecian bastante. Ya lo verás.

—De acuerdo. —Cuando eché el freno de mano, mi padre se quitó el cinturón. Antes de bajarse, añadí—. ¿Saben que tienes una hija?

Mi padre me miró con los ojos entrecerrados, como si no entendiese aquel despliegue de inseguridad.

—Desde luego.

A apenas unos metros del restaurante, cada paso que dábamos aceleraba los latidos de mi corazón. Quise volver a parlotear, liberar parte de los nervios que me impedían disfrutar de aquella hermosa noche, pero las continuas miradas de desconcierto de mi padre me advirtieron de lo inusual de mi comportamiento.

Cuando él abrió la puerta del restaurante, alcé la cabeza y suspiré. El frescor del local me hizo ser consciente del sudor que recorría el valle entre mis pechos o mi espalda, no visible a causa del vestido. Una suave melodía japonesa llenaba el restaurante, aunque apenas me percaté de ella. En una amplia mesa familiar baja estaba Colton junto a sus padres y su abuela. Todos se levantaron con una amable sonrisa.

Mi padre dijo algo antes de ir hacia ellos y darles la bienvenida. Yo, por el contrario, permanecí unos pasos atrás, aguardando mi turno. Colton tenía los ojos clavados en mí, cálidos y tranquilizadores. Un amago de sonrisa apareció en su rostro antes de que mi padre me pusiera una mano en la espalda y me empujara hacia ellos.

—Esta es mi hija, Sofía. Sofía, ella es Yukiko, la madre de Colton, y Seizo, su padre.

Asintiendo torpemente, imité la pequeña inclinación de cabeza que ambos hicieron. Escruté el rostro de ella de la forma más discreta que pude. Tenía los mismos rasgos occidentales que su hijo, si bien sus ojos oscuros eran más rasgados que los de Colton. Sus labios eran bastante finos y se curvaban en

una educada y agradable sonrisa. Su padre, por el contrario, tenía la misma boca que su hijo: carnosa y atractiva. Tenía el pelo canoso y llevaba un bigote que hacía más rudos sus rasgos. La poca expresividad de su rostro me hizo enmudecer.

—Y ella es la abuela, Matsui. Quizá ahora mismo…

No oí las siguientes palabras de mi padre, aturdida por la mirada desconfiada que me dirigía una mujer de avanzada edad desde el lado derecho de su nieto. Bastante bajita y con el rostro terso y despejado, apenas recibí un saludo de ella cuando repetí el torpe movimiento que les había hecho a los padres de Colton. Llevaba el pelo, completamente blanco, corto y muy bien peinado; sus ojos apenas eran dos finas ranuras que a duras penas dejaban ver su color. A pesar de la hostilidad con la que me contemplaba, no pude por menos que apreciar el buen estado de su cutis.

—Es un placer —les dije de forma general a todos. En ese momento vi a Yoshio, que salía de las cocinas para saludar—. Hola, Yoshio.

—Sentaos, sentaos —dijo él, haciendo un gesto con las manos—. Ahora traeré los platos. Isamu, Ami y Yuko estarán a punto de llegar.

Como si Colton pudiese ver el malestar que sentía, alzó una ceja en mi dirección. Mi padre, al percatarse de mi reticencia, me volvió a empujar con suavidad hasta que ocupé un asiento libre. Él se sentó a mi lado, con Colton al otro.

Aliviada de que mi padre sacara temas de conversación, me permití tomarme unos segundos para calmar el ajetreo que se había formado en mi interior. Intentaba ignorar la constante mirada de Matsui, que al parecer había decidido odiarme. Tenía en la boca una mueca de desagrado total. Al darse cuenta, Colton se inclinó para susurrarle algo. Ella soltó un bufido antes de apartar la mirada de mí y centrarse en la conversación.

Sonreí a Colton, que me correspondió con una inclinación de cabeza. Me percaté de lo guapo que estaba. Di un pequeño salto cuando oí una carcajada masculina. ¿Era Seizo?, pensé, intentando recordar los nombres. Solté un escueto «gracias» cuando Yoshio me dio una cerveza. En ese momento, mi padre se acordó de la bolsa de pasteles que había encargado en una confitería.

—Os van a encantar. Hice el pedido ayer mismo para que estuviesen hoy —explicó, aceptando una cerveza.

—¿Qué… estudias, Sof… Sofía? —preguntó la madre de Colton.

Yukiko me sonreía a la espera de mi respuesta. Al ver que todos se habían

callado, me aclaré la garganta antes de contestar.

—Soy peluquera. Trabajo en la peluquería de Dolores.

—Sofía es la mejor. Tiene muy buena fama —añadió mi padre con orgullo. El brillo de sus ojos le hacía parecer más joven.

—Oh, quizá… —Al parecer, Yukiko no recordaba la palabra, y se la preguntó a su hijo. Luego continuó—: Quizá tú puedas peinar.

—¡Eso es una magnífica idea! —saltó mi padre—. Nadie en este pueblo te dejaría tan bien como Sofía.

Horrorizada ante el temor de peinar a la madre de Colton, comencé a notar que me sudaban las manos. Me las limpié en el vestido.

—Yo…

—Sería genial —contestó Yukiko, bastante animada—. Me gusta tu… pelo. Es bonito y brilla.

—Sofía quizá esté ocupada —dijo Colton, viniendo a mi rescate—. Siempre tiene la agenda llena.

Supe que no estaba siendo madura al ver la desilusión en los ojos de Yukiko. Era una clienta más, podía hacerlo…, siempre y cuando no recordase que era la madre de Colton. Me aterrorizaba cortarle un mechón de más a causa de mis nervios. Cogí la cerveza con ambas manos y dije:

—No hay ningún problema.

Mi padre asintió, satisfecho con mi respuesta.

—Luego te doy el número de Sofía, Colton. Y habláis con ella para acordar un día antes de que se marche.

Apenas quince minutos más tarde Ami, Isamu y Yuko llegaron. Me levanté de mi sitio, como hizo el resto, para saludar a los recién llegados. Ami nos saludó a todos antes de dirigirse a la cocina a ayudar a Yoshio a traer los platos. Mi padre también fue, seguramente con ganas de hablar con su amigo. Isamu se acercó a mí después de saludar a Yukiko, que charlaba amigablemente con todos en japonés. Cuando el hermano de Ami se inclinó y me rodeó torpemente con sus brazos, pude ver por encima de su hombro a Yuko. La abuela de Colton la saludó y luego le cogió las manos mientras le susurraba algo. Ella asentía con timidez.

Tras separarse, Yuko se dirigió a Colton. Sus pómulos se volvieron de un cálido tono rojizo mientras lo saludaba. Él, por su parte, alzó ligeramente la comisura derecha de la boca, haciéndole también una inclinación. Matsui, confundida quizá por el frío saludo de ambos, se volvió en mi dirección.

El odio volvió a llamear en los ojos de la anciana.

—Me alegro de verte, Sofía —dijo Isamu, separándose.

—Yo también.

—Hola, Sofía —dijo una voz femenina con acento. Era Yuko, que se había acercado hacia donde estábamos Isamu y yo—. Me alegra verte aquí.

—Hola, Yuko. Lo mismo digo.

—Tomad, Isamu y Yuko, os he traído una cerveza a cada uno —dijo mi padre, apareciendo junto a Ami y Yoshio.

Volvimos a ocupar nuestros asientos e Isamu se sentó a mi lado. Yuko, al otro lado de Colton. Matsui había insistido una y otra vez, a pesar de la reticencia de la joven. No entendía japonés, pero no me hizo falta más que observar la escena que se desarrolló para comprender que Matsui intentaba juntar a Colton con Yuko. Suspirando, volví a beber otro trago de cerveza mientras observaba lo bonita que estaba decorada la mesa, con todos aquellos enormes platos, cuencos, palillos y cubiertos a juego. Además, había una bonita flor en el centro. Intentaba no perderme detalle de todos los elementos, disfrutando de los olores que llegaban hasta mí y conseguían transportarme hasta el mismísimo Japón. Cerré los ojos unos segundos e inspiré, llenando mis pulmones de aire.

—¿Con qué vas a comer, palillos o cubiertos?

Abrí los ojos con rapidez al reconocer la voz de Isamu. Ordené mis pensamientos e intenté contestar a lo que me había preguntado.

—Palillos.

—Qué arriesgada —dijo con una sonrisa, tendiéndomelos.

—No se me dan mal. No tengo la misma destreza que con el tenedor, pero sé manejarme.

—No se diga más.

Los cogí y cuando alcé la cabeza me encontré con los ojos de Colton. Ambos intercambiamos una rápida mirada, que fue interrumpida por Matsui, que le habló a su nieto. Intenté no sentirme decepcionada, pues era consciente de que aquella noche compartiría muy pocos momentos con él. Lo que no había tenido en mente había sido el posible odio que podía sentir por mí uno de sus familiares. Esperaba indiferencia, pero no hostilidad.

Cuando empezamos a comer, Isamu me ayudó a llegar a los platos que más me llamaban la atención. El primer contacto de mi lengua con la deliciosa comida me arrancó un suave gemido.

—Está riquísimo, Yoshio —dije, llamando su atención. Él esbozó una gran sonrisa—. Cada día te superas más.

—¿Cuánto tiempo te quedas en Coria, Sofía? —preguntó Yuko, haciendo que todos dejasen a un lado sus conversaciones y se centraran en nosotras.

En el profundo silencio que se hizo sólo se oía la suave melodía que sonaba por los altavoces. Alguien se aclaró la garganta, por lo que me vi obligada a responder.

—Me iba a ir después del verano, pero… me gusta Coria. —Por el rabillo del ojo pude ver la radiante sonrisa de mi padre—. Estoy contemplando la posibilidad de quedarme.

Mi padre me dio un suave apretón en el hombro. Parecía emocionado.

—Me alegra oír eso. ¿Lo ves? Te lo dije, Yoshio. Sólo necesitaba tiempo.

Su amigo asintió con profundidad.

—¿Hay algún motivo que te haya hecho cambiar de opinión? —preguntó Ami, guiñándome un ojo.

Apreté los palillos con fuerza entre los dedos, deseando acabar con la conversación y volver a pasar desapercibida. Justo cuando pensaba que estaba tardando demasiado en contestar, Colton volvió a echarme una mano.

—No creo que sea de nuestra incumbencia, Ami. Sofía está incómoda.

Su voz tranquila y sosegada me alivió.

Tras disculparse Ami, continuamos con la cena. Los siguientes temas de conversación giraron en torno al accidente que habían sufrido mi padre, Yoshio y Colton en su excursión a Constantina, el viaje de Japón a España, la escuela de Colton… Al notar un pequeño calambre en el gemelo izquierdo, supe que necesitaba estirar las piernas. Eché un rápido vistazo a las bebidas y luego miré a Colton.

Como si hubiese entendido mi gesto, me hizo un gesto afirmativo apenas perceptible.

—Voy a buscar algo de beber —dijo luego.

—Trae botellas de agua y refrescos —le pidió Yoshio.

Matsui susurró algo en japonés para, a continuación, darle un suave codazo a Yuko. Esta se encogió sobre su sitio. Sabiendo que perdería mi oportunidad de estar a solas con Colton si no actuaba, me levanté casi de un salto, desplazando mi silla hacia atrás.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—No estaría de más, gracias.

Los demás volvieron a enfrascarse en otro tema de conversación, mientras yo me dirigía hacia la cocina junto con Colton. Mis pies apenas tocaban el suelo, deseosa de alejarme de allí, aunque fuera un par de minutos. Cuando entramos, por miedo a que nos pudiesen ver, me quedé a un lado, mientras él cogía las bebidas de aquella cocina de dimensiones considerables y bastante limpia. La decoración era más bien sobria y había un pequeño letrero en japonés colgado de una de las paredes. Ignoraba qué decía, pero eso no me impedía disfrutar de los perfectos trazos de la escritura.

Un ruido de botellas al chocar me hizo girar sobre los talones. Colton comenzó a dejar botellas de agua y otras bebidas en una de las encimeras. Se dio la vuelta y empujó con los dedos una de las botellas, sin apartar los ojos de mí.

Estiré la mano para coger la de él, deleitándome con el contacto de sus dedos con los míos.

—Estás helada.

—Lo sé —respondí, mientras acariciaba con mi pulgar su cálida piel.

—¿Qué tal estás?

—Bien, bien —dije con rapidez.

Él entrecerró los ojos, sin creerme lo más mínimo.

—Así que planeas quedarte.

Di un respingo. A pesar de decirlo con naturalidad, capté una pequeña variación en su voz.

—¿Te gusta la idea? —quise saber.

—Bastante, para ser sincero.

En esta ocasión fue él quien dio un paso hacia mí. Su amago de sonrisa me arrancó una más grande a mí, incapaz de calmar los erráticos latidos de mi corazón. Estaba segura de que deseaba hacerme más preguntas, quizá saber por qué había decidido quedarme. Si él era una de esas razones. Incluso me parecía oír los engranajes de su astuto cerebro cuando avanzó otro paso en mi dirección.

A esa distancia ya era capaz de percibir su olor.

Supe que estaba irremediablemente perdida en el momento en que alzó la mano y me acarició la mandíbula con la yema de los dedos. Tras su contacto notaba un reguero de fuego que me abrasaba la piel.

Cerré los ojos cuando se inclinó para besarme. Sus oscuros ojos fueron lo último que vi.

Pero el beso nunca llegó.

En su lugar, oí un gruñido femenino, seguido por una retahíla de palabras desconocidas para mí.

Abrí los ojos y me volví para encontrarme con el rostro furioso de Matsui, casi rojo de ira. Sorprendida, apenas pude moverme. Colton, en cambio, me empujó con suavidad a un lado para ponerse delante de mí. Su abuela comenzó a protestar en japonés, mientras su nieto respondía con calma.

Justo cuando pensaba que ya lo habían aclarado, ella intentó pasar por el lado de Colton para acercarse a mí. Él la paró de forma inmediata, susurrando algo en japonés. Su tono fue helado y cortante y consiguió que Matsui se diera la vuelta y regresara a la mesa.

Con mal sabor de boca por lo que había pasado, permanecí donde estaba, sintiendo bastante frío. Me rodeé con los brazos. ¿Por qué me odiaba Matsui? ¿Tan incompatibles éramos Colton y yo, o nuestras culturas? Temía que el rechazo de su abuela fuese motivo suficiente para levantar otro muro entre ambos y Colton quisiese dejar de verme.

Él suspiró antes de acercarse. No me tocó; se quedó a corta distancia mientras estudiaba mi expresión.

—¿Estás bien? Lamento esto. Ha sido muy descortés por su parte.

—No tienes que disculparte, no es culpa tuya —dije con sinceridad. Incapaz de aguantar por más tiempo su escrutinio, cogí algunas de las botellas—. ¿Vamos?

El resto de la cena transcurrió de forma condenadamente lenta. Una vez terminamos con los platos principales, tomamos té verde para acompañar los dulces que había llevado mi padre. Este parecía ajeno a las miradas asesinas que Matsui me lanzaba, arrugando el rostro y tensando los labios en una línea recta.

Quien sí se había percatado había sido Isamu, y seguramente también Yuko. Cuando todos se levantaron para ver las fotos de Colton que había colgadas en el restaurante, y que yo había visto el primer día de mi llegada, decidí quedarme sentada. Agradeciendo unos minutos a solas, le di un buen sorbo a mi taza. Repasaba una y otra vez mi comportamiento, pero sabía que no había nada inapropiado en él. Ignoraba los motivos que habían hecho que la anciana me cogiera tal inquina.

Suspirando, apoyé la cabeza en la mano y miré fuera, pensativa, hasta que noté que alguien se sentaba a mi lado.

Al girar la cabeza, no pude por menos que abrir los ojos por completo al ver de quién se trataba.

—Yuko…

—Te he visto sola. Espero que no te importe que haya decidido sentarme aquí contigo —dijo con suavidad, esbozando una cálida sonrisa.

—Para nada. ¿Te apetece una taza? —pregunté, alzando el té verde.

—No, gracias. Yo… —Como si estuviese haciendo acopio de valor, apretó los puños sobre sus muslos hasta que se le pusieron los nudillos blancos—. El hecho de que ame a Colton no quiere decir que me complazca ver el trato que Matsui te ha dado.

Tras un momento de silencio, hice un gesto para quitarle hierro al asunto.

—No es para tanto…

—No tienes por qué mentir. Al contrario que Colton y que yo, todo lo que sientes se te refleja en la cara. Apenas has probado bocado después de venir de la cocina. Me puedo imaginar por qué.

—Te agradezco tus palabras, Yuko.

—La familia de Colton son buenas personas, en serio. Quizá, teniendo en cuenta tu cultura, puedan parecerte al principio algo fríos y distantes, pero nada más lejos de la realidad. —Yuko se echó un mechón de pelo hacia atrás, mirando hacia donde se encontraba el resto—. Y Colton sólo tiene ojos para ti.

—Para él lo más importante es la familia —susurré, al recordar nuestro mal comienzo debido al escaso trato que yo había tenido con mi padre.

—Matsui no tiene ningún motivo para odiarte. Sólo deja que te conozca. Simplemente… está anclada en el viejo Japón. Sigue habiendo cosas que ella no comprende.

Asintiendo, alcé la cabeza con parsimonia. Mis ojos se encontraron con los de Colton y mi corazón dio un vuelco.

—Estás enamorada de él. —Yuko volvió a atraer mi atención. Tenía la cabeza ladeada, observándome—. Puedo saberlo por cómo lo miras.

Noté un intenso calor en mis mejillas, que hizo que volviese a recuperar algo de color.

—Me gusta cómo ve la vida, las enseñanzas que saca de cada una de sus experiencias para convertirlas en algo enriquecedor —musité con orgullo,

mirándolo desde mi sitio, mientras él hablaba con mi padre. Sonreía, lo que hacía que sus ojos pareciesen más rasgados—. El cariño sincero que le profesa a mi padre hace que lo admire. Y su pasión por el kárate es algo que compartimos. Además —me encogí de hombros, mirando hacia abajo. Era incapaz de sincerarme y aguantar la mirada de Yuko al mismo tiempo—, adoro su forma de expresarse o de hablar sólo cuando es necesario, cómo cuida de los que ama…

—No hace falta que digas más —me interrumpió ella con suavidad, como si hubiese entendido mi mensaje sin haberlo acabado—. Es lo que yo siempre quise pero nunca obtuve. No se puede forzar, sólo surge.

Entristecida por sus palabras, pues contenían gran dolor, no pude por menos que estirar una mano para colocarla encima de la suya y le di un cálido apretón.

—Si te soy sincera, todo surgió inesperadamente. Colton y yo empezamos de la peor manera posible. Nos odiábamos.

—Me cuesta creerte. Cuando miro a Colton, siempre lo pillo observándote. Sus ojos muestran de todo menos odio. A mí… nunca me ha mirado así.

Tenía sentimientos encontrados. Por una parte, me alegraba profundamente ser la persona de la que Colton se había enamorado. Pero por otra no podía evitar sentir cierta empatía hacia Yuko, pues alguna vez me había visto en la situación de no ser correspondida. No era agradable, pero ¿acaso de no haber sido así habría acabado con Colton? Me gustaba hacia dónde me había llevado el destino: las decisiones que había tomado me habían conducido donde me encontraba.

Quizá, pensé con alegría, Yuko acabara encontrando a esa persona que le correspondiese de igual manera que Colton a mí.



15

Al acabar la cena, me despedí de todos. Los padres de Colton se habían relajado y me dedicaron una sonrisa. Matsui, por su parte, inclinó la cabeza con un rápido movimiento que me confundió y me hizo preguntarme si había sido un saludo o simplemente se había apartado el pelo de la cara.

Colton se acercó a nosotros. Mi padre le dio un abrazo, seguido de una palmada en la espalda. Mientras terminaba de decirle algo a Yukiko, Colton se colocó delante de mí. Nos sostuvimos la mirada y yo, deseosa por tocarlo, apreté los puños a los costados. Ansiaba refugiarme en su pecho, aspirar su fresco olor y hablar durante horas y horas, para luego perderme en su cuerpo y compartir ese calor que poseía de forma innata.

Él inclinó un poco la cabeza sin apartar su mirada de mí. El fuego de su oscura mirada me abrasó hasta dejarme aturdida. Cogí aire y suspiré.

Quería abrazarlo. Mis manos temblaban nerviosas. Justo cuando pensaba que no podría aguantarlo más, mi padre me pasó un brazo por los hombros.

—¿Nos vamos?

—Sí. Gracias por la cena —dije, mirando a Yoshio.

—A vosotros por venir —respondió él.

El trayecto de vuelta fue rápido. Mi padre dio alguna que otra cabezada, y sólo se despertó del todo cuando aparqué frente a la puerta de casa.

Mientras me ponía el pijama, pensaba en todo lo que había sucedido aquella noche. Había conocido a la familia de Colton. Por supuesto, de manera informal, pues ninguno sabía nada sobre nosotros en ese aspecto. Me pregunté

cuándo encontraría el momento adecuado para hablar con mi padre. Sólo temía que tomase una drástica decisión, como alejarse de Colton. Era su mejor amigo, uno de los pocos y verdaderos apoyos que tenía, y dudaba que aceptara con facilidad una relación entre él y yo. Sabía que se distanciarían, que todo cambiaría, y lo que menos deseaba era robarle su círculo más cercano.

Por otra parte, yo deseaba salir con Colton con total honestidad, sin tener en cuenta la opinión de nadie, sin escondernos. Gestos como cogerlo de la mano y tener algún detalle cariñoso no debían llevarse a cabo sólo en la intimidad: yo quería más. Suspirando, me dejé caer sobre la cama. ¿Cuánto tiempo más podría esconder mis sentimientos, actuar como si verlo no me afectase lo más mínimo?

Me rodeé con los brazos, cerré los ojos y volví a fantasear. En mi mente apareció su rostro, sus exóticos ojos color arena y sus carnosos labios recorriéndome el cuerpo en lentas caricias; su cabello oscuro acariciándome la cara cuando se inclinaba para besarme. La ternura con la que pegaba su boca a la mía para luego devorarme, arrastrándome a las fauces del deseo.

Mi cuerpo respondió ante mi fantasía.

—Maldita sea…

Incorporándome, negué con la cabeza. Lo que menos deseaba en ese momento era excitarme con mis pensamientos, que cada segundo se volvían más vívidos y tórridos. Dudaba que el sueño de mi padre fuese lo bastante profundo como para poder desahogarme sin despertarlo.

Un fugaz pensamiento cruzó mi mente. ¿Y si alquilaba el piso de mi abuela? Mientras le daba vueltas a la idea, me estiré para alcanzar el diario. Recordaba lo último que había leído: Jun se iba a marchar y Linda intentaba a toda costa convencerse de que había estado preparada para ese final, cuando en realidad no había sido así. Recordé que Jun aún vivía, en Japón. ¿Sabría acaso que mi abuela había fallecido?

Fui pasando las páginas hasta llegar a la parte que me tocaba leer. Con tristeza, observé que no me quedaba mucho para acabar, apenas unas cuantas páginas. Pasé los dedos por el papel, notando su rugosidad. La letra de mi abuela era clara, pero debía de haberle costado escribir esa parte, porque su caligrafía no era tan cuidada y parecía haber apretado con fuerza mientras escribía.

Adopté una postura cómoda y empecé.

«Sabía que me costaría disfrutar del último encuentro a solas con Jun. Mi corazón golpeaba con fuerza contra mis costillas, cubiertas por la camisa de flores que llevaba, al mismo tiempo que mis temblorosas piernas no paraban de tropezar con cualquier objeto o elevación del terreno. Manolo, una vez más, se había ido a beber al bar junto a su amante, arrastrando los pies con desgana. Aquella noche parecía haberlo hecho por mí, quizá a sabiendas de que Jun y yo no volveríamos a vernos más.

Ajena a toda vergüenza, recorría el camino hacia la bodega de los Jiménez. Era bastante tarde para que ningún vecino me viese, y el camino que había tomado no era el más frecuentado por los borrachos. A pesar de haber sufrido un terrible episodio de violencia yendo sola, la posibilidad de volver a ver a Jun era superior a cualquier miedo. Me preparaba mentalmente para la despedida, consciente de que ninguna palabra suya conseguiría aliviar el dolor que me causaba su partida. Sólo el tiempo me sanaría del todo.

Me detuve ante la ancha y robusta puerta de madera oscura y levanté el puño para llamar cuando Jun abrió.

Se hizo a un lado para dejarme pasar. Cerró la puerta, echó el cerrojo y apenas tuve tiempo de volverme hacia él cuando se abalanzó sobre mí. Rodeándome con sus brazos, buscó mi boca con la suya y me pegó a la pared más cercana. En el intenso silencio que nos rodeaba sólo se oían nuestras agitadas respiraciones.

Paladeé su sabor, contenta por ver que el hambre que yo tenía de él no era ni una décima parte de la que él sentía.

Cuando nos separamos, vi que estábamos en penumbra. Alguna que otra vela encendida me permitía ver parte del rostro de Jun. Y lo grabé a fuego en mi mente, memorizando sus rasgados ojos, su serio y en ese momento alterado semblante, sus atractivos labios… Llevé una mano hasta su mandíbula y acaricié el vello incipiente. Fruncí el ceño cuando mi visión se nubló a causa de unas traicioneras lágrimas.

—Siempre supe que esto acabaría, pero nunca me imaginé lo duro que sería —susurré, luchando por reprimir mis sentimientos.

Jun, que solía mantener todas sus expresiones bajo control, flaqueó. Me mostró por primera vez la angustia que había en su interior a través de su húmeda mirada y de su triste sonrisa. Tenía la frente levemente fruncida, como si él también luchara por mantener la compostura. Ambos nos negábamos a malgastar el tiempo llorando y lamentándonos del destino, pues teníamos el resto de nuestra vida para ello. Por el contrario, ese momento no se repetiría nunca.

—¿Cuándo te marchas?

—Es cuestión de días, querida. —Me colocó un mechón de pelo detrás la oreja —. Mi madre quiere ser enterrada aquí. Ni siquiera nos da a Takashi o a mí la oportunidad de visitarla una vez se vaya.

—Yo me encargaré de que su lápida esté limpia, Jun. Yo la visitaré por ti. Por mí.

Por los dos.

Él alzó la comisura de los labios hacia arriba en una media sonrisa.

—Estará bien acompañada.

Nos miramos largo rato, perdiéndonos en la mirada del otro. Justo cuando pensaba que volvería a romper a llorar, Jun me cogió cariñosamente la cara con ambas manos.

—Prométeme que serás feliz.

—Eso no…

—Manolo es un buen hombre, Linda.

—Lo sé —admití.

—Date la oportunidad de volver a él, dame la tranquilidad de saber que no estás sola. Deja que me marche con la paz de saber que él estará a tu lado y con el dolor de que nunca volveré a verte ni a tocarte. Prométeme eso.

Sólo pude asentir, pues me era imposible hablar.

—Ya no volveré a verte —afirmé.

—No, no volverás a verme. Pero esta noche sólo estamos tú y yo, Linda. Esta noche tú no estás casada, y yo tampoco. Somos libres.

Cerré los ojos cuando el dolor fue demasiado grande como para seguir sosteniéndole la mirada. Cuando me abrazó, me refugié en su pecho. En mi frente pude sentir la humedad de sus lágrimas. Ambos llorábamos, liberando de cierta forma todo el dolor y la tristeza que nos consumía.

Me separé de él y retrocedí dos pasos. Decidida, llevé mis manos hasta mi camisa de flores y me fui desabrochando los botones de uno en uno, bajo la atenta mirada masculina. Cada botón que desabrochaba hacía el brillo de sus ojos más penetrante. Cuando mis pechos quedaron expuestos, pasé a mi falda. En pocos segundos toda mi ropa yacía en el suelo.

—Eres perfecta —susurró, estirando un brazo en mi dirección. A continuación, añadió algo en japonés.

Abrí los labios para preguntarle qué había dicho cuando volvió a besarme. Mientras nuestras lenguas se acariciaban, mis manos luchaban por quitarle la ropa. Necesitaba estar en contacto directo con su piel, sentir la firmeza y la calidez de su cuerpo.

Nos dejamos caer al suelo y Jun se colocó sobre mí. Cada centímetro de mi piel estaba cubierto por la suya. Alzó una mano para tocar mi cara, dibujando mis rasgos con precisión y cariño. Bajó por mi cuello hasta mis pechos, perdiéndose en las curvas de mi cuerpo.

Un tembloroso suspiro escapó de mis labios.

Sus ojos volvieron a mi rostro, pero su mano seguía mimándome. Cuando llegó a mi entrepierna, sus dedos se perdieron en mi sexo. No me penetró con los dedos. Se dedicó a masturbarme frotando el punto más sensible de mi anatomía. La precisión de sus movimientos demostraba lo bien que me conocía. Sabía dónde y

cómo tocarme para dejarme lista y preparada.

Abrí las piernas y él se colocó entre ellas. Contra mi muslo notaba su erección: dura y caliente. Moví las caderas de forma sugerente, dándole a entender lo que deseaba. Sin embargo, Jun me dio un casto beso antes de bajar por mi cuerpo. Su boca se paró en mi cuello, mis pechos y mis caderas, para llegar al final de su destino: mi húmedo sexo.

—Jun…

El primer contacto de su lengua fue increíble. Le sujeté la cabeza con las manos, llevándolo aún más cerca de mí. Como si ambos nos hubiésemos alejado de la cruda realidad, consumidos por el más voraz de los deseos, nos dedicamos a disfrutar del placer que nos dábamos. Jun continuó devorándome hasta que conseguí llegar al orgasmo, sin importarle el tiempo que necesitara ni mis protestas por querer que él disfrutara también.

Si algo tenía Jun que pocos hombres tuvieran era su generosidad y capacidad de sacrificio por los demás.

Mi pecho se movía con rapidez mientras lo observaba subir poco a poco sobre mi cuerpo. Como un depredador que disfrutaba cada segundo torturando a su víctima, Jun no me penetró hasta que unió sus labios con los míos. Se tragó cada uno de los gemidos que salían de mi boca.

Clavé los dedos en su espalda mientras recibía sus embestidas. Su olor me rodeó por completo, mezclándose con el mío. En poco tiempo perdí la conciencia, arrastrada por otra ola de placer que me llevó al clímax. Agotada, acepté con gusto su última penetración antes de liberarse y descargar su peso sobre mí.

Lo abracé con todas mis fuerzas, negándome a dejarlo ir.

Más tarde Jun me vistió con la parsimonia que normalmente se tomaba para sus actividades favoritas. Cuando acabó, se sacó del bolsillo del pantalón un pequeño pasador de nácar. Estaba envuelto en una tela oscura y aterciopelada que lo protegía.

Con el corazón en un puño, observé cómo me lo entregaba.

—Era de mi madre —susurró, mirándome a los ojos.

—Pero Jun…

—Quiero que lo tengas tú —me interrumpió.

Lo acepté y el pecho se me llenó de felicidad por sus palabras.

—Yo… no tengo nada que darte.

—Te equivocas, querida. Ya me lo has dado. Tu confianza y tu amor son más que suficientes para mí.

Apreté los labios; supe a qué se refería. Él me había hecho confiar y amar una vez más. Había resurgido de mis cenizas como respuesta a sus continuas muestras de cariño y de respeto. Me había nutrido, devolviéndome a la vida. Asentí.

—Te dejaré… algunas cosas.

—¿A qué te refieres?

—Takashi será el último en irse. He dejado… algo para ti. Mi madre también. Ya lo verás.

—Ahora vas a conseguir que me sienta aún peor por no haberte traído nada. —Sonriendo, Jun me abrazó—. Yo… tengo una carta para tu madre. ¿Sabe leer español?

—No, pero se la leeré yo.

—No seas cotilla —murmuré contra su pecho.

—¿Acaso hablas de mí en ella?

—Por supuesto. Pero sólo cosas buenas.

Una profunda y aterciopelada risa recorrió su cuerpo.

—Ya veremos.

—Le agradezco su ayuda —le expliqué, sin separarme de él, mirando una de las viejas paredes, pero en realidad lejos de allí, recordando nuestro primer encuentro —. Y que se haya comportado como una madre para mí. Además de haber dado la vida a la criatura más maravillosa que existe. Tú.

—¿Eso le has puesto?

—Sí.

—Desconocía esa parte poética tuya.

—Tengo mis momentos —bromeé.

Supe que había llegado la hora de separarnos cuando él suspiró. Nos miramos y unos momentos más tarde me acompañó de vuelta a casa, unos pasos detrás de mí, oculto por la oscuridad de la noche. Una vez más, me pregunté por qué nuestra historia tenía que acabar así, pero conocía la respuesta: no podía irme con él. No era viable. Y aunque se quedase, tarde o temprano la situación acabaría estallando, quizá haciéndonos más daño aún, si eso era posible, pensé con amargura.

Antes de entrar en casa lo contemplé una última vez. Admiré su porte regio, lo alto y esbelto que era. Sus rasgados ojos no se despegaron de mí, incluso me dedicó una última sonrisa antes de entrar yo en mi hogar.

Lo que Jun no sabía era que le había metido mi pañuelo favorito en uno de los bolsillos traseros del pantalón. De esa forma, me dije, con el corazón en un puño, él también tendría un poco de mí en Japón».

No pude evitar apenarme por el final de la historia de Jun y de Linda. Lo mismo que ella, había sabido desde el principio que no acabarían juntos, pues de otra forma mi padre no habría nacido, y, como consecuencia, yo tampoco. Pensé en el poco tiempo que mi abuela había tenido para disfrutar de su amante. Y luego me sentí culpable por mi abuelo.

Quedaba una última parte del diario, y suponía que Jun no volvería a salir más. Me pregunté cómo sería hoy en día, si seguiría pensando en mi abuela y

en todo lo que había dejado atrás en Coria del Río. De repente, recordé que su madre estaba enterrada en el pueblo. La buena y dulce Koyuki. ¿En qué parte estaría? ¿Lo sabría Colton?

Mi abuela me había dejado conocer una parte importante de su pasado, aunque desconocía el porqué. ¿Quizá había sido su forma de atarme al pueblo para que me quedara con mi padre? ¿Había sido ella también consciente de la soledad que había sentido su hijo cada vez que yo me había negado a venir?

Sacudí la cabeza para alejar los sentimientos de culpa. Ya me había disculpado, me arrepentía por completo, pero no podía cambiar el pasado. Había aprendido que remover una y otra vez lo que ya había sucedido era una pérdida de tiempo.



16

—A juzgar por tu fúnebre silencio, no sé si preguntarte qué tal fue la cena ayer.

Saliendo de mis pensamientos, miré a Maribel con una sonrisa. Enjuagaba el corto cabello de una mujer, que, al igual que yo, parecía estar perdida en sus pensamientos. Ella relajada, yo tensa como las cuerdas de un violín.

—Fue bien, la verdad.

—¿Pero?

Solté una carcajada al ver que alzaba una ceja.

—¿Por qué tiene que haber un pero?

—¡Te conozco lo suficiente para saber que ha pasado algo!

—Sus padres fueron amables… Su abuela, en cambio… —Me encogí de hombros.

—Te odia.

—Total y absolutamente. ¿Y sabes lo peor? Hoy viene Colton con su madre para que la peine. Al levantarme esta mañana he visto su mensaje.

—Ah, ¿os mensajeáis y todo? Pensaba que no tenías su número.

—Y no lo tenía, hasta esta mañana. En la cena quedamos en que me diría algo para que su madre viniera a peinarse. Por cierto, no le cobres nada, ¿vale? Esto va a mi cuenta.

—No te preocupes, no pensaba hacerlo. —Maribel me guiñó un ojo—. Tienes que ganarte a tu suegra.

Cuando acabé con mi clienta, fui al baño con rapidez para echarme un poco de agua en la cara. Al volver, estuve a punto de caerme de espaldas. Allí estaba

Colton junto con su madre y su abuela. Hablaban con Maribel, que parecía sacar de sus casillas a la anciana con tanta pregunta. Cuando Matsui me vio, entrecerró los ojos.

Colton, en cambio, me dirigió una mirada cómplice.

—Sofía.

Su voz grave pero suave me tranquilizó.

—Sofía, buenos días —me saludó Yukiko sonriendo—. Espero no molestarte.

—¡En absoluto! —respondió Maribel—. Justo había terminado con su anterior clienta, ¿verdad?

—¡Sí! La estaba esperando —añadí esto último tras el silencio que hubo.

—Mi madre se preguntaba si mi abuela podría…

Matsui interrumpió a Colton, hablando con rapidez en japonés. No me hizo falta entender su idioma para saber que aquella mujer no deseaba que la peinara yo. De hecho, odiaba estar allí. Sin embargo, unas palabras de su nieto y de su nuera bastaron para que guardara silencio.

Maribel movió los labios sin decir nada. Sin entenderla, no me quedó más remedio que asentir.

—Si ella quiere, no habrá problema.

—Sé que estás muy ocupada. Si te supone un inconveniente…

—No te preocupes, podré con ello —corté a Colton con una sonrisa—. ¿Tú te quedas o te vas?

—Me voy. He quedado con mi tío y mi padre para llevarlos a ver unos muebles. En cuanto acabes, llámame. Vendré enseguida.

—Por supuesto —respondí, ocultando mi decepción por ni siquiera poder disfrutar de él unos segundos.

Nos quedamos sosteniéndonos la mirada, y hasta que Maribel se aclaró la garganta no salí de mi trance. Agaché la cabeza y murmuré una escueta despedida. Después fui a buscar la capa que le pondría a Yukiko para evitar que se manchara la ropa.

Al volver, me acerqué a la madre de Colton. Ella me observaba con amabilidad, aunque algo había cambiado en su mirada. Matsui, por el contrario, estaba sentada y observándonos con actitud de total aburrimiento.

—¿Comenzamos? —pregunté con energía.

Dos horas y media más tarde, contemplé a Yukiko y Matsui. Sin lugar a dudas estaban mucho mejor que cuando habían llegado. A la madre de Colton le había puesto un tinte castaño y unos reflejos muy naturales que daban luz a su rostro y suavizaban sus rasgos. A Matsui, por el contrario, le había cortado las puntas y matizado su natural color blanco. Además, les había aplicado a ambas un tratamiento de hidratación. Estaban mucho más elegantes, con la melena más sana y cuidada. Pero desconocía si ellas estaban satisfechas con mi trabajo. Yukiko me había dado las gracias; Matsui, en cambio, se había quedado callada.

Maribel, notando que mi nerviosismo aumentaba, me apretó el hombro con suavidad.

—Buen trabajo.

—¿Tú crees?

—Sí. Además, te han dado las gracias.

—Matsui no.

—Sólo conozco a esa mujer desde hace unas horas y ya sé que no tiene remedio. De todas formas, si no le hubiese gustado, lo sabrías. Creo que sólo es orgullosa.

Asintiendo, cogí la escoba para barrer el cabello que había en el suelo. En ese momento varias personas entraron en la peluquería. Alcé la cabeza y vi a Colton, acompañado por su padre y su tío. Él me dirigió una sonrisa tranquilizadora.

Seizo murmuró algo en japonés al ver a su esposa y a su madre. Yo esperé, agradeciendo que Maribel se hubiese colocado a mi lado. Había intentado no arriesgar con ninguna de las dos, pues sus estilos eran más bien clásicos y tradicionales.

Yukiko tuvo una breve conversación con los recién llegados. Sin moverme de donde estaba, no fui consciente de que Colton se acercaba a mí. Ni de que me tocaba levemente el brazo.

—Están muy bien. Las dos.

—¿Les gusta? —susurré con preocupación.

—Sí, mi madre está encantada. Mi abuela también, sólo que no quiere admitirlo. Eres muy buena.

Alcé la cabeza para mirarlo y sonreí.

—Gracias.

—Es la verdad.

—¿Cuánto te debemos, Sofía? —preguntó Yukiko, acariciando su suave melena.

—Nada. Es un regalo.

—Has estado con ellas muchas horas…

—Es un regalo, Colton. No voy a cobrarles nada —lo interrumpí—. Si os gusta, es más que suficiente.

—¿Por qué no te vienes a comer con nosotros? —preguntó Yoshio, que llevaba una camisa blanca de manga corta y unos pantalones chinos que le hacían verse bastante arreglado.

—Es una buena idea —coincidió Colton.

—No, no hace falta, de verdad. Además, tengo que…

—Nos gustaría invitarte como agradecimiento por esto —intervino Yukiko, señalándose a sí misma y a la anciana—. Por favor.

Miré a Maribel sin estar convencida del todo. Ella, por el contrario, ya tenía mi bolso en la mano.

—Anda, vete. Disfruta de… la comida —dijo, antes de guiñarme un ojo—. Luego hablamos por teléfono.

Y así fue como acabé caminando junto a la familia de Colton hacia un bar para tomar unas tapas. Yukiko se había colocado a mi lado y me comentaba lo mucho que le gustaba el clima y la comida de España. Al parecer, había visitado el país varias veces. Me contó que antes de jubilarse había sido profesora de español, pero su nivel ya no era el mismo que cuando enseñaba. De hecho, había olvidado gran parte del vocabulario y apenas recordaba escribir. El padre de Colton, por su parte, había trabajado en una empresa internacional dedicada a la tecnología.

Cuando llegamos al bar, no me sorprendió ver allí a Yuko, Isamu y Ami. Habían conseguido una buena mesa dentro, justo donde el aire acondicionado daba con suavidad, lo suficiente para alejar el calor.

Sentada al lado de Colton y con Yuko al otro lado, pensé con alegría que el almuerzo transcurriría con relativa normalidad hasta que vi tres mesas más a la derecha a Lucía con unos amigos. Desconcertada, me pregunté qué hacía allí y si era o no casualidad. Di un respingo cuando Colton colocó una mano sobre mi muslo. Me miró confuso.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, lo siento.

—Olvídate de ella.

Asentí y entonces oí a Ami llamar a Lucía. Varias veces. Isamu, que estaba sentado enfrente de mí, dio un profundo suspiro. Al parecer, yo no era la única que no se alegraba de encontrarse a Lucía, pensé con cierto alivio.

Vi como esta se acercaba con rapidez para darle un abrazo a su amiga. Echó un rápido vistazo a Matsui y a Yukiko, observando sus melenas. Luego miró al resto de la mesa y saludó a todos con bastante cortesía, parándose en Colton e Isamu, hasta que llegó a mí. Supe que iba a pasar de largo, pero algo cambió en su mirada y una maliciosa sonrisa apareció en su bonito rostro.

—Hola, Sofía, ¿qué tal?

—Hola. Bien, gracias.

Colton frunció el ceño, aunque permaneció callado.

—¿Cómo te va en la nueva peluquería?

—Bastante bien, me tratan…

—Oh, supongo que Yukiko y Matsui vienen de allí —me interrumpió—. Están muy favorecidas, no se puede negar lo evidente. —Se aclaró la garganta, quizá molesta por haber tenido que halagar mi trabajo—. Me alegra saber que lo que sucedió con Fátima no te ha dificultado conseguir un nuevo trabajo, Sofía.

Sintiendo sus palabras como puñaladas en mis aún recientes heridas, la miré con los ojos completamente abiertos. Horrorizada, noté las confusas miradas de Matsui, Seizo y Yukiko y respondí con fingida calma:

—Deberías tener cuidado con lo que insinúas, Lucía. Me estás acusando de algo que no hice.

Mi voz sonó tranquila y pacífica, como si sus palabras no me hubiesen afectado en absoluto. En cambio, en mi interior temblaba como una hoja a merced del viento.

—Lucía —intervino Colton con firmeza, captando su atención—, vete a tu mesa.

Su orden, fría y precisa, fue rápidamente obedecida. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Todos me observaban. Vi que Lucía se alejaba y se volvía una sola vez para observar la escena que había dejado tras de sí. Pensé en contarlo todo, defenderme con uñas y dientes y dejar claro que yo no era culpable de ningún robo. Pero finalmente recordé las palabras de Eli: no tenía nada que demostrar.

Cogí aire y apreté los puños.

—Sofía, ignórala. No merece la pena —me dijo Colton, frotándome el brazo

con calidez.

—Yo…

—Nunca me ha gustado esa chica —me interrumpió Yoshio con el ceño fruncido. Estaba molesto, y la frialdad de su voz lo demostraba—. Sus palabras siempre están envenenadas.

Emocionada por el apoyo de Yoshio, sentí calidez en el pecho. Miré a Colton. La sonrisa que me dedicó terminó por hacerme olvidar aquella bochornosa y dolorosa situación. Podía ser fuerte y enfrentarme a lo que sucedía en mi día a día, pero tener el apoyo de la gente que apreciaba y amaba lo hacía todo mucho más fácil.



17

La familia de Colton regresó a Japón el sábado por la mañana. El día anterior se despidieron de nosotros pasándose por casa para tomar un refrigerio. Me sorprendió el cambio de actitud de Matsui: sus ojos ya no reflejaban odio, sólo me ignoraba por completo. A veces la pillaba observándome con detenimiento para luego apartar su atención de mí y continuar con la conversación.

Antes de marcharse, Yukiko me dio un inesperado abrazo. Me hizo prometerle que la próxima vez que regresara a España volvería a ocuparme de su cabello. Luego intercambió conmigo una larga y significativa mirada que no terminé de comprender. Con Seizo la despedida fue más rápida, y con Matsui… Por primera vez desde nuestro primer encuentro, me hizo un claro gesto con la cabeza, una leve pero marcada inclinación que me permitió saber que se despedía de mí.

Desconcertada, había buscado la mirada de Colton, que simplemente me guiñó un ojo.

El domingo por la noche fui al piso de él. Le había comentado a mi padre que saldría y que, por lo tanto, no me esperase despierto. Además de llevar una mochila con algo de ropa para cambiarme, llevaba el diario de mi abuela. Dudaba que tuviese tiempo de leerlo, pues con total seguridad pasaría la mayor parte del tiempo saciando mi deseo de Colton. O hablando, conociéndolo un poco más hasta calmar mis ansias por saberlo todo de él.

Mientras veíamos una película, yo tenía la cabeza apoyada en su hombro. Él me acariciaba el brazo de forma inconsciente. Hacía apenas una hora nos

habíamos preparado cena con todo lo que habíamos encontrado en su nevera. Tenía el estómago lleno, y lo que yo había supuesto que sería una noche repleta de pasión iba a acabar siendo una cálida y serena velada. Cada segundo que pasaba los párpados me pesaban más y más.

—¿Estás dormida? —me preguntó.

—No, para nada.

—Habías cerrado un ojo.

—Es mi forma de recuperar energía sin llegar a dormirme del todo.

—Mentirosa… —contestó, mientras enrollaba en uno de sus dedos un mechón de mi melena. Dio un suave tirón.

—Por cierto…, le he estado dando vueltas a una cosa. —Me incorporé lo justo para mirarlo de frente—. ¿Por qué tu abuela cambió de actitud hacia mí? No hice nada, tampoco tuve tiempo de conocerla más.

—Sucedió exactamente lo que te dije que pasaría: te conoció y supo que su odio era irracional.

—¿Por qué me odiaba?

—Es mayor, vive anclada en el pasado. Y soy el nieto primogénito. Para ella, Yuko era la mejor opción. O al menos hasta que te conoció.

—Entonces… ¿me ha aceptado?

—Sí, lo ha hecho. —Colton me rodeó la cintura con los brazos y me pegó a su cuerpo—. Estoy seguro de que, a su debido tiempo, terminará por ser más abierta. Además, el hecho de que Lucía te acusara de algo tan ruin delante de todos le hizo ver lo injusta que había sido contigo la primera vez que te vio.

Sonreí.

—Me alegro. De verdad —admití.

Él elevó la cabeza para que sus labios tocasen los míos. El primer contacto fue cálido y liviano, despertando mi deseo. No le di oportunidad de profundizar el beso, y me alejé apenas unos centímetros para contemplar sus ojos.

—¿Y tu madre? La despedida fue extraña. Quiero decir, mostró amabilidad en todo momento, pero su forma de mirarme… No sé… —Me encogí de hombros, rodeándole el cuello con los brazos.

—Mi madre sabe lo nuestro.

—¿Cómo? —salté, alzando la voz.

—Me lo preguntó cuando los llevé al aeropuerto. Creo que sus palabras textuales fueron: «Por la forma en que la miras, debe de ser importante para

ti». No podía negar lo evidente. Ni quería. Digamos que mi entusiasmo al echar a Lucía en el bar fue mucho más notorio que el de mi tío.

Y en ese momento lo comprendí: su familia lo conocía a la perfección. Cada gesto y cada palabra dirigidos a mí estaban llenos de significado. Para mí, su forma de actuar y de relacionarse era mucho más impersonal que la mía, pues me era difícil distinguir más que educación y saber estar. En cambio, para su familia cada pequeña variación en su tono de voz o movimiento corporal denotaba alguna emoción que iba más allá de lo evidente. En ese caso, su afecto por mí.

Con las emociones a flor de piel, me incliné hacia él. Esta vez nuestras bocas se fundieron en un ardiente beso. Poco a poco, mi adormilado cuerpo se fue despertando, y noté cada una de mis extremidades. Me pegué más a él mientras acariciaba su lengua con la mía, perdiéndome en su exótico sabor. Sus manos bajaron por mi espalda en una tormentosa caricia, hasta llegar hasta mi trasero. Gemí cuando apretó con suavidad.

—Ha sido una tortura no poder tocarte estos días —admitió.

Sus dedos se colaron por el borde inferior de la camiseta de tirantes de mi pijama. Fue subiéndomela con lentitud, haciéndome temblar. Sus ojos no se apartaron de mí en ningún momento, hasta que me la quitó por la cabeza. Cuando me dejó los pechos al descubierto sus ojos se clavaron en ellos.

—Eres tan bella…

Sin poder decir nada, observé cómo me acercaba más a él y me alzaba sobre sus caderas. Al tener pleno acceso a mis pechos, aprovechó para introducirse uno de los pezones en la boca. La tierna y húmeda caricia de su lengua me hizo cerrar los ojos, disfrutando de las sensaciones que me provocaba. Cuando sus dientes acariciaron la zona más sensible, volvió a lamerlo para calmar el leve dolor.

Yo me estremecí.

—Colton…

Él me empujó con suavidad hasta que estuve tumbada en el sofá. Seguidamente, sus manos agarraron el elástico de mi pantalón, junto a mis braguitas, y me lo bajó todo hasta sacarlo por mis pies. La ropa hizo un sordo sonido al caer.

Su hambrienta mirada me recorrió entera, mostrándome sus intenciones. Mi seguridad se debía a su forma de tratarme. Podía estar desnuda ante él sin sentir la más mínima vergüenza. Colton se dedicaba a hacer desaparecer cada

sentimiento negativo con sus caricias y sus palabras.

La parsimonia de sus movimientos me enloqueció, aunque supe que no aceleraría el ritmo. Se inclinó sobre mí, dándome un último beso en los pechos antes de bajar por mi acalorado cuerpo. Me estremecí y, como respuesta, mi piel se erizó ante su contacto. Su oscura mirada no se apartaba de la mía, conectadas en todo momento. Ahogué un gemido cuando su boca llegó hasta mi sexo, mientras con las manos me agarraba las caderas y me colocaba de la forma más cómoda posible.

Su lengua recorrió mi sexo por completo, parándose en mi inflamado clítoris. Lo lamía y mordía con infinito cuidado, para luego absorberlo. Ya medio fuera de la realidad, le sujeté la cabeza y lo apreté aún más contra mí.

—Sí… —suspiré, arqueándome cuando la conocida ola del clímax comenzó a recorrerme de pies a cabeza.

Como si supiese con total exactitud lo que necesitaba, Colton llevó sus dedos a mi clítoris y comenzó a hacer rápidos y suaves movimientos. Sin vuelta atrás, me retorcí contra su mano mientras llegaba al orgasmo. La explosión de placer que recorrió mi cuerpo me aturdió por completo, hasta dejarme varios segundos paralizada y laxa.

Lo contemplé con los ojos húmedos y vidriosos, perdida en la atmósfera íntima que nos rodeaba.

—Guau…

Sonriendo, Colton depositó un suave beso en mi pubis.

—Tendrías que verte y oírte cada vez que llegas —susurró, mientras yo me incorporaba sobre un codo—. Y la forma en que tu cabello cae sobre tu pecho. No hay palabras para describir tanta belleza.

Su despliegue de elogios me provocó una tierna sonrisa. Me terminé de levantar hasta volver a colocarme sobre su cuerpo, le puse los brazos alrededor del cuello y una pierna a cada lado de sus caderas.

—Podrías escribirme un haiku —sugerí en un tono bromista, besándole el cuello. Lo lamí justo donde latía su pulso.

Él asintió mientras se dejaba hacer. Le quité la camiseta gris que llevaba para dormir y la tiré al suelo. Era una de las que tenían el logo de su escuela de kárate. Antes de que él volviese a besarme, me aseguré de desnudarlo por completo, dejando sus calzoncillos y los pantalones de chándal a un lado.

Contemplé su divina desnudez durante largos segundos, pasando las manos por su firme y bien formado torso. El trabajo de horas y horas de ejercicio

daban su resultado, pensé. Sin poder concebir tanta belleza, negué con la cabeza. Era absurdo lo atractivo y guapo que era. Quizá mis sentimientos hubiesen reforzado lo que en un principio me había parecido simplemente hermoso y diferente.

—Me encantas —admití con total sinceridad.

Sus manos reposaban sobre la piel desnuda de mi cintura, donde trazaba imprecisas figuras con la yema de los dedos. Decidí continuar, bajando por su cuerpo con mi boca. Fui dejando un reguero de besos y caricias que buscaban enloquecerlo tanto como él había hecho conmigo. Y, a juzgar por sus temblores, lo estaba consiguiendo.

Cuando llegué a su erección, la agarré con una mano. Comencé a subirla y bajarla con lentitud. Sus caderas se alzaron. Quería más velocidad y fuerza. Apretando los dedos alrededor del tronco, sentí su suave textura y calor a través de mi piel. Me incliné para depositar un húmedo beso sobre el inflamado glande y no aparté la boca. Noté su sabor salado, sin espacio para nada más que él.

Colton murmuró algo en japonés.

Alentada por el tono de sus palabras, sincronicé los movimientos de mi mano junto con los de mi boca. Mientras tanto, él jugueteaba con mi pelo, mordiéndose el labio. Quería prolongar el placer, pero sabía que los días que habíamos pasado sin tocarnos lo habían afectado tanto como a mí.

Guiada por sus gruñidos, me desplacé hasta la bolsa testicular. Sus ojos se volvieron más oscuros, consciente de mi próxima jugada.

—Ya —susurró Colton casi derrotado, agarrándome por la cintura y alzándome sobre su cuerpo—. Quiero estar dentro de ti. Por favor.

Me mordí el labio inferior, una vez más abrumada por su consideración. Me estiré para inclinarme y tomar su boca en un tórrido y apasionado beso. Él respondió con rapidez, rodeándome con sus brazos y no dejando ni el más mínimo hueco entre nuestros cuerpos.

Con apenas alzarme unos centímetros, colocó la punta de su miembro en la entrada de mi sexo. Ambos suspiramos en los labios del otro. Mi corazón latía desbocado dentro de mi pecho, tanto por el deseo como por los sentimientos que tenía por Colton.

Pensé, divertida, en lo mucho que había cambiado nuestra relación. Si hubiese sabido desde el principio que ambos acabaríamos compartiendo encuentros tan íntimos, me habría reído a carcajadas, para luego salir en

dirección contraria a toda velocidad.

Al ver mi sonrisa, Colton alzó una ceja.

—¿Todo bien?

—Sí —comencé a dejarme caer sobre la longitud de su erección. Apreté los dientes—. Estaba recordando cómo empezamos.

Su pecho vibró a causa de una interrumpida carcajada. Ya estaba completamente dentro de mí, llevándome más allá de los límites del máximo placer.

—Resulta curioso por dónde nos lleva la vida.

Asentí y ambos nos movimos para disfrutar de la unión de nuestros cuerpos. Quise ocultarme contra su hombro, dejarme llevar por las sensaciones que invadían mi cuerpo, pero él me lo impidió, besándome con la mayor ternura y rodeándome con sus brazos. Como si los restos de mi anterior orgasmo siguiesen presentes, apenas tardé en volver a sentir los primeros estremecimientos del nuevo clímax. Colton dirigió sus dedos hasta donde nos uníamos y acarició mi tenso clítoris.

Temblé y cerré los ojos. A pesar de haberlo sentido más veces, era imposible acostumbrarse. Colton ejercía la presión necesaria para estimularme y acelerar la cumbre del placer. No me torturaba, me lo entregaba todo sin que siquiera tuviese que pedirlo. Al alzarme y volver a bajar sobre su enhiesto pene, su pulgar ejerció un poco más de presión y yo alcancé inexorablemente el orgasmo.

—Colton… —suspiré.

Supe que él también estaba cerca. Sus embestidas se habían vuelto más rápidas. Observé en todo momento su rostro, disfrutando de sus diferentes expresiones hasta llegar al éxtasis. La forma en que su frente se fruncía o sus carnosos labios se abrían para alargar lo inevitable me resultaba terriblemente erótica. Él, tan comedido y circunspecto, desatándose y mostrando aquella faceta pasional y desmesurada que tanto me atraía.

Cuando se recuperó, alzó una mano para acariciarme el cuello. Las yemas de sus dedos me hacían cosquillas.

—Creo que nos hemos perdido la película —señalé, sin apartar los ojos de él.

—Pero ha merecido la pena, ¿no crees?

Asentí varias veces y me levanté para ir al baño. No habíamos utilizado protección y, aunque yo tomase pastillas desde hacía poco, no quería ensuciar

nada. Cuando terminé de lavarme, salí. Él ya estaba vestido, aunque sólo llevaba los pantalones.

—Voy a ir a ponerme…

—Por mí puedes quedarte desnuda —sugirió, agarrándome de la muñeca.

—¿Yo desnuda y tú vestido? Eso no es justo.

—Nadie ha dicho que la vida lo fuese —contestó abrazándome. Me cobijé en su pecho, escuchando los latidos de su corazón.

Ante sus palabras, una idea cruzó mi mente.

—Estoy preparada para decírselo a mi padre.

—¿Estás segura? Puedo esperar…

—No —lo interrumpí—. Quiero poder cogerte de la mano o salir contigo sin tener que escondernos. No más parques oscuros y sitios cerrados. Quiero disfrutar de ti. Y para ello tengo que decírselo a mi padre.

—Sabes que estoy contigo —respondió con voz baja pero firme.

—Lo sé. Pero ¿estás preparado para la reacción de tu amigo? Sé que se enfadará. Existe la posibilidad de que te deje de hablar por una larga temporada.

Colton se separó de mí al notar el temblor de mi voz.

—Si tú lo estás, yo lo estoy. Sólo quiero estar contigo.

—No quiero que te odie —admití con tristeza—. Tú y tu familia habéis sido tan buenos con él… Sois como su propia familia. No quiero que por mi culpa…

—Son cosas que suceden, Sofía. Ambos somos adultos. No eres ninguna adolescente. Hay diferencia de edad, pero tenemos la cabeza bastante bien amueblada para saber lo que queremos y lo que no. Confía en Fran. Es más comprensivo de lo que piensas.

—Sólo… siento que se lo estoy quitando todo. Primero me acusan de robar, luego…

Cuando bajé la cabeza ante el peso de la culpa, él colocó los dedos debajo de mi barbilla y me la alzó.

—Eso no dependía de ti. No puedes culparte por factores externos, la vida es imprevisible. Te acabarías volviendo loca si quisieras controlarlo todo. Suéltala, deja que fluya. ¿Te acuerdas de uno de los principios del kárate?

Esbocé una tenue sonrisa y asentí.

—Sí.

—Entonces, hazlo. Hagámoslo juntos.

Sus palabras disiparon todas las dudas. Juntos lo haríamos. Porque eso era lo que Colton siempre me daba: su apoyo. Estábamos al lado del otro, remando en la misma dirección y en beneficio común.

Mientras nos dirigíamos al cuarto, pensé en las vueltas que daba la vida. ¿Sería obra del hilo rojo? ¿Habríamos estado destinados a encontrarnos? No habíamos empezado con buen pie, pero no podríamos haber acabado mejor, reflexioné mientras nos acostábamos. Amar a Colton no me causaba dolor ni miedo alguno, sino todo lo contrario. Y, como bien había dicho Yuko, surgía solo. No se podía forzar; sólo había que dejar que fluyera.



EPÍLOGO

«No volví a saber nada más de Jun. Tal como él me había dicho, nuestro último encuentro había sido el de la bodega. Tres días más tarde enterraron a Koyuki cerca de donde estaba Paloma, la mujer de Martín y amante de Takashi. Yo había asistido al funeral, aunque me había mantenido alejada, observando detrás de un árbol con el corazón destrozado y los ojos hinchados de tanto llorar.

Había seguido con mi vida de la mejor forma posible, ocupándome de las tareas de la casa y apuntándome a todos los talleres disponibles: cocina, corte y costura… Necesitaba alejar los recuerdos de mi mente, y centrarme en el día a día había sido la mejor opción.

Manolo había dejado de ver a su amante. Yo no se lo había pedido, pues no era nadie para hacerlo. Una vez más, la naturaleza afable y generosa de Manolo salió a la luz: me ofrecía diferentes planes para distraerme, retomando nuestra rutina de pareja como si nada hubiese pasado.

Como si Jun no hubiese existido. Ni Koyuki.

Pero en lo más profundo de mi corazón, yo los recordaba una y otra vez.

Cada tarde, cuando Manolo volvía de trabajar, nos íbamos a dar un paseo por el campo de uno de sus compañeros, Cristóbal. Disfrutaba de los cálidos rayos del sol contra mi rostro, la suave brisa moviendo mis cabellos o el sonido de los pájaros revoloteando a mi alrededor. Pero lo que hacía latir mi corazón era la pequeña pradera repleta de lavanda. La había descubierto una tarde mientras esperaba a Manolo, que se había desviado para comprarle al dueño del terreno queso proveniente de Extremadura.

Silenciosas lágrimas bañaron mi rostro aquella tarde. Había deseado coger un pequeño puñado y llevárselas a Koyuki. Sabía que a ella le habrían encantado.

Tras ese pequeño descubrimiento, le pedía a Manolo que volviésemos una y otra vez. Un día, Cristóbal nos acompañó. Al presenciar mi devoción por aquella pequeña pradera, me animó a coger unas pocas plantas y llevármelas a casa. Al

olerlas, volví a transportarme a la casa de Jun. A sus clases de kárate. A sus caricias y palabras. A la ternura de Koyuki.

Esa casa, antes llena de vida, ahora estaba cerrada. Apenas se veía alguna que otra vez a Takashi, que se había ocupado de los últimos detalles antes de su partida.

—Manolo, tengo que hacer una cosa —le dije, con el ramo en las manos—. ¿Nos vemos en casa?

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó.

—Como quieras; sólo voy a llevar estas flores al cementerio.

Él, consciente de que prefería ir sola, sonrió y asintió. Oí que continuaba hablando con Cristóbal. El cementerio, que apenas se encontraba a diez minutos de allí, bajando la ladera, estaba casi vacío. La mayor parte de la gente del pueblo prefería ir los fines de semana por la mañana. Yo, en cambio, no había vuelto desde el entierro de Koyuki. No había tenido fuerzas para hacerlo.

Me paseé por las calles interiores hasta llegar al nicho de la madre de Jun. En el camino, vi la lápida de Paloma. Sin flores y algo sucia. Me paré frente a ella y los recuerdos acudieron a mí sin esfuerzo: la felicidad de su rostro al estar con Takashi, su larga melena ondeando al viento, su matrimonio con Martín… A menudo había sido tildada de inmadura e inocente. Quizá había sido su forma de evadirse de la realidad.

Al final, ambas nos parecíamos más de lo que yo había pensado en un primer momento.

Me agaché y dejé una lavanda encima de la piedra donde estaba escrito su nombre. Recé una breve oración y continué. Mis pies se movían con rapidez y ligereza por las distintas calles del cementerio.

Cuando por fin vi la lápida de Koyuki, suspiré. La piedra estaba limpia, reluciente, y con un pequeño ramo de flores. Su nombre estaba escrito tanto con letras japonesas como occidentales. Me pregunté cómo habrían conseguido que tallaran tal caligrafía. Me agaché y coloqué el resto del ramo de lavanda en el pequeño jarrón libre, que había pegado en una de las bases.

Recé una vez más, en esta ocasión por ella, apretando los ojos para contener las lágrimas. Volví a ver su sereno rostro una vez más y su tranquila sonrisa aliviando mis penas. El corazón me dio un vuelco dentro del pecho. El olor de la lavanda lo hacía tan real como para hacerme estremecer y alejarme de allí.

Pero no era real.

Estiré la mano para acariciar los trazos que formaban su nombre en japonés.

—Gracias. Por todo.

Al incorporarme, oí unos pasos acercándose. Giré sobre mis pies y vi a Takashi. El mínimo parecido que tenía con su hermano Jun fue suficiente para hacerme derramar otro par de lágrimas. Me las sequé con rapidez con el dorso de la mano y desvié la mirada.

Cuando estuvo a mi lado, me percaté de que llevaba algo entre los brazos. Una caja vieja. Recordé las palabras de Jun el último día que lo vi.

Alcé la mirada y me encontré con un par de ojos rasgados.

—Linda.

—Hola, Takashi.

—No ha sido fácil encontrarte a solas. Quería darte esta caja, pero siempre estabas con tu marido. He venido todos los días al cementerio —esbozó una leve sonrisa—; sabía que vendrías.

Tendí las manos para cogerla. Pesaba un poco.

—¿Te vas a Japón?

—Sí, mañana mismo —respondió él—. Pero antes quiero despedirme una vez más de mi madre… y de Paloma.

Tragué saliva con dificultad. Allí estábamos ambos, con el corazón hecho pedazos y alejados de las personas que amábamos. Mi caso no era tan trágico, porque Jun estaba vivo. Como si unas manos invisibles me asfixiasen, me costó varios intentos hablar.

—¿Puedes…? —Parpadeé en un inútil intento de alejar las lágrimas—. ¿Puedes decirle a Jun que…? Que yo…

Nombrarlo era todavía demasiado doloroso. Takashi entendió mis intenciones, ya que asintió con seriedad.

—No te preocupes. Se lo haré saber.

Me esforcé por sonreír.

—Buen viaje.

—Gracias.

No sabía qué más decir. Un adiós me sonaba tan… distante… Sabía que no volvería a verlo, que estaría en la otra punta del mundo, viviendo en una sociedad completamente distinta. Pero una parte de él permanecería allí, rememorando el dulzón olor de los naranjos y recordando a las personas que se habían quedado atrás.

Un último gesto fue suficiente, y retomé el camino de vuelta. Me alejé del cementerio con la caja, notando que a cada paso que daba pesaba más.

Al entrar en casa, comprobé con cierto alivio que Manolo no había regresado aún.

Subí al dormitorio lo más velozmente posible y cerré la puerta tras de mí. Dejé la caja sobre la cama y fui sacando con lentitud cada uno de los objetos que había en su interior. El primero fue un vestido blanco de manga corta y longitud considerable. Sopesé la posibilidad de acortarlo un poco y de esa forma no llamar tanto la atención. No quería volver a destacar ni arrastrar los horribles sobrenombres que me habían puesto por mi pequeña aventura.

Dudosa, suspiré.

Me lo puse sobre el cuerpo y vi que el cuello era diferente de los que se solían

llevar en Coria. Cerca del dobladillo, unas garzas de color azulado levantaban el vuelo. Al acercarlo a mi rostro, suspiré. Olía a Koyuki. Saber que era un regalo de ella removió todo mi interior. Se había tomado el tiempo de dejar algo para mí.

Lo doblé con él mayor cuidado posible y lo dejé sobre la cama. El siguiente objeto que saqué fue un sobre. En su interior había una foto de los padres de Jun, otra de Takashi y él y otra en la que solamente aparecía Jun. Observé los rostros durante un rato, sin querer pasar los dedos sobre ellos por miedo a estropearlas. Al guardarlas, vi que había una carta al fondo de la caja. Doblada por la mitad, en una de las partes estaba escrito mi nombre. La precisión y la elegancia de la caligrafía me hicieron sonreír.

Era tan de él…, pensé con una sonrisa.

Justo cuando iba a leerla, oí la voz de Manolo llamándome. Acababa de llegar.

—¡Ahora mismo voy! —respondí agitada.

Lo guardé todo y decidí dejar la caja debajo de la cama. Aquella noche buscaría un lugar mejor, donde nada ni nadie pudiesen destrozar o dañar mis preciosos recuerdos. Porque ellos eran la prueba viviente de que todo había sido real, de que yo había conseguido resurgir de las cenizas y volver a amar. Amar a un hombre que pertenecía a un mundo completamente diferente.

Esos recuerdos eran los restos de nuestra historia».

Con un sentimiento agridulce por haber acabado el diario, lo cerré y lo mantuve sobre mis piernas. La historia de mi abuela y Jun había sido corta pero intensa. Ambos habían aceptado desde un principio el más que evidente final, y, aunque no sabía la versión de Jun, con la de Linda me había bastado para comprender lo mucho que les había costado despedirse. Tenía sentimientos encontrados: me sentía culpable por desear un desenlace diferente, pero por otra parte me aliviaba profundamente que mi abuela se hubiese quedado con mi abuelo.

A pesar de ello, dudaba que hubiesen sido felices. O quizá sí, pero a ratos.

Acaricié la tapa del diario con los dedos, hasta que un pensamiento cruzó por mi cabeza. Mi abuela me había dejado dos cartas. ¿Podría ser una de ellas la de Jun? Sin esperar un segundo más, me agaché para buscar en el interior de la caja los dos sobres amarillentos, sujetos con un lazo rojo.

Al desatarlo y ver el nombre de mi abuela, mi corazón se aceleró. Era justamente tal como ella lo había descrito en el diario: una letra de trazos elegantes y precisos.

La desdoblé sin que pudiera evitar sonreír. Un olor a papel viejo llegó hasta mis fosas nasales. Si cerraba los ojos, podía imaginarme a mi abuela en un

sillón, leyendo la carta una y otra vez, rememorando la voz de Jun, mientras una cálida brisa entraba por la ventana del salón. Eché un rápido vistazo y vi que no era muy larga. Una voz interior me cuestionó que la leyera: ¿no era acaso un regalo íntimo a Linda? ¿Quién era yo para fisgonear y leer con tanta libertad la despedida de un hombre enamorado a su amada?

Pero ella me la había dejado. Y tampoco tenía las fuerzas suficientes como para guardarla y no saber un poco más de él, de su punto de vista respecto la historia que había vivido con mi abuela. Acallando esa voz que se quejaba en mi cabeza, comencé a leer:

«Queridísima Linda:

Cuando leas esta carta, yo habré partido a Japón. Créeme si te digo que dejarte en la puerta de tu casa fue tan doloroso para ti como para mí. Ver tus ojos azules húmedos y suplicantes bajo esa farola hizo que mis fuerzas flaquearan. Por un segundo, me planteé la remota e imprudente idea de huir contigo. Dejarlo todo atrás. Pero la culpabilidad me habría seguido de por vida. No podía condenarte a un estilo de vida incierto. No te lo merecías. Espero que puedas entenderlo.

Supe que eras una guerrera desde el primer momento, y, aunque odio las circunstancias que te llevaron hasta mí, pues acarrearon tu destrucción total, no puedo más que agradecer una y otra vez que el destino te pusiera en mi camino.

Sé que me metiste uno de tus pañuelos en el bolsillo del pantalón. Lo tengo atado alrededor de la muñeca. Huele a ti, a vida. Tu esencia está impregnada en él, y sólo me hacer falta acercármelo a la cara para volver a estar allí, contigo, en Coria del Río.

Takashi te ha dado una caja. En ella he guardado algún que otro recuerdo que pueda llevarte hasta mí. Mi madre, un día antes de su muerte, añadió uno de sus vestidos favoritos. Creo que ha sido su forma de despedirse.

No volveremos a vernos, pero todavía me queda un último recurso: los sueños. Allí te veré, te besaré y volveré a abrazarte. Hasta que nos volvamos a encontrar en aquel lugar donde todo acaba pero también empieza.

SIEMPRE TUYO

JUN».

A continuación, había unos caracteres japoneses.

—¿Sofía? ¿Te encuentras bien?

Sobresaltada al oír la voz de Colton, di un pequeño salto. Él entró en la habitación y se agachó entre mis piernas. Con la mayor rapidez que pude, me sequé una solitaria lágrima con el dorso de la mano. Estaba abochornada.

—Sí, lo siento.

—¿Te estás disculpando por llorar? —Su gesto me hizo reír—. ¿Va todo bien?

—Sí, he terminado el diario, y… mi abuela me ha dejado la carta de Jun. La única que le escribió. —Sonrojada, me encogí de hombros—. Me siento bastante mal. Es decir, me alegro de que mi abuela se quedase con mi abuelo, pues de otra forma ni mi padre ni yo estaríamos aquí. Pero ella sacrificó su felicidad.

—Eran otros tiempos —dijo con suavidad, apretándome la rodilla.

—Lo sé, pero me parece tan injusto… Mi abuela me dejó también otra carta.

—¿Quieres un poco de intimidad?

Esbocé una cálida sonrisa y estiré una mano para acariciar su perilla corta y bien cuidada.

—Sí, pero antes me gustaría que me dijeses qué pone aquí.

Le mostré la carta y señalé con el dedo. Él asintió.

—Es su nombre.

—Oh. —Volví a mirarlo una última vez—. ¿Te dijo alguna vez algo de esto?

—¿Tu abuela? —Yo asentí—. No, a veces me contaba algún pequeño detalle. Pero eso es todo. Linda decía que mirar demasiado al pasado sólo traía dolor y añoranza.

Asintiendo, dejé la carta a un lado. Cogí la otra y vi que tenía escrito mi nombre. Era la letra de mi abuela. El estómago me dio un vuelco.

—Te dejo a solas.

—No tardaré —le prometí—. Al fin y al cabo, voy a presentarte a mis amigas. ¿Estás preparado? —bromeé, inclinándome sobre su rostro.

—¿Son como Maribel?

—Mmm… Puede ser.

Colton me dio un beso en los labios antes de marcharse.

Estábamos en la casa de mi abuela. Finalmente, había decidido mudarme allí. Mi padre se había negado a cobrarme un alquiler, pero después de varias idas y venidas le daba una pequeña cantidad, además de pagar las facturas de los gastos de la vivienda. No había puesto ninguna objeción a mi idea de instalarme allí, es más, creo que veía el hecho como una señal de asentamiento a largo plazo. Y así era.

Iba a comenzar una nueva etapa de mi vida allí.

Tenía intención de ir a Huelva para recoger mis pertenencias y de paso ver a

mi madre. La noticia de que me quedaba en Coria de forma indefinida no le había hecho mucha gracia. Aunque después de contarle que salía con una persona del pueblo, su postura cambió un poco. A cambio, había accedido a su petición de pedirle a Colton que me acompañara para que lo conociera.

Y ese mismo día, 15 de agosto, se celebraba en Coria el Toro Nagashi. Esta segunda edición se debía a la buena acogida que tuvo la del año anterior. Por lo que Colton me había contado, se trataba de una tradición japonesa en la que se rezaba por las almas y se deseaba la paz del mundo. Además, asistirían diferentes personalidades japonesas, como guitarristas, pianistas o jugadores de fútbol afincados en Sevilla.

Maribel fue la primera en apuntarse a asistir con nosotros. Más tarde, tuve la idea de invitar a Eli y a las demás amigas de Huelva. Todas accedieron a venir y, de paso, conocer al misterioso japonés que me había hecho cambiar de opinión y ver Coria como un lugar para vivir. Por otra parte, mi padre vendría también con nosotros, junto con Yoshio. Era el primer encuentro que tendría con Colton después de que le contásemos que estábamos juntos.

Al recordarlo, suspiré.

Su primera reacción había sido abrumadora. Decir que la situación le había incomodado era quedarse corto. Al principio pensó que se trataba de una broma. Luego, al ver la seriedad con la que ambos hablábamos, se había puesto rojo. A partir de ahí, sólo había necesitado tiempo para aceptarlo.

Quería que todo volviese a su cauce, y la ceremonia del Toro Nagashi serviría para un primer acercamiento, pensé, mientras acariciaba la carta con los dedos. No esperaba que se dieran un abrazo como los de antes al verse, pero sí que fuera un pequeño paso.

Negué con la cabeza y procuré dejar de pensar en ello. No podía controlar la situación, y darle vueltas una y otra vez a cómo conseguiría que su relación volviese a ser la misma era una pérdida de tiempo.

Decidida, desdoblé la carta y comencé a leer.

«Querida Sofía:

Seguramente te estés preguntando por qué, en vez de mandarte un mensaje por el móvil o llamarte, te escribo esta carta. Creo que una carta resulta menos fría que las otras dos opciones. Además, tampoco me parece que hubiese tenido mucho sentido. Tú aún no habrías leído el diario.

La razón por la que te he permitido echar un pequeño vistazo a mi vida privada

es sencilla: anhelaba atarte a Coria tanto como lo he estado yo. Tu padre te ha echado de menos y tus ausencias le han afectado más de lo que yo había supuesto en un principio.

Por cierto, ¿conoces ya a Colton? Estoy segura de que es así. Me recuerda a Jun en muchos aspectos, y viene a visitarme con asiduidad. Es increíble lo apuesto que es este muchacho, además de que me transporta al mismísimo Japón sin sacar un pie de España: habla igual que Jun, y, como Jun, sigue el curso de la vida y aprende de todo aquello que se cruza en su camino. Qué de dolores de cabeza nos habríamos evitado de haber conocido antes esta filosofía de vida (y te incluyo a ti, porque sé que en ese aspecto te pareces a mí).

Quiero decirte que no te sientas culpable por no haber regresado. Lo entiendo. Eras una niña y sólo deseabas estar donde te encontrabas cómoda, aunque eso no quitase que te extrañase. Le he hablado muchísimo de ti a Colton y a Yoshio (su tío, déjame decirte que bastante apuesto también). Tras la muerte de tu abuelo, de no haber sido por ellos y tu padre me habría sentido muy sola. Sobre todo he podido contar mucho con Yoshio.

Te mentiría si te dijese que tanto con tu abuelo como con Yoshio he sentido lo mismo que con Jun. No sería verdad, pero todos han sido muy importantes en mi vida. Simplemente, los he amado de forma diferente. Si ya has leído la carta que Jun me dejó, sabrás que no nos volvimos a ver. Ni siquiera cuando fue posible, muchos años después. Ambos éramos ya demasiado mayores y yo era consciente de que no soportaría volver a verlo y no quedarme con él. ¿Quién sabe? Quizá nos reencontremos en otra vida, si eso es posible.

Ojalá puedas pasar más tiempo con tu padre.

Te quiero.

LINDA».

Nota de la autora

Esta historia la escribí después de asistir a la Semana de Cultura Japonesa en Coria del Río, Sevilla. Las jornadas fueron muy divertidas, por lo que me gustaría felicitar al ayuntamiento por su buen trabajo. Aquellos días me hicieron sentir que me encontraba en el país nipón, sentada en un banco junto a la estatua de Hasekura Tsunenaga, mientras comía un *onigiri* acompañado de sake. Sin lugar a dudas, uno de los recuerdos que atesoro con mayor cariño. Recomiendo fervientemente la asistencia a todos aquellos que compartan mi pasión por la cultura japonesa.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi familia por su apoyo. Ahora que vivo lejos de vosotros es cuando he empezado a valorar cada pequeño momento que hemos compartido. Estoy deseando volver a veros.

También quiero darle las gracias a Phoebe por darle un hogar a esta novela y por cuidarme. Estoy muy agradecida por lo que hacéis por mí.

Por último, gracias a vosotros, lectores, por esperarme. Sé que llevaba varios meses sin sacar una nueva novela. Los que me seguís en las redes sociales sabéis que he estado muy ocupada. Espero que hayáis disfrutado de la historia de Sofía y Colton.

Un millón de recuerdos

Emily Delevigne

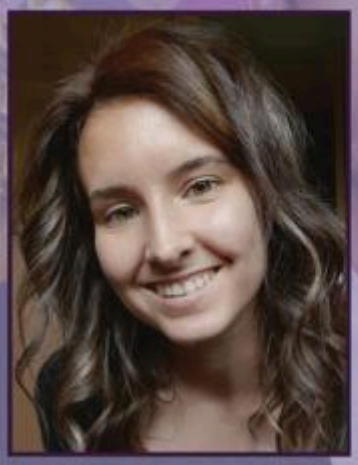


Sofía regresa a su pueblo natal para asistir al funeral de su abuela Linda. Cuando su padre le comunica que ha heredado una misteriosa caja, Sofía apenas le presta atención: hacía años que apenas tenía relación con ella.

Cinco años después, vuelve para pasar el verano con su padre, quien le recuerda la existencia de aquella caja olvidada. Al fin decide abrirla, sin imaginar que descubrirá los secretos de una vida apasionante que cambiarán su percepción de Linda para siempre.

Lo que Sofía tampoco espera es cruzarse con Colton, un hombre tan irresistible como exasperante, que pronto se convierte en su mayor dolor de cabeza… y en su mayor tentación. Entre encontronazos, sarcasmos y una química imposible de ignorar, Sofía se verá atrapada en un torbellino de emociones que la harán replantearse su estancia más de una vez. Pero en medio de la confusión descubrirá que a veces el mayor enemigo puede ser también el mejor aliado… y quizá algo más.

Biografía de la autora



Emily Delevigne es el seudónimo que utilizo para escribir novelas románticas eróticas. Nací en Sevilla en 1995, en plena primavera. Desde muy pequeña he pasado la mayor parte de mi tiempo leyendo libros que me transportaban a otros lugares, hasta que, a los dieciocho años, llegué a la conclusión de que quería crear mis propias historias, donde los protagonistas viviesen intensas historias de amor. Para mí, los ingredientes fundamentales para una buena novela romántica son el erotismo, las aventuras y un buen final feliz.

Cuando no escribo, veo una película, leo o doy largos paseos junto a mis perros, Melón y Gazpacho, o voy a montar con mi yegua, Luna.

Un millón de recuerdos es mi última novela con Phoebe, después de *Una sola noche* y *Sin límites* en 2021; *La tentación, El pacto, Siempre fuiste tú* y *Al final era él* en 2022; *El cielo en llamas, Mi guardián, Las tres reglas de mi jefe* y *Las noches que te debo* en 2023 y *A solas con mi jefe, Noches de tormenta, Adicta a Scott, Devórame, Kevin; Una chica mala para Dorek* y *Promesas al anochecer* en 2024.

IG: @emilydelevigne

FB: @Emilydelevigneautora

TW: @EmilyDelevigne

Otros títulos de la autora en Phoebe romántica



Una sola noche
Emily Delevigne



Quince años habían pasado desde que Sally Stewart vio por última vez a Phylox Lee, su mejor y único amigo. Sin embargo, cuando vuelve a aparecer por Valley's Moon, poco queda del chico tímido y callado que recibía las palizas de otros estudiantes.

Ahora es todo un hombre, y oculta sus debilidades bajo una apariencia salvaje y sensual. Dueño de una de las cadenas de gimnasios más importantes de Estados Unidos, Phylox regresa con la intención de extender sus negocios… y recuperar a Sally. Para ello está dispuesto a usar todas las estrategias posibles… y a revelar ciertos secretos del pasado si es necesario.

El reencuentro entre ambos hace que salten chispas y que vuelvan antiguos sentimientos, pero Sally no está segura de si puede volver a confiar en Phylox ni de si podrá dejar atrás el pasado.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Una sola noche

Las tres reglas de mi jefe

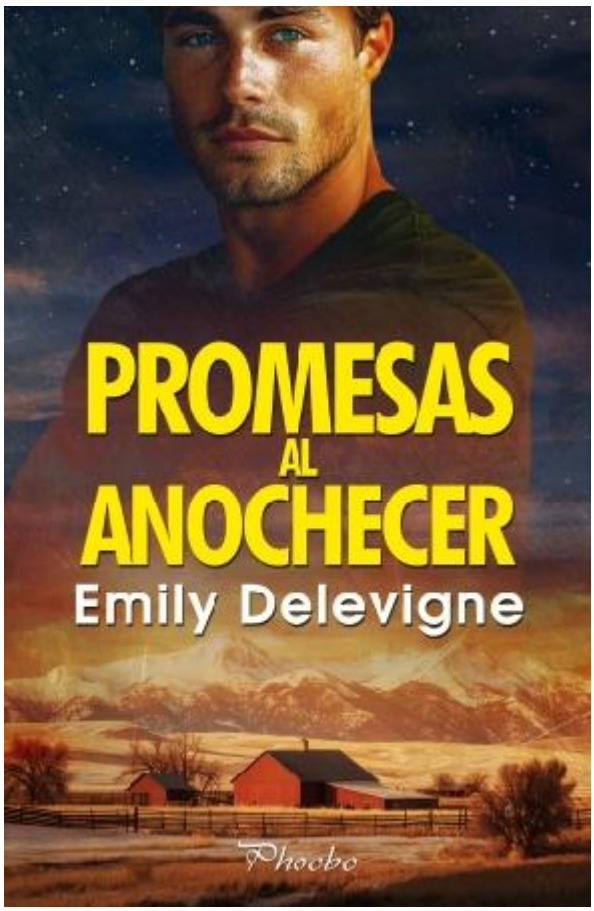
Sinopsis



Me llamo Rhys Knight y soy uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Nunca he mezclado los negocios y el placer, y prueba de ello es el imperio que he levantado en poco tiempo. Cierro contratos, destino dinero a causas benéficas y salgo con mujeres preciosas a las que no vuelvo a ver al día siguiente. Mi vida es perfecta, o al menos lo era hasta que mi mejor amigo me pidió el favor de contratar a su hermana pequeña como secretaria…, y desde ese día soy incapaz de no imaginármela desnuda.

Casey Evans es todo lo que no suelo buscar en una mujer: habla demasiado y le gusta el contacto físico, lo que supone el incumplimiento de dos de mis reglas a la hora de trabajar conmigo. Sin embargo, supe que todo cambiaría esa noche, cuando celebramos haber cerrado un acuerdo con un magnate ruso… A partir de ese momento tuve claro que no podría mantenerme alejado de ella nunca más.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Las tres reglas de mi jefe



Promesas al anochecer

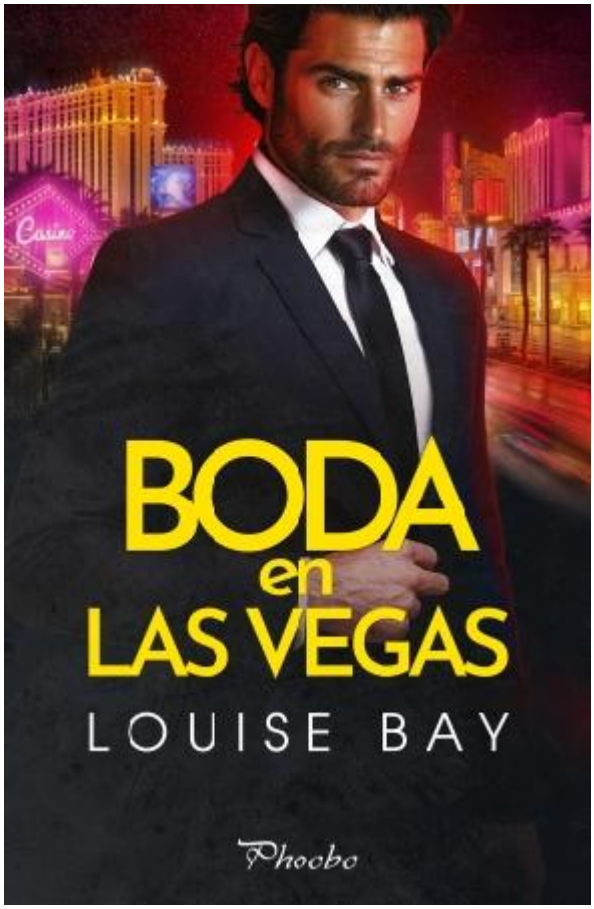
Delevigne, Emily
9788410070714
255

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

ODETTE GREENWOOD Mi vida en Missoula, Montana, siempre ha sido tranquila y apacible. Me dedico a trabajar en la granja de mi padre sin descanso y, a veces, salgo con una amiga de la infancia.

Sin embargo, de un día para otro un empresario millonario aparece por el pueblo para comprar los terrenos del viejo señor Holms. Su existencia no tendría por qué alterarme…, pero lo hace. Y mucho. Alto, moreno y misterioso. Siempre me he mantenido alejada de los hombres como él. No traen nada bueno. Pero es que me es imposible no mirarlo cuando está cerca. Y qué decir de lo bien que huele… Algo me dice que me va a dar más de un quebradero de cabeza. ARCHER WHITE He decidido comprar unas tierras a las afueras de Missoula para expandir mis negocios. La idea ha sido de mi padre. Yo nunca me habría ido de una ciudad como Nueva York a un pueblo infernal lleno de gente chismosa. Solo tengo que estar el tiempo suficiente para supervisar las obras. Luego volveré a Nueva York y no pisaré Missoula nunca más…, o esa había sido mi idea inicial. Porque Odette lo ha cambiado todo. Esta mujer no debería haber aparecido en las lindes de mi terreno. Ahora no puedo dejar de pensar en ella y en lo mucho que me apetece besar esos labios tentadores.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Boda en Las Vegas

Bay, Louise
9791387787004
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Worth es el chico bueno al que quiere todo el mundo… hasta que ella le hace perder el control.

Es encantador, digno de confianza y un perfecto caballero, pero en cuanto ve a Sophia por primera vez, su mundo cuidadosamente controlado salta en pedazos.

Ella es la persona que no sabía que estaba esperando, pero ahora ¿qué puede hacer?

Pues cualquier cosa para hacerla suya.

Sophia ha renunciado a los hombres que intentan conquistarla con palabras bonitas y promesas vacías. Ya cometió ese error en el pasado, y se niega a repetirlo, pero Worth es persuasivo, firme, protector y peligrosamente irresistible.

Una imprudente noche en Las Vegas lo cambia todo, para bien o para mal.

De día Worth es firme y seguro.

Por la noche es posesivo y no tiene límites.

Y ahora es su marido.

¿Podrá esta ardiente conexión sobrevivir a la mañana siguiente?

¿Será este precipitado compromiso de Las Vegas la mayor apuesta que jamás hayan hecho?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cuando la luna nos encuentre

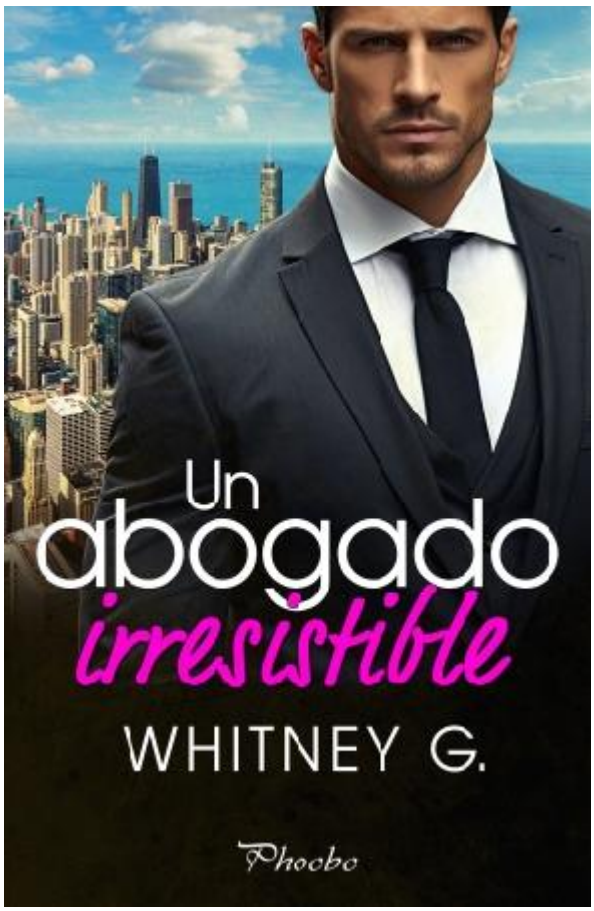
Beatobe, María
9788410070875
325

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces el destino susurra en las esquinas más inesperadas. Para Leo y Alice, ese susurro llega en forma de una servilleta con un mensaje escrito a mano en el Café Harmony. Él, atrapado en un pasado que lo atormenta. Ella, buscando un escape de una vida que

se siente cada vez menos suya. Ninguno imaginó que unas simples palabras podrían abrir una puerta hacia algo más. Entre correos electrónicos, noches en vela y confesiones a la luz de la luna, ambos comienzan a descubrir que, a ratitos, el dolor pesa menos cuando se comparte… Y que quizás, solo quizás, el amor también puede ser una forma de salvarse.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un abogado irresistible

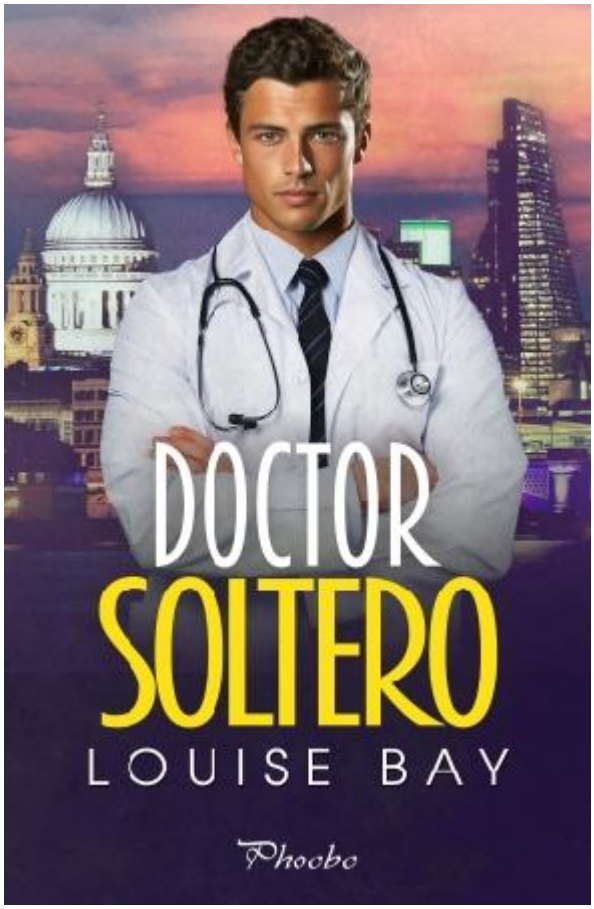
G., Whitney

9788410070233
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Doctor Soltero

Bay, Louise
9788410070226
305

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando la mujer con la que tuve una aventura de una noche me anuncia que acabo de ser padre, mi mundo se viene abajo. Tengo

que elegir entre ser padre soltero de una recién nacida o firmar los papeles para que alguien la adopte, y la decisión es fácil: tras apenas unas horas cojo un avión para ir a buscar a mi hija. El problema es que apenas soy capaz de distinguir la cabeza de los pies de un bebé, y esta situación me supera, pero tengo un plan: voy a contratar a una niñera, a ocuparme lo mínimo posible de la niña y a seguir con mi vida. Por fin encuentro una niñera que está a la altura de mis exigencias, pero todo se complica porque, cuando la miro, el futuro que creía desear empieza a desmoronarse. Nada en mi vida va según lo previsto, y la máquina de ensuciar pañales que tengo en los brazos se ha abierto camino inesperadamente hasta mi corazón. Mi vida era ordenada y lógica hasta que me encontré con dos compañeras de piso y me empecé a enamorar de las dos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)